

CLASICOS ECUATORIANOS.-Volumen XIII

Juan Montalvo

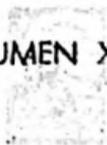
OBRAS ESCOGIDAS

QUITO

1948

CLASICOS ECUATORIANOS

VOLUMEN XIII



CLASICOS ECUATORIANOS

VOLUMEN XIII

MONTALVO



Ediciones dirigidas por los comisionados de la
CASA DE LA CULTURA ECUATORIANA,
señores Gonzalo Zaldumbide e Isaac J. Barrera.

QUITO-IMPRESA DE LA CASA DE LA CULTURA

BIBLIOTECA DE CLASICOS ECUATORIANOS

Volumen I.- VILLARROEL.

Volumen II.- POETAS DE LA COLONIA. (en preparación).

Volumen III.- AGUIRRE.

Volumen IV.- ESPEJO.

Volumen V.- OLMEDO - Tomo I

Volumen X.- GONZALEZ SUAREZ.

Volumen XIII.- MONTALVO.

JUAN MONTALVO

OBRAS ESCOGIDAS

PROLOGO DE

JULIO E. MORENO



QUITO

1948

PROLOGO

JUAN MONTALVO

Resulta empresa difícil dar en poco espacio una impresión exacta de la obra y la personalidad de este escritor, que fué aliento potente y fecundo en ámbitos varios de la evolución de nuestro país. No sonará a nada nuevo el decir que, de entre los luchadores cuya vida y escritos se vinculan a la existencia nacional, impulsándola hacia un plano de liberación espiritual y comprensión democrática, ninguno más que Montalvo se destaca con tanto relieve y tan durable influencia. De ahí que el acopiar elementos de sentido y valor personales implique en este dominio la formulación de situaciones y propósitos caracterizantes de toda una etapa social-histórica.

Junto a esto hay que considerar que, sin duda alguna, fué Montalvo en la lucha política el técnico literario nato, el hombre cuya actitud combativa era mitad impulso, mitad complacencia —muchas veces, un

tanto presuntuosa— en los juegos de ideas e imágenes y en toda laya de ornato lingüístico.

Alfonso Reyes caracterizó a Cicerón con el calificativo de "hombre-literatura", tomado el segundo de esos términos en un sentido amplio. Si salvamos las distancias psicológicas, la calificación es aplicable a quien, como nuestro compatriota, admirador del clásico latino, hizo del cultivo de las letras su segunda naturaleza. La literatura se superpone a la vida de Montalvo, o Montalvo llega a sentirse vivir en la literatura: ella colorea e ilumina su existencia, la ennoblece, la afirma, y también la falsea. De la visión de este enlace pende todo el problema del método con que creo que debe estudiarse al literato y combatiente, que no entendió la acción más que en cuanto vigilante y monitoria actividad literaria.

Se echa de ver que esa labor discriminativa no cabe realizarla sino revolviendo variados temas y expresándose con alguna extensión. Un trabajo de tal género está vedado aquí por la índole limitativa de la finalidad y la dimensión asignables a lo que se llama un prólogo. Alguna vez tendrá que esbozarse ese amplio cuadro de un hombre y un pueblo en la tensión vital de sí mismos, mas también tensión vital conjunta: que acción y reacción pasionales recíprocas fueron precisamente lo que dramatizó la lucha. (1)

(1) El mismo autor de este prólogo, no resignándose al sacrificio de materiales y de ideas en torno al sugestivo tema, ha llegado a escribir su libro MONTALVO, que posiblemente va a imprimirse en el exterior.

Equívoca tendencia ha sido la de centrar aquel dramatismo en la idea de una presunta rivalidad o duelo a muerte entre Montalvo y García Moreno. Se ha pregonado y repetido, así, con inexactitud o ligereza, que hubieron de corresponderse en talla los dos enemigos: el más intrépido paladín de la pluma y el temido caudillo e insigne estadista teocrático. A tenor de esta creencia, el fin trágico del segundo de estos personajes de la escena se producía como el desenlace lógico de la justa titánica.

Como el equívoco respondía al empeño antiquísimo de no ver sino "héroes" determinando y vivificando el proceso histórico, en su parcial rectificación habían de adelantarse, naturalmente, los que buscaron con celo colocar a García Moreno a la altura de una ejemplaridad única. Quienes le reconocieron todas las preeminencias racionales del grande hombre no podían hallar sentido en que frente a un tal carácter heroico apareciese contrapuesta, con alcance análogamente representativo, la actitud rebelde de un "mero" escritor de brillantes dotes. Mandatario de férrea voluntad y de acción, ajeno a teorías de gobierno utópicas y a divagaciones filosóficas —venían a decir, en suma—, García Moreno nunca siquiera se impresionó por las invectivas del famoso retórico. Por consiguiente, no le persiguió ni desterró, bien que —agregaban— en los años tormentosos del primer período del Presidente se sustrajo el escritor panfletario a toda responsabilidad.

XI

No nos fijemos en la intención, más o menos velada, por parte de los comentadores, de disminuir la estatura literaria y moral del *Cosmopolita*, mientras se tiende a exaltar sin medida la del admirado gobernante católico. En qué términos este prurito apologista de "García el Grande" sea común a la escuela conservadora puede verse en el hecho de que ella tiene y reconoce como ley de su propio fondo la exclusividad de postulados de la Iglesia. Por eso el apologista garciano encontró en las esferas eclesiásticas su primer desarrollo y efectividad.

No penetremos con la vista, tampoco, en la oscura cuestión de si García Moreno llegó a sentir turbado el ánimo por la campaña de Montalvo, que culminó en el postrer opúsculo **La dictadura perpetua**. Una cosa, sin embargo, está en claro: que García Moreno no fué indiferente a la aparición de **El Cosmopolita**. Cuidó de zaherirle a Montalvo en dos sonetos sin firma, buscando el lado más sensible del hombre y del escritor: aquel de su condición de viajante meditabundo y sentimental por algunos históricos escenarios de Europa. Mas no insistamos en esto.

Subrayemos sí lo oportuno del dato sobre la mala inteligencia que ha habido en la determinación del rival o contendor que el polemista tuvo. Ello va a permitir plantear en su terreno propio el problema de la vida y destino de nuestro escritor.

Porque mucho se ha hablado de la fuerza revolucionaria de su pensamiento, de su encumbrado impul-

so orientador y civilizador, y es preciso hacer patentes, en la medida de lo posible, el movimiento interno por ellos operado y la inmanente acción dramática a que me he referido. Si la tarea extensiva no es procedente ni hacendera en esta ocasión, puede intentarse, al menos, una síntesis de la aludida situación vinculatoria entre el hombre y su medio, entre el escritor y su época. No se trata tanto de abarcar la producción de Montalvo en su totalidad cuanto de entrever su peculiar significado, su alcance auténtico.

AÑOS DE FORMACION

Nació Juan Montalvo el 13 de abril de 1832, en Ambato, pequeña ciudad andina, pródiga de jardines y huertos frutales, que está enclavada en un desigual conglomerado de arenosas o verdecidas lomas, a cuyas ondulaciones se ven ceñirse caminos y senderos en pintoresca, congruente disconformidad. Si el viandante callejea en dirección del lado occidental, se le aparece y le deja hechizado un paisaje de maravilla. Es una larga y ubérrima ladera policromada (**Miraflores** lo denominan al paraje, auténticamente) que limita en el río cuyo nombre vino a ser también de la ciudad aledaña. Próximos unos de otros, en hilera, circuidos de parque y festoneados de enredaderas de di-

verso tono, destacan hoteles y chalets magníficos, todo bajo una temperatura benigna y un ambiente oloroso a frutillas, a duraznos, a retamas.

Se advertirá que un cuadro semejante nos muestra entrechamente unidos aquellos elementos que hicieron siempre el contenido e incentivo específicos de lo bello del paisaje propiamente dicho: un trozo de Naturaleza como fondo de algo real o escénico con sentido humano. Porque, en verdad, toda la poesía genuina de lo que llamamos paisaje alcanza su más hondo significado en esa ejemplar unidad emparentada a lo orgánico y que garantiza la de nuestra primaria impresión estética.

En el otro extremo de esta que casi es apenas sensación placentera tenemos la impresión de grandiosidad y como de terror que desatan en nosotros las misteriosas, eternas soledades. Entonces, según bien se ha observado, ajenos a toda configuración sensible de nuestra existencia, la impresión estética se torna impresión mística o emoción panteística. Es el momento en que intervienen las fuerzas de la constitución espiritual del hombre. Tocamos aquí la esfera de lo que los estetas clasifican entre las impresiones de "lo sublime" y los pensadores han descrito como la aprehensión de una imagen simbólica del cosmos, que hace de éste algo con sentido metafísico, de singular importancia para la ética y toda suerte de orientaciones pedagógicas.

... A Montalvo le cupo vivir y alternar sus años mozos en un medio que abarcaba tanto el paisaje de eglógica quietud o placidez, para la cual se dijera que el hombre y el campo colaboran fraternamente, como aquel otro paisaje montañoso cuya salvaje majestad y el no verse en él huella del vivir del hombre hacen pensar en las primigenias, inescrutables fuerzas creadoras.

Siguiendo con la vista el curso del río Ambato, desde la cañada visible al fondo de **Miraflores**, el estrecho valle que forman sus márgenes, dóciles a los innumerables contorneos de la corriente, nos otorga que experimentemos de nuevo lo genuinamente bello del paisaje, esto es, el poder emocional que se desprende de nosotros cuando contemplamos nuestros modos de vida inmediata y de siempre en el escenario de la Naturaleza. A uno y otro lado, hay viñedos y huertos, hay molinos y fábricas y refulgentes casitas, y el conjunto es homogéneo y como algo que nos impregna de un ambiente de poesía bucólica. En general, es el ambiente de la región, que tiene rincones edénicos como **Ficoa**, donde el padre de Montalvo poseía una quinta, refugio de nuestro escritor en horas de ansias de paz y recogimiento.

Circunstancia que determinó, como insinué antes, el que para Montalvo los elementos del contorno —entendiendo este vocablo en el sentido no de simple naturaleza exterior, sino de operante proceso vivido, con forma y estructura propias— abarcasen también

el abrupto paisaje montañoso fué la de que dos de sus hermanos poseyesen una hacienda a orillas del Ulba, en la selvática y tranquila región de Baños, perteneciente a la misma panorámica comarca natal de Montalvo.

Desde el sitio en que confluyen el Patate y el Chambo, para formar el río Pastaza, la impresión es de la más dramática lucha imaginable entre estos dos elementos: la montaña y las aguas. Se ven monstruosas cicatrices de los tajos que el obstinado furor de la corriente hizo en las rocas, como enseñan éstas el titánico poder con que fué y es largamente domeñado ese como boa líquido gigantesco, que al fin se liberta en un paroxismal salto estruendoso —el Agoyán— dejando una imponente nube de polvo de espumas, y se escurre por entre boscajes y cortinas de niebla y de lianas y helechos. Comprende uno de pronto hasta qué punto son evocadoras las desatadas fantasías teluricistas (meditaciones al par, no cabe duda) del conde de Keyserling acerca de la vida primordial en las "desordenadas" alturas andinas, en las "inorgánicas" y medrosas soledades suramericanas.

Sólo avanzando hacia adentro por la margen izquierda del río Pastaza, lo que nos representábamos como la tensión inicial de las fuerzas cósmicas, como el conflicto del libre ímpetu pujante y de la inmovible masa ingente, sin lograr otra unidad que la de dos informidades contrarias, empieza ahora a llegar a equilibrio, a una cierta proporción y enlace de for-

mas, que nos dan el sentido de la interacción vital de lo orgánico. El río se ensancha, abrigado por ambos lados con las fayas ondulantes de una prodigiosa vegetación, y ya no inspira terror, sino una especie de expansivo o aligerante despejo del ánimo. El paisaje vuelve a hacerse sentir como un motivo estético, no como elemento de anhelosa o paralizante cavilación metafísica.

Pues bien, como de lo que se trata en este capítulo, a tenor de su potenciada enunciación, es de ir aproximándonos —interpretación fué en todo tiempo aproximación— al secreto formativo de la personalidad del escritor, empecemos con el reconocimiento de la calidad peligrosamente hermética que para Montalvo tuvo desde un principio su apasionada devoción por la Naturaleza: ver en la soledad meditativa o contemplativa una condición de vida de toda alma superior, de que creía él poder considerarse ejemplo objetivo o subjetivo. El peligro de este modo de sentir la dimensión de la propia existencia está en que le lleva fácilmente al individuo a percibir como oposición lo que debiera ser activa conexión entre "yo y mundo exterior". Se tiende, así, a vivir del yo y desde el yo, por sobre todo, sofocando cada vez más el impulso y el sentido de la organización social del alma. El mundo es vivido sólo como resistencia en esta actitud de oculto o confesado emplazamiento egocéntrico.

Una nota peligrosa más le es inherente a esa tendencia del contemplativo, a saber: que su mismo as-

XVII

queador desasimiento de la realidad se desvía y ahonda en dirección a la tristeza. Sentirse triste es algo emocionalmente dado para el sujeto como lo que debe caracterizarle en cuanto temperamento de selección. Desde el punto de vista de la caracterología, esta tristeza es cualitativamente distinta de la que psicólogos y sociólogos, generalizando su análisis, han encontrado inserta en la estructura psíquica y, por consiguiente, en el sistema normal de vida del hombre suramericano. En Montalvo la tristeza representa un órgano especial, que ha de funcionar al unísono con el sentimiento de la soledad para que el hombre pueda llegar a creerse capaz de cumplir su personalísimo destino.

Y es forzoso que arribe a tal creencia, porque precisamente en el hecho de elegir la trayectoria propia, apartándose de los caminos trillados, está mostrando su aspiración a ser una individualidad relevante, que no ha de confinarse en la estéril contemplación solipsista, sino que ha de realizar original obra de arte e influir con fuerza victoriosa sobre la odiada realidad ambiente.

Más adelante veremos cómo el apasionado por la causa de la libertad y el apasionado por la soledad, del mismo modo que en la imagen de la escena hostil del vertical paisaje montañoso, no logran más que la unidad de una exasperación recíproca. El solitario y el combativo, en situación tal, se abrevan y embriagan

XVIII

de patetismo, y ocurre así que la obra y la actitud pierden en veces peso de realidad y humanidad.

Su primera, imborrable impresión la tiene hacia los doce años de edad. Un día ve pasar a su hermano mayor, doctor Francisco Montalvo, entre un piquete de soldados, que lo llevaba al destierro, y comparte con los suyos el dolor y la protesta consiguientes. Quizá de esta inmediata experiencia prematura brotaba para él, como una fuerza absorbente, que habría de plasmar la totalidad de su persona, el ímpetu vital de aversión contra todo absolutismo en el gobierno de la sociedad humana.

Triunfante la revolución liberal (6 de marzo de 1845) que da término al régimen del General Juan José Flores, puede repatriarse, con otros proscritos, el doctor Montalvo, quien se radica en Quito, llevándolo consigo a su hermano Juan, con el fin de que haga en la capital sus estudios secundarios y superiores.

En 1851, Montalvo se gradúa de Maestro en Filosofía. Para entonces, "habían pasado por mis horas caudinas —nos cuenta más tarde, como insinuando de dónde provino la seducción que ejercería siempre en él la antigüedad pagana— los paralelos de los varones ilustres de Plutarco, las **Décadas** de Tito Livio, los **Doce Césares** de Suetonio, la **Vida de Alejandro** por Arrián, la de Marco Tulio Cicerón por Middleton y otras muchas por el estilo". Luego se matricula en los cursos de Derecho de la Universidad Central. En marzo del año siguiente, celebrándose el aniver-

sario de la caída de "Flores el genízaro", enfervoriza a la concurrencia con un discurso que señala, desde ese momento, su posición en la controversia política.

Entre los años de 1852 a 1857, su otro hermano, Francisco Javier, sostiene el periódico **La Democracia**, y allí aparecen los primeros artículos de Montalvo, que apenas dejan adivinar la acumulación de la energía que ha de desatarse después.

Con estos antecedentes, y dada la amistad estrecha de los Montalvos con el General Urbina, se explica el que, nombrado éste Ministro Plenipotenciario en Roma por su sucesor el Presidente Robles, designe (1857) como adjunto civil de la Legación al novel escritor político. Mas, motivos de política exterior retienen al Jefe de misión, y opta por despachar adelante a su personal.

Ya en Europa, Montalvo no resiste a detenerse unos meses en París. Allí tiene ocasión de tratar a Pedro Moncayo, singular y austera figura del liberalismo ecuatoriano, que desempeñaba el cargo de Ministro Plenipotenciario del Ecuador en Francia.

Llegaba a la ciudad-luz saturado de romanticismo. Lecturas de novelas como las muy conocidas de Saint Pierre, Chateaubriand y, sobre todo, Lamartine, por entonces su autor predilecto, no hicieron mas que exaltar en él su natural propensión melancólica y paisajista. En París, no encuentra, pues, alimento más adecuado a su alma que aquella especie de comunión semipanteísta con la naturaleza, en que descubre

por todas partes la huella del Creador y Todopoderoso. Busca, de preferencia, los bosques y rincones silenciosos de los alrededores, cuando no está instruyéndose en los museos y las bibliotecas.

Pasa a Suiza, país lacustre que le recuerda al dulcísimo cantor de **El Lago**. Luego entra en Italia, y, al visitar Roma y demás ciudades principales de la península, el sentimiento que le guía es el mismo de apasionada devoción por el paisaje, juntamente, ahora, con una intensa emoción de aquel otro paisaje: el histórico, el que en forma de ruinas nos habla del fluir de las cosas en el escenario del gran drama humano. El misterio o encanto peculiar de las ruinas romanas le da después materia para una colección de cuadros poéticos sentidos, más bien que descritos. Pocos como Montalvo tuvieron, por decirlo así, el sentido actual de lo pretérito, la vivencia presente de lo pasado y fenecido, característicos del sujeto romántico, con su ilimitada capacidad de emocionarse o impresionarse.

Vuelto a París, y habiendo renunciado la Plenipotencia don Pedro Moncayo, al nombrarse el nuevo Ministro en su reemplazo, extiéndese también (julio de 1858) el nombramiento de Montalvo como Secretario de esa Legación.

No reprime, por cierto, el don innato de buscar en los parajes solitarios la vibración ascensional de la propia alma. La huida del hombre romántico a "la Naturaleza", que es intento de evasión de sí mismo al comunicarse con la vida plena, como la huida del ana-

coreta al yermo para entenderse consigo mismo y con la muerte, tuvo y tendrá siempre por móvil último el anhelo de lo infinito. Por este aspecto, todos somos en el fondo un poco románticos.

La índole de su nuevo empleo, en todo caso, pónese en relación con elementos oficiales y sociales. De este modo se informa de que Lamartine vivía en el abandono y la indigencia más completos. Impresionado, Montalvo escribe en seguida un artículo exaltando la figura literaria del poeta e invitándole al abatido e ilustre anciano a venir a establecerse entre nosotros. Lamartine le agradeció en breve y sentida esquela, como aceptando el morir lejos de la Francia, "a fin de que no tenga ni mis huesos", decía al terminar. Excusado es añadir que la amonestación a los franceses y la iniciativa de suscribir un auxilio para el infame cantor de las **Harmonías** no encontraron ningún eco. Claudicante en política, pródigo ya de literatura egotista y farragosa, se había borrado la aureola de prestigio que le circundaba al genio poético de Macon en sus días mejores.

Hacia mediados de 1859, Montalvo decide regresar al Ecuador, y, mientras se tramiten las diligencias del caso, hace un segundo viaje a Italia y Suiza, tocando también en España. Ya se comprenderá que en tierras castellanas nuestro viajero prefiere tomar por las orillas del Genil, en la Vega de Granada, y "departir con él en su grato murmullo"; o recorrer la oscura Sierra Morena, porque "el corazón requiere soledad,

el pensamiento sombrío sombras pide". Si de edificios se trata, irá a la gran Mezquita de Córdoba, que es un gran recuerdo del imperio de los árabes en España y donde se medita que "los siglos y las razas van pasando: todo acaba, todo cambia: sólo Dios es el mismo, sólo Dios existe eternamente".

Esta impresión o evocación de "un Ente infinito y soberano Legislador de cielos y tierra" es en Montalvo —y lo será en el resto de su vida— tan honda e insistente que, cuando la imaginaria o verdadera visita a P. J. Proudhon, poco antes de retornar al país, el único asunto que le mueve y ocupa, de espaldas al positivismo y racionalismo triunfantes, consiste en discutirle al pensador de Besanzón su doctrina de que nuestra alma incluye la divinidad. Fuera del tema de las concepciones sobre la divinidad, no le ocurre tratar de nada más con el hombre "cuyas obras, según Fernando Tonnies, han ejercido el más grande y duradero influjo sobre el proletariado francés".

Por supuesto, nada sería más falso, en relación con las escuelas filosóficas francesas, así como con las luchas sociales ya agudizadas desde entonces en los países de civilización industrial capitalista, que destacar en Montalvo los rasgos de su individualismo de liberal idealista y creyente. Como se verá en el respectivo capítulo, Montalvo pertenecía a una época y a una generación desentendidas o distanciadas de la filosofía y para las cuales es tierra ignota el mundo de los hechos económicos y de las teorías derivadas de los mismos.

XXIII

De vuelta de Europa (1860), en condiciones de salud precarias, Montalvo encuentra que el Ecuador, durante su ausencia, ha pasado por un período de trastornos y desgracias sin nombre. Hállase de Jefe Supremo don Gabriel García Moreno. El dictador está resuelto a imponer el orden, enmarcándolo dentro de la disciplina del credo católico. Cuenta, por tanto, con el respaldo y cooperación de la Iglesia. El pueblo, consecuentemente, no concibe nada más deseable que un poder omnímodo organizado para esa románica unidad. En el seno de una nación constitutivamente católica, a lo largo de casi cuatro centurias, los que inquieten las conciencias, a fuer de libre-pensadores, no merecerán sino el dictado de malhechores. Por lo demás, habrá progreso y habrá fomento de la cultura... ortodoxa.

Montalvo se da cuenta de que ha terminado el imperio de los principios constitucionales y de que una opinión pública libre y fuerte va a ser imposible. Se limita, así, desde el paraje (La Bodeguita de Yaguachi) donde atiende su salud, a dirigirle una carta al "hombre que se ha manifestado excesivamente violento" exhortándole a la moderación y pidiéndole que dimita ante la República el poder absoluto que tenía en sus manos (no hace al caso mentar los otros tópicos de la carta). "Si alguna vez— concluía advirtiendo— me resignara a tomar parte en nuestras pobres cosas, usted y cualquier otro cuya conducta pública

fuera hostil a las libertades y derechos de los pueblos, tendría en mí un enemigo, y no vulgar”.

∞ Transcurridos cinco años y meses —intervalo que, según testimonios, fué de vehementes amonios para Montalvo—, la advertencia aquella se volvía realidad. El 3 de enero de 1866, aparece en Quito el órgano de sus clarinadas de combate: **El Cosmopolita**. Era un grueso cuaderno en que, a modo de miscelánea, se contenían trabajos de varia índole, una oda a don Andrés Bello inclusive, todos de la exclusiva redacción de Montalvo; cuaderno al que seguirían otros de idéntica factura, sobre cuyo sentido monitor y educador el Prospecto entrañaba la explicación programática más hermosa.

A “sus duras lecciones de gobierno” daba comienzo Montalvo advirtiendo que “Don Gabriel García no es modelo de imitarse para quedar bien con Dios y con los hombres” y aconsejando al sucesor que siguiera otro camino, con lo cual la opinión de los patriotas verdaderos sería suya. Consejo superfluo, porque el sucesor era la bonhomía personificada: don Jerónimo Carrión.

En ese mismo año, García Moreno sale para Santiago como Ministro Plenipotenciario del Ecuador en Chile. Si en el Prospecto asesta Montalvo certeros dardos a la figura del ex-mandatario, en el primer ensayo que le sigue —La libertad de imprenta— condena por su sistemático desconocimiento de esta garantía al “funesto presidente”, bajo cuyo mando “la prensa ha es-

tado con bozal, enmudecida, bien como el ladrón de casa suele hacer con el fiel perro, para que de noche no haga ruido”.

La lucha se ha planteado, y la expectación se aviva porque quien la inicia es dueño de una prosa incendiaria y centelleante cuanto originalmente gallarda de dicción.

EL LUCHADOR

El vocablo “luchador” no tiene sentido si al frente del que lucha no vemos fuerzas antagónicas, impulsos contrarios. Luchador que no choque o venga a chocar contra algo que **es** y que él quisiera que fuese radicalmente distinto, apenas si concebimos. Mas ese algo —representándonos el proceso de la lucha en un plano de contenido vital de las más hondas repercusiones, como es el de índole político-religiosa— se refiere siempre a contenidos que la colectividad considera no susceptibles de mudanza o evolución. Ve en ellos la vinculación social cualitativa, el tesoro de la tradición que ha de ser custodiado para no dejar substituirlo con bienes inferiores o valores hechizos.

De esta suerte, en el luchador se creará descubrir al pronto un agitador y hasta un peligro público. Promuévese un frente de resistencia difuso y anónimo, inconsciente de sus límites. Es el germen del desarro-

llo de la lucha en su forma implacable, inhumana. Luego vendrán las decisiones de los grupos, las réplicas o refutaciones basadas en la comunidad de principios, en que igualmente la extralimitación constituye el signo. Se dan y se reciben golpes, entonces, y esa como concurrencia de fuerzas en torno al luchador, en vez de amilanarle, le lleva a la determinación de afirmarse en sí mismo.

Parece, según esto, rasgo constitutivo y característico del luchador la vocación. Sin este connatural impulso combativo, resulta inimaginable la textura psicológica de un hombre que hace del batallar perenne la realidad formal e interior de su vida. Lo que en este aspecto aparece superficialmente como aberración —harto propensos somos a creerlo y pensarlo así— es, en definitiva, atributo y calidad nativos, impulso y expresión congénitos, doloroso e ineluctable destino.

La tendencia a persistir de las opresiones y prerrogativas generó en todo tiempo ese gran hecho elemental humano de que una minoría más consciente reaccione en pro de nuevas ideas, de nuevas instituciones. La génesis de los movimientos religiosos, de la formación de núcleos o partidos políticos consistió siempre en ese "inconformismo" de unos cuantos contra lo vigente. Este inconformismo les hará tomar contacto entre ellos con miras a la acción renovadora, y es la etapa de gestación y polémica con predominante sentido impersonal. El luchador, en cambio, como un tipo de

hombre independiente, casi ajeno al esfuerzo cohesivo, pero afanoso de sobrepujarlo con efectos todavía más fuertes, aspirará a representar en sí mismo los caracteres sustantivos del tiempo nuevo. Por tanto, lo natural será que atraiga sobre sí de preferencia los tiros de los incapaces de cambiar sus relaciones con un orden fijo ya cargado de signos negativos.

Bajo este sumarísimo esquema, estamos ya en camino de reconocer cómo en Montalvo, a quien precede ya un movimiento de inconformes, se despliega la vocación de luchador, y tan recia, que para no dejar de serlo esquivará posiciones eminentes y preferirá las de solitario y de proscrito.

Desde que se presenta en la liza, su objetivo queda determinado, fundamentalmente: el imperio de la libertad en lugar del falsamente llamado orden cristiano, que Montalvo denuncia en su doble aspecto de despotismo y fariseísmo. En lo político, proclama la libertad republicana como sistema de gobierno, mostrando que la República es todo lo contrario de la preeminencia omnímoda de un hombre. En lo moral-social, exalta la libertad de espíritu como tranquila actitud de convivencia humana, libertad que para él significa hallarse a cubierto de odios y de fanatismos. Y, pues siente lo que deben ser la conciencia y la conducta cristianas, el confrontamiento de la doctrina y de la práctica, en un pueblo que blasona de su religiosidad, le llevará a erigirse también en implacable censor de los resabios religiosos y de las costumbres pacaatas.

XXVIII

En este orden de principios políticos y de normas morales, dentro de esta filosofía de la dignidad humana, que reprueba que los hombres sean tratados como esclavos o masas sin albedrío, y de esta concepción evangélica del nexo vivo exigible entre el credo íntimo y la conducta cotidiana, van a concentrarse y mantenerse el vigor discursivo y el ardor patético de la literatura militante de Montalvo.

Dicho queda con esto que "el caso" del absolutismo tiránico de García Moreno viene a constituir su punto de partida, su tema obsesionante. Pero dicho queda, primordialmente, que la circunstancia de ser "el tirano" la figura destinada a sus ataques más duros define para Montalvo la trayectoria de su vida y destino. Desde ese instante, el rival con quien habrá de habérselas, el tremendo e irreductible rival, puesto que inasible y actuante siempre, es el mismo ente moral por cuya redención rompe lanzas: la colectividad ciudadana.

Para las mayorías, personificación es de excelsas virtudes cívicas García Moreno. No le cuadra el mote de gobernante autócrata y cesarista. Ha sido el varón sabio, de alta inteligencia, de heroica intrepidez, amante del progreso. Ha sido, singularmente, el defensor de la fe católica, el celoso guardián de la unidad religiosa en el Ecuador. El país, por esto, le respalda, le ama, le admira, y "tal cual exceso hay que excusarle por la alteza de su gran pasión".

Montalvo experimenta aquel género de impresión

XXIX

glacialmente azorante para un luchador cuando topa con el más ardidoso enemigo: la "hostilidad ambiente". Cada número de **El Cosmopolita** produce sorda irritación en los ánimos. A cada recuento que hace de los excesos del régimen garciano (1861-1865) se sigue el enojo de los que esperan su restauración y perpetuación. La ola de inquina crece, alimentada sin cesar por un clero —el jesuitismo, en primera línea— que añora al magistrado irremplazable y ansía su vuelta, impaciente.

La subconsciencia colectiva está de tal modo saturada de tradicionalismo —y aún pudiera decirse que creada por el tradicionalismo— que convierte la admonición liberadora en palabras vacías, aunque exasperantes. El combativismo individual contra los adormecidos fondos de la psique colectiva nunca se tomó más que como una usurpación, como una enorme petulancia, como una **pose** atrevida e impertinente.

Esta es la íntima, acerba e inenarrable tragedia de todo luchador. Esa fué la tragedia de Montalvo. Su conciencia personal de tamaño conflicto como problema casi insoluble del ambiente en que actúa hace lo dramático de su situación. Sólo por el resorte vocacional se explicará que persevere en el empeño de "hacerles entender a sus compatriotas que son hombres, que no nacieron para esclavos, que es preciso ilustrarse, y otras cosas buenas".

Ya desde el número 2 de **El Cosmopolita** se reprocha a sí mismo haber salido de su silencio. Le contris-

ta el ánimo, particularmente, no que los muchos partidarios y defensores de García Moreno le llamen pícaro, atrevido, insolente, sino que "entre los amigos, entre los pretensos liberales, se le califique de audaz, temerario, herético". La insistencia en este último calificativo, endilgado a quien tan uno se siente con el espíritu del cristianismo, le exaspera e inflama en grado tal, que las páginas en que enrostra a clérigos y pseudocatólicos ser ellos los que pisotean los mandamientos de Cristo son quizá las más elocuentes que brotaron de su pluma.

Montalvo, en efecto, era creyente y cristiano, en cuanto postulaba no sólo el Dios situado en el infinito, cuya existencia admiten como posible muchos librepensadores, sino el Dios hecho Hombre, el Dios que —la creencia fundamental— descendió al mundo como Redentor o Salvador del género humano.

A través de toda su obra, se puede señalar en esto un núcleo de conceptos bien marcado: el cristianismo como religión de valor social trascendental, a condición de que haya sinceridad en los cristianos. "Donde reina el amor de Dios, no puede estar ausente el amor del prójimo, y en habiendo amor de Dios y el prójimo, nunca falta para las obras de misericordia". Esta frase, repetición, como se ve, de algo elemental de la doctrina cristiana, resume su posición y filosofía religiosas. La enunció a propósito de aquel amable episodio de **El Cura de Santa Engracia**, en que muestra el sacerdote evangélico, el cura perfecto. Tal lo mostró,

asimismo, en aquella su semblanza, modelo en el género, titulada **El Padre Yerovi**.

Eran más, sin embargo, los cuadros en que acentuaba con tintas oscuras la indignidad de los cristianos, la sordidez de alma e irregularidad de vida de los ministros del Señor. No encontrando en las manifestaciones del culto el espíritu que las vivificara, tendía a hacer fisga de ellas. Y para la degeneración de la piedad, como "sustentáculo de la tiranía y máscara social de vicios y bajas pasiones", escasos halla los términos y modos bastante expresivos con que anatematizarla. Añádase su ahinco, un poco frenético, por las reminiscencias de Grecia y Roma, por los ejemplos de virtudes de la antigüedad pagana, ahinco que habían de afearle nuestros moralistas católicos, y se tendrá la explicación de que lo denunciasen y reputasen como "hereje".

Una de las mayores dificultades en toda interpretación sociológica es tener que dar la impresión de ciertas situaciones con vocablos que han perdido su vital alcance específico. Así, el vocablo "hereje". Ninguna explicación podría substituir al hecho psicológico de la vivencia que entrañaba entonces el personificar en alguien un hereje. Las gentes veían en él apenas si poco menos que al demonio y el estigmatizado sentía a su vez lo siniestro de la fatal disensión colectiva. Tratándose de Montalvo, este sentimiento desempeñó un papel decisivo en sus reacciones anímicas.

Debe, según eso, observarse que situar al Montal-

vo anticlerical como en contraste con el Montalvo creyente es hacer un falseado uso de la supuesta posición. Aislando el concepto "anticlericalismo" de los elementos de la situación social-política que confrontaba el luchador, sugerimos apenas lo que hay de propiamente negativo en tal concepto. Se desconoce, en ese caso, que, bajo la forma de defensa propia, su repulsa al modo de entender clérigos y clericales la defensa y la práctica de la religión entrañaba una lección moral positiva, dentro de los límites de la verdadera misión del clero y la condición del católico honesto y práctico.

Acerquémonos con pulcritud a los hechos, que es lo que importa, para concluir que su índole y el medio, sus objetivos de lucha y las reacciones consiguientes, inseparablemente fundidos, lleváronle a Montalvo, como a todo luchador, al único reducto accesible: la soledad y el aislamiento.

En efecto, restituyéndose al poder García Moreno, por la impuesta renuncia de Carrión (noviembre de 1867) y el golpe de Estado contra don Javier Espinosa (enero de 1869), que fué elegido para el resto del período constitucional, Montalvo tiene que expatriarse. Va directamente a Ipiales, pasa luego a Tumaco y de aquí a Panamá, donde se relaciona con Eloy Alfaro. En seguida parte a Francia. Mas la guerra franco-prusiana lo hace retornar a Panamá, de donde viaja a Lima, para radicarse por fin en Ipiales (1871 - 1875). Se cree que durante esta estancia escribió muchos capí-

titulos de las que serían sus obras más famosas: los **Siete Tratados** y los **Capítulos que se le olvidaron a Cervantes**.

De todas maneras, por esta voluntaria proscripción, voluntaria y necesaria —necesidad de mantener su libertad de combatiente—, no han menguado sus arrestos, si bien le entristece y, por lo pronto, le desilusiona el ver que los males de la patria por los que estallara su cólera encendida habían recrudecido y tomado mayores proporciones.

¿Dónde, entonces —se dirá—, la fuerza revolucionaria de su pensamiento? ¿Cuál el movimiento interno por ella operado?

Estas preguntas, formulables en sí mismas como problemas, indican ya el complejo que se encierra en la lucha desde el punto de vista sociológico general. En el caso de la que, a plena luz y sin reservas, la actitud del Cosmopolita planteaba, arriesgándose en una aventura por los propios calificada de loca, el solo estremecido movimiento inicial de los ánimos empieza por tener un valor positivo. Toda repulsión social vivida pertenece al proceso interhumano y se funde en la realidad histórica. Por el cambio de dirección en que esta realidad se manifieste habrá de inferirse luego el grado en que de una actitud puramente reactiva se ha ido llegando a la comprensión siquiera parcial del sentido que la actitud provocadora entraña.

El cambio operado bajo el influjo principalmente de la ardorosa y pertinaz militancia de Montalvo fué

de esa índole, cuando también muchos dirigentes católicos se plantearon la necesidad de reaccionar contra el sistema de compenetración íntima entre el Estado y la Iglesia. La expresión de tal necesidad venía a constituir una ruptura del fundamental y unitario credo enfrentado al llamado "radicalismo" de la época.

Figura la más representativa en el campo tradicionalista, cuyo principal órgano se titulaba, apropiadamente, **La civilización católica**, fué Juan León Mera, conterráneo y opositor de Montalvo. La fórmula extrema del pensamiento y el sentimiento predominantes en el régimen conforme al cual la substancia del Estado debía no ser distinta del núcleo de aspiraciones de la vida y la conciencia religiosas hubo de enunciarla aquel controversista ortodoxo, cuando dijo: "Enemigo mortal del radicalismo y del liberalismo católico, para mí no hay partidos, sino catolicismo puro".

Pues bien, para Mera no pasó inadvertido lo que de revolucionario había en aquello de la ruptura a que he aludido, y de ahí la acusadora condensación pesimista de su comentario al hecho de la fundación del partido progresista: "Si los liberales mataron a García Moreno, los conservadores habían asesinado al partido conservador". Sólo que la estricta verdad de este último aserto está en que los conservadores progresistas, participando de las conexiones vivas del tiempo, buscaban una redefinición de la utopía tradicionalista en términos de la realidad.

Semejante redefinición empezaba, pues, orientándose hacia la idea moderna del Estado, aquella idea que presidió en la fundación de nuestras repúblicas, en consonancia con el nuevo clima mental de Occidente, y que la gran fuerza histórica de la Iglesia, dadas las condiciones reaccionarias de la sociedad, sería capaz de desviar o dominar en nuestro país, volviendo al régimen semicolonial de cohesión del Estado-Iglesia por virtud del puño fuerte de "su fiel siervo e hijo amantísimo": García Moreno.

La comprensión de la importancia de este tránsito en la trayectoria del pensamiento y la acción políticos ecuatorianos puede no ofrecernos ahora mayor dificultad. Vemos lo superficial y erróneo de la tendencia, muy difundida entre los liberales, de ironizar sobre el movimiento del progresismo, que del catolicismo político (o "catolicismo puro", según la fórmula de Mera) llevó a muchos personajes conservadores al republicanismo católico o partido de transigencia con los "radicales". Y vemos, sobre todo, el desconocimiento de la superior posición de Montalvo, cuando se asevera que "nunca ultrapasó los límites de aquel inocente liberalismo que se compadecía, en nuestros padres con la propia calificación de católico, y sentía con intenso fervor la religiosidad y la moral evangélicas, que en más de una vez fijó su pluma en rasgos de indeleble unción" (Rodó).

El Montalvo moralista, en verdad —moralista en el sentido de predicador de moral, no de pensador que

considera "la moral" como un objeto de investigación o como un problema—, cuando no hacía que volvieran a lucir los antiguos luminaires de la virtud pagana (y ya en esto se separaba radicalmente de todo moralismo católico), extraía de la unciosa aplicación de los preceptos del Evangelio el vigor de su discurso. Pero el Montalvo político no se limitó al empeño de paliar la tensión entre el sentido del Estado seglar y la lealtad al propio credo católico. Desde un principio nos advierte del móvil capital que le lleva a combatir a Gabriel García, quien "nos parece tan malo como el que puso fuego a Roma: es que nuestro Don Gabriel ponía fuego a un edificio que vale más que Roma, **la civilización moderna**" (el subrayado es por mi cuenta).

Y el contenido de la civilización moderna se resume para nuestro escritor político en la doctrina de la libertad de pensamiento, que fué arma de independencia antiteocrática y trajo consigo el triunfo del liberalismo, por mucho que en su evolución se cruzaran corrientes de doctrina de diverso origen, haciendo acaso imposible un cuerpo de ideas y de normas que tuviera una precisión coherente para las colectividades. Al igual de su contradictor Mera, el Montalvo político extremaba la fórmula del anhelo de secularización de la política ecuatoriana en modo análogo, mas con alcance inverso, pues concluía afirmando: "En el orden de nuestras cosas, para mí no hay partidos, sino el partido de la libertad y la dignidad humana". Es decir, li-

beralismo puro (que, cursando los años y definiéndose las propias antiposiciones, se matizaría de radicalismo).

Con todo, no se mantiene al nivel de la escueta teoría, de la pura abstracción. Antes bien, dramatiza a lo vivo el contacto con "la fea y perversa realidad". Es el fuerte de Montalvo, y el haberse enfrentado así contra el espíritu de toda una época constituye la sugestión permanente de su elocuencia y actitud políticas. Esta posición vital del luchador doctrinario hace que su obra tenga un sentido orgánico en el proceso de transformación de lo que se creía seguro retorno de formas de vida puestas por entero al servicio del ideal religioso.

En la imposibilidad de reseñar aquí este proceso, ni aun haciendo resumen de resúmenes, remito al lector a mi próximo libro MONTALVO, en cuyas páginas se encontrará lo más esencial que cabe decir al respecto.

Para cerrar este capítulo sobre el Montalvo luchador, sólo resta que veamos algo acerca del libro en que la fiebre de la mano que lo escribió exterioriza una vena tan atormentada e impetuosa que ahora nos parece sencillamente un caso de envenenamiento moral. Jamás escritor panfletario desplegó tanto ingenio ni abundó en sarcasmo tan acre para ejercitar el "castigo", **nombre que se da a sí misma la venganza** (Nietzsche).

Ominoso, por lo tanto, el sesgo con que la crítica

ha solido soslayar el tema, abandonando prácticamente el juicio moral y el estético. Quien diga que el odio que hierve en las **Catilinarias** es odio santo, odio a las tiranías, que ennoblece y realza el ultraje personal, y encuentre en sus páginas obra de estilo y de clásica literatura, no viene a decir sino que no las ha leído con mediana atención. Si nos fijamos en lo interno de la obra y en lo relativo a la forma, su específica determinación se impone: una vengativa exorbitancia de ataque a las personas, que agota la técnica de la injuria y el insulto en una muchedumbre de direcciones.

EL "TRATADISTA" O EL "POETA ERUDITO"

Cumplido el desahogo catilinario, se marcha a Francia, adonde le lleva principalmente el propósito de editar allí su obra capital: los **Siete Tratados**. Montalvo llegó a París en octubre de 1881. Mientras organiza suscripciones y recolecta fondos, transcurren algunos meses. Por fin, se da principio a la edición, en Besanzon, y se termina a mediados de 1883.

De los dos elegantes volúmenes de que consta la obra, el primero comprende los ensayos **De la nobleza**, **De la belleza en el género humano**, **Réplica a un sofista pseudo-católico**; el segundo, **Del Genio**, **Los héroes de**

la emancipación de la raza hispanoamericana. Los banquetes de los filósofos y El Buscapié.

Prescindiendo por ahora de apreciar con algún alcance crítico el contenido de cada ensayo, contenido sobre el cual los críticos se mostraron habitualmente muy parcos (cada uno de los temas por Montalvo tratados necesita, más que merece, un breve análisis, un comentario preciso), vengamos al elemento de substancia que se encierra en ese espléndido material de una obra al parecer didáctica, penetrada de humanismo y de pasión. Señalándolo, sorprenderemos al escritor sobre un fondo de autenticidad que es tal por inherente a los caracteres de su más entrañada faena literaria.

Desde su aparición, el libro interesa a prestigiosos hombres de letras, que ven en aquel haz de ensayos un género de literatura deleitable por el discurrir erudito en sentido de arte y por la ufanía de forma dentro de la tradición verbal de Castilla. Aquella rara mezcla de digresión libre y fantasear poético, realzados por el don de un triunfal dominio técnico del lenguaje, comportaba una novedad y venía a ser ejemplo de arrogancia y lozanía de espíritu en el modorro ambiente literario de América.

Indisputado mérito de Montalvo, haber sido el primero que mostraba con el ejemplo cómo se puede ser gran poeta en prosa y cómo ésta permite una efectuarante normación estética. En ese tipo de disertaciones o divagaciones, toda la fuerza de la composición es-

tá constituída justamente por el nexo interno de los caracteres que hacen el contenido y la forma de una creación poética. Por todas partes, pensamiento, fantasía y ritmo primordial se interpenetran y coexisten.

El motivo que resuena esencialmente en el ensayista de los **Siete Tratados** es, por cierto, el de enseñar y adoctrinar, pues la idea matriz que puede uno derivar de toda su obra se reduce a eso: la de que "escritor cuyo fin no sea de provecho para sus semejantes, les hará un bien con tirar su pluma al fuego". Pero ahora surge la norma primera en el ejercicio o cumplimiento de esa misión: la de que hay que enseñar deleitando, "arte del escritor perfecto, grado sumo del ingenio al cual no llegan sino los mayores de marca, esos que echan a la sabiduría el grano de sal indispensable para su conservación, y el de locura, sin el cual el extremado juicio del filósofo vendrá a parar en insensibilidad y desabrimiento".

Estas connotaciones —el grano de sal y el grano de locura, o sea ingenio y "bello desorden"— atribuidas a la eficacia de la función y del efecto de toda genuina obra de arte, si principios genéricos como enunciación, llegan a tener una pujante manifestación de realidad en los **Tratados** de Montalvo. Tanta y tan abundante es la dosis de ingenio y en tal modo extrema el gusto por lo informe y desatado que no pocas veces peligran la excelencia y calidad de la composición.

Naturalmente, el ingenio es un patrimonio consi-

derable de que Montalvo vino provisto **a nativitate**. Para el bello desorden, el cúmulo de lecturas de toda índole —otro ingente patrimonio, adquirido—, que el autor se complace en hacer ostensibles, más su cultivada y pasmosa capacidad asimilativa, son los recursos de que se sirve en interposición y proporción desafortadamente operantes.

Pero no como requisito de técnica o método convencional, solamente. La pluralidad de asociaciones varias en cada asunto, la visión combinatoria de cosas en sí discordantes o independientes, el que esta peculiaridad del ver y mirar comience por hacer caso omiso de la idea central, para detenerse y embelesarse en los detalles, signos son, ante todo, de un régimen psíquico determinado, abarcable de cuantos espíritus, dentro de un estilo temporal de cultura, personificaron la barroca sensibilidad romántica.

Antes de que en el lector se produzca esta confucionada impresión de abundancia y heterogeneidad visuales y sentimentales, tiene lugar, pues, en la complejidad misma del escritor, para quien el sentido artístico y el significado estético radican en el torrencial fluir del pensamiento y la forma. En otras palabras, la sensibilidad romántica es la sensibilidad para la imagen y para la sugeridora indeterminación de los conceptos.

Esta convicción de que el puro razonamiento resulta impotente como fuerza educativa si no tiene su punto de arranque en la ley de movilidad de la fanta-

sía y el sentimiento preside la obra entera de Montalvo, de acuerdo con su propia naturaleza y su literaria vocación doctrinante. Deliberada o instintivamente, habrá de buscar siempre que la elaboración conceptual patentice más el despliegue libre de un espíritu que el contenido mismo del pensamiento. En torno a este punto, algo que implicaría incomprensión, por consiguiente, fuera reprocharle al escritor falta de disciplina dialéctica, virtud y condición del pensador, que, vigilante siempre de sí mismo, jamás sacrificará lo conceptual por veleidades de ingenio ni artificios de expresión.

En el tratado **Del Genio** es donde podemos ver más claramente la orientación estética y las doctrinas literarias de Montalvo, en consonancia con su índole. Fiel a ésta y al procedimiento errabundo y voluntarioso, antes del motivo principal, han de ocuparle despa-ciosas divagaciones sobre "la fuerza de substancia y grandiosidad" que se oculta en el concepto **genio**. Desde luego, la primera acepción que le obsede es la de "el genio en la naturaleza".

El tratado continúa dentro de esa noción del genio como fuerza universal a que pide la explicación de lo bello, lo santo, lo verdadero, pero también de las categorías o manifestaciones contrarias, ya que reconoce que hay genios benéficos y genios maléficos: junto a un Plotino y un Isidoro Alejandrino surgen mentes mal aconsejadas como Bion, Sila, Mario.

Sólo mediante esta construcción cuyos diversos ele-

XLIII

mentos se hallan caprichosamente mezclados y fundidos llegamos al motivo principal: la consideración del **genio** en cuanto el único ser capaz de producir verdaderas obras de arte, en cuanto tipo de hombre que logra expresar una forma superior de visión de la vida y del mundo. Valiéndose del más hermoso y agudo de los contrastes paisajistas —la colina y la montaña—, hace una distinción entre **genio** e **ingenio** ("el genio y las reglas", "el genio y la locura" fueron temas que preocuparon grandemente a la centuria romántica), para mostrarnos y concluir que "en el genio hay mucho de irregular y salvaje".

Y como un ejemplo vivo, que vale más que los símbolos y las doctrinas, luego de mentar a Shakespeare, nos presenta, entre los genios contemporáneos, la macroscópica figura literaria de Víctor Hugo. Es decir, del poeta de los sublimes cambiantes, pero también de las desigualdades enormes; del que en sus libros nos ofrece más claridades y más sombras que en la naturaleza ("el faro en el mar del absurdo" le definió crudamente Nietzsche). Para nuestro tratadista, "ese anciano prodigioso, aun en sus delirios inconexos, es sublime; ni puede ser de otro modo cuando Dios es el remate de sus pensamientos y afecciones" (1).

Sobre el tema de este predominio del sentimiento y la imaginación como imperativo y norma de la

(1) Sabido es que el poeta discursivo de *Las contemplaciones* y de *Religiones y Religión* concebía a Dios como la misteriosa irradiación de un principio moral-estético en la conciencia, "que repugna la inmensa sombra atea".

escuela romántica, que vino a significar un movimiento revolucionario contra el clasicismo francés (siglos XVII y XVIII), paralelo de la revolución política que destruyó al antiguo Régimen, se ha escrito bastante, y sólo apuntaré que, igual que en toda revolución, se vió saltar los límites, lo que hizo que poetas como el favorito de Montalvo, exaltando sin medida los derechos de la sensibilidad, desvirtuasen la propia intuición artística e incurriesen a menudo en "efectismo".

Ya podemos concluir que Montalvo no escapó al contagio. José Enrique Rodó, que, revelándose juez excepcional en cuestiones de sentido de la forma, consagró a nuestro prosista el más pulcro y más admirativo de cuantos estudios —por lo común, tributos a su misma retórica o ritual de devoción obligada— no puede menos de observar que, "en ocasiones, aparece(en la prosa de Montalvo) la retórica aliñada y compuesta como en producción de certamen" y "otras veces, es la persecución desconcertante del efecto violento en la parte sentimental o en el color".

Llegados a este punto de las frecuentes deformaciones del sentimiento en la producción de Montalvo, dediquemos siquiera unas líneas a la menor de sus dos obras póstumas: la **Geometría Moral**.

Dentro del sentido y la forma muy personales y propios con que el autor utiliza el vocablo, hemos de entender que nos ofrece en ella un nuevo tratado. En cuanto al asunto, es el recuento de los grandes amadores, bajo un símbolo de las figuras comprendidas en la

ciencia de Euclides, que no pasa de un capricho de la fantasía del tratadista, para concluir "proyectándose" (con "el extranjero Herculano", además) en aquel su doble, **Don Juan de Flor**, que al señorial verbo zumbón del prologuista Valera le hace decir: "Don Juan deja atrás, muy atrás a su tocayo Tenorio, y merece llamarse Don Juan Espantoso. No es un mortal cualquiera: es un Sangay, un Tungurahua, un Cotopaxi de pasiones eróticas".

"Yo soy el otro" pareciera decirnos, en efecto, a cada paso, el autor de estas páginas donjuanescas y con equívoco dejo autobiográfico. Pero "el otro" ase-dia al ser entero afectivo y volitivo no como vida, sino como mera representación. Se ve a sí mismo en conexión con un fantasma, fantasma al que da cuerpo literariamente como realidad de su vivir. El hombre se comporta alucinada o fraudulentamente con su propia existencia. Su emotividad suena así a falso, como la de un sujeto que alardeara de amar y ser amado sólo ante las cuartillas. Por dentro, un hombre fogosamente nostálgico del amor; nostalgia que, al ser sofocada, volviéndose ensimismamiento egolátrico, revienta por fuera en caricaturesca imagen de aquel hombre interior. Amador imaginario, no nos da la impresión de lo real psicológico vivido o revivido; narrador sin trama psicológica, no nos ofrece tampoco la plasmación en arte del fenómeno de amar, que nos transporta de lo natural a lo espiritual.

MORALISMO Y QUIJOTISMO

Contrasta con esta postura, que, como vemos, no excluye algún valor de emotividad, la literaria actitud vital de Montalvo en su pelear quijotesco por la causa de la libertad, la moral y la justicia. De aquí la amarga realidad de su aventura de luchador efectivo, cuya manifestación postrera, ya de determinada altura, por su sentido teórico y estético más que objetivo y político, son los **Capítulos**.

El **Buscapié**, o sea el prólogo de esa obra, se conocía ya, pues apareció como el último de los **Siete Tratados**. Por el sufragio de la crítica, se ha reconocido que es el más artístico y el más interesante de todos. Lo que bien se siente bien se dice. Si algún culto casi fetichista profesó en su vida Montalvo, fué el del creador de Don Quijote. Y, más que al creador, lo tributó a la criatura. Se ha observado con justeza que tuvo más de quijotista que de cervantista.

Ahora bien, este hecho no sólo que aclara y pone de relieve, en grado extraordinario, la íntima textura romántica de Montalvo, sino que también nos remite a un momento de vida ardientemente emocional hasta ahora no bien definido en la historia: el Romanticismo.

Para la era romántica, todo el resplandor de la creación cervantina ha venido a reflejarse sobre la imagen del personaje principal, pero en tal extremo y

con tanto efecto de glorificación para él, por obra de un impresionismo crítico hermanado a la fantasía, que el tipo así sustituido al creador se apodera de los ánimos y los satura al parecer de contenido ético y vital. No es el caso de **Hamlet**, en las usuales exégesis comparativas, y menos el de ese otro evocador de fantasmas y buscador de aventuras, **Fausto**, personajes de los que nadie podrá decir que viven como con vida real en plena edad contemporánea. Al Señor Don Quijote españoles e indo-hispanos —si no queremos abarcar la sugestión más en grande— lo evocan a diario, lo ven y lo sienten. Cuando de los ideales se trata, han de exaltarlo como su arquetipo máximo, y todo el que se crea defraudado en sus anhelos o afectos nobles hablará de que ha sido un Quijote.

En esta que llamaré "sensibilidad quijotesca" lo primero que se advierte es, pues, a poco que se mire, un movimiento de ánimo que le lleva al sujeto a creerse partícipe de las características del Caballero con voluntad y con fe. Tan espontánea actitud subjetivista denota en el fondo que lo que preocupa (preocupación infaltable en Don Quijote) es la propia prestancia, el señorío y la vanagloria individuales. La importancia que objetivamente se otorgue al hecho de habernos comportado con una dosis de locura en éstas o las otras circunstancias sólo servirá para insinuar nuestro elevado rango en lo temperamental y anímico.

Ahora resultará claro por qué en cada español se halló siempre un alma o índole quijotesca, sin que en

XLVIII

tal impresión se dejara de entrever que, hombre de pasión más que de acción, como dice Salvador de Madariaga, ese mismo temperamento pasional le empujaba en veces a correr aventuras, a acometer con decisión y con denuedo empresas superiores. Toda la conquista de América fué, indudablemente, en este sentido, impulso quijotesco y obra de la soberbia individual española.

En lo dicho acerca de la autosugestión del quijectismo se está, pues, muy lejos de la intención de subestimar el egregio don del entusiasmo ideal que representa el animoso Hidalgo, ni de desconocer que de la soberbia de los círculos aristocráticos ha surgido el sentimiento renacentista —progresivamente burgués— del honor, merced al cual el hombre moderno cultiva como vivencia noble la llamada "caballerosidad".

De lo que se trata, si se me permite el giro, es de "no hacer el Quijote" cuando quiera que busquemos realizar una categoría de cultura. Se trata, en términos más directos, de que, si nos entregamos entusiastamente al idealismo del deber, no ha de ser sustrayéndonos al empirismo de lo que la realidad y la conciencia exigen de nosotros. La acción no es moral si no está penetrada de un conocimiento realísimo, y todos los arrebatos de idealidad y de nobleza que tomen por gigantes los molinos de viento no harán sino configurar un estado de alma enfermo.

Era inevitable decir esto, en el orden espiritual y de la cultura, apartándonos de criterios en boga, por-

que, si el tema del idealismo quijotil o quijótico ha inspirado cosas bellas y ponderadas, ha servido y sirve a un tiempo para excesivas, desconcertantes figuraciones de humanismo; por tanto, desfiguraciones del hombre o desfiguraciones históricas. El indohispano, especialmente, cargado de fatalismos y de místicas, esclavo de la sugestión de las grandes nociones o de las grandes palabras —los consabidos **ideales**—, tendió en toda circunstancia a olvidar la lógica penetración del problema ético con lo real inmediato. El juicio moral de los procesos sociológicos se creyó poder desenvolverlo desde los puros principios en su carácter abstracto y retórico. Como esto no demandaba alguna maduración de juicio, la abundancia de literatura en este plano sirvió sólo a la causa de la confusión. Con tal abundancia se correspondían inversamente su escasa densidad crítica y su insuficiente validez normativa.

Pero entonces ese casi religioso cometido que es ir orientando la moral o la cultura de un pueblo queda limitado a la ciega oposición entre dictaduras éticas, entre moralismos hoscos. Cuando en todos los campos la lucha por las tesis idealistas se respalda en posiciones absolutas, y desde cada sector se habla sólo de "los malos", "los perversos", "los inicuos", juzgándose los censores moralmente buenos en razón de sus ideales y por el acto de su censura, lo que se hace es incurrir, como dice Max Scheler, en el error capital de un negativismo crítico, destructor de todos los va-

L

lores existentes. El mismo insuperado tratadista de ética, luego de mostrar que el acto de un juicio o el juicio de un acto no es, en manera alguna, un acto moral, imprueba a "los que pretenden discriminar los buenos de los malos tal como los carneros de los corderos, por notas reales, señalables y pertenecientes a la esfera de la representación, en lo cual consiste, en cierto modo, la eterna forma categorial del fariseísmo".

Anoté al comienzo que la devoción quijotista de Montalvo acusaba con mayor claridad su contextura romántica y nos remitía de hecho al momento histórico en cuya atmósfera y con cuyos alientos vitales hubo de formarse. El resumen de unos cuantos de los caracteres de aquella época bastará para convencernos de que se trata realmente de un ritmo típico de existencia.

En el plano normativo y trascendente, la escuela romántica atribuyó al luchador por las causas nobles aquel tono de osada aventura que le presenta como obedeciendo a un vital apremio predominante. Condiciones afines son, según esto, no vivir inmediatamente por sí mismo, sino por la querencia de las posibilidades de valor en los demás, y eliminar en defensa del caudal del entusiasmo los motivos basados en reflexión racional práctica. Aunque tope con los reveses originados en este desconocimiento de lo circunstante, no decaerá su ánimo. El hombre de esta casta espiritual se siente demasiado aristócrata para no dejar de reconocer con sensitiva sutileza que todo ello es ingre-

diente de su misión. El sentido de esta misión ha de experimentarlo en la aventura como vivencia hondísima.

Objetivadas simbólicamente esta compleción anímica y esta actitud aventurera en el Hidalgo manchego, originase el quijotismo como sentimiento y movimiento románticos.

Pero al personaje simbólico lo situó su creador fuera de la realidad; mejor dicho, ajeno a la conciencia de la realidad. Es una existencia enajenada. De suerte que resultaba lo superlativo de la actitud romántica contra las corrientes positivistas el convertir en modelo, en paradigma de la grandeza de alma, disociando **alma** y **razón**, al padecido y compadecido héroe insano.

¿No se atisba ahora la inconsistencia de la prédica moral al centrarla, según hace Montalvo y lo han hecho tantos, en la figura del Caballero de lanza en ristre, del idealista orate? Olvidando que también la razón es forma y función de la vida, por lo que una filosofía reciente postula la crítica de la razón vital, se incurría en la mayor de las tergiversaciones: confrontar el problema de las más altas y nobles pretensiones humanas exclusivamente desde el plano de ejemplaridad y actuación del héroe-loco manchego; ejemplaridad que está anclada en el error de creer que un elocuente hablar es ya un obrar y que por sobre cualquier inconsciencia de los actos debemos admirar una

buena voluntad, voluntad determinada por "imágenes de deseos" o "sentimientos de deseos".

Vienen a la memoria los clásicos conceptos de Kant en su **Crítica de la Razón Pura**: "Un médico, un juez, un hombre de Estado pueden tener el cerebro cuajado de magníficas reglas de Patología, de Jurisprudencia o de Política en alto grado, capaz de servirles para ser considerados como grandes maestros y sin embargo se repetirá el caso de equivocarse en la aplicación de su profesión, sea porque carecen de juicio natural sin carecer de entendimiento, o porque vean perfectamente en abstracto lo que no pueden determinar para cierto caso en concreto, o porque no se hallan suficientemente ejercitados con ejemplos reales en estos juicios".

El cerebro de Don Quijote estuvo no menos cuajado de magníficas reglas de conducta, por lo que ha podido ser considerado como maestro de idealismo caballeresco y de ecléctica filosofía humanística (proyecciones del espíritu y la cultura de Cervantes), y con ese mismo expediente el quijotista Montalvo tuvo como principal timbre en sus **Capítulos** el haber compuesto un curso de moral. Pero, sobre este punto, en conexión con lo anterior, he de completar mi pensamiento diciendo que es equivocado querer ver el supremo estímulo moral en la relación de las formas imaginativas con las formas vivientes. Aparte de que constituirá siempre minoría el número de los hombres cultivados que afinen su sentido ético por la influen-

cia de las obras literarias maestras, el concepto básico en la cuestión planteada es el de que, cuando leemos tales obras, este acto no es sino un acto de integral contemplación de lo imaginario, que, si susceptible de ensanchar y elevar nuestro mundo interior, nunca puede substituir al hecho de la conjugación efectiva del yo consciente con el mundo de la realidad, el verdaderamente vivido y humanizado, puesto que sólo en "la razón de la acción" el individuo aprehende inmediata y directamente las intuiciones y conclusiones morales de la vida.

El ensayo imitativo en función misionera llevaba, en todo caso, para Montalvo, aparejada la idea de hacer una obra de arte, y le angustia entonces el que no llegue a asistirle en su empresa la desenvuelta habilidad del artista. ¡Extraña dualidad de propósito, que pone al descubierto el trance de interferencia constante de los dos impulsos primarios característicos de Montalvo: el moralista y el artístico! Montalvo, sin embargo, se aconsejaba en lo más favorable al vuelo de sus tendencias internas, mas tendencias en parte representativas de la edad romántica.

La que pudo parecer en él extraña dualidad de propósito encontramos como algo perfectamente compatible. Muéstrase esta compatibilidad en el mismo connatural y apasionado regusto del autor de los **Capítulos** de moralizar deleitando —su cara divisa horaciana—, de prodigar lecciones y sentencias por el método artístico de fascinantes escenas dialogadas.

Lo incompatible, sí, era esa holgada o prefijada posición del literato no sólo con el valor de la originalidad creadora, pues los **Capítulos** son una parodia, sino con el dramatismo acendrado de la novela moderna a lo Flaubert, para quien el arte había de ser arte y no tenía por qué ser otra cosa. Romántico de espíritu y admirador de Hugo y Dumas, en Flaubert se perfilaba, sin embargo, lo más opuesto al linaje poético de aquellos escritores: poder analítico y de observación, pero subordinado al sentido artístico, recatada impersonalidad, estilo sobrio y límpido.

No fué un azar, así, el que Montalvo se produjese en forma airada contra el novelista francés a propósito cabalmente de su obra maestra —**Madama Bovary**—, tachándola de inmoral y corruptora. En descargo de nuestro crítico, agreguemos que en la propia Francia (y no se diga en España) el argumento de la novela causó algún escándalo y hubo críticos que lo censuraron.

El mismo áspero prurito moralista le llevará luego a Montalvo a juzgar con severidad y enojo al naturalismo, que su amiga la celebrada escritora Emilia Pardo Bazán, con toda su moral católica, defendía airosoamente en páginas de enseñanza y comprensión memorables. Y procede aquí decir que tampoco fué un azar la enemiga de Montalvo a la escuela naturalista.

“De todo el complejo del erotismo —decía últimamente Ricardo Baeza, cuando se celebró el centenario de Emilio Zola—, el aspecto sentimental había sido ca-

si el único utilizado y expresado". No porque la literatura anterior a Zola —aclaraba— no hubiese tratado temas de sensualidad y de lujuria, pero en todas esas obras la sexualidad aparece en primer plano y como único objeto. "Lo que estaba reservado a Zola era mostrar la vida sexual íntimamente trabada y vinculada a la vida social, como una de las causas sustanciales, acaso la más fundamental, de todas sus acciones y reacciones". En la esfera del arte, el novelista anticipaba, ciertamente, lo que enseñaría Freud, excediéndose, en el campo de las ciencias psíquicas.

BEATERIA IDIOMÁTICA

"Ensayo o estudio de la lengua castellana", también, hubiera querido titular Montalvo su libro. Si por el despliegue de ingenio y el fondo de filosofía moral le cautiva Cervantes, por la donosura de su estilo y el caudal de lengua inexhausto vió en él al maestro, al insuperable maestro que estaba vivo, con la vitalidad inherente al núcleo de expresión de la raza.

Casi sin darme cuenta, con la frase recién escrita, he suscitado y conectado, en comprimido resumen, aspectos fundamentales de la cuestión lingüística, que podemos considerar conjunta con el examen de la actividad y la significación literarias de Montalvo. Con-

ceptos como los de **estilo, caudal de lengua, núcleo de expresión de la raza**, pervivencia y sugestión egregia de **maestros**, han servido y continuarán sirviendo, juntamente con algunas otras ideas diferenciales sustantivas, para el tratamiento sociológico o histórico-crítico de esa cosa humana sorprendente y polifacética que denominamos lenguaje.

Fenómeno biológico ligado a la vida de relación e irrecusable exponente de la gradual complejidad de este vivir, cuyos supremos contenidos se resumen en la ya universalizada noción de cultura, se puede, pues, imaginar cómo habrán sido de múltiples y heterogéneas las concepciones de la investigación o estudio del lenguaje en nexo vivo con las creaciones literarias.

Cuando nos ocupa el arte de la palabra en la obra de un escritor, y más si está éste imbuído por la fe en los recursos técnicos y en el propio poder estilístico —tal el caso de Montalvo—, hemos de cuidar, por lo mismo, de no considerarlo en un plano unilateral meramente formalista. La moderna filosofía del lenguaje ha llegado en esto a una serie de diferenciaciones y contrastaciones esenciales, que voy a destacar con otras conexas.

El lenguaje como energía originaria del ser consciente y a la vez como objetivado progreso del mismo hablar espiritual; consiguiente presión recíproca entre el sistema lingüístico unificado y las necesidades de expresividad de la vida; dentro de esta interna co-

LVII

respondencia, la sensibilidad estético-práctica que da peculiar fisonomía a las formas de pensamiento y modos de expresión de las distintas épocas y razas y pueblos; el contenido subjetivo y afectivo de esta habla común y espontánea sirviendo de fondo a la lengua literaria, en que al escritor le guía la intención objetivamente artística, por donde con el término **estilo** designamos sus características psicológico-expresivas individuales; por último, el hecho de que en el dominio del arte literario como instancia cultural no puede prescindirse de lo que lengua y estilo de un escritor obedezcan a motivos e impulsos intrínsecos y, simultáneamente, al ambiente educativo e influencias de los "modelos".

En el orden de aplicación de estos enunciados al Montalvo hablista, he de anotar que lo primero y más general que en su actitud advertimos es algo parejo con la adoptada por él en la confrontación de la cultura antigua. Si para Montalvo el proceso histórico constituye una unidad constantemente viva, en que actúan fuerzas que nada tienen de antiguas en sentido de inoperantes, lo cual explica su obsesiva invocación de la ejemplaridad de griegos y romanos, sucede que de modo análogo atribuye al idioma en que escribe un carácter de grandeza derivable del tipo de alma que lo ha creado y una especie de perennidad actuante a los "clásicos" de la literatura española. Si se lanza a la aventura de una imitación del **Quijote**, es para ejemplo de las fecundas virtualidades que en materia de

LVIII

construcción y régimen de la lengua encierra el más monumental de los libros de ese siglo.

De otro lado, como ya lo dije en algún estudio, el haber hecho de la lengua hispana un ídolo constituyó en Montalvo una de sus manifestaciones de romántico. El sentimiento de la tradición actúa como fuerza viva tratándose también del lenguaje, y en tan afectivo grado que el nostálgico de **lo que fué** querrá en veces revivir el gesto exangüe e inválido de la **fabla** de los antepasados. Y la ortodoxia gramatical dominante, que encabeza en América el sabio Andrés Bello, con quien hubo de contender Sarmiento, representando por entonces a una minoría de disidentes, favorece o presenta entre sus características ese fenómeno de sugestión tradicionalista. Toda una época, la comprendida en los dos primeros tercios del siglo XIX, especialmente, época de los gramáticos y los lingüistas, se caracterizó por esa beata actitud ante la mítica "lengua de dioses".

Notemos al paso que, por culpa del sempiterno equívoco aquel de "la lengua, alma de los pueblos", ha sido indominable la tendencia que cada comunidad lingüística tiene a demostrar su originalidad y calidades por la índole de su idioma. Si para los de habla hispánica la suya es "lengua de dioses", oigamos, por ejemplo, lo que dice Renán acerca de la lengua francesa:

"La conservación, la propagación de la lengua francesa importan al orden general de la civilización.

Faltaría algo esencial al mundo el día que cesara de brillar esa antorcha clara y centelleante. La humanidad sería empequeñecida, si ese maravilloso instrumento de civilización llegara a desaparecer o a empequeñecerse.... Un sabio colega, M. Gastón Paris, me ha comunicado ayer (2 de febrero de 1888), a este propósito, un pasaje de un poeta champañés del siglo XII, que debería tranquilizarnos. Según este autor, el francés es la lengua de Dios "mismo".

Pero la preferencia romántica de Montalvo por los modos de decir usados en el llamado siglo de oro español no es rendición automática al tradicionalismo de la expresividad literaria. Habría incompreensión absoluta en pretender que su actitud es la estáticamente opuesta al anarquismo teórico de un Sarmiento. Para convencerse de lo dicho, basta ver cómo, en el tratado **Del Genio**, si censura a "los neologistas arbitrarios que forjan en el seno de la nada sus vocablos", aplaude al "sabiamente audaz" Don Gaspar de Jovellanos, que "ha mirado con desdén esa mezquindad pueril con que algunos de sus compatriotas dan por periculado el término del perfeccionamiento de la lengua".

Poseído del concepto de valor de la historicidad de la lengua, mas sólo en consonancia con la evolución histórica de la literatura, el purismo de Montalvo está, pues, determinado por el "uso culto" de los buenos escritores, en la cual bondad se comprende el complejo estilístico como actividad espiritual en el tiempo. Certera observación me ha parecido, así, la antes de

ahora enunciada, a saber: que Juan Montalvo escribe no como Cervantes, sino como el devoto de los clásicos que tuvo el privilegio de sacar de ellos todo el partido posible, "bajo el imperio arquitectónico de un estilo personal y creador" (Rodó).

Por eso mismo, no es lícito confundirlo con el material que en forma de giros y palabras vino a constituir la riqueza verbal del literato. Poner de relieve esta riqueza, como hacen el propio Rodó y sus seguidores, aun relacionándola con las intenciones y el don artístico de su empleo, equivale a sustantivar lo exterior, no la vida de un espíritu en su movilidad. Tengo la impresión de que la beatería idiomática, ambiente, al prodigar en torno a la obra de Montalvo esa engañosa o exigua manera de elogio, sirvió insensiblemente más al desdibujo que a la justa proyección de su fisonomía estilística. Obteníamos un Montalvo que, en primer término y en el mejor caso, había sido un rejuvenecedor y hermoseador de la prosa clásica castellana.

Beatería idiomática ambiente, he dicho. El punto es ocasionado a malentendidos y exige la mayor precisión.

Se trata de que el cultivo del idioma no degenera en excluyente culto al idioma. Entre el estudioso de una lengua y el que crea que por su índole misma es don superior de "la raza" hay una antinomia análoga a la existente entre el analista o escéptico y el dogmático o supersticioso en religión. No cabe duda de que

éste último hará del misterio y de su creencia un baluarte frente al sentido crítico y de perspectiva del otro. Exclusividad e intolerancia en el creyente; amplitud comprensiva y transigencia cordial en el de intelecto libre.

Concebido en esa forma subjetiva y misteriosa el lenguaje, la investigación que adoctrina venía a ser privilegio de iniciados y su autoridad algo como la reconocida a la iglesia en materia de dogmas. Quien se apartara de sus enseñanzas y no mostrara la debida veneración al ídolo se rebajaba al predicamento de hereje: un hereje de la cultura literaria. Lo necesariamente cerrado del sistema correspondía a lo específicamente mítico de la concepción del propio idioma.

La comprobación clásica y más concluyente de cómo los puristas falsearon el sistema de valores de la lengua nos la ofrecen cuando, para ponderar la excelencia y singularidad de la forma en la literatura de Montalvo, amalgaman los elementos de función y mecanismo, de sustancia y accidente, del fenómeno lingüístico, en grado tan diverso y con desorden tal, que sólo una especie de deliquio o actitud mística ante la lengua misma puede explicar tamaña confusión de conceptos. Situados en este plano, se comprende que la prosa montalvina les parezca un museo —museo evocador más que educativo—, donde en procesión reverencial se suceden "el rico tesoro de sus vocablos, la magia musical de sus períodos, las maravillas y

suntuosidades del patrimonio que mermó el proceso de una renovación mal vigilada".

Con los técnicos de la "lengua sabia" —gramáticos y codificadores del léxico— y los celantes de su observancia legal en la práctica literaria, todos cuantos tuvieron la concepción tradicional y romántica de la "lengua para hablar con Dios" han sido, pues, los mantenedores y fomentadores de un equívoco a todas luces reñido con las conclusiones de la sociología y filosofía del lenguaje.

De esta actitud, como hemos visto, participó Montalvo, cuya pasión por el habla de Castilla se sigue ponderando en elogio resonante. Por fortuna, lo estéticamente pasional en nuestro purista estuvo vinculado al contenido anímico-idiomático de su prosa. Quien quiera comprenderla tiene que empezar acometiendo y aplicando el estudio de las categorías psicológicas del lenguaje, terreno en que poco va a adelantarse con los conceptos de grandeza y bizarría.

Lo cual no quita que reconozcamos que Montalvo, al manejar los elementos anímico-oracionales con miras artísticas, acabara en veces por ir más allá de lo involuntario o espontáneo e incurriera en lo calculado y artificioso. Esta inadecuación entre las necesidades de la sensibilidad o del pensamiento emocional y el efecto expresivo logrado es lo que llamamos retórica, en mal sentido de la palabra.

El planteamiento de la vieja cuestión de los "modelos" no puede ahora seguir envagueciéndose ni so-

fisticándose. Lo que se ofrece a la consideración de las generaciones en las obras reputadas maestras es la conciencia o fuerza artística con que sus autores fijaron un tema o contenido —fluencias del pensar y el sentir— en la forma simbólica o poética que le correspondía. Una vez aceptado el principio de individualidad y de personalidad, nos damos cuenta de que la pregonada "imitación de los clásicos" jamás ha de entenderse como coacción de aquel impulso sensible que sitúa al hombre dentro de los límites de su tiempo y le permite pisar terreno firme histórica e individualmente.

El estilo de Montalvo, puesto que se trataba de un esfuerzo artístico, y no obstante su devoción y entusiasmo por los módulos tradicionales, ofrece lo que en la ciencia estilística se ha llamado "originalidad en la imitación". A Montalvo, el hablista, que veía en la lengua una riqueza heredada de los antepasados, apenas si llegó a entabrarle, pues, su fetichismo idiomático, porque por sobre todo estaba su ardorosa voluntad de arte.

Ha habido después otra acuciosa voluntad, la voluntad de "estilo", elevada por encima de lo meramente fraseológico, que —ella sí— se traducía en algo opuesto a la forma viva espontánea. El credo **decir las cosas bien** llevó siempre en sí el peligro de que la delectación en un tal estilismo distrajera de dar primero importancia a las cosas. Hay, por esto, disidentes de ese culto para quienes el dogma es: **pensar, sen-**

tir las cosas bien, seguros de la verdad de que lo demás se nos da por añadidura. Querer tratar la lengua estilísticamente equivale, en última instancia, a una contradicción, pues el auténtico estilista es aquel que vive la expresión de su pensamiento.

Y ahora completemos el esquema de reflexiones que motiva la noción de grandeza del habla castellana invocada en todo momento por Montalvo. Aquí el sujeto histórico o el factor decisivo consiste en lo que designamos como "alma española", cuya expresión son su literatura y su arte. Alma —se ha definido, en este plano— es una existencia espiritual que perdura, y sólo capta el que la lleva previamente en sí como tradición y como voluntad de "seguir siendo". Pues bien, en ese vivido anhelo de continuidad está lo castizo del pueblo español en sus más hondas raíces, siendo España quizá el único país donde la lengua literaria escrita se compenetra con la lengua popular, los orígenes de cuyas formas idiomáticas sabemos que proceden de la meseta de Castilla.

Esto es lo que, dando a la literatura y el arte peninsulares una fisonomía particular, ha inducido al fetichista concepto de "la raza" y, por lógica interna, a la afín exaltación de sus valores estilísticos. De la persistencia en la manera de ver un pueblo la vida se ha hecho un factor de sobreestima, predominando también para el idioma las miras subjetivas de un tan incompañable horizonte histórico. Siempre que se hable de "la España hidalga y cristiana", de "la España

auténtica y profunda", todo su realismo místico y todo su quijotismo eterno servirán también para rendir homenaje a sus clásicos, para ponderar "los secretos y las bellezas de su incomparable lengua".

He ahí, pues, la plenitud de sentido con que se habla cuando en el genio literario español por antonomasia —Cervantes— reconocemos persistir los caracteres de una vitalidad inherente al "núcleo de expresión de la raza". He ahí también por qué España ve que en su hidalgo Don Quijote y en Sancho se conjugan el pensar idiomático culto y el estilo vital del pueblo español. Por condensarse este estilo en la lengua hablada de los refranes (España es el país clásico del refranismo), Cervantes hizo del fiel criado Panza, "que tiene refranes para todo", la extraordinaria figura realista que conocemos.

Apenas si creo necesario agregar, tras de lo dicho, que, con las estereotipadas formas refranísticas de los españoles, que Montalvo acumula en los **Capítulos** (utilizó, a lo que entiendo, las famosas colecciones de Correas, Sbarbi y otros), resultaba escasa la posibilidad de su aprovechamiento con fines didácticos, colocándose el lingüista en un punto dado del tiempo y en una situación de contacto vital con el pensamiento y el sentimiento idiomáticos populares. Adagios, proverbios o refranes que no estén envueltos en la atmósfera del medio en que habitualmente se emplean de poco servirán para determinar los matices afectivos y estilísticos del lenguaje como modalidad espiritual

geográfica. Por lo demás, en punto a lecciones de la lengua castellana, todo se reduce, como en la novela original, a que el caballero andante le enmiende constantemente sus "boquibles" a su escudero.

LABOR POSTRERA. EL PASO FINAL

Durante los que habían de ser sus últimos años, viviendo en voluntaria o, por lo que vamos a ver, obligada proscripción en París, la labor de Montalvo se reduce a dos obras: la **Mercurial Eclesiástica** y **El Espectador**.

Ocurrió que el arzobispo Ordóñez, a la llegada de algunos ejemplares de los **Siete Tratados** a Quito, lanzó una pastoral, leída desde los púlpitos y luego distribuida con profusión, condenando la obra por herética y pintándola como "una nidada de víboras en cestillo cubierto de flores". Montalvo escribió al punto la réplica más fogosa y más cáustica y amena con que dejaba maltrechos al prelado y los clérigos.

Asperezas de tono y de vocablos aparte, hay que conceder que, dado el ambiente, el pequeño libro representaba, entre nosotros y para nosotros, un aporte al esfuerzo de iluminación del criterio histórico en esa enmarañada serie de cuestiones del Papado y aun

de la Iglesia misma debatiéndose en aspectos dogmáticos y situaciones terrenales.

Montalvo, ahora colocado, en cierto modo, por efecto de la lucha misma, en situación de deslinde, frente al catolicismo, concluye con esta afirmación: "Mi religión es más elevada, pura y digna de la Divinidad y de la criatura humana". Define, pues, ya en la plenitud de su madurez, su posición seglar de cristiano, en la que el sentido y el valor de la conducta ética para el individuo resultan determinados puramente por su conciencia autónoma.

Esta concepción y esta valoración sustraídas al institucionalismo eclesiástico no implican, pues, descreimiento, entendiendo la actitud de religiosidad como orientada hacia el "más allá" y fundamentada en la creencia en un Dios único. Pero hay el descreimiento relativo, condicionado por la resistencia a convenir en que el orden divino tenga su sostén en el orden sagrado sobre la tierra. Tal posición **herética** dentro de la doctrina dogmática que diviniza el origen del monopolio profesional de la cura de almas no aparece con toda claridad sino ahora, cuando, a la luz del análisis historiográfico, pone de manifiesto los caracteres y antecedentes del régimen teocrático-imperial de Roma.

Y la verdad es que con **El Libro de las Verdades** (subtítulo de la Mercurial Eclesiástica) la hora de su regreso a la patria se ha alejado. Pues, "si en un sermón o una pastoral me levanta un obispo o un cura un

motín de gente, no me queda defensa", decía en el mismo alegato.

Concibe, entonces, escribir una revista unipersonal, que nos recordará **El Cosmopolita**, tomando para ello el nombre de la del puritano Addison: **El Espectador**. Aparece el 10. de julio de 1886, "produciendo efectos extremados" se lisonjea de seguida su autor. El volumen segundo se publica el 15 de julio de 1887 y el tercero sale con fecha 15 de marzo de 1888. Su primer biógrafo, Agustín L. Yerovi, relata que solía Montalvo fatigado de corregir las últimas pruebas y que una lluvia torrencial le tomó sin abrigo en el trayecto hasta su casa. De aquí le provino la cruel enfermedad que meses después había de llevarle al sepulcro.

Aquello de que adoptase el mismo título de la revista del escritor británico, como pudo adoptar otro cualquiera, ha inducido a parangones de suyo repugnados entre nuestro belicoso periodista y aquel dechado de bondad y cordura que fué Addison. Explicable esto, apenas, porque Montalvo, en la página inicial de la primera entrega, aludía (como aludió también a "esa cadena de oro sin eslabones", los **Ensayos** de Montaigne) a lo variado e instructivo de la publicación sajona. Seis lustros después, Ortega y Gasset nos daba, asimismo, su serie de **El Espectador**, y a nadie le ha ocurrido buscar relaciones entre la obra del ensayista español y las anteriores de igual título, cada

una de fisonomía inconfundible por el contenido y por las características de sus autores.

La de nuestro compatriota, repitámoslo, consistió, entre otros rasgos, en la belicosidad, y así acontece que el primer artículo de **El Espectador** es contra el señor de Cassagnac. Comentando este cronista un hecho de sangre ocurrido en Decazeville, se dejó decir que dramas tan espantosos se cometen sólo "allá en las fronteras americanas". Montalvo no puede refrenar su irritación y, a vuelta de un cálido elogio de las naciones del Nuevo Mundo, "todo es francés en la América española —le espeta al comentarista—; si nosotros somos bárbaros, vosotros lo sois, señores franceses". El segundo artículo versa nada menos que sobre **El polemista** y entraña la apología de los grandes folletistas, "esos de la vida amarga y mártires de su propio fuego". Nos entretiene un instante hablando de "la lluvia de estrellas" y de Flammarion, y el artículo que sigue es una airada denuncia de los vicios del procedimiento judicial en Francia, de que ha sido víctima inocente un buen ecuatoriano.

Podría continuarse con los ejemplos, para mostrar que, aun sustraído al remolino de la política de su patria, Montalvo no se siente vivir plenamente como escritor, como espectador, si no hay algo pugnaz que agite su espíritu y sea nervio o médula de su producción. De cuando en cuando, el instinto radical de equilibrio le llevará a reposarse en una escena eglógica o un fantaseo galante o un cuadro histórico. La natura-

leza, la mujer y la historia —la historia antigua hierarquizada— fueron indudablemente lo que absorbió la mejor zona de su sincera intimidad.

Lo que encontramos sí en los tres pequeños volúmenes de **El Espectador** es que Montalvo ha cedido mucho en su inveterada y voluptuosa preocupación de hablista arcaizante. El lenguaje se ha "naturalizado", y al gusto por las construcciones y vocablos de selic antiguo suceden ahora el sentimiento y la valoración de la forma verbal espontánea o menos laborada. No parece aventurado suponer que aprovechó para este modo de conversión en lo idiomático las advertencias o amonestaciones de la crítica.

Pero, si ésta logró que bajara la temperatura del entusiasmo de nuestro escritor por un casticismo asimilado de los clásicos, no puede decirse otro tanto con respecto a esa dualidad funcionante que ya vimos que fué característica de su temperamento romántico y de su sentido y concepto del arte: la indómita necesidad de asociaciones varias en cada asunto, de pletórica y barroca pompa en la visión natural combinatoria, de gestos hieráticos queridos como un grado de bienaventurada naturalidad, y el consiguiente "bello desorden" de procedimiento en que había de verse justamente el signo del didacta genial y la sugestión del enseñar deleitando sin las trabas de "lo extremadamente juicioso".

En vano, pues, la crítica, usando de cierta irónica finura, presentó ejemplos de cómo la doctrina estéti-

ca de Montalvo y su sistema de composición le llevan a dejar trastornado, "como imanada aguja en día de terremoto", el espíritu del lector. Así, "en el episodio **La Flor de nieve** (de los Siete Tratados), donde el sabio ruso se presenta y se esconde como muñeco en un teatro de títeres, parece que se está oyendo referir una pesadilla: descripción de Siberia; de Africa; del fuego; de la aurora boreal; seis líneas sobre el personaje de quien principalmente debía hablar; larga disputa de dos naturalistas alemanes; luego Hoffman, Tasso, Arquímedes, Fidias; monografía de **bajos**; tocado y vestido del insecto *Aimatocare*; por fin, por fin, por fin, aparece el ruso de marras" (Merchán).

En muchas páginas de **El Espectador**, igual desajuste indeliberado o voluntario. Isaac J. Barrera, moderno historiador de nuestras letras, hace notar ciertamente cómo en **Las Patinadoras**, uno de los artículos más extensos de aquella publicación, puesto el título, comienza el escritor con una divagación de índole climática, refutando lo que un Ministro francés y el Ministro español Llorente expresaron contra el clima de Quito, para luego extenderse en consideraciones acerca de la naturaleza de los países elevados y de la influencia de la tierra sobre el hombre. "Siete páginas ha gastado ya del ensayo, cuando se acuerda del título que lleva. **Y mis patinadoras, ¿dónde están?** pregunta. Se acordó del tema, pero será muy difícil que se ciña a él. Prosigue el escrito con la descripción del invierno y del año nuevo en París, convencido de que

del clima a su asunto hay poco trecho.... Tres páginas más han pasado; ya no faltan sino dos para que se termine el ensayo". Total: que, todavía para rematar con una digresión nueva, a las patinadoras llegó a dedicarlas una página de su escrito.

Se trata, según vemos, de un espectador a quien la actualidad propiamente no le subyuga, sino que se reserva la elección y libertad de enfoque de los asuntos, entre los que nos ofrecerá relatos seminovelescos como **Fray Miguel Corella** o semihistóricos como **El pintor del Duque de Alba**. Montalvo, realmente, amaba y cultivaba la voluntariedad. Indisciplinable y amigo de entrelazar las cosas más opuestas, no había ciertamente en él condiciones de **cronista**, en la moderna acepción del término, que supone un ánimo de entrega a la realidad de cada día, lo cual no obsta al despliegue de las disposiciones originales del escritor. Montalvo podía hallarse en su centro haciendo de un tema de **corónica** en el primitivo sentido estrictamente histórico una narración nueva y viviente, por la emoción de la rebusca y el sabor de lo romántico al contacto con épocas fenecidas.

Publicado el tercer volumen de **El Espectador**, la progresiva complicación de su mal pulmonar le impide ya a Montalvo contraerse a trabajo alguno. En setiembre de 1888, condúcenle a una clínica para operarle. Su biógrafo Yerovi nos ha descrito la horrorizante escena, en la que el paciente, reacio al uso de anestésicos —pues en ninguna ocasión he perdido la

conciencia de mis actos, dijo—, soportó dolores crueles sin haber contraído un músculo ni exhalado una queja.

Como presintiese el fin, Montalvo hizo que lo trasladaran a su habitación. Deseaba morir en "su pobre y triste estancia de proscrito". Horas antes, recordó a la camarera el encargo de poner unas flores sobre su cadáver.

El 17 de enero de 1889, Montalvo dió el paso final, después de haber vestido de estricta etiqueta. Hombre de las posturas solemnes, quiso aun en la hora de su muerte mostrarse en actitud señorialmente condigna escenificando lo que llamaba con acento hondo "el paso a la eternidad".

Si de este modo el luchador romántico se halagaba acaso con la idea de "morir estéticamente" y dando ejemplo, un último ejemplo, de tranquila entereza, resulta que la reafirmación de ese su sentido de religiosidad emancipada, a que aludimos hace poco, es lo que queda resonando en nosotros como realidad última y como impresión suprema.

Considérase que en el trance de la muerte hay tanta profundidad para una conciencia religiosa, que nos obliga a atribuirle más realidad que a todos los demás hechos. Prescindiendo de forzadas o aparentes "conversiones" agónicas, en que la clerecía y los propios familiares, con el consabido designio de salvar un alma, atentan contra la libertad de conciencia del moribundo, mediante súplicas y aun conminaciones de tono dramático, acaece así que el hecho de

reafirmarse un hombre en sus convicciones al cerrar los ojos a la vida deja para todos la impresión de la integridad de una conducta y de la honradez de un pensamiento en lo religioso.

Como llevaran a un sacerdote para que lo confesase, cuando éste se insinuó, "no, padre; yo no creo en la confesión" cuentan que fué la mesurada respuesta de Montalvo. Y aclaró: "Estoy en paz con mi razón y con mi conciencia; puedo tranquilo comparecer ante Dios".

Esta actitud ético-intelectualista de descalificación de un sacramento con el que la iglesia ha hecho del sacerdote un intermediario entre el pecador y el salvador, estableciendo la posibilidad de descargo de la conciencia en la culpa, es aquí ostensible y definitiva corroboración del pensamiento despectivo que Montalvo mostró siempre respecto a la vigencia institucional y proyecciones profanas del confesonario. Su concepto cristiano de Dios y de que el Evangelio tiene sustancialidad propia para normar la conducta del individuo, sin la mediación de "los que haciendo juzgar a Dios juzgan ellos mismos, glorificando a Dios se glorifican a sí mismos", es lo que resulta ahora en primero y último término, ya dispuesto el hombre de creencia en lo sobrenatural al tránsito.

Transcurridos unos meses de su fallecimiento, por solícita gestión de patriotas guayaquileños, llegaba el cadáver a Guayaquil. Al tratar de conducirlo al cementerio católico, el Vicario General se opone. Ello

traducía, una vez más, por lo menos en el ámbito eclesiástico, la hostilidad que hubo para el luchador, ahora ya rendido ante el inevitable destino común. La intervención del Comandante General del Distrito, hermano del Presidente de la República, hizo que se consiguiese el retiro de la prohibición vicarial.

Cuarenta y tres años más tarde, con ocasión de celebrarse el centenario del nacimiento de Montalvo, fueron trasladados sus restos a Ambato, donde se conservan ahora en monumental sarcófago.

JULIO E. MORENO.

ADVERTENCIAS

En este volumen se publican las obras de Juan Montalvo, escogidas entre las esencialmente literarias, dejando las de carácter polémico para otro libro de esta misma colección, en que figurarán los polemistas y panfletistas de la época a la que pertenece el escritor.

En este volumen se han reproducido capítulos de cuatro de las obras de Montalvo: *El Cosmopolita*, periódico que inauguró un nuevo género de periodismo en el Ecuador, y que no sólo descubrió al gran hablante, sino que esbozó la figura del combatiente político. *El Cosmopolita* atrajo la contradicción en que tomaron parte ecuatorianos como José Modesto Espinosa y García Moreno. De *El Cosmopolita* nacieron dos de los *Tratados*: la *Réplica a un pseudo-sofista* y los *Capítulos que se le olvidaron a Cervantes*. En este volumen se reproduce el *Prospecto* que es el que encendió la contradicción; allí se encuentra la descripción de Roma y aquel gallo que sirvió para la burla de sus oponentes, quienes creyeron derrotar a Montalvo con la risa, cuando no hicieron sino afirmarlo en la posesión de sus admirables dotes de escritor y de polemista.

De los *Siete Tratados*, la obra de mayor consideración de Montalvo, se ha escogido *El Buscapié*, que es uno de los mejores estudios publicados sobre la obra inmortal de Cervantes. Estudio de la lengua y tratado de moral, sería la continuación de este admirable Ensayo, destinado a servir de prólogo a los *Capítulos que se le olvidaron a Cervantes*. Se copian tres de esos capítulos, en que la figura de Don Quijote aparece rodeada del respeto que Montalvo concedía al simbolismo encerrado en esta creación cervantina: figura de austeridad y elevación, propicia a las burlas de los demás, mientras su pensamiento vuela por entre altos ideales. En dos de estos capítulos transcritos, asoma la maestría con que Montalvo supo tratar y hablar de la mujer.

El *Espectador* fué la última empresa literaria de Montalvo. Era una revista de temas variados, de ensayos tales como brotaban de la concepción singular de nuestro autor. Se reproduce el Tomo III, que fué el último, que casi no circuló en el Ecuador y que fué, por tanto, desconocido por la generación que devotamente buscaba todo lo que salía de la pluma del ambateño ilustre. Aun puede sospecharse que no fueron completamente corregidas las pruebas de imprenta de este tomo, que se encuentra plagado de erratas. Se sabe que cuando salía de los talleres de imprenta en los que corregía las pruebas el escritor, tomó la enfermedad que lo había de conducir a la tumba.

Se ha añadido, por fin, uno de los trabajos encontrados entre los manuscritos de Montalvo y publicado en Ambato en 1916, con palabras iniciales de Juan Benigno Vela. Se lo publicó con el objeto de crear un fondo para la erección del sarcófago en que irían a descansar de la peregrinación a que estuvieron expuestos los restos del escritor que murió en París; restos que se detuvieron en Guayaquil, antes de reintegrarse definitivamente a la tierra en que nació el escritor.

Resta advertir que en lo posible, cuando se han podido consultar las ediciones originales, se ha respetado la puntuación, por parecernos que cada escritor coloca esos signos según la entonación prosódica que da a las frases. Y más en un escritor como Montalvo de períodos amplios que aparecían en cuadro cerrado en el espacio de muchas líneas y aun páginas, que el autor cuidaba de separar con blancos para indicar el paso de un asunto a otro. El punto aparte no utilizaba Montalvo sino para ampliar la idea tratada en el párrafo principal. En cuanto a la ortografía se ha seguido, en esta edición, la observada modernamente.

La falta de signos en las matrices de nuestros linotipos nos ha obligado a prescindir de varios acentos. Las mayúsculas acentuadas no lo llevan en este libro por la causa anotada; y las palabras extranjeras que usan el acento grave y el cincunflejo, no llevan ninguno en el texto de este volumen, por parecernos que era mejor que se prescindiera de ellos, a no llevar el propio. Otro tanto ha ocurrido con la *e* cedilla, que no traen los tableros de los linotipos en que se ha compuesto este tomo.

Hemos creído conveniente advertir de estas particularidades a los lectores para explicar las razones de las principales observaciones que podían hacerse a esta edición, que se ha procurado que salga lo más bien cuidada, si bien tenemos que, a pesar de todo, se hayan deslizado erratas, que rogamos a los lectores las corrijan.

I. J. B.

EL COSMOPOLITA

EL COSMOPOLITA

No. 1

Enero 3 de 1866

Ce sera toujours beaucoup que de
gouverner les hommes, en les rendant
plus heureux.

MONTESQUIEU

Esprit des lois .

PROSPECTO

Mucho es que ya podamos a lo menos exhalar en quejas la opresión en que hemos vivido tantos años; mucho es que no hayamos quedado mudos de remate a fuerza de callar por fuerza; mucho es que el pensamiento y las ideas de los ciudadanos puedan ser expresadas y oídas por los ciudadanos. La tiranía también se acaba, sí, la tiranía también tiene su término, y a veces suele ser el más corto de todos, según que dicen los profetas: "Vi al impío fuerte elevado como cedro: pasó, y ya no le vi; volví, y ya no le encontré".

Ahora nos falta que no vuelva, en el cual santo deseo Dios está para ayudarnos. Hay pestes, hambres, terremotos; nada falta en este mundo; pero más que todo hay tiranía. Y si nos alumbran bien las luces de nuestro entendimiento, ya decimos que el cólera asiático hace menos estragos en los hombres que un Atila; que un Caracalla les es más ruinoso que la mayor hambre; que un Rosas es más temible que un Vesubio. Los azotes naturales con que nos castiga la Providencia, de ella vienen al fin, y por el mismo caso ni nos desesperan, ni nos causan sentimiento; porque estando como estamos natural y obligadamente en sus manos, se nos puede tratar por ella según conviene a sus altos juicios, sin que de ahí tomemos ocasión para indignarnos. Empero las calamidades que nos vienen de nuestros semejantes, de nuestros hermanos, traen consigo una punta de amargura, que sobre causarnos males positivos, despiertan en el corazón un afecto indeciso, un nosequé de acedo e insufrible que redobla nuestras pesadumbres, y es el vivo resentimiento experimentado siempre por el alma sensitiva cuando ve venir los males de donde no debía esperar sino buenos oficios. Los hombres, en el mismo hecho de serlo, debieran de valerse unos a otros, supuesto que el padre común de todos les tiene mandado conceptuarse unos mismos y propender a su mutua felicidad.

A fuerza de ver que nunca ha sido así, ya miramos como cosa corriente las desolaciones que los azotes del género humano van haciendo en su arrebatada carrera. Timur o Tamerlán manda asesinar cien mil prisioneros indios, por haberse sonreído algunos a vista de su campamento; se le antoja al mismo, o era a otro príncipe, erigir una gran torre de cráneos humanos, y he ahí la ciudad de Ispahán gravada con un tributo de setenta mil cráneos frescos; y ese Caracalla nombrado poco ha, sin el menor motivo, hace derrepente matar todos los habitantes de Alejandría. Vemos

estas cosas en las historias, y poco nos horrorizan, y casi no nos admiran: debe ello ser que los siglos se interponen entre esos acontecimientos y nuestra alma, y de puro estar distantes nos obligan a quedar fríos. Pero demos que un tiranuelo de casa, un contemporáneo venga a oprimirnos, siendo como es y debe ser tan nuestro igual, y todo es hervir de enojo y terneros por los más tristes de los hombres. Allí está Julio Arboleda que, con haber muerto a lanzadas atados a un poste, o a balazos en el patíbulo, unos trescientos compatriotas suyos, nos impresiona más desagradablemente que Sila haciendo degollar en el Pretorio diez mil prisioneros con la mayor serenidad del mundo. Allí está Gabriel García que con haber fusilado él también algunos prisioneros inermes, después de haber azotado a un general y obligádole a morir, nos parece peor o a lo menos tan malo como el que puso fuego a Roma. Es que nuestro Don Gabriel ponía fuego a un edificio que vale más que Roma, — la civilización moderna.

Por esto es que nos sentimos tan aliviados cuando el Cielo nos quita de por medio estos Julios y Gabrieles, que en verdad, mejor les hubiera estado a ellos mismos quedarse allá increados en el seno de la nada, que venir a modo de Anticristos trayendo un juicio anticipado y prematuro a los pobres de sus compatriotas.

Somos de parecer que el castigo de los grandes pecadores debe dejarse a la Providencia, bien así como las leyes antiguas no imponían pena ninguna al parricida, por cuanto les había parecido tan inhacedero ese crimen y tan superior a todo castigo humano, que lo dejaron sabiamente a Dios. En el orden de nuestras cosas, y tocando de paso al afamado García Moreno, diremos que entre todas sus acciones no hay ninguna peor ni de tan ruines consecuencias, di-

gan lo que quieran los demás, que la vapulación introducida por él como resorte de gobierno. Ha matado; todos los tiranos han matado. Ha ahogado la voz pública; lo mismo hacía Flores. Ha desterrado Senadores y Diputados estando para reunirse en Congreso, crimen de más de la marca, pero en fin no sin ejemplo: éste es Napoleón primero dispersando a sablazos la Asamblea Nacional. Portales, célebre Ministro de Chile, hacía dar de azotes a los ladrones y foragidos, sistema penitenciario, cosa muy diferente de la política. Pero no hemos sabido que ni en la refinada tiranía del mismo Manuel de Rosas ni del Doctor Francia haya entrado jamás tan monstruoso castigo. Este es el parricidio para cuyo crimen los romanos no alcanzaron a hallar pena.

Ibamos a decir que hay un medio de evitar la perpetuidad de las venganzas, o lo que es lo mismo, las desgracias de los pueblos; este medio es el perdón. Bien hubiéramos querido ver un Congreso sabio y digno constituirse en tribunal del gran culpable, llamarle a juicio, interrogarle, aterrarle e imponerle la pena de sus delitos. La justicia no debe prescribir; pero los odios individuales, los enconos de partido, los rencores de persona a persona, ¡términense por Dios! De lo contrario, enhilando agravio tras agravio, desquite tras desquite, venimos a forjar una cadena interminable en la cual nos enredamos, y a cuestras con nuestra propia obra, somos esclavos de nosotros mismos, de nuestras malas pasiones, la esclavitud que más desafortuna y envilece a la familia humana.

Si en nuestras manos estuviera la suerte de Don Gabriel García, le pusiéramos cortesmente en la frontera, siguiendo el consejo de Platón, aunque no se trate de un poeta; no montado sobre un asno, no con pozas ni con grillos, objeto de vilipendio; pero tampoco adornado de coronas y laureles; sino urbana, humana y generosamente, cual a hom-

bre de nota que supo hacerse nombrar, si bien por el mal camino, persona de alto lugar y puesto. El ha sepultado a los ecuatorianos en las montañas salvajes, entre los indios bravos y las fieras; nosotros le enviaríamos al país de los extranjeros, al país de la hospitalidad, al país de los ingenios, a Francia! Gustan sobre manera las lágrimas que César vierte sobre Pompeyo, gustan sobre manera al pecho generoso las que Augusto derrama por Antonio, y prenda la conducta de ciertos grandes hombres que las toman con sus enemigos en desgracia, bondadosos y civiles cuando podían matarlos o infamarlos. El Regente de Inglaterra desengañando la confianza de Bonaparte recibéndole como a enemigo cuando venía como refugiado, mandándole como a Crisóstomo al desierto Pitio cuando llegaba a sus umbrales como Temístocles, no puede sino ser un feo personaje, muy repulsivo para los ánimos excelsos.

Y esa honrosa expatriación que impondríamos a Don Gabriel, no sería pena ni obra de la venganza, sino conveniencia propia suya y de la Nación, atento que su alma inquieta y rudas afecciones no se acomodaran quizás a dejarle en paz como conviene, y al fin y al cabo darán al traste con él o con su patria. Si así como se deja llevar de esos malévolos empujes, se dejase alumbrar por un rayo de sabiduría, él mismo, de su bella gracia tomaría el camino de Europa, y allá se fuera a desplegar sus talentos que le tienen para sabio y no para magistrado. Podría él llegar a ser un Cuvier; un Sully, nunca. Y es gran ceguera dejar un camino ancho, suave y fuera de peligro, por donde se va a la gloria limpiamente, por un vericuelo intrincado y escabroso que al fin lleva al abismo. Si a fuerza de filosofía y buen comportamiento hiciere olvidar sus faltas y los males con que ha hecho gemir a los ecuatorianos, bien podría suceder que todos le perdonasen y empezasen a ver en él un hombre útil por sus prendas, si ya se arrepentía y dejaba de

ser pernicioso por sus defectos. Veremos lo que hace; pero entre tanto gocemos de estos instantes de libertad que suelen ser fugitivos cuando ella no está en buenas manos. Escribamos, hablemos, levantemos el ánimo de nuestros abatidos compatriotas a mejores deseos y más honrosos pensamientos. Cumplamos los deberes de ciudadanos exigiendo la realidad de nuestros derechos, obedeciendo las leyes, llenando las obligaciones que se derivan de ellas, y procurando con el influjo de la pluma corregir las costumbres sociales, malamente estragadas en el decurso de estos años.

Y pues nos proponemos escribir para el público, no para los partidos, bien será ponerle al cabo de qué y cuánto ha de esperar de los que con él se obligan voluntariamente. Desde luego nos ha de ocupar la suerte del continente americano, sin que tengamos por ajenos a nuestro propósito los grandes acontecimientos de Europa y del mundo entero, si el caso lo pidiese. De "COSMOPOLITA" hemos bautizado a este periódico y procuraremos ser ciudadanos de todas las naciones, ciudadanos del universo, como decía un filósofo de los sabios tiempos. Las revoluciones, las guerras, los desastres y progresos de las repúblicas que más de cerca nos tocan, llamarán nuestra atención con preferencia, y hablaremos de ellas, no como de patrias ajenas, no como extranjeros neutrales, sino como hijos de su seno, como ciudadanos de sus estados, como obedecedores de sus leyes; pues tenemos bien creído que la sangre que corre por las venas de los hispano-americanos, la lengua, los comunes intereses y la semejanza de pasado y porvenir, infunden en el corazón afecciones de viva fraternidad, ideas de unión y favorecimiento en la cabeza, en el corazón y la cabeza no mezquinos ni egoístas. †

La patria propiamente dicha, este pedazo de las entrañas, como hubiera dicho Chateaubriand, el gobierno a cuyas leyes vivimos sujetos, la política de los gobernantes serán asimismo parte de nuestro asunto. No ofrecemos prescindir de la política, siendo como es y debe ser la cosa mayor y principal que ha de ocupar a los ciudadanos. Los hombres libres en Atenas y Esparta por obligación habían de concurrir a las juntas en donde versaban los intereses de la República: los ilotas prescindían; la ley los hacía prescindir. Solón conmina con la infamia a los ciudadanos que no tomen parte en las disensiones civiles; con más razón hubiera este sabio legislador condenado a la infamia a los que prescindan y tengan en menos las discusiones públicas en donde se ventila lo perteneciente a la moral, la rectitud y la justicia del gobierno; al provecho y bienandanza de los miembros constitutivos de esto que se llama sociedad, nación, estado.

No ha influído poco antes de hoy en nuestro espíritu, y por lo tanto obrado en nuestra conducta, aquella extraña filosofía de los cyrenaicos que aconseja no hacer mucha cuenta de los negocios de la república, o a lo menos ser indiferentes a ellos por conceptuar injusto que los hombres dignos y de bien se expongan a peligros por locos y viles. Todo bien considerado, este no es sino un sofisma, que de ser seguido, haría llover males sin cuento sobre la especie humana. Pues no necesita demostrarse que si los buenos dejan el campo, serán los malos quienes lo señoreen victoriosos, y los gobiernos vendrán a ser concursos de bribones.

También nos hemos dejado inficionar de la arrogancia de aquel orador que habiéndole rogado una ciudad pequeña viniese a enseñar la retórica respondió **que el plato era muy chiquito para el delfín**. No hay plato chiquito para el que desea el bien de sus semejantes: poco hace al caso que el teatro en donde se representa sea reducido y pobre;

si se representa bien, no faltará quien haga justicia; y en resumidas cuentas, vale más la modestia que la necia presunción, la cual por la mayor parte mantiene en la oscuridad a los que la llevan en el pecho. Buena lección nos tienen dada aquellos dos pro-hombres en cuya gloria venía rebosando el mundo, de los cuales el uno sirvió gustoso de alcalde en la humilde ciudad de su nacimiento, y el otro no renunció un empleillo ruín que sus enemigos se empeñaron en darle por escarnio, después que hubo puesto en las nubes a su patria venciendo a Agesilao y presidiéndola muchos años como primer magistrado y gran político.

Eso sí, haremos por no ser como el vulgo de los escritores; pues nuestra opinión no difiere de la de aquel que dijo "que las ciencias, las artes, la política, la humanidad en fin hubieran ganado mucho, si menos personas hubieran escrito acerca de ellas". Trataremos de todo con respeto y dignidad, y solo cuando estemos muy al cabo de lo que acometemos. Las personalidades no hablarán con nosotros; pero averigüémonos bien. Son personalidades las que tocan al carácter y conducta privados de las personas; son personalidades las que desentrañan hechos que sin ser útil saberlos a la justicia, dañan al individuo a quien se los achacan; son personalidades los cerriles improprios que se dirigen al sujeto, no los justos cargos al ciudadano. No es de nosotros alzar el velo que cubre el hogar doméstico ni seguir los pasos que no llevan a la cosa pública, ni asestar flechas, si el deber de censores y el ahinco justiciero no nos mandan dispararlas. Mas no son personalidades los actos que se entroncan directamente con el procomún. Y cuidando de no faltar al decoro, no dejaremos de abrumar a los enemigos de las leyes, a los pocos adictos a la Patria, a los delincuentes magistrados, si por desdicha continuase el mal aventurado sistema de gobierno que el Ecuador ha sufrido por cinco eternos años.

Esperamos con harto fundamento no hallarnos en la necesidad de entrar en la estacada para combatir violadores de la constitución, desconocedores del derecho ajeno, holladores de los códigos que reconoce la República. Don Gabriel García no es modelo de imitarse para quedar bien con Dios y con los hombres. El siguió su camino, y por el alto cielo, que no pocos escollos y escabrosidades ha tenido que vencer. Don Jerónimo Carrión siga otro y busque esa veredita, aunque estrecha, no del todo impracticable, por la cual se llega al corazón de los ciudadanos: menos difícil es de lo que parece a malos ojos. Firme en la justicia, si bien no en tal extremo que no blandee alguna vez en beneficio de la clemencia; apoyado en la vara de la sabiduría, escudado con la constitución y siguiendo el rumbo del honor, se desemboca fácilmente en ese paraíso: paraíso es el amor de los hermanos, paraíso la felicidad que se labra a todo un pueblo. El decreto por el cual el Gobierno ha declarado vigente la ley de patronato es un paso de gobierno ilustrado, un buen agüero de lo porvenir. Aclare su conducta, decídase y tome resueltamente por el camino del bien, y la opinión del pueblo será suya, y en favorecerle se cifrarán los esfuerzos de los patriotas verdaderos.

X

Pero como no nos proponemos ser solamente Timones y Aristarcos importunos en política, habremos de procurar que nuestro escrito tenga halago para todos. A las duras lecciones de gobierno seguirá, si bien saliere, tal cual trozo de literatura y de amena poesía, de esa poesía que desarruga la frente y hace olvidar la deportación; de esa ciencia sobrehumana con cuyo socorro Ovidio suaviza el rigor de la suya cantando dulcemente los amores de los dioses. Los reyes y generales de Esparta estaban obligados a hacer un sacrificio solemne a las Musas para salir a una guerra o a

cualquiera expedición de trascendencia. ¿No es éste el homenaje que las armas rinden al ingenio? Y si los adustos espartanos sacrificaban a las Musas, ¿con cuánta más razón no sacrificaremos en sus altares, nosotros que gustamos de ir a sorprenderlas en su templo del Parnaso? Platón desterró de su república a los poetas; pero esos mismos espartanos se cubrieron de gloria a causa de Tirteo que encendía y atizaba en sus pechos el fuego de la guerra. ¿Y no fué Eurípides quien salvó con sus versos centenares de atenienses al punto de ser pasados por la espada de los siracusanos? ¡Poderoso, dulce influjo de melodía, que a trueque de gozarlo de los labios de un prisionero, lo dejan vivo los mismos enemigos sedientos de su sangre! Platón hubiera desterrado del ejército de Nicias a Eurípides; ¿qué hubiera sido entonces de tantos ilustres atenienses? Todos hubieran sido pasados a cuchillo.

Pues bien, si tanto puede la poesía de buena ley, será sujeto principal y le alzaremos un solio en nuestra república. Poco importa que ella venga en prosa o pomposamente ataviada en los hemistiquios de Virgilio. Si la *Jerusalén Libertada* estuviera escrita en prosa; no dejaría de ser tan poética y seductora como es. Si el *Telémaco* lo tuviésemos en verso, poco ganaría, y Fenelón no fuera mayor poeta. Mas procuraremos que haya de uno y otro, porque es la pura verdad que un hechizo misterioso derraman las ideas vaciadas en los melifluos y sonoros endecasílabos de Garcilaso, y la guerra misma se reenfurece, por decirlo así, y crece en sanguinaria pompa descrita por las valientes pinceladas con que retumba el Tasso.

Sol de' colpi il rimbombo in torno mosse
L' inmovil terra, e risonare i monti.

No sabemos lo que será la *Iliada* en verso heroico for-

jado en la fragua del mismo Homero; más parécenos que debe ser sublime la despedida de Héctor y Andrómaca, tiernos los espantos y vagidos del muchacho Astianax al ver el aspecto guerrero de su padre y el resplandor de sus bronceas armas. Pero vamos a ver, la Iliada traducida en prosa a todos los idiomas del mundo ¿deja de ser la Iliada? Diremos que falta la música de la rima; pero la poesía allí está rebosando. Hay poesía en prosa, la hay en verso.

No di yo la vuelta al globo, como sabio navegante descubriendo tierras desconocidas, rompiendo los témpanos eternos que obstruyen el paso de los polos; no encontré islas desiertas en donde serpenteasen deleitosos y fecundos ríos, en donde se alzasen sobre escarpadas florestas encantados palacios de Armidas y Reynaldos; no penetré las selvas de Africa ni las hube con leones y panteras, como esos viajeros cazadores que allá rompen las puertas que la naturaleza quiso mantener cerradas y van a sorprender sus misterios en el corazón del Sahara o en los impenetrables bosques de las vírgenes montañas. Pero recorrí casi todas las naciones cultas de Europa estudiando su política, observando sus costumbres, abominando sus vicios, admirando sus buenas cualidades; y como los hombres ilustres suelen ser en todas partes el resumen de los progresos de su patria, procuré verlos y conversar con ellos entrándome por sus puertas a título de extranjero y de acatador del ingenio y las virtudes.

Peró si esto me comunica alguna honra, no pongo la monta en ello. Mis ascensiones a los montes célebres, mis contemplaciones tristes en las ruinas del coliseo, mis paseos nocturnos por entre los escombros de la Ciudad Eterna, mis melancolías, ¡ay! mis melancolías en las casas desiertas de Pompeya son las que me hacen valer algo a mis

propios ojos; porque si la conversación y el trato de los hombres engalanan el entendimiento, como dice Gibbon, la soledad es pábulo del numen. Otro mundo es ése a que el alma se remonta a solas cuando uno lleva sus pasos por los lugares renombrados, pensando en lo presente, rememorando lo pasado, cavilando acerca de lo porvenir, solo, triste y acaso entre las sombras de la noche. Con menos gratitud me acuerdo del alcázar de Versalles y del palacio Pitti que de las ruinas del templo de la Paz y la Columna de Trajano; menos pueden conmigo las ruidosas mascaradas de la Fénice y de la Opera que el baile extravagante que unos pastorcillos me ofrecieron para mi recreo en un templo ruinoso de Puzzola, cerca de los antiguos jardines de Agripina; en menos tengo la presencia y las palabras de sabios y poetas de las ciudades vivas, que esos romanos majestuosos de negra barba y misteriosa catadura que encontré no pocas veces sentados melancólicamente en una piedra derrumbada del *Tabularium* o de la casa de los Césares.

La soledad en medio del siglo es la que más nos vale; pues si la compañía y concurso de gente nos enseñan a vivir, el aislamiento y la conversación consigo mismo nos enseñan las cosas de que más nos conviene estar actuados.

If from society we learn to live,
T'is solitude shouth teach us how to die.

No tendrán que sonreírse mis lectores de inverosímiles aventuras, ni les describiré saraos brillantes en mansiones de señores, porque no los he pasado. Pero sí navegarán el lago Averno y entrarán a la cueva de la Sibila de Cuma; les haré subir conmigo al Monserrate o al Vesubio; atravesaremos ese viejo Tíber, precisamente por donde lo pasó Clelia ahora dos mil años.

Yendo a conocer la roca Tarpeya entré por una puerte-

cilla vieja y agujereada. Una mujer alta, pálida, de mirar profundo y vestir negro fué quien me la abrió y me condujo hasta el borde de aquella famosa roca de donde Manlio fué precipitado por haber pretendido la corona de Tarquino. ¿Esta es Roma? decía dentro de mí mismo; ese montón de ruinas que allá parece, entre las cuales está ladrando lúgubrementemente un perro, ¿fué la ciudad que dió Escipiones y Pompeyos? Y esa triste montañuela que da mezquino pasto a cuatro esqueletados búfalos, ¿llamábase Aventino, y vió en sus faldas al pueblo romano y sus tribunos imponiendo la ley a los Quintios y los Claudios? Esos ladrillos casi negros hacinados aquí y allí formaron tal vez la morada del gran Júpiter: de aquel barranco en donde veo durmiendo un pordiosero mostró Antonio por ventura el cadáver de César sacudiendo su ensangrentada clámide: por esa vereda espinosa, quizás la vía Apia en otro tiempo, huyeron Casio y Bruto teñidos con la sangre del tirano a buscar a Roma en donde no hallasen servidumbre.

El mundo antiguo y grande rodaba en mi cabeza, y ni sentía yo la lluvia que caía sobre mí, ni la neblina que me circundaba como para concurrir a la funestidad de aquella escena. La mujer que me dió entrada se había retirado a la casuca donde vive, y me hallé solo en medio de tantas y tan grandes sombras como iban pasando delante de mis ojos. Vi a Lucrecia; vi pasar el cuerpo de Cicerón sin cabeza, y ésta rodando a los pies de su enemigo que reía a carcajadas; vi a Catilina corriendo como furia con un tizón en la mano, poniendo fuego a los templos de los dioses; vi... ¿Qué voz podrá decir cuanto se puede ver en Roma? Al volver de mi sublime desvarío vi ya positivamente: vi a la mujer romana que en su corredorcillo se estaba a contemplarme, curiosa de ver despacio un extranjero tan solitario y taciturno: vi las gotas de agua que caían monótonas sobre las piedras resbalando de la humilde choza: vi un jergón en don-

de estaba acurrucado un gato negro de ojos centellantes: vi un gallo inmóvil sobre la pata izquierda durmiendo mientras llovía. Y a tiempo que esto veía el grito de las ranas, subiendo del Foro, llegaba a mis oídos en uno con el balar distante de alguna hambreada oveja. Y volví a decir dentro de mí mismo: ¿Esta es Roma? Romas eran ambas: la una, la Roma de los prodigios, la Roma de las virtudes, la Roma de los grandes hombres y de las grandes cosas, la Roma de ahora veinte siglos. La otra, la Roma de los vicios, la Roma del hambre y la miseria, la Roma de la nada, la Roma de nuestros días. Y cuando salí haciendo este triste paralelo en mi cabeza, se confirmó mi juicio con la cantilena que bajo las murallas derruidas de la ciudad alzaban los arrieros al tardo paso de sus mulos. La oyeron otros viajeros, la oí yo, la ha de oír todo el que tenga oídos para las voces de sentido grande y melancólico.

Roma! Roma! Roma!
Roma non é piú come era prima.

Estas son las cosas pasadas por mí, éstas las he de referir para los que gusten de viajes sentimentales. No los escribo como Sterne; pero sí puedo escribirlos conforme a la verdad y a las blandas o amargas afecciones que acarrea conmigo por las ciudades más famosas de lo antiguo y lo moderno. Los Pirineos y los Alpes son hermanos; de los unos pasaremos a los otros, del Arno al Guadiana, del Anio al Manzanares; o iremos por las floridas márgenes del Turia aspirando rosas y jazmines, regalándonos con esos dorados pomos, provocativos y sabrosos más que los del jardín de las Hespérides. Tomaremos un baño en el Genil para hacernos propicias las bellas de Granada, bien así como los suaves indios se hacen aceptos a sus genios con bañarse en las aguas corrientes del afortunado Ganges. Y subiendo a la

Alhambra por el bosque en donde el ruiseñor suelta la voz divino, resonarán nuestras pisadas en los propios mármoles que oprimieron las plantas del fiero Aben Said y de la bella Saida.

El Darro separa las colinas del Albaicín y de la Alhambra: es ese un riachuelo borrascoso a pesar de su reducido caudal, que entre piedras y chaparros se precipita braveando, límpido, travieso, haciendo espuma a los recodos y conchitas en donde las ninfas se refrescan; veloz como un saetín en otras partes y mal enojado, si da con una grande piedra que le interdice el paso. Sus orillas son montuosas, verdes, llenas de silvestres flores, hasta que baja a la campiña de Granada a entregarse al Genil y, ondas con ondas confundidas, la van fertilizando y hermoheando en el largo trecho que la bañan. ¿No será de nuestro gusto, en una mañana de abril, fresca, pura, con un sol resplandeciente y halagador pasar de la Alhambra al Generalife atravesando el Darro?

Licurgo mandó colocar la estatua de la risa en todas las mesas públicas. En Lacedemonia los ciudadanos comían juntos, sin que de esta obligación estuviesen exentos los reyes ni los Eforos. Tenía para sí aquel gran legislador que la vida más austera debía templarse con tal cual pasatiempo honesto, y que era conveniente quitarse las canas con algunos instantes de bien sazónada charla y un asomo de ironía culta y salerosa, capaz de separar los labios según la costumbre de Demócrito. Si Licurgo, el severo e inflexible Licurgo, hizo venir la estatua de la risa a los banquetes de los lacedemonios, ¿cómo la habíamos de proscribir de nuestra humilde mesa? Rebelais se hombra, en las librerías de los doctos, con Homero y Tito Livio; Lafontaine ocupa lugar eminente en ellas, y nada se hace sin Moliere. ¿Quién nos

diera ser capaces de agenciarnos con frecuencia algunos instantes saludables para este abatido cuerpo! Saludable es la bien nacida risa, dulce su imperio, y los sabios no la desdennaron, sino es la del gremio de los necios. Las estatuas y retratos de la Hermosura por la mayor parte están sonreídos en el Vaticano. Los niños, inocentes y virtuosos por el mismo caso aun sin saberlo, ríen mucho; y la nación más culta e importante de la tierra lo hace todo riendo. ¿Hay racional en el mundo que no guste de Cervantes? Al invencible Don Quijote no le resisten ni los alemanes con todo su carácter frío, penoso, tétrico. ¿Y puede algo con los ingleses el spleen cuando ese Panza amigo vuelve del Toboso a dar cuenta de su embajada a su amo? Una de las injusticias más lastimosas para Juan Jacobo Rousseau es la temeraria, falsa e impía acusación de sus enemigos, de que en su vida se rió. "Eran unas carcajadas con Diderot y D' Alembert, dice, que no había más que oír, cuando a la buena de Teresa se le había metido en la cabeza tenerme por el Pontífice Romano. De donde provenían a su juicio los miramientos y atenciones de que yo era objeto acerca de los nobles".

Si es preciso reír, riamos; si conviene llorar, lloremos. El hombre es un péndulo entre una sonrisa y una lágrima, ha dicho un gran poeta. Y estoy para creerle cuando considero que no hay ente más desigual que el hombre; tan desigual, que algunos filósofos antiguos se atrevieron a regalarle con dos almas.

El ejército cartaginés había entrado en miedo, a pesar de haber vencido ya una vez a los Cónsules romanos, con motivo de las legiones numerosas que éstos pusieron en campaña después de su derrota, contra toda la previsión del enemigo. Andaban pues los cartagineses indecisos, pensosos y cavilantes con el funesto y acaso no remoto porvenir que les aparejaba la fortuna, y antes con gana de llorar

que de reír. Giscón, personaje de alto lugar entre ellos, se va para Aníbal, y todo maravillado y afligido: —¿Véis, le dice, cuán numeroso y admirable ejército contra un puñado de hombres como nosotros somos? — Sí, responde Aníbal; pero hay una cosa que me admira mucho más.—¿Cuál? —El ver que en tan gran muchedumbre de enemigos no haya uno solo que se llame Giscón como vos. Y los cartagineses como lo van sabiendo, y el mismo Aníbal se toman a reír tan desencajadamente, que no acaban ni cuando se empeña la batalla, y riendo consiguen la victoria, sin encontrar ni un solo Giscón entre todos los que van matando.

Puede ser que nosotros tampoco encontremos ni un Giscón en la multitud de enemigos y envidiosos como verosímilmente nos vamos a concitar, sin razón por cierto; pues no pertenece a nuestro plan hacer daño gratuito a nadie; mas suele ser uno muy grande no estar al nivel de tanto necio o pervertido como infestan las ciudades, haciendo mucho y sin hacer nada, sino es el mal de sus semejantes. *Stultorum infinitus est numerus*. Haremos lo que Aníbal, riendo llevaremos cuesta abajo a nuestros enemigos, si ya merecen nuestras armas. Y las costumbres, asunto de los buenos ingenios, como Carlos Dickens en Inglaterra y Balzac en Francia, tendrán, con toda la modestia necesaria, su lugar en nuestro escrito.

Si se nos contradijere en los asuntos serios con buenas razones y con la urbanidad que cumple a la gente delicada, nada quedaremos a deber en buen trato y miramientos a nuestros contradictores. Si echen por el camino de los oprobios, como por desgracia se suele acostumar en estos oscuros países, responderemos como Foción. Un enemigo suyo le interrumpió su discurso cuando hablaba en público para colmarle de injurias calumniosas y groseras.

Calló el orador, y sin dar la menor señal de enojo se estuvo con gran serenidad esperando que su descomedido adversario concluyese; y así como hubo concluído, pues no había quien echase leña a su ira, tomó el hilo de su arenga y en el mismo tono que al principio continuó sin proferir un término acerca de las imputaciones e insultos que acababan de oír todos. No hay réplica tan picante como tal desprecio, dice Montaigne. Los que nos calumnien, los que nos agraven, los que nos llamen importunos eruditos, enemigos del bajo suelo han de ser e ignorantes. Si no obtuviesen de nosotros respuesta por escrito, sepan desde ahora y para siempre que les contestamos a la manera de Foción.

Los tontos quieren que todos lo sean; los desalumbra- dos se incomodan de que otros sepan algo y se arrojan a zaherir a quienes hablan por boca de la moral y la filosofía. Si el ingenio propio no da de sí cuanto quisiéramos para ilustrarnos e ilustrar a los demás, ¿cómo no acudir a los sucesos y palabras de los tiempos y varones superiores a nosotros? Epicuro escribió trescientos volúmenes sin una sola acotación ni pensamiento ajeno. Pero este Epicuro era el más orgulloso de los hombres, y el único entre todos que se ha atrevido a llamarse sabio él mismo. Crisipo hacía todo lo contrario. ¿Y no vemos a cada paso en los autores modernos de más nota: "como dice Plutarco", "en el sentir de Plinio", "conforme al dictamen de Aristóteles"? Tengo para mí que un suceso grande y aprobado por los siglos, una sentencia o apotegma filosóficos prestan más para la instrucción y el deleite, que la insulsa y dislocada riada de términos vacíos que van los ingenios vulgares echando afuera, sin provecho de nadie, pero sí tal vez en daño de los buenos. Si hemos de hablar de sabiduría, nombremos a Sócrates; si de virtud patricia, a Catón; si de desinterés, a Epaminondas; si de fidelidad y fortaleza, a la esclava Epicaris, y habremos dicho más y mejor que lo alcanzáramos

con nuestros solos pensamientos y afecciones. ¿Por ventura será malo estar al cabo de la historia? Ella es el libro de la sabiduría, y el que leyó una página vale más que el no leído. Los letrados en la China gozan de mil privilegios, son unos como Vestales, que para el augusto encargo de mantener el fuego sagrado, han menester veneración de parte de los fieles. Pero he aquí ladrado de perros el que tuvo la osadía de manifestarse algo instruido, al mismo tiempo que las sacrosantas cláusulas de libertad y patria, si eran pronunciadas de buena fe, le hacían recomendable y digno de respeto de los libres y patriotas. Reinen, reinen las tinieblas. Pero los que estamos pasando la flor de la juventud en la vida privada, a vueltas con nuestras ansias de saber, no tocados por el vaivén eterno de la baraúnda política, mucho tiempo hemos tenido de leer, de estudiar, de aprender, de sentir.

En orden a lenguaje sepa, si alguno se previene a censurarnos, que lo hemos aprendido en los autores clásicos, en los escritos del buen tiempo. Suele suceder que el torneo de una frase no suena bien para un oído torpe; que una manera de construcción, autorizada acaso por Cervantes y Granada, no la oyeron ni la saben los instruidos por Mata y Araujo; que no alcanzan a estimar un corte nuevo para ellos y elegante, y todo es lanzarse en ciegas invectivas sobre que no entendemos de gramática o que faltamos al arte de hablar bien; para lo cual acuden luego a sus librajos, sin venírseles a las mientes que no hay arte ni diccionario capaces de contener toda una lengua, y que donde se la estudia y aprende, donde se la chupa el jugo, si hay quien me sufra esta expresión, es en los autores consagrados por el asenso unánime. Si hubiere quien venga a corregirme el uso de algún verbo, cuidado que le ponga cara a cara con los Argensolas; si burlarse quisiere de un modismo nunca visto ni oído por él, tendrá tal vez que haberlas, con todo un

Moratin, o cuando menos con un Mor—de Fuentes. Pues advierto desde ahora que en hecho de lengua yo nada he inventado, y si algo hay nuevo en mi modo de decir, lo debo a la lectura de los maestros del siglo de oro de nuestra habla, guiada por la sabiduría de Capmany, Clemencín y Baralt, ilustres defensores del español castizo. No digo que yo tenga aquel primor, aquel hábil tanteo que se ha menester para llamarse un escritor pulcro y remirado; pero sí me creo con derecho para desdeñar a tanto crítico zaraplín, que sin haber leído jamás una página de Jovellanos, acomete a engolfarse en lecciones superiores a sus aptitudes. El no entender nosotros una cosa o no haberla jamás oído, no es razón para tenerla por mala; y debemos medirnos mucho en esto de criticar, no nos suceda lo que a ese librero que tenía en su casa un Homero corregido de su propio marte; esto es, que Alcibíades lo supo, entró furioso en ella, y le dió de bofetones.

Cosa muy diferente es la crítica de los hombres instruidos: para ellos tendremos el oído atento, y así como nos tomen en errores o descuidos, nos aprovecharemos presurosos de su sabiduría. Bondad, blandura, trato fino, dotes son de ingenios doctos y de bien formados corazones. En ellos los conoceremos, y no haremos caudal sino de su bien nutrido juicio.

La educación del sexo hermoso a que pensamos y debemos consagrar no pocas líneas, la hemos dejado para lo último, como descanso de los no siempre agradables discursos de política y gobernación de Estados, y aún de los otros temas capaces de excitar el numen de los escritores. ¿Numen ha de haber más inspirador que este llamado ángel por unos, demonio por otros, pero demonio o ángel que tiene en sus manos la suerte de las humanas sociedades? Edu-

quemos a la mujer, sí, eduquémosla, no según los dómines antiguos educaban a los niños, con todo el rigor de un amo crudo, ensangrentándolos y haciéndoles nadar en lágrimas, sino con paciencia de filósofos, con cariño de padres, con bondad y mansedumbre de cristianos, sin perder de vista que ese demonio es el ente más sensitivo, más blando de condición, más fácil de levantarse y purificarse por la dulzura, como de corromperse y bastardear por la rudeza. ¡Pobres mujeres! Verdad es que no las feriamos en las plazas públicas, según se estila en los países mahometanos; ni tenemos harenes en donde sirven, máquinas vivas, para los placeres brutos de hombres bastardeados; ni nos hacemos servir de ellas cual si fuesen esclavas por naturaleza, sin dignarnos poner nuestro corazón en el suyo: pero con todo ¡cuán distantes se hallan todavía del lugar que las leyes naturales las señalan igualándolas en derechos al sexo masculino, de las sociales que en los pueblos cultos las han dignificado y engrandecido tanto! Los hombres mismos somos aquí muy bastos e ignorantes, poco tenemos que enseñarles; pero si tenemos poco, aprendamos y compartamos con ellas las luces adquiridas. No hablo de ciencias; lo abstruso nada les importa; más aún, casi siempre las adorna en su perjuicio. Hablo de aquel arte sublime por el cual la mujer sabe ser hija desde luego, esposa en seguida y después madre. En esta triple y tierna faena se envuelve todo lo que ella debe aprender y saber; y si mereció a justo título esos nombres, tengan por sin duda que cumplió con el encargo de la Providencia y los deberes impuestos a ella por la moral humana.

La mujer perfecta en Jenofonte no está adornada de sabiduría sino de cordura. no se endiosa por el valor sino por el sufrimiento, no brilla por las gracias y galanuras físicas sino por la modestia. No hemos sabido que Sócrates discutiese con su mujer acerca de la naturaleza de los

dioses; contentábase con mantenerla en la fe de los que había. Y Virgilio nos la ha pintado sentada delante de la rueca, o atizando el hogar en donde se cuece el desayuno del esposo. En las naciones modernas de Europa, como en Inglaterra, no está en dos dedos que la mujer ocupe su lugar. En Francia se ha propasado, y vive en una como licenciosa tiranía respecto de los hombres y de la asociación civil, si hemos de concretarnos a hablar de las ciudades, pues las cosas llevan otro término con la gente campesina. En Alemania la mujer está bien colocada. De aquí es que alguno ha dicho "que las inglesas eran buenas para amigas, las francesas para queridas, y sólo las alemanas para esposas".

Cuando no solamente Virgilio sino también otros grandes poetas y otros grandes conocedores de la naturaleza del hombre pintaron el emblema de la mujer cabal poniendo su imagen delante de la rueca o hacinando hábilmente los carbones del hogar, no tuvieron en su ánimo circunscribir sus aptitudes y deberes al estrecho círculo de la casa y la familia; no la arrancaron fuera de la redondez inmensa que abarca el entendimiento, y de las nobles y variadas ocupaciones de que los hombres son capaces, mediante la elasticidad de su alma, cuyas facultades les encumbran hasta tocar con la propia esencia divina, sacudiendo el polvo terrestre por el cual son tan miserablemente bajos. Quisieron sí dar a entender esos ingenios que el ahinco de la buena mujer se ha de marcar sobre todo en lo perteneciente a la vida doméstica, como que ella es el modelo de la pública, y como que en ella se recibe la educación según la cual nos hemos de manifestar buenos o malos ciudadanos. Raro será que un buen hijo sea mal discípulo, que un buen padre de familia sea mal patriota. Lo que se aprende en la casa tarde o temprano sale a la calle; por donde la condición del hombre público remonta al privado, y la mujer viene a ser el

maestro primitivo del cual aprendemos a ser buenos o malos, importantes o para nada.

Para ser madre cumplida, para inspirar al niño las afecciones que algún día le harán hombre de bien, las ideas que le harán elevado, ¿no es preciso tener en el corazón buen acopio de grandiosas afecciones, claros y justos pensamientos en la cabeza? Para ser cumplida esposa ¿no ha de estar al cabo de las obligaciones que la constituyen tal, y saber al mismo tiempo cuan preciosa es la virtud? Para ser hija obediente y acatadora de la majestad paterna, no basta ese profundo y natural obedecimiento con que todos nacemos; conviene tener luces sobre este eslabón sagrado por el cual pertenecemos a nuestros padres, como la criatura humana en general pertenece al Criador. Y para todo esto ¿no se ha menester filosofía, moral, y aún ciertos conocimientos de otro género? Si hay quien lleve a mal este modo de apreciar a la mujer, tema el caer en falta respecto a la naturaleza: haciéndola buena hija, buena esposa y buena madre, la hemos hecho todo lo que Dios mismo quiso hacerla. Si es buena hija, alimentará a su padre moribundo con la leche de sus pechos, como ya lo hizo la romana antigua, y dará a todas las generaciones un ejemplo sublime de ternura. O bien morirá y se enterrará con él, si no pudo salvarle la vida, como aquella heroica joven cuyo epitafio encuentran los viajeros a orillas del Rin en los escombros de Aventicum:

Julia Alpinula: hic jaceo.
Infelicis patris infelix proles.

Y con esto nos enseñará la abnegación, una de las virtudes más preciadas.

Si es buena esposa, se sepultará con su marido, cual otra Eponina, nueve años en una cueva, por acompañarle

a huir de los tiranos, o como Arria enseñará a morir por la honra a su marido, atravesándose el corazón con un puñal en su presencia. ¿Y es poco enseñar esto de comunicar con el ejemplo el valor virtuoso, que se encamina a prescribirnos el honor teniendo en poco la existencia?

Si es buena madre, criará Escipiones, dará Gracos, y habrá hecho por la humanidad lo que nunca pudo hacer el hombre más valiente e ingenioso. Cornelia vale más que un héroe, Cornelia es superior a sabios y poetas; Cornelia, inspirando a sus hijos la virtud y la libertad como parte de ella, alcanza mucho más en el aprecio y veneración de los hombres, que tantos grandes hombres, grandes por haber conquistado y vertido a torrentes la sangre de sus semejantes.

Estas son las hijas, las esposas y las madres que querríamos formar; y a buen seguro que para ser las sombras de ellas, habría mucho que entender y saber. ¿Qué importa ese barniz de sabiduría con que de cuando en cuando han pretendido malamente brillar las mujeres modernas? No han conseguido sino obligar a Moliere a escribir la comedia de "Las mujeres sabias", y a Byron la sátira de "The Blues" (*). No, no queremos medias azules: queremos mujeres instruídas en la virtud, apreciadoras de la honra, dignas de nuestro respeto, sin quitarles la instrucción necesaria para su encargo y para la cultura y adorno de inteligencia que alcanzan nuestros tiempos.

(*) Por los años de 1781 privaban mucho en Inglaterra las sociedades literarias cuyos principales miembros pertenecían al bello sexo, empeñado en tratar con los sabios acerca de las materias más abstrusas y ajenas a la mujer. Uno de los personajes más eminentes de esas reuniones era Mr. Stillgfleet, tan notable por su sabiduría como por su modo de vestir; pues entre otras rarezas, llevaba siempre medias azules (blue stockings). Eran tales la excelencia de su conversación y su principalidad, que cuando este señor fallaba, las señoras sabias sabían exclamar: We can do nothing without the blue stockings, —nada podemos hacer sin las medias azules. Un francés

Los Estados Unidos, nación inferior a muchas europeas por más de un respecto, han comprendido que el hito de la felicidad estaba en la educación y el puesto de la mujer, y siguiendo este principio en breve superarán a todas en progresos morales como ya las superan en físicos. Allí las mujeres instruyen, educan a los hombres ¿están en ese caso! Las mujeres dirigen las escuelas, las mujeres tienen pensiones, las mujeres son maestras de lenguas, y la casa está regida por ellas como Esparta por Licurgo. ¿De dónde procede tan rápido incremento de educación en la mujer americana? De las leyes que despiertan su buen natural y fomentan su espíritu de virtud; de las leyes que la tratan como Alejan-

distinguido tradujo este *blue stockings* por *bas bleu* aplicándolo literalmente a las literatas de esas sociedades, equivocación que hizo reír mucho a las mismas sabiondas, que empezaron a ser llamadas con ese nombre. — *Cruker's* *Bowell*.

Ese término ha quedado admitido para designar a las mujeres importunas que dejan la casa por el Liceo. De las cuales peripatéticas y de las otras poetisas se queja de este modo un buen ingenio:

Si estas nuevas no son bolas
De la gente,
No bajan de cien las damas
Españolas
Que están escribiendo dramas
Actualmente.
Y si está de norabuena
Nuestra escena,
Los varones,
En vez de trajes de gala,
Debemos vestir crespones,
Que estamos de noramala.
Señor, por tus cinco llagas
Reprende a este sexo impío.
Pues si da en hacer comedias
Quién, Dios mío,
Nos remendará las bragas
Y las medias?

dro a la mujer e hijos de Darío; de las leyes que las resguardan y las vengan de las tropelías de los hombres. Júzguese cuan protegidas son las mujeres por las leyes de los Estados Unidos por una o dos anécdotas históricas que voy a referir.

Un mancebo de familia distinguida (no las hay en ese afortunado país sino por el talento y las virtudes) enamórase de una joven plebeya; y por grande que sea allí el imperio de la democracia no se le acomodaba el ánimo al muchacho a casarse con la hija de un curtidor. La inspiró cariño, la perdió. Un hermano de ella va para el seductor y le dice secamente: "Si dentro de un año, en tal día, a tal hora no se ha casado Ud. con mi hermana, le mato". Transcurre el año, y nuestro Gazul no se casaba. Vino el otro (no había vuelto a decir un término), y en tal día, a tal hora le voló los sesos. El jurado absolvió al reo a votos conformes.

Iban en un wagón, caminando por un ferrocarril, una hermosa niña y un mozo de sus mismos años y semblante. Desconocidos eran éstos, y el varón devoraba con los ojos a la otra, que ya no sabía donde poner los suyos: verdad es que los tenía rasgados, negros, límpidos, cargados de largas pestañas, con lo cual traía revuelto el corazón de su vecino. Llegan a un pueblo, y a tiempo de apearse, el ardiente mozo le pone con vehemencia sus labios en los de ella. La muchacha, sin decir palabra, confundida de rubor, se va para la policía, con cuyos agentes torna luego al sitio de la ofensa, en donde se prende al malhechor. El jurado le condenó por unanimidad a diez años de presidio.

La perfección y felicidad de la mujer dependen de las leyes, las cuales dependen de los hombres: hagámoslas buenas, y nos pondremos en camino de educarla. Después ya podemos ir la perfeccionando con justas y bien sazonadas prédicas, con sublimes paradigmas de los grandes tiempos,

con historias de Arrias y Lucrecias, que no pueden poco en su imaginación vehemente y amiga de propender a su importancia.

En el orden de la naturaleza las mujeres pueden mucho; no menos en el social, donde saben estimarlas. Si algo han de valer ellas por mí, yo he de valer algo por ellas, según este decir de un viejo amigo mío. El hombre se protege por lo que él vale, la mujer, por lo que valéis. No se trata aquí de protección, pero sí de aprobación. Y las sé decir que la suya compensará con buena adehala, dejándome a ganar no poco, el deslenguamiento de los necios y de mis enemigos, que puesto que no lo sé, me los debo tener, conforme a la triste regla por la cual no les faltan a los hombres de bien. Pero

“Yo me diré feliz si mereciere
En premio a mi osadía,
Una mirada tierna de las Gracias,
Y el aprecio y amor de mis hermanos,
Una sonrisa de la patria mía,
Y el odio y el furor de los malvados”.

SIETE TRATADOS

EL BUSCAPIE

Prólogo de un libro inédito titulado
Ensayo de imitación de un libro inimitable
o
Capítulos que se le olvidaron a Cervantes.

CAPITULO I

Dame del atrevido; dame, lector, del sandio; del mal intencionado no, porque ni lo he menester, ni lo merezco. Dame también del loco, y cuando me hayas puesto como nuevo, recíbeme a perdón, y escucha. ¿Quién eres, infusorio, exclamas, que con ese mundo encima vienes a echármelo a la puerta? Cepos quedos: no soy yo contrabandista ni pirata: mía es la carga: si es sobradamente grande para uno tan pequeño, no te vayas de todas por este único motivo; antes repara en la hormiga que con firme paso echa a andar hacia su alcázar, perdida bajo el enorme bulto que lleva sobre su endeble cuerpecillo. Si no hubiera quien las acometa, no hubiera empresas grandes: el toque está en el éxito: siendo él bueno, el acometedor es un héroe; siendo malo, un necio: aun muy dichoso si no le calificamos de malandrín y bellaco. Este como libro está compuesto: sepa yo de fijo que es obrita ruín, y no la doy a la estampa; téngala por un acierto, y me ahorro las enojosas diligencias con que suelen los autores enquillotrar al público, ese personaje temible que con cara de justo juez lo está pesando todo. El decidirá: como el delito es máximo, la pena será grande: al que intenta invadir el reino de los dioses, Júpiter le derriba. Pero el ravo consagra: ese demente es un escombros respetable.

Qué pudiera proponerse, me dirán, el que hoy escribiera un Quijote bueno o malo? El fin con que Cervantes compuso el suyo, no existe; la lectura de los libros caballescres no embelece a cuerdos ni a locos, a entendidos ni a ignorantes, a juiciosos ni a fantásticos: estando el mal extirpado, el remedio no tiene objeto, y el doctor que lo propina viene a curar en lo sano. Así es; pero yo tengo algo que decir: Don Quijote es una dualidad: la epopeya cómica donde se mueve esta figura singular tiene dos aspectos; el uno visible para todos; el otro, emblema de un misterio, no está a los alcances del vulgo, sino de los lectores perspicaces y contemplativos que rastreando por todas partes la esencia de las cosas, van a dar con las lágrimas anexas a la naturaleza humana guiados hasta por la risa. Don Quijote enderezador de tuertos, desfacedor de agravios; Don Quijote caballero en Rocinante, miserable representación de la impotencia; Don Quijote infatuado, desvanecido, ridículo, no es hoy necesario para nada. Este Don Quijote con su celada de cartón y sus armas cubiertas de orín se llevó de calles a Amadisés y Belianises, Policisnes y Palmerines, Tirantes y Tablantes, destrozólos, matólos, redujólos a polvo y olvido: España ni el mundo necesitan ya de este héroe. Pero el Don Quijote simbólico, esa encarnación sublime de la verdad y la virtud en forma de caricatura, este Don Quijote es de todos los tiempos y todos los pueblos, y bien venida será adonde llegue, alta y hermosa, esta persona moral.

Cervantes no tuvo sino un propósito en la composición de su obra, y lo dice; mas sin saberlo formó una estatua de dos caras, la una que mira al mundo real, la otra al ideal; la una al corpóreo, la otra al impalpable. Quién diría que el Quijote fuese libro filosófico, donde están en oposición perpetua los polos del hombre, esos dos principios que pa-

recen conspirar a un mismo fin por medio de una lucha perdurable entre ellos? El género humano propende a la perfección, y cuando el polo de la carne con su enorme pesadumbre contrarresta al del espíritu, no hace sino trabajar por la madurez que requiere nuestra felicidad. Si Don Quijote no fuera más que esa imagen seria y gigantesca de la risa, las naciones todas no la hubieran puesto en sus plazas públicas como representante de las virtudes y flaquezas comunes a los hombres; porque una caricatura tras cuyos groseros perfiles no se agita el espíritu del universo, no llama la atención del hombre grave, ni alcanza el aprecio del filósofo. Hay obras que hacen reír quizá más que el Quijote, y con todo, su fama no ha salido de los términos de una nación: testigo Rabelais, padre de la risa francesa. Panurge y Pantagrúel darán la ley en Francia; Don Quijote la da en el mundo. Con decir que Juan Falstaff no es ni para escudero de Don Quijote, dicho se está que en este amable insensato debajo de la locura está hirviendo esa fuente de sabiduría donde gustan de beber todos los pueblos. "El Quijote es un libro moral de los más notables que ha producido el ingenio humano". Si como español pudiera infundir sospechas de parcialidad el autor de esta sentencia, extranjero fué el que llamó a Cervantes "honra, no solamente de su patria, sino también del género humano". (*)

Don Quijote es un discípulo de Platón con una capa de sandez: quitémosle su aspada vestidura de caballero andante, y queda el filósofo. Respeto, amor a Dios; hombría de bien cabal; honestidad a prueba de ocasiones; fe, pundonor, todo lo que constituye la esencia del hombre afilosofado, sin hacer mérito de las obligaciones concernientes a la ca-

(*) John Bowle, Anotaciones al Quijote.

ballería, las cuales, siendo de su profesión, son características en él. Aun su faz ridícula, puesta al aviso, seduce con un vaivén armonioso de suaves resplandores. Se hace armar caballero, por habilitarse para el santo oficio de valer a los que poco pueden: embiste con los que encuentra, si los tiene por malandrines y follones, esto es, por hombres injustos y opresores de los desvalidos. Trátase de un viaje al fin del mundo: él está ahí, a él le toca e incumbe molestia tan gloriosa, pues va a desagraviar a una mujer, a matar al gigante que usurpó el trono a una reina sin aparato. Todo noble, todo elevado en el fundamento de esta insensata generosidad: echada al crisol de la filosofía locura que tan risible nos parece, luego veríamos cuajarse una pepita de oro aquilatado. El móvil de acciones tan extravagantes, en resumidas cuentas, viene a ser la virtud. Don Quijote es el hombre imaginario, en oposición al real y usual que es su escudero Sancho Panza. Quién no divisa aquí las dos naturalezas del género humano puestas en ese contraste que es el símbolo de la guerra perpetua del espíritu y los sentidos, del pensamiento y la materia? Si el fundador de la Academia no hubiese temido ser impío modificando la obra del Todopoderoso, habría ideado el hombre perfecto, al modo que imaginó y compuso su República. Empero si a fuer de pensadores le quitamos a la humana especie su parte tosca y viciosa, queda descabalada: el polo del mal es contrarresto necesario en nuestra naturaleza; y sin propender a un sacrílego trastorno, al sabio mismo no le es dable decir: Así hubiera sido mejor el hombre. Todo lo que hace el filósofo para mostrarnos que somos ruines y que pudiéramos ser más dignos del Criador, es delinear el hombre imaginario. Tal es Don Quijote: en poco está que este loco sublime no derrame lágrimas al sentarse a la mesa, cual otro Isidoro Alejandrino.

Aquí estriba el secreto de la celebridad sin mengua de Cervantes: si a ingenio va, muchos lo han tenido tan despejado y alto como el suyo. Mas cuando Bocaccio rendía homenaje al vicio con obras obscenas; cuando la reina de Navarra y Buena Ventura Desperries enderezaban a los sentidos el habla seductora de sus cuentos eróticos; cuando el cura de Meudon y Bouchet le daban vuelo al pecado con su empuje irresistible; cuando las matronas graves, las niñas puras leían y aprendían a esos autores para citarlos sin empacho, se estaba ya desenvolviendo en las entrañas del porvenir el genio que luego había de dar al mundo la gran lección de moral que los hombres repiten sin cansarse. Qué es de esos novelistas, célebres en su patria y su tiempo? Fantasmas desconsolados, vaguean al descuido por los ámbitos oscuros de la eternidad: si alguien los mira, si alguien los conoce, no se inclina, como Dante en presencia de los espectros celestiales que encuentra en el Paraíso. Cervantes enseñó deleitando, propagó las sanas máximas riendo, escarneció los vicios y barrió con los perversos de la sociedad humana; de donde viene a suceder que su alma disfruta de la luz eterna, y su memoria se halla perpetuamente bendecida. Tanto como esto es verdadero el principio del divino Sócrates, cual es, que sólo por medio de la virtud podemos componer las obras maestras. Cervantes sabía esto, y echó por la senda opuesta a la que siguieron los autores contra los cuales alzó bandera, hablando de cuyas obras dijo un gran obispo: "Su doctrina incita la sensualidad a pecar, y relaja el espíritu a bien vivir". Escritor cuyo fin no sea de provecho para sus semejantes les hará un bien con tirar su pluma al fuego: provecho moral, universal; no el que proclaman los pseudo-sabios que adoran al dios Egoísmo y le casan a furto con la diosa Utilidad en el ara de la Impudicia.

Así lo han comprendido los autores que, poniendo el ingenio a las órdenes de las buenas costumbres, cierran con los vicios y los tienen a raya. Sus armas no siempre son unas: Teofrasto, Labruyere, La Rochefoucauld, Vauvenargues hinchen de amarga tirria las cláusulas con que retratan el corazón humano. Reír, jamás estos filósofos; hablan cual sombras tétricas que tuviesen de la Providencia el encargo de corregir a los hombres reprendiéndolos con aspereza. El vicio los irrita, el crimen les da tártagos, y la acritud saludable de su pecho sale afuera en palabras hoscas y bravías como el fierro bruto. Bajeza, perversidad humana, miráronlas en serio; y para remediarlas emplearon una murria acerba revestida de indignación. Estos censores se pasan de severos: témelos uno, pero elude su castigo con huir de ellos: más pueden esos maestros sutiles que se insinúan ríe riendo, se meten adentro y hieren el alma. Plauto, Cervantes y Moliere han hecho más contra las malas costumbres que todos los campeones cuya espada han sido la cólera o las lágrimas. A Demócrito no gusta uno de mostrársele: a Heráclito le compadecemos y pasamos adelante.

El autor del Quijote siguió las propensiones de su temperamento: así como su héroe se cubre el rostro con su buena celada así él se oculta debajo de ese antifaz tan risueño y alegre con el cual llena de regocijo a quienes le miran y escuchan: si la melancolía le oyera, se riera: no hay hambre, luto, palidez que no quiebran la tristeza en la figura del caballero andante en quien son motivos de risa lo mismo que a otros los vuelve respetables, y aun temibles. Elevado, grave, adusto en ocasiones; audaz, intrépido, temerario; sensible, amoroso, enamorado; constante, sincero, fiel, todo para hacer reír. Es esta una burla atroz, escarnio violento al cual sucumben esas virtudes? Nada menos que eso: Cervantes saca el caballo limpio: esas virtudes quedan en

pie, erguidas, adorables; no han hecho sino ir a la batalla. Deslinde éste muy holgado, si consideramos que no les ha cabido ni el aliento de la ridiculez, y que no afean su manto de armiño partícula de tierra ni chispa de sangre. Antes podemos considerar esta antilogía como el testimonio de lo avieso y torcido de nuestra condición: efectivamente ¿quién aspira a la felicidad mundana, quién la alcanza con el ejercicio de las buenas obras? Si el que las tiene de costumbre se escapa de la fisga, la ingratitud no le perdona; si no muere en la cruz, de día y de noche están en un tris de lapidarle sus más íntimos amigos. Oh tú, el franco, el dadivoso, no des una ocasión, o no des cuanto te piden: eres un ahorrativo, un cutre para el cliente benigno; córrale sangre por las venas, y no serás menos que un canalla. Oh tú, el denodado, el menospreciador del peligro, perece en él, y eres un necio: murió de puro tonto, exclama tu propio camarada: si tu ángel de la guarda te preserva, no eres sino fanfarrón, matasiete de comedia que se pone en cobro a la asomada del enemigo verdadero. Oh tú, el sufrido, el manso, que perdonas agravios, olvidas calumnias: hombre vil, sin honra ni amor propio. Oh tú, el magnánimo, el altivo, que por bondad o por desdén no das rostro a tus perseguidores: ignorante, cobarde, según los casos. Qué mucho, pues, si aquel cuyas acciones tienen por móvil principios sanos y plausibles sea víctima o escarnio de sus semejantes? Caídas, palos, afrentas de Don Quijote; lances ridículos, burlas, carcajadas son espejo de la vida. Si éste fuera bribón cuerdo y redomado, nadie le diera soga, nadie hallara de qué reírse en él; siendo loco furioso, guarda Pablo! Dios y a un lado. Nosotros pensamos que sin miedo del martirio debemos echar por el camino de espinas: como esto sucede algunas veces, para honra de la especie humana, apenas habrá quien juzgue por gratuitos los cargos que contra ella se derivan de ciertas consideraciones. Gratui-

tos? Dios misericordioso! Pitágoras muere en el fuego; Sócrates apura la cicuta; Platón es vendido como esclavo; Jordán Bruno, Savonarola son pasto del verdugo. Quién más? Todos piensan que el matador de César dijo una gran cosa cuando exclamó: Oh virtud, no eres sino vana palabra! Exclame: Oh virtud, eres sentencia de muerte, y el mundo le sacaba aún más verdadero.

CAPITULO II

La espada de Cervantes fué la risa: ved si la menea con vigor en el palenque adonde acude alto y garboso. Esa espada no es la de Bernardo: pincha y corta, deja en la herida un filtro mágico que la vuelve incurable, y se entra en su vaina de oro. La risa fué el arma predilecta del autor del Quijote, mas no la única: esta fábula inmortal tiene pasajes elevados que en ninguna manera desdican de la índole de la composición, y refutan antes de propuesto el juicio que después había de formular un analizador, benemérito sin duda; es a saber, que en obras de ese género todo debe ir encaminando a la ironía burlesca y a la risa. Walter Scott, cuya autoridad en lo tocante a las letras humanas tiene fuerza de sanción, afirma, por el contrario, que si las obras de carácter serio rechazan por instinto la sátira graciosa y no dan cabida a la chispa maleante y placentera, las de costumbres, las de cierto modo familiares, admiten de buen modo lugares profundos, y aún sublimes. Hay una persona ridícula en Homero; mas siendo perversa a un mismo tiempo, no punza el ánimo del lector con ese alfiler en-

cantado que hace brotar la risa: ni los dioses ni los hombres perciben sal en la ridiculez del cojo Tersites, malo y feo. La ambición de los Atridas, el furor de Aquiles, los alaridos de Ajax desesperado; guerreros del cielo y de la tierra cruzando las espadas en batallas estupendas, hacen temblar montes y mares, no son cosas de reír. Todo serio, todo grande en Sófocles: la enseñanza de la tragedia es lúgubre: Electra es devota de la estatua de Niobe, porque nunca deja de llorar este sensible, apasionado mármol. A Fedra le está devorando el corazón un monstruo de mil formas: amor ilícito, incesto enfurecido, negra venganza, son tempestades en el pecho: los que las abrigan, maldicen, rugen y mueren, no están para reír. Y cómo ha de reír Macbeth cuando quisiera huir de sus propias manos que chorrean sangre? Banco no se ríe, porque las sombras nunca están alegres; Otello no se ríe, porque abriga un demonio en las entrañas; Edipo no se ríe, porque sabe ya que ha matado a su padre, y se ha arrancado los ojos. La risa pues, divinidad sutil que se cuela en todas partes, huye del cementerio, tiene miedo a los muertos; y ora en figura de amor, ora de celos, ora de venganza, las pasiones la acoquinan y le imponen silencio.

Las reglas en el arte no son sino observaciones confirmadas por la experiencia: el buen juicio de los doctos, de esos cuyo discernimiento separa con tanteo infalible el oro fino del bajo, el bajo de la escoria; ese buen juicio transmitido de generación en generación, admitido por el buen gusto, se convierte en leyes que sanciona el unánime consentimiento: una vez promulgadas por los grandes maestros, nadie falta a ellas que no cometa una punible transgresión. Homero es anterior a Quintiliano, ya lo han dicho. La observación de sir Walter Scott no claudica jamás respecto del poema, la tragedia, la historia y la poesía lírica: éstas son

matronas cuyas formas imponentes ocultan a Minerva, o doncellas impolutas que temen incurrir en la desconsideración de Apolo, si su voz argentina se embastece con una cargada.

La risa de los ciegos tiene algo de fatídico: la risa, como las flores, no es amable ni fragante sino cuando se desenvuelve a los rayos del sol. El ciego no tiene derecho para reír: su risa es incompleta, imperfecta: los ojos rien junto con la boca: sin la parte de ellos, este fenómeno es casi monstruoso. Reír un ciego, ¿con qué luz? Milton quiso reír; se rió una ocasión, y dió un susto a nuestra buena madre Eva en el Paraíso: en poco estuvo que el Angel del Señor no dirigiese contra él la punta de su espada. Ciego, de qué te ríes? Ah, los ángeles han inventado un nuevo instrumento de exterminio, van a llevarse a las legiones infernales en alas de su artillería y dar buena cuenta de los enemigos del hombre. Pero los demonios, a quienes no se les llueve la casa, traen en la manga lo que han menester en un apuro y hacerles dar en el buitrón no es llegar y besarla durmiendo, porque ellos son capaces de contarle los pelos al diablo. El poeta describe la zorrería de los unos, el empacho de los otros, se pone a reír y se ríe un día entero. Esta burla se levanta en el Paraíso Perdido, bien como farallón ridículo cortado en forma de botarga, en medio de un mar grandioso. Es la única del poema, y se la ve desde lejos, para que huyan del escollo esos amables inventores que tienen nombre de poetas.

Childe Harold se quiso reír también, y se rió: esto es como si se riera Ticio debajo del buitre que le despedaza y come las entrañas: la duda sepulcral, los remordimientos, las tinieblas no experimentan alegría: Conrado, el Giaur, Manfredo, simados en el crimen, no hacen traición con el

semblante a las pasiones furibundas que les imprimen semejanza de hijos del abismo. Childe Harold quiso una vez mostrarse picotero, saleroso, y quedó mal. Este bello Lucifer infunde admiración cuando se tira de rodillas en presencia del Parnaso, y deja salir de su pecho a borbollones el raudal de su divina poesía: cuando, en pie delante del Partenón, poseído por el espíritu de la antigüedad, evoca las sombras de Fidas y Pericles: cuando, errante a media noche por entre los escombros de la ciudad eterna, ve con la imaginación el espectro de Sila, y le dirige la palabra en términos tan grandes como ese gran tirano. Childe Harold exponiendo chufletas y donaires a las puertas de Newgate, cual avisgado socarrón, es pequeñuelo, ruín. Lo conoció el poeta, y jamás volvió a chancear en el admirable poema donde no actúa sino un héroe, y solo, solitario y aislado basta para la acción que satisface y embelesa. Esta burla de lord Byron en una de sus obras más cumplidas dió materia y ocasión a Walter Scott para que, dilatando la mirada por el campo de las humanidades, redujese sus observaciones a preceptos. El coturno eleva hasta las nubes: poeta que lo calza y sabe entenderse con él, es un gigante: los gigantes no ríen: son fuertes, valientes, feroces, soberbios y terribles.

Las obras de carácter jocosó no repugnan los pasajes serios y encumbrados; antes parecen recibir importancia de la gravedad filosófica, y ofrecen lugar con gusto a los severos pensamientos con que los moralistas reprimen las irrupciones de los vicios en el imperio de las virtudes. Debe de ser a causa que el género humano propende a levantarse, creciendo en consideración a sus propios ojos; y todo lo que es bajar le desvalora y humilla. Si de las travesuras del concepto y el estilo pasamos a las especulaciones fundamentales de la inteligencia, exprimiendo nuestras

ideas en cláusulas robustas, andamos hacia arriba; y cuando sucede que del círculo eminente de la moral y la filosofía hacemos por desviarnos hacia el risueño pero restringido campo de la sátira ligera, en esos rebatos de júbilo inmotivado que suelen darle al corazón, descendemos, sin duda. ¿No proviene de aquí la repulsión que las composiciones de índole reflexiva experimentan por sucesos cuyo lugar está realmente en la comedia? En ésta no se hacen mala obra lo serio y lo ridículo, lo raro y lo común, lo superior y lo llano: las lágrimas son esquivas; mas si oyen por ahí el ruidecillo lisonjero de esa su amable contraria que se llama risa, no siempre huyen al vuelo, y aún les acontece el esperarla con los brazos abiertos. Sátira, fábula, novela, campo abierto a donde pueden acudir todas las pasiones, grandes y pequeñas, nobles y ruines, a hacer guerra con armas de especie diferente. Cuántas y cuántas escenas en Moliere tan profundas por la sustancia como levantadas por el lenguaje? Las obras de este gran filósofo son de tal calidad, que si la comedia no pudiera abrigar los mayores propósitos, y no ofreciera espacio y holgura a la inteligencia predominante, habríamos en justicia de inventar un nombre extraordinario que las calificase y abrazase. El Misántropo, Tartufo, Don Juan son epopeyas de costumbres, obras maestras que no comunican a su dueño menos importancia que la del primer trágico del mundo. En estas comedias hay lugares, no digamos serios, pero terribles, que con ser de naturaleza funesta, contribuyen maravillosamente a la suma de las cosas. Tal es la aparición de la estatua del Comendador en casa del libertino que le había convidado a un banquete en son de burla. Comedia es la obra en que se aparecen, andan y hablan hombres de piedra; y tales escenas, siendo como son tan trágicas, no la desnaturalizan, mas aun le dan realce y esplendor. En la observación del crítico inglés no hay defecto de armadura.

Cervantes supo entenderse con estas variedades de composición, secretos de las letras humanas antes conocidos que averiguados, y no temió tratar en el Quijote materias de suyo graves, en manera filosófica unas veces, otras como austero moralista.

CAPITULO III

El señor de Lamartine dijo una ocasión que admiraba el ingenio de Cervantes, pero que el Quijote no era de su gusto. —Es posible, señor?— No, volvió a decir; no me gusta el Quijote, por la misma razón que no me gustan las obras de los insignes autores cómicos antiguos y modernos. Averiguémonos bien: no afirmo que esas obras me disgustan por el desempeño, sino por su naturaleza. Las lágrimas son la herencia de los hombres: les hemos de enseñar a vivir y morir, si no llorando, por lo menos con el semblante digno, circunspecto que corresponde a la imagen de Dios. Siempre me he considerado muy capaz de hacer buenas comedias: en arrimando el hombro a esa labor, yo sé que saliera bien; pero tengo por mí mismo más consideración de la que se requiere para sobresalir en ese ramo de las humanidades. — Permittednos, señor, haceros presente que la risa es tan de nuestra esencia como el llanto: llorar, llorar y más llorar desde que salimos de la cuna hasta que ganamos el sepulcro, no es ni razonable, ni factible. La risa no está mal con la desgracia: suele mostrarse hasta en los umbrales de la miseria. No diréis, por otra parte, que las lágrimas no alcanzan a los que se tienen por felices? Felices no

hay en el mundo, replicó el poeta: cual más cual menos todos somos desgraciados con relación a las cosas mundanas. El cultivo de las virtudes solamente nos comunica la modesta y tímida satisfacción que podemos llamar felicidad. La parte ridícula del género humano es la que en el pensador excita mayor lástima: lejos de ponerla de manifiesto, convendría cubrirla con un parche de bronce que no diese paso al acero. La llaga permanecería viva, tornamos a arguir; valiera más curarla. El sabio que consume ese milagro no ha nacido, ni nacerá jamás, dijo él. Locura es hacer por mejorar la sociedad humana hiriendo despiadadamente en ella;

Car c'est une folie a nulle autre seconde
Que vouloir se meler de corriger le monde.

No se agradaba Lamartine de las composiciones de su gran compatriota, y las sabía de memoria. Era sincero ese modo de pensar? Si Lamartine el hombre se ha solazado alguna vez, Lamartine el poeta ha meditado siempre, ha gemido por costumbre. El amante de Graziela, Jocelyn, el autor de las Meditaciones y las Armonías conoce la sonrisa, pero es la del amor melancólico, la del recogimiento angelical. Si habla con Dios, participa de la divina sustancia, y mantiene el porte inapeable que caracteriza a los entes superiores. Se pasea por la bóveda celeste, cuenta, pesa los astros, aspira con ahinco la delicada luz de las estrellas, y se nutre del manjar de los seres inmortales. Contempla hacia el crepúsculo una nubecilla purpurina que se mueve graciosa por el cielo, y se imagina que un serafín está viajando en ese carro de las Musas: a dónde va? El lo ha de saber, pues ya la sigue con el corazón, y la ha de seguir hasta donde lo comorte el pensamiento. Le gusta el mar en leche que brilla cual espejo donde refleja la luz del

Infinito: le gusta el mar bravío que se levanta rugiendo en cólera sublime: le gusta contemplar el águila que permanece inmóvil en un risco del monte Athos: le gusta el león que sale de su selva lamiéndose las fauces con su lengua encendida: silba con los vientos, suspira con las sombras, gime con las almas atribuladas, calla con la tumba: de qué, a qué hora ha de reír?

Si Jeremías diera la ley a los mortales, Eco sería en breve el único habitante de la tierra, porque todos nos consumiéramos a fuerza de suspiros y gemidos: llore en buena hora el profeta sobre Jerusalén; mientras algo quede en pie, no ha de faltar quien anime aún los escombros con la trémula expresión de la alegría. La alegría? todos los que se ríen son alegres? Ríe el dolor, ríe la desdicha, y los que tienen el poder de alegrar a los demás, de sazonarles la vida con la grosura del ingenio, la untuosidad almibarada con que pasan fácil y agradablemente los peores bocados; esos brujos inocentes, digo, no participan casi nunca de la sal con que regalan y deleitan a los otros. El autor de *Las mujeres sabias* nunca dejaba de estar triste; su corazón siempre en tinieblas: Boileau no supo lo que eran goces en la vida: Addison fué el hombre más adusto que se ha conocido; y Cervantes ¿qué placeres? qué contento? Cautiverio, calabozo no son moradas de alegría. El malogrado Larra viene a confirmar nuestra aserción: quién no pensara que tras el autor de escritos tan risueños no estuviese el hombre feliz, el satisfecho de la suerte? Pobre Fígaro! ofrece a los demás esos licores encantados que destila en su laboratorio mágico, y para él no hay sino cosas amargas: su copa es negra: las pesadumbres le sirven ese veneno misterioso que suele llevarse en flor a los que prevalecen por la sensibilidad. Contradicción absurda que diera asunto a las investigaciones de los que profesan escudriñar la natura-

leza humana, sin dejar de ser natural y corriente. Hosca, tremebunda es la nube que produce el rayo: de la piedra fría brota la chispa del fuego socorrido; y dicen que en lo antiguo, la púrpura, ese color amable que simboliza el placer y la felicidad, la extraían del múrice, triste habitante de los rincones más oscuros del océano. Como de estos contrarios se compone el gran todo de las cosas humanas: si algo sabemos de los efectos, las causas de la mayor parte de ellas estamos por averiguar. Mucho presumimos de nosotros mismos, pero no somos más que semisabios, y para con lo que ignoramos nada es lo que sabemos. La tumba solamente remedia esta ignorancia que nos mortifica unas veces, nos consuela otras, y está siempre acreditando nuestra pequeñez. Muerte es lección que nos descubre todo: el que sabe la eternidad, no tiene otra cosa que saber. En este concepto, la sepultura es el pórtico de la verdadera sabiduría.

Si ésta consiste en una gravedad incontrastable, mientras somos ignorantes lo hemos de manifestar de mil maneras. Conviene, dice uno de esos que reciben el mundo como él es; conviene explayar la alegría cuanto sea posible, y reducir la tristeza a los más estrechos límites. Conviene sin duda; lo malo es que las más veces la tristeza carga de modo que ella es quien nos estrecha en términos de privarnos hasta del arbitrio de las lágrimas; y con todo, su adversaria no le cede una mínima en lugar: hambre, desnudez, enfermedades; perfidias de los amigos, injusticias de los poderosos, desengaños de todo linaje; inquietudes, quebrantos, desazones combaten por la tristeza al son de las campanas que acaso están doblando: haberes en su colmo, ambiciones llevadas a cima, amores coronados, venganzas satisfechas y otros soberbios paladines salen por la alegría: de la lucha resulta el equilibrio fuera del cual no pudiera vivir

el hombre; y para mayor acierto en la disposición de las cosas, quiere la Providencia que los adalides se estén pasando sin cesar del uno al otro partido: el que hoy está alegre, mañana ha de estar triste; el que hoy está triste, mañana puede estar alegre, porque "el buen día siempre hace la cama al malo". He aquí un poeta que habla como filósofo. Luego no en todo caso es el poeta ese frenético divino, que puesto en el trípode de la inspiración profiere en lúcido arrebatado las sandeces elegantes o delirios seductores a causa de los cuales se le pone en la frontera coronado de mirto? Si el fraile perilustre autor de ese apotegma hubiera añadido que otras veces el mal día se va dejando hecha la cama al bueno, habría puesto el otro hemicycleo a la rueda de la fortuna.

El adusto legislador de los lacedemonios mandó colocar la estatua de la risa en la sala de los festines; por donde se ve si esta divinidad tiene su asiento en el Olimpo, y si los héroes y los reyes sacrifican en sus aras. Esparta es lúgubre: la felicidad misma es allí una carga: usos, costumbres, afectos, pasiones, todo está bajo la ley. En el pueblo libre por excelencia, el amor mismo es esclavo: el marido busca a la esposa cual ladrón nocturno: nadie puede comer en su casa, ni el monarca; la mesa particular sería cuerpo de un delito. El espartano ignora el gusto del adorno, el de la comodidad doméstica: todo frío, todo rígido. Este pueblo es de una pieza, no tiene coyunturas: su goce la guerra, su anhelo el predominio: en su casa se tiraniza a sí mismo, se alimenta de un acre desabrimiento. Parece que semejante pueblo no había de admitir sino dos símbolos, el de la guerra y el de la muerte, supuesto que siempre está de luto; la imagen de Palas y un catafalco gigantesco que abrigase el espíritu de los guerreros. Pues el más sabio de los legisladores mandó poner la estatua de la risa en la sala de los festines. Luego esta diosa pequeñuela no está reñida con las grandes virtudes ni es malquista con los héroes.

CAPITULO IV

Hay en el museo del Vaticano un departamento que abriga tres cuadros, "La Transfiguración", de Rafael; la "Comunión de San Jerónimo", del Dominiquino; y "El Descendimiento", de Daniel de Volterra, las tres obras maestras de la pintura moderna. Viajero que en mudo recogimiento permaneces en ese recinto sagrado, ¿quién es el hombre intonso que sobre su caballete, el pincel en la una mano, la paleta en la otra, está mirando con religiosa intensidad a la pared del frente? Es un discípulo oscuro de una escuela sin nombre? un copiadador desprovisto de inventiva? un caballero novel en el campo de las buenas artes? No: éstos no recelan en el pecho la audacia grandiosa que enciende el convencimiento de la propia superioridad, y tímidos, humildes buscan teatro que más diga con sus aptitudes. Ese hombre cabelludo, de ceja poblada y ojos distantes uno de otro, es quizá Sir Joshúa Reynolds, Horacio Vernet o Mariano Fortuny. Nadie tiene por caso de inquisición el que uno trate de imitar esas obras inmortales, ni son imputados de insolencia los que hacen por seguir las huellas de esos ingenios-príncipes; mas ay del mísero que se propusiese componer una Eneida! Ese, cual otro Marcias, caería herido por las flechas de Apolo, y de su piel hicieran los sacerdotes de este dios una caja temerosa con que ahuyentarán de su templo a los profanos.

Cargando la consideración sobre este punto, vemos que tan difícil nos parece atemperarnos a los toques de Virgilio como a los de Rafael: que sea pintado, que sea escrito, el poema es asunto de la inteligencia superior: cualquier artista es dueño de acometer la imitación de las obras maes-

tras de la pintura; ningún poeta sería osado a mojar la pluma en presencia del Mantuano, sin incurrir en la reprobación o la mofa de sus semejantes. Será quizá porque el pintor puede concluir una obra, perfecta en lo material, y tanto, que cautive los sentidos del vulgo y le deje de todo en todo satisfecho: el artista de genio, aquel cuya mirada rompe por la tela y pasa a buscar en lo infinito los caracteres de la Divinidad, no verá allí tal vez sino el elemento físico, la carne, digamos así, de la pintura. Rafael prevalece por el colorido: nadie le ha superado, nadie le ha igualado en esta parte de su profesión; pero quién le ha seguido siquiera de cerca en lo tocante al espíritu, a lo divino de ese invento de los dioses? Hasta para comprenderle ha de ser uno hombre de genio, esto es, se ha de hallar provisto de la fuerza con que algunos miran hacia el mundo interno, y la eficacia con que se apoderan de esas preseas invisibles con las cuales naturaleza enriquece y adorna a sus hijos predilectos. David llena todos los números en orden al cuerpo de la pintura; es pintor maestro, acabado; mas cualquier otro, hábil en el manejo del pincel, pudiera trasladar sus obras a su propio lienzo: el que imite a Rafael, nacerá cuando vuelva a levantarse de la tierra ese vapor milagroso que exhalaba el suelo de Roma en esos grandes tiempos en que el dios de las artes le encendía con su mirada engendradora. Las imágenes del uno tienen sangre, corazón; tras las formas palpables fulgura la inteligencia, resuena la sensibilidad exquisita de un alma que en hilos invisibles está pendiente de la mano del Todopoderoso: las del otro son representaciones del cuerpo, miembros perfectos que derraman de sus admirables declivios la belleza de la materia, pero no animados por el espíritu de vida. Ahora pues, el vulgo, animal de mil cabezas, de cuya jurisdicción no se escapan sino los hombres altamente distinguidos; el vulgo queda satisfecho con lo que ve, lo que toca, y no alcanza espíri-

tus para arrancarse de su órbita mezquina, y elevarse con el pensamiento a las regiones inmortales. El buen pintor hará una imitación perfecta de un cuadro célebre; perfecta en el colorido, la forma: el escritor tendría que romper por los dominios desconocidos y sagrados de su modelo, inquirir los secretos que le endiosan, revestirse de su genio, y con maña sin igual echar al mundo cosas tan cumplidas que así parezcan el espejo mismo en que se ha visto. Uno es el Fénix; empero si no hay dos, ¿no le fuera dable a un loco anhelar siquiera por ser el ave del Paraíso? Los jóvenes de la antigua Grecia acudían de todas las ciudades a contemplar el Partenón, a efecto de aprender el arte del divino Fidias, y en sus propias concepciones depositaban sus recuerdos: éstos no eran reputados insensatos ni perseguidos con rechiflas a causa de su atrevimiento. Los grandes ejemplares inspiran las grandes obras: si a fuerza de trabajo y voluntad saliese uno con su empeño, sería acción bastarda no concederle por lo menos el mérito de la constancia. El carro del sol difícil es de conducir; mas ruégoos consideréis que las Náyades del Po dedicaron un epitafio honroso al mancebo temerario que había acometido la empresa de manejar esas riendas sagradas. Quién sería el insolente, el fatuo que se considerara infeliz por no haber podido imitar de acabada manera, a Cervantes, verbigracia? El que no es para tanto, puede aún servir para otra cosa; y sin quedarse entre las ruinas de su fábrica, por poco juicio que tenga, saldrá ufano de haber tomado sobre sí una aventura gigantesca.

Llámase modelo una obra maestra, porque está ahí para que la estudiemos y copiemos: dicen que el templo de la Magdalena, en París, es imitación de uno de los monumentos más célebres de Atenas: ni por inferior a la muestra han demolido el edificio, ni por audaz han condenado a la pico-

ta al arquitecto. Proponerse imitar a Cervantes, ¡qué osadía! Osadía, puede ser; desvergüenza, no. Y aun ese mundo de osadía viene a resolverse en un mundo de admiración por la obra de ese ingenio, un mundo de amor por el hombre que fué tan desgraciado como virtuoso y grande. No presumo de haber salido con mi intento, miradlo bien, señores: lo razonable, lo probable es que haya dado salto en vago: mas no olvidéis que el autor del Quijote mismo invitó, en cierto modo, a continuar la obra que él dejaba inconclusa. Cuando esto vino a suceder, le dió, es verdad, **del asno y del atrevido** al que se hubo aprovechado de tamaña provocación; mas fué porque a la incapacidad añadió el atrevimiento, al atrevimiento la soberbia el temerario incógnito; y al paso que se vanagloriaba de haber dejado atrás al inventor, le hartaba de improperios, como por vía de más erudición e ingenio. Si lejos de ofenderle, maltratarle, humillarle ese perverso anónimo, guardara la compostura que debía en el ánimo y las palabras, el olvido, y nada más, fuera su pena: las generaciones han condenado a la inmortalidad al fraile o el clérigo sin nombre, la inmortalidad negra y desastrada de Anito y Melito, Mevio y Bavio: la inmortalidad de la envidia y la difamación, cosa nefanda que pesa eternamente sobre los perseguidores de los varones ínclitos, en quienes las virtudes van a un paso con la inteligencia. Yo sé que mi maestro no me diera **del asno ni del atrevido**; no me diera sino del cándido; y como lo respetuoso y afectuoso estuviera saltando a la vista, me alargara la mano para llenarme de consuelo, y aún de júbilo: de orgullo no, porque ni su aprobación me precipitara en el error de pensar que había yo compuesto una obra digna de él; y menos de soberbia, porque ella es el abismo donde suele desaparecer hasta el mérito verdadero.

La rivalidad nunca es inocente: cómplice del odio, trae

en su seno la envidia, negro fruto de un crimen. El hombre en quien está obrando esa flaqueza siente hervir su pensamiento en ideas locas, su corazón en afectos insanos. La rivalidad propende a la ruina del objeto que la excita; la muerte es la resolución más brillante de ese problema tenebroso. No rivalizamos con alguien sino porque tenemos entendido que ese nos disputa nuestro bien y menoscaba nuestra dicha: juzgándole así tan adverso a nuestros fines, natural es que las afecciones que van de nosotros a él no sean de las más santas. En amor, el rival es enemigo temible: trata de ponerse entre el ser adorado y el adorador, y éste hace lo posible para allanar el camino de su felicidad: celos, cólera, venganza, cuanto hay malo en el corazón humano, todo trae consigo esa situación de dos personas que se combaten de mil modos a causa de una tercera. Donde cabe la rivalidad no hay lugar para la virtud: de ella proceden mil desgracias, y aun pueden nacer delitos.

Dos personas que se juzgan dotadas de prendas, medios, facultades iguales, pueden entrar en competencia: ésta es muchas veces un noble esfuerzo, que ejercitándose sin perjuicio de nadie, nos guía al mejoramiento de nosotros mismos. No podemos rivalizar con uno sin aborrecerle; competimos con otro al paso que le admiramos, pues justamente nuestro ahinco se cifra en igualarle o superarle en cosa buena o grande. El prurito de la competencia se halla puesto entre las virtudes y los vicios: propende por la mayor parte a las primeras; cuando se recuesta a los segundos, bastardea, y viene a ser defecto. La emulación no corre este peligro: emulación es siempre ahinco por imitar los hechos de un hombre superior: éste sirve de modelo al que emula sus acciones, y tanto el uno como el otro han de experimentar dentro de sí el sublime impulso que mueve a las cosas grandes.

Al rival de Cervantes le condenará siempre su malicia; el competidor de ese raro ingenio aún no ha nacido; su émulo, puede salir mal y merecer el aprecio de sus admiradores. Estos redujeron a cenizas el Quijote de Avellaneda: castigaron al rival desatento, no al competidor juicioso, y menos al émulo modesto. Ocurre que el émulo puede ser modesto, al paso que en el competidor obra quizá el orgullo. La rivalidad vive de soberbia. Si no todo es humilde en la emulación, convendrá no olvidemos que la arrogancia envuelve muchas veces cosas que a poco hacer se llamarán virtudes. Preguntado Alejandro, niño aún, si quería disputar el prez de la victoria, respondió que sí, puesto que se lo disputase a reyes. Berni, rehaciendo por completo el poema de Boyardo, entró a la parte en la inmortalidad con el divino cantor de Orlando. El buen éxito justifica los mayores atrevimientos, y aún los convierte en osadías dignas de alabanza. El Cástor de España está solo tres siglos ha: cuándo nacerá su hermano? Ya sabéis que Leda tuvo dos hijos. La compañía a partir de gloria es tan difícil, que los hombres no la hacen sino de tarde en tarde.

Don Diego de Saavedra, en su **República literaria**, dice que el Quijote es una ara a la cual no podemos llegar sin mucho respeto y reverencia. ¡Santo Dios! quién es el que a esa ara se ha llegado? es un impío que hace por turbar los misterios de una religión profunda? un fanático que va a depositar en ella la ofrenda de sus exageraciones? un sacerdote impuro que en la audacia de la embriaguez no teme ofender al dios del tabernáculo? No es nada de esto: es un creyente humilde: entra en el templo y se prosterna. Si de algún modo lo profana, echadle fuera.

Oh locura, más para compadecida que para execrada! Lo que no les fué dable a los mayores ingenios españoles ha

de alcanzar un semi-bárbaro del Nuevo Mundo? Sírvale de excusa la ignorancia, abónele el atrevimiento, que suele ser prenda o vicio inherente al hombre poco civilizado. Guillén de Castro, don Pedro Calderón de la Barca, Gómez Labrador y otros escritores de primera línea han salido mal en el empeño de imitar a Cervantes. Meléndez Valdes acometió a componer un Don Quijote que se mostrase en el escenario cuan alto y airoso lo imaginó Cervantes. Meléndez, el poeta insigne, se quedó tan atrás, que su nombre solamente pudo preservarle de la mofa: la rechifla estaba en el disparador; mas sus compatriotas repararon en que hacer fisga de Batilio sería delito de lesa poesía: el silencio fué un homenaje al poeta; de la obra se juzgó mal; oid sino el juicio de Moratin: "La figura del ingenioso hidalgo, dice, siempre pierde, cuando otra pluma que la de Benengeli se atreve a repetirla." Meléndez tropezó, añade por su cuenta Don Diego Clemencín, con el escollo que siempre ofrecerá el mérito de Cervantes a los que se pongan en el caso de que se les mida con el príncipe de nuestros ingenios". Batilio, el dulce Batilio, ¿qué entendía de achaque de aventuras caballerescas? Uno es andarse por jardines y sotos cogiendo florecillas, otro ir por montes y valles tras el caballero armipotente en cuya jurisdicción entra todo lo difícil de acometer y duro de ejecutar. Ovejas apacibles que seestean a la sombra de las hayas; tórtolas gemebundas sepultadas en la frondosidad de los cerezos; ruiseñores que de cada mirto hacen una caja de música divina; arroyuelos vivaces que van saltando por los guijos de su lecho, y otras de éstas, eran el asunto de Meléndez. El historiador de Don Quijote, Aquiles de la risa, había menester un estro más robusto. La lira es para las náyades de las fuentes, los silfos de los prados: las aventuras de un paladín que persigue follones, destruye malandrines, arremete endriagos, se toma con diez gigantes y les corta la cabeza, requieren la trompa de Benengeli.

Cuál es el secreto de este hombre singular, no sospechado hasta ahora ni por los más perspicaces adivinos? Qué numen invisible movía esa pluma de Fénix, pluma sabia, inmortal? Qué espíritu prodigioso excitaba esa inteligencia, enajenándola hasta el frenesí de la alegría con la cual enloquece a su vez a los lectores? Virgilio imita a Homero, el Tasso a Virgilio, Milton al Tasso: Cervantes no ha tenido hasta ahora quien le imite: con él los gigantes son pigmeos: la pirámide de Cheops verá siempre para abajo todos los monumentos que los hombres levanten a sus triunfos. Ya un crítico admiró el ingenio que, con un loco y un tonto, había llenado el mundo de su fama. Otro no habrá que haga lo mismo, y menos con loco y tonto ajenos. Si por maravilla a alguien le ocurriese lo que a Berni con Boyardo, serían esos otros hijos de Leda. Pero ya lo dijo Martínez de la Rosa: "Sólo a Cervantes le fué concedido animar a Don Quijote y a Sancho, enviarlos en busca de aventuras y hacerlos hablar: su lengua no puede traducirse ni contrahacerse: es original, única, inimitable".

Al que sabiendo estas cosas se arroja a tomar el propio asunto que Cide Hamete Benengeli, se le descompone la cabeza; y sería punto de averiguación, si éste lleva en su ánimo competir con el más raro de los grandes escritores, o tuvo al componer su libro un propósito laudable que contrarrestase de algún modo tan desmedido atrevimiento. Sus convidados no paladearán, sin duda, los manjares de los dioses, ni gozarán de esa inhebración celestial con que la pura Hebe redobla la alegría de los inmortales; mas si echaren de ver que el suyo es un banquete de Escotillo, ténganle por impostor y cóbrenle con las setenas. Los fieros de Don Quijote cuando habla airado; los suspiros de su pecho si recuerda sus amores; acciones y palabras del famoso caballero, grandes las unas, sublimes las otras, aire fuera todo

sin la sustancia fina que corre al fondo y se deposita en un lugar sagrado cual precioso sedimento. Equidad, probidad, generosidad, largueza, honra, valor son granos de oro que descienden por entre las sandeces del gran loco, y van a crecer el caudal de las virtudes. Ni Don Quijote es ridículo, ni Sancho bellaco, sin que de la ridiculez del uno y la bellaquería del otro resulte algún provecho general. Los filósofos encarnan sus ideas en expresiones severas, e inculcan en nosotros sus principios con modos de decir que nos convencen gravemente. Esto, por lo que tiene de fácil, cualquiera lo hace, si el cualquiera es uno que disfruta lo de Platón y Montaigne: ocultar un pensamiento superior debajo de una trivialidad; sostener una proposición atrevida en forma de perogrullada; aludir a cosas grandes como quien habla de paso; llevar adelante una obra seria y profunda chanceando y riendo sin cesar, empresa es de Cervantes. La alegría le sirve de girándula, y las imágenes saltan de su ingenio y juegan en el aire con seductora variedad. El Quijote es como el cesto de flores de Cleopatra en cuyas olorosas profundidades viene escondido el agente de la muerte; con esta diferencia, que debajo del montón de flores de Cervantes está oculto el áspid sagrado, ese que pica solamente a los perversos.

Una obra que no tuviese objeto sino el de hacer reír, nunca habría removido el temperamento casi melancólico del que está trazando estos renglones. Habló por hacer reír? Si éste fuera su temor, diera con sus papeles en el fuego, y se entrara por los montes en busca de una fuente milagrosa donde se lavase la mano que tal había escrito. Pero ha compuesto un curso de moral, bien creído lo tiene; y, seguro de su buen propósito, la duda no le zozobra sino en orden al desempeño. El desempeño, medianísimo será; mas no puede esta aprensión tanto con él, que deje de dar

a luz lo que ha puesto por escrito. Entre la bajeza y la arrogancia, el abatimiento y la soberbia andamos de continuo buscando a un lado y a otro lo que más cumple al servicio de nuestra vanidad: en la ocasión presente, Dios sabe si es grande el temor que ése abriga de parecer loco él mismo con haber tomado sobre sí dar nuevo aliento al sabio loco, admiración del mundo.

Nuestra esperanza era perdida, si este libro estuviera a leer en manos de enemigos solamente; pues sucede que aún con nuestros amigos no estamos en gracia, sino en cuanto nos reconocemos inferiores a ellos y confesamos nuestra inferioridad: la subordinación nos salva de su aborrecimiento. Mas quizá nos lean también hombres benignos, que remitiéndonos la osadía, no hagan mérito sino del estudio que para semejante obra ha sido necesario; y mirando las cosas en justicia, nos examinen si no con respeto, si quiera con benevolencia. Muchos habrá que tengan en poco estos capítulos sin haberlos leído: esto nos causa desde ahora menos pesadumbre que si jueces competentes y enterados del caso nos condenaran al olvido. Admira en ocasiones ver cuán de poco son los que dan un corte en las mayores dificultades; pero causa más admiración aún que los arcopagitas saquen bien al que acomete una empresa mayor que su poder. No a la ojeriza de los envidiosos, pero al escaso mérito del escritor se debe las más veces su mal éxito: la virtud de las cosas está en ellas mismas, no en la opinión de los que juzgan de ellas: las buenas prevalecen, las sublimes quedan inmortales. No hemos de temer la rechifla de los incipientes, más aún el silencio de los doctos; no la furia de los censores de mala fe, sino la desdeñosa mansedumbre de los jueces rectos. El aura popular es muchas veces venticillo que sale de la nada y corre ciego: reputaciones hay como hijos de la piedra; no sabe uno quien las ha hecho; pero se-

mejan esos gigantes soberbios que suelen figurar las nubes, erguidos e insolentes mientras no corren por ahí los vientos. Ignorantes sabios, tontos de inteligencia, guardamateriales ilustres, en todas partes vemos: no tienen ellos la culpa: el vulgo es con frecuencia perverso distribuidor de fama, que no sabe a quien eleva ni a quien deprime. Foción se tiene por perdido al oírse aplaudir por la gente del pueblo: el *consensum eruditorum* de Quintiliano sanciona las obras de los ingenios eminentes, y los señala para la inmortalidad.

Si fué el ánimo de ese hombre, dirán buenos y malos, componer un curso de moral, según que él mismo lo insinúa, ¿cómo vino a suceder que prefiriese la manera más difícil? Puede él tomar a Don Quijote en las manos sin que se desperfeccione la figura más rara, delicada, original y graciosa que nunca ha imaginado ingenio humano? Y qué será el Sancho Panza salido de esa pluma, la cual, si no es de avestruz, no es sin duda la maravillosa que Cervantes arrancó al ave Fénix, y tajada y aguzada por un divino artista, le acomodó éste entre sus dedos maestros? Plúguiese al cielo que tan lejos nos hallásemos de Avellaneda, como debemos de hallarnos de Cervantes. Por lo menos es verdad que si no ha sido nuestro el levantarnos a la altura del segundo, no hemos descendido a la bajeza del primero. "Los más torpes adulterios y homicidios, dice Bowle, hacen el sujeto de dos cuentos sin ningún propósito ni moral en este libro" (el de Avellaneda). Adulterios y homicidios, ¡gran asunto para enseñar deleitando, y oponerse a los vicios que en diarias irrupciones devastan el imperio de las buenas costumbres! Quién ha de temer dar al mundo los propios motivos de reprobación que ese fraile desventurado? Lo que sí nos infunde temor es el convencimiento de que aproximarse a modelo como Cervantes, no le será da-

ble sino a otro hijo predilecto de la naturaleza, a quien esta buena madre conciba del dios de la alegría en una noche de enajenamiento celestial.

Tómese nuestra obrita por lo que es; —un ensayo, bien así en la sustancia como en la forma, bien así el estilo como el lenguaje. El lenguaje! Nadie ha podido imitar al de Cervantes ni en España, ¡y no es bueno que un americano se ponga a contrahacerlo? Bonito es el hijo de los Andes para quedar airoso en-lo mismo que salieron por el albañal ingenios como Calderón y Meléndez! La naturaleza prodiga al semi-bárbaro ciertos bienes que al hombre en extremo civilizado no da sino con mano escasa. La sensibilidad es suma en nuestros pueblos jóvenes, los cuales, por lo que es imaginación, superan a los envejecidos en la ciencia y la cultura. El espectáculo de las montañas que corren a lo largo del horizonte, y oscurecen la bóveda celeste haciendo sombra para arriba; los nevados estupendos que se levantan en la Cordillera, de trecho en trecho, cual fortificaciones inquebrantables erigidas allí por el Omnipotente contra los asaltos de algunos gigantes de otros mundos enemigos de la tierra: el firmamento en cuyo centro resplandece el sol desembozado, majestuoso, grande como rey de los astros: las estrellas encendidas en medio de esa profunda, pero amable oscuridad que sirve de libro donde se estampa en luminosos caracteres la poesía de la noche: los páramos altísimos donde arrecian los vientos gimiendo entre la paja cual demonios enfurecidos: los ríos que se abren paso por entre rocas zahareñas, y despedazándose en los infiernos de sus cauces, rugen y crujen y hacen temblar los montes; estas cosas infunden en el corazón del hijo de la naturaleza ese amor compuesto de mil sensaciones rústicas, fuente donde hierve la poesía que endiosa a las razas que nacen para lo grande. El pecho de un bárbaro dotado de inteligencia

inculta, pero fuerte; de sensibilidad tempestuosa, es como el océano en cuyas entrañas se mueven descompasadamente y se agitan en desorden esos monstruos que temen al sol y huyen de él, porque su elemento es otro oscuro y frío.

La época del arte es la de la madurez de las naciones, dado que arte es el conjunto armónico de los conocimientos humanos recogidos en un punto y componiendo obras maestras, bien como los rayos de luz forman el fuego en los espejos ustorios. El poeta no ha menester otra sabiduría que la natural. Sabiduría natural es la idea que tenemos del Hacedor del mundo y sus portentos visibles e invisibles; la sensibilidad, que embebiéndose en un objeto, da nacimiento al amor; la facultad de gozar de las bellezas físicas y morales, y de ver por detrás de ellas el principio creador de las cosas; la tendencia a la contemplación, cuando, engolfados en una vasta soledad, clavamos los ojos y el pensamiento en la bóveda celeste; la correlación inexplicable con los seres incorpóreos que andamos buscando en el espacio, las nubes, los astros; el cariño inocente que nos infunden las estrellas que resplandecen y palpitan en la alta oscuridad, cual serafines recién nacidos a quienes el Sacerdote del universo da el bautismo de la bienaventuranza eterna; éstas y muchas otras componen la ciencia de los que no saben aún la aprendida en la escuela de una larga civilización. Bien así en el individuo como en la sociedad humana en general, la mañana de la vida es la fresca, alegre, poética: al poeta siempre nos le figuramos joven y hermoso: el Víctor Hugo de las Odas y Baladas, el de las Orientales, el de las Hojas de Otoño, con sangre hirviente, espíritu impetuoso, mirada vencedora, ése es el poeta, mancebo feliz a quien las gracias preparan lecho de flores en los recodos encantados de los jardines de Adonis: la corona de mirto cae bien sobre esa frente que resplandece iluminada por

las Musas, bella y pura representación de la poesía. Homero es viejo; nunca y nadie le ve joven; pero su estro no desdice de las canas venerables de ese anciano maravilloso. Júpiter requiere un cantor que infunda más respeto que cariño, más admiración que benevolencia.

La novela es obra de arte. Para que sea buena, el artista ha de ser consumado. Ni Goldsmith hubiera compuesto su *Vicario de Wakefield*, ni Fielding su *Jonatham de Wield*, ni Richardson su *Clara Harlowe*, ni Walter Scott sus *Aguas de San Ronán* sin un profundo conocimiento del corazón humano, las costumbres, los vicios, las miserias de sus semejantes; y para llegar a ese conocimiento, que de suyo es una sabiduría, tiempo y observación necesitaron, a más de aquella malicia sutil y bienhechora con que algunos ingenios nacen agraciados, la cual sirve para herir en los vicios y curar las llagas muchas y muy grandes que afean a la sociedad humana. Un ignorante pudiera hacer quizá un buen trozo de poesía lírica, si le suponemos poseído del furor divino, esa llama que prenden las Hijas del Parnaso animando el verde mirto con su soplo milagroso. Mas será para él cosa imposible idear y poner en ejecución una epopeya, una tragedia, o una novela, ramos de las humanidades que requieren estudios, sobre las disposiciones naturales del escritor. No supo lo que se dijo el que llamó ingenio lego a Cervantes: a más de lo que tuvo de aprendido, poseyó éste la ciencia infusa con que Dios suele aventajar a los entendimientos de primer orden; esa ciencia que no hace sino indicar lo que dos o tres siglos después ha de ser descubierto, y propone en forma de sospecha lo que brilla como verdad en el centro del porvenir. El Quijote no es obra de simple inspiración, como puede serlo una oda; es obra de arte, de las mayores y más difíciles que jamás han llevado a cima ingenios grandes.

Tienen de particular las obras maestras que cuando uno las lee, piensa que él mismo pudiera haberlas imaginado y compuesto: son tan cumplidas en naturalidad y llaneza! Hanos sucedido experimentar uno como dolor absurdo de que Chateaubriand se nos hubiese anticipado en *Chactas* y *Atala*. Traidor: así es como esos ambiciosos nos frustran nuestras glorias. Qué mozalbete presumido de literato no piensa que él hubiera muy bien compuesto esa novelilla? Eche mano a la pluma de René, y verá si no pesa tanto como el martillo de un Cíclope. Los gigantes labran con mucha holgura esas piezas con que los dioses atan contra las rocas del Cáucaso a los insolentes; los hombres comunes no alcanzan sino lo que dice con lo exiguo de sus fuerzas y su infeliz habilidad. Y cabalmente por eso hemos tomado sobre nosotros obra que tiene por título: **Capítulos que se le olvidaron a Cervantes?** Si a estotro ladrón del fuego sagrado le hacen el honor de castigarle, que sea con las cadenas de Prometeo: ésas con que las Gracias prendieron y aherrajaron al malicioso hijo de Venus, serán buenas para este atrevidillo: un provocador de más de la marca requiere el buitre inmortal, que aleteando sobre él de siglo a siglo se regale en sus entrañas. Entre la furia y el desprecio, la eternidad de la pena y el olvido, si uno tiene sangre en el ojo, se quedará a lo cruel. No hay cosa más dura que la suavidad de la indiferencia.

No es raro que en orden a los hombres poco comunes los juicios de los otros difieran hasta el extremo de constituir opiniones encontradas. Para unos, Cervantes era **ingenio lego**, esto es, carecía de los conocimientos sin los cuales no puede haber gran escritor; para otros, el epitafio del Albusense, puesto sobre su losa, hubiera sido mezquino de justicia y alabanza:

“Aquí yace el que supo cuanto se puede saber”.

Exceso de admiración, o atrevimiento por ventura, pues a nadie le ha sido dado hasta ahora imaginar siquiera cuanto puede saber el hombre, menos aún verse privilegiado con la sabiduría que alcanzará cuando a fuerza de siglos, experiencia, padecimientos, llegue a su perfectibilidad el género humano; y esto, si algún día viene a perfeccionarse en términos que vea rostro a rostro al Incógnito que nos oculta en su seno las luces por las cuales andamos suspirando en estas aspiraciones honoríficas con que nos dignificamos, cuando nos tenemos por superiores a nosotros mismos.

Cervantes fué astrólogo judiciario: los secretos de los astros le eran conocidos; el porvenir se le descubría en la bóveda celeste estampado en signos portentosos. Por lo que tuvo de hechicero, pudiera muy bien haber servido de miga a un auto de fe: por lo de brujo, no hubiera hecho mala figura en los conventículos de Zugarramurdi.

Fué jurisconsulto: los Aruncios y Eserninos, los Antistios y Capitones no conocieron más a lo grande esta gran ciencia de las leyes que enseña e impone la justicia a los hombres.

Fué médico: de esos que toman en la mano la naturaleza palpitante, en sus convulsiones echan de ver los males que nos aquejan, y guiados por nuestros ayes, van a dar con el remedio en las entrañas de la sabiduría.

Fué poeta: peregrino venerable, subió al Parnaso, se alojó en la morada de las Musas, y tuvo relaciones misteriosas con los genios de esa montaña santa. Los dioses se hospedaron en casa de Sófocles: aquí es al contrario; un hombre llega a la mansión de los inmortales.

Fué teólogo: florezca en tiempo de los Santos Padres, y el obispo de Hipona no se llevara la palma, así, con tanta

holgura, como si para él no pudieran nacer competidores.

Fué músico: la flauta encantada de Anfión no conmovía tanto el alma de los árboles y las piedras, ni las entonaciones guerreras de Antigenides despertaban más furor en Alejandro.

Fué cocinero: en la sociedad culinaria de Cleopatra hubiera sido presidente a votos conformes: nadie mejor que él guisa y dispone los raros pajarillos de que gustan los Tolomeos.

Fué sastre, gran sastre, digno de un imperio: las calzas de Don Quijote se muestran allí acreditando que nadie más que él estuvo en los secretos de la noble indumentaria. Si Apolo usase jubon y herreruelo, ¿a quién sino a Cervantes se dirigiría?

Qué otra cosa fué el autor del Quijote?

Hic stupor est mundi.

Dios de bondad! para ser uno de los más peregrinos, más admirables escritores, no hubo menester esa sabiduría universal con que algunos le enriquecen desmedidamente, dadivosos de lo que a ellos mismos les falta. En dónde, cuándo estudió tanto? supo de inspiración todas las cosas? Los ingenios de primera línea tienen una como ciencia infusa que está brotando a la continua de la inteligencia. Los filósofos antiguos pensaban que el espíritu profético lo bebían algunos hombres privilegiados en ciertos vapores sutiles que la madre tierra echa de sí en sus horas de pureza, fecundada por los rayos del sol: de este modo hay una ciencia que estudian los individuos extraordinarios, no en aulas, no en universidades, sino en el gran libro de la naturaleza, cuyos caracteres, invisibles para los simples mortales, están patentes a los ojos de esos semidioses que llamamos genios. Cervantes había estudiado poco, y supo algo

de todo: empero la perspicacia anexa a entendimientos como el suyo le conciliaba aptitud para decir verdades que no tenía averiguadas, para sentar principios que no son sino cosas problemáticas para los que no se fijan en ellos con esa intensión y fuerza a las cuales no resiste lo desconocido. Realmente admira verle aplicar a un loco un método medicinal no descubierto aún, y con todas las reglas de un científico. Hahneman, inventor de la homeopatía, no supo que un español mayor que él con doscientos años, si no escribió de propósito acerca de su gran sistema, lo ensayó con buen éxito, y de este modo lo dejó planteado? Uno de los comentadores más prolijos de Cervantes, Don Vicente de los Ríos, pretende que la enfermedad de Don Quijote, descrita por él, compone un curso completo del mal de la locura; si bien ninguno de sus biógrafos ha descubierto que el soldado de Lepanto hubiese sido nunca médico o físico sabidor. Da entrada a su admiración el dicho Don Vicente con reparar en los años del hidalgo argamasillesco, el cual, según sabemos todos, frisaba con los cincuenta; año climatérico, dice, muy ocasionado a la demencia. En esto no ajusta su parecer con el de cierta amable loca, quien, por la sustancia de su expresión, debe pasar por autoridad en la materia. Visitando una día el czar de Rusia el hospital de la Salpêtrière en París; Bobas mías, les dijo a unas loquitas jóvenes que le rodeaban; hay muchas locas de amor entre las francesas? La más achispada respondió en un pronto: Desde que vuestra majestad está en Francia, muchas, señor.

Ahora pues, el amor es achaque de la juventud, enfermedad florida a cuyo influjo se abren las rosas del corazón y dan de sí esas emanaciones gratísimas que nos hacen columbrar los olores del cielo. Las estadísticas de los hospicios de dementes en las grandes ciudades señalan como principal el número de los locos de amor, en uno y otro

sexo, prevaleciendo el femenino. Provendrá esto de que las mujeres reciben más desengaños, devoran más afrentas y pesadumbres, y en ellas la caída viene siempre en junta del deshonor y la vergüenza? O ya su delicada fibra, su corazón compuesto de telas finísimas no resisten al ímpetu de los dolores que corren cual vientos enfurecidos en ciertos períodos de la vida? Dicen que la mujer posee en grado eminente la virtud del sufrimiento, y resiste mucho más que el hombre a las cuitas del alma; y con todo, es cosa bien averiguada que por quince locos habrá veinte locas de amor. Es porque ellas no hurtan el cuello al yugo de ese tirano hermoso, y suspirando de día y de noche, arrojando ayes por su suerte, se dejan ir de buen grado con la corriente de sus males, sin que en ningún tiempo sean muchas las que intenten el salto de Leucadia. Aman al Amor, aman al Dolor, y, felices o desgraciadas, cumplen con su destino, que es morir amando, aún en la Salpetriere. Los cincuenta años de edad no son pues necesarios para la locura, si bien al amante de Dulcinea no le trabucaron el juicio amores sino armas andantes, caballerías en las cuales entraban por mucho, es cierto, del corazón las turbulencias.

No serán pocas las ventajas de Cervantes que estén fundadas puramente en la vanidad de sus compatriotas: sus méritos reales son muchos y muy grandes, para que su gloria tenga necesidad de ilusiones que en resumidas cuentas no forman sino una sabiduría fantástica. Erigirle estatuas como a gran médico, verbigracia, allá se va con levantar una pirámide conmemorativa de sus descubrimientos astronómicos. Hipócrates quebranta su gravedad con una sonrisa, y Mercurio frunce el entrecejo.

CAPITULO V

Cervantes alcanzó conocimientos generales en muchos ramos del saber humano; que pueda llamarse sabio particularmente en alguno de ellos, no dejará de ser dudoso. Su ciencia fué la escritura; su instrumento esa pluma ganada en tierra de Pancaya luchando con los mayores ingenios por los despojos del Fénix.

Un tal Don Valentín Foronda, al contrario de Don Vicente de los Ríos, quiere que Cervantes no hubiese conocido ni la lengua en que escribió. Atildando a cada paso las ideas y maneras de decir del gran autor, se pasa de entendido y censura en él hasta los cortes y modos más elegantes de nuestra habla. El tal Foronda, dice Clemencín, "entendía muy poco de lengua castellana, y parece haber escrito sus "Observaciones" más contra el Quijote que sobre el "Quijote". Y Don Valentín no es el único de los españoles empeñados en traer a menos a su insigne compatriota; pues sale por allí un Don Agustín Montiano atribuyendo la nombradía de Cervantes a que anda muy desvalido el buen gusto, y la ignorancia de bando mayor. Empresa tanto más bastarda la de estos seudo humanistas, cuanto que los demás pueblos por nada quieren acordarse de otro grande hombre que de Cervantes en España; y van a más y dicen que esta nación no tiene sino ese representante del género humano en el congreso de inmortales que la fama está reuniendo de continuo en el cenáculo del Tiempo. Italia, maestra

de las naciones modernas, se gloria de muchos varones per-
ilustres, de esos que, descollando sobre presentes y venide-
ros, prevalecen en el campo de la gloria a lo largo de los si-
glos. Dante, Petrarca, el Ariosto, el Tasso en poesía: Mi-
guel Angel, Rafael en buenas artes: Maquiavelo en políti-
ca, son figuras gigantescas cuya sombra se extiende por el
porvenir, cuyo resplandor alumbrá las futuras generacio-
nes. Italia posee cuatro épicos, cuando los otros pueblos no
tienen ni uno solo. Portugal ha dado de sí ese gran mendi-
go que se llama Camoens; fuera de él, no hay en Europa
hombres de talla extraordinaria. Milton es un imitador, y
a pesar de Chateaubriand, no se hombrará jamás con los
grandes poetas antiguos. Pero Inglaterra se halla resarci-
da y satisfecha con su Shakespeare, ese genio misterioso
que no sabemos de donde ha salido, el cual, conmoviendo
el mundo con las pasiones de su corazón, funda esta cosa
nueva, compuesta, romántica que denominamos el **drama
moderno**. Tiene su Pope, bardo moralista y filosófico: tie-
ne su Byron, el poeta de las tinieblas, que resplandece co-
mo Luzbel en el acto de estar rebelándose contra el Todo-
poderoso: tiene su Burke, su Chatham, oradores a la antigua,
suerte de Cicerones y Demóstenes que recuerdan los gran-
des tiempos de Atenas y Roma.

Francia no es para menos: Corneille, Racine y Moliere
volverían inmortal ellos solos el mundo, no digamos su pa-
tria. Montesquieu, resumen de la sabiduría: Voltaire, en-
ciclopedia viviente.

Alemania, en cierto modo, es pueblo nuevo en las hu-
manidades. De ingenios de primer orden, de esas antor-
chas altísimas que se hallan a la vista de todas las naciones,
tiene tres: Goethe, Schiller y Klopstock. El doctor Fausto
es muy antiguo; pero esa sabiduría proveniente del trá-
fico tenebroso de Mefistófeles, se fué en el humo de las ve-
tustas selvas de la Germania: los abominables gnomos que

las frecuentaban son hoy blandos silfos que revolotean por los jardines de la civilización moderna. Humboldt alza la cabeza y me mira con uno como asombro amenazante. Con él no cabe olvido: fué más bien necesidad de darle puesto separado, como a quien no está en su lugar ni aún entre grandes.

Al panteón de los inmortales no suelen traer los escritores sino a Cervantes, de parte de España; Cervantes, su única gloria, dicen, particularmente los franceses. Schlegel, a título de sabio, no ignora que España ha producido también un Calderón; y este buen clérigo entra como poeta de alto coturno en la crítica de ese soberano repartidor de la gloria. Mas a poco que leamos a Feijóo, habremos de dar la palma a su querida Iberia, esa vieja Sibila de cuyas advertencias no se aprovecha el mundo, porque a fuerza de incredulidad le obliga a echar sus libros al fuego. No pocos hay en ella de esos pequeños grandes hombres de cuya reputación están henchidos los ámbitos de la patria; mas uno es Cervantes, y otro Lope de Vega. Este es gloria nacional, ése gloria universal: con el uno se honra un pueblo, con el otro el género humano.

Miren el ignorante... Y cómo se propasa el atrevido, exclama por ahí algún buen chapetón celoso de las patrias glorias: no sabiendo que España cuenta un Guillén de Castro, un Alarcón, un Quevedo, ¿cómo se atreve a dar punta en esto que llamamos buenas letras? Si por el verso, allí están los Argensolas, los Ercillas, los Riojas, los Herreras, los Garcilasos; oiga usted! los Garcilasos... Si por la prosa, los Hurtados de Mendoza, los Fuenmayor, los Marianas, los Granadas, los Jovellanos. Desde el Arcipreste de Hita. ninguna nación más aventajada en ingenios poéticos; y desde el Infante Juan Manuel, ninguna más fecunda en prosis-

tas de primera clase. Y ahora viene este bárbaro instruidillo a poner el de España después de otros asientos en el consistorio de los grandes hombres? Ignora, sin duda, que Rui Díaz hizo pedazos de un puntapié el sillón de marfil del embajador de su majestad cristianísima, con decir que a nadie le tocaba la precedencia donde se hallaba el del rey su señor? Envaine usted, seor Carranza: no digo yo que España sea más pobre que otra ninguna en varones de pro y loa. Cómo lo he de decir, cuando sabemos todos desde Paulo Mérula, que es la nación donde los ingenios son felices? Digo solamente que uno es ser hombre distinguido, y otro ser grande hombre, de esos que el mundo consagra en el templo de la Inmortalidad, e imprime en ellos el carácter que los vuelve sacerdotes de la inteligencia. No se me oculta que el Cid de Guillén de Castro fué la vena que el insigne trágico francés picó para su obra maestra. Voiture, Moliere, La Fontaine beneficiaron las ricas minas de Quevedo, Alarcón, el conde Lucanor; y con elementos ajenos han hecho las preesas con que resplandece la literatura moderna. El metal ha salido de España; el arte, el primor los han puesto los franceses. Entre los unos, los grandes ingenios han llegado a ser de renombre universal; entre los otros, su gloria respeta los términos de la Nación. Injusticia será del mundo, pero es así. *Dura lex, sed lex.*

Cervantes ha superado los obstáculos que los dioses y los hombres oponen a los que intentan pasar a la inmortalidad: después de dos siglos de luchar desde la tumba con la indiferencia de los vivos, prevalece, y el mundo le proclama dueño de una de las mayores inteligencias que ha producido el género humano. La Sagrada Escritura, la *Ilíada*, la *Eneida*, cuál, en el mismo espacio de tiempo, ha sido más repetida y traducida que el *Quijote*? Por poco que uno sepa entenderse con la pluma, ya le vierten al inglés: al fran-

cés, no hay Perogrullo que no se haga traducir. En Alemania hay sabios que estudian a los ignorantes, hombres de talento que analizan a los tontos. Los italianos son grandes traductores; todo lo traducen: está bien.

Que nos traduzcan al griego, al latín, esas lenguas muertas, difuntos sabios que yacen amajestados con el polvo de veinte siglos, esto ya puede excitar nuestra vanidad. Don Quijote anda en ruso: el edicto de Pedro el Grande sobre que se rasuren todos cuantos son sus vasallos, no le alcanza a las barbas moscovitas con que se pandea en su viaje de Moscovia a San Petersburgo.

Anda en sueco, en danés: la antigua Escandinavia no contempló en las nubes, entre las sombras de los guerreros, otra más belicosa y temible.

Anda en polaco: había más que Juan Kosciusko hubiera convocado un día a todos los caballeros andantes que anduviesen por el Norte? Tal pudiera haber venido entre ellos que bastase para dar al través con el poder del Cosaco; y no se hallara el gran patriota en el artículo de escribir en la nieve con la punta de su espada: **Finis Poloniae**.

Anda en rumano: las orillas del Danubio le ven pasar armado de todas armas, caballero sobre el corcel famoso que el mundo conoce con nombre de Rocinante. Si no acomete allí de pronto una alta empresa, es por falta de barco encantado.

Anda en catalán, anda en vascuense: oh Dios! anda en vascuense... Cómo sucede que no ande todavía en quichua? Dios remediará: los hijos de Atahualpa no han perdido la esperanza de ver a ese grande hombre vestir la cushma de lana de paco, en vez del jubón de camusa con que salió de la Argamasilla.

Cervantes presumía de haber compuesto una obra maestra, habiendo compuesto su novela de Persiles y Si-

gismunda; y tenía bien creído que los presentimientos de inmortalidad y gloria con que andaba endiosado desde niño, eran efectos anticipados de esta creación. No sabemos si algún francés de mal gusto haya vuelto a su lengua el tal Persiles; el Quijote, en el cual su autor miraba poco, ha sido puesto en griego, latín, lenguas muertas. En francés, inglés, portugués, italiano y alemán, lenguas vivas. En sueco, danés, lenguas semibárbaras, aunque de pueblos muy adelantados. En ruso, polaco y húngaro, lenguas duras y terribles, lenguas de osos y carrascas. En catalán, vascuense, lenguas extravagantes. Qué otro autor, inglés, francés, alemán, italiano ha merecido los honores de las nieves perpetuas y los de la zona tórrida? Miguel de Cervantes Saavedra es el más singular, el más feliz de los grandes escritores modernos; y los españoles no tienen por qué soltar el moco y soplarse amenazando, cuando decimos de España que no tiene sino a Cervantes. Cuáles son las naciones que cuentan con muchos de esa talla? Por docenas, no hay sino gigantes pequeñuelos. Uno es el que empuña el cetro: el de España, empúñalo Cervantes.

Pues hubo por ahí un Don Valentín Foronda, un Don Agustín Montiano, un Isidro Perales o Don Blas Nasarre. que tomaron sobre sí el desvalorar a Cervantes; y fueron españoles, éstos! Si se salen con la suya, cuál es el príncipe de los ingenios españoles? Alonso Fernández de Avellaneda. Gran cosa.

CAPITULO VI

Don Diego Clemencín afirma en sus anotaciones que algunos pasajes del Quijote de Avellaneda hacen reír más que los de Cervantes. Puede ser; pero de la risa culta, risa de príncipes y poetas, a la risa del albardán, alguna diferencia va. Pantalón y Escapín hacen también reír en el escenario, y no por su sal de gallaruzo han de tener la primacía sobre esos delicados representantes que, huyendo de la carcajada montaraz, se van tras la sonrisa leve, la cual, como graciosa ninfa, hurta el cuerpo y se esconde por entre los laberintos luminosos del ingenio. La carcajada es materia bruta: molida, cernida, tras mil operaciones de química ideal, daría quizá una sonrisa de buenos quilates; bien como el oro no comparece sino en granos o pepitas diminutas, apartados los otros metales groseros y la escoria que lo abriga en las entrañas. Escritor cuya habilidad alcanza la obra maestra de mantener a los lectores en perpetua risa invisible, es gran escritor; y risa invisible la que no se cuaja en los labios en abultadas formas, desfigurando el rostro humano con ese hiatus formidable que en los tontos deja ver la campanilla, el gargüero y aún el corazón de pulpa de buey. La risa agigantada es como un sátiro de horrible cadadura: la sonrisa es una sílfide que en alas de sombra de ángel vuela al cielo del amor y la felicidad modesta. No digo que Cervantes no sea dueño de carcajadas muchas y muy altas y muy largas; pero en las de este divino estatua-

rio de la risa hay tal sinceridad y embeleso, que no sentimos la vergüenza de habernos reído como destripaterrones, sino después de habernos saboreado con el espeso almíbar que chorrea de sus sales. Cervantes, por naturaleza y estudio, es decente y bien mirado: honestidad, pulcritud, las Musas que le están hablando al oído con esa voz armónica y seductora a la cual no resisten los hombres de fino temperamento. Avellaneda, por el contrario, goza en lo torpe, lo soez: sus gracias son chocarrerías de taberna, y las posturas con las cuales envilece a su héroe, no inspiran siquiera el afecto favorable de la compasión, por cuanto en ellas más hay de ridículo y asqueroso que de triste e infeliz. El mal hijo de Noé, burlándose de la desnudez de este venerable patriarca, ha incurrido en la maldición de Dios y el aborrecimiento de los hombres: asimismo el bajo rival de Cervantes, riéndose y haciendo reír de la desnudez y fealdad de Don Quijote, ha concitado la antipatía de los lectores y granjeado su desprecio.

Yo me figuro que entre Cervantes y Avellaneda hay la propia diferencia que entre los teatros de primera clase de las grandes capitales europeas, y esos teatritos ínfimos donde ciertos truhanes enquillotran a la plebe de los barrios más oscuros de las ciudades. El Teatro Francés, verbigracia, en París, en cuyo proscenio son puestas a la vista las obras maestras de Moliere y Beaumarchais: donde el Misántropo desenvuelve su gran carácter: donde Tartufo asombra con los falsos aspectos de la hipocresía: donde Don Juan pone por obra los arbitrios de su ingenio tenebroso y su corazón depravado: donde el Barbero de Sevilla derrama a manos llenas la grata sal que cura tristezas y remedia melancolías: donde Don Basilio enamora con su papel de confidente, al cual tan sólo por el respeto debido a la sotana no le designamos con el nombre de echacuervos: donde las

chispas del ingenio hacen un ruidecillo que parece música de alegres aves, y las malicias del amor vuelan encarnadas en cuerpos de donosos silfos. Allí, ante esa representación grandiosa de las costumbres desenvueltas por la inteligencia de primer orden, la carcajada no tiene cabida: si se atrevió a venir, a la puerta se quedó, contenida por la estatua de Voltaire, el cual nunca se rió como echacantos, risa alta y pesada, sino bajito, *pian pianino*, y en forma de puntas buídas metió su risa por el corazón de los errores y las verdades, los vicios y las virtudes. Así como Rabelais es el padre de la risa francesa, así Moliere es el padre de la sonrisa: sonrisa culta, pura; sonrisa de buena fe, de buena casta; sonrisa agradable, saludable; sonrisa señora, sonrisa reina, que temería caer en la desconsideración de las Musas, si se abultase en términos de dar en risa declarada: sonrisa sin voz ni ruido: estampa muda, pero feliz, donde el placer ejecuta sus mudanzas, asido de las manos con esa deidad amable que nombramos alegría.

Avellaneda es brutal hasta en sus donaires: no de otro modo los trufaldines de la Barrera del Infierno dan saltos de chivo, gruñen como cerdos, embisten como toros y profieren sandeces de más de marca para hacer reír a la gente del gordillo que está revuelta al pie de esas tablas miserables. Por donde podemos ver que en justicia el monje ruín que irrogó tantos agravios al autor del Quijote, no es su competidor, menos su émulo: rival es, porque obran en él envidia, odio, deseos nefandos, y el rival no ha menester prendas ni virtudes, siendo, como éstas son, excusadas para el efecto de aborrecer y maldecir. Admiranos, por tanto, hubiese habido entre los sensatos españoles quienes diesen la preferencia a la obra sin mérito del supuesto Alonso Fernández de Avellaneda sobre la fábula inmortal de Miguel de Cervantes, príncipe de sus ingenios. Yo supongo

que la buena fe no mueve el ánimo de estos autores; y si por desgracia la abrigasen cuando juzgan a Cervantes inferior, y con mucho, al tal Avellaneda, harto fundamento nos darían para que a nuestra vez sintiésemos mal respecto de su inteligencia. Las proezas de la envidia no son de ahora: ésta es la primogénita de las ruines pasiones: Abel es menor que Caín. El cisne de Mantua fué mil veces acosado por cuervos que echaban graznidos siniestros en torno suyo: pero el lodo que Mevio y Bavio le arrojaron, no llegó jamás a ensuciarle la blanca pluma, y así limpio, casto, puro ha pasado hasta nosotros, e irá pasando a las generaciones venideras. Horacio, juez supremo en poesía, proclama a Virgilio el primero de los poetas, después de Homero: Ovidio canta los triunfos de su maestro: Tuca, Vario, en gran prosa, ensalzan al autor de las Geórgicas, y poseídos del furor divino conmueven el universo con la admiración gratísima con que le vuelven inmortal. Mecenas tiene a honra ser su amigo: Augusto cifra su gloria en tenerle a su lado: el mundo todo se inclina ante el foco de luz que brilla en esa cabeza, el fuego sagrado que arde en ese pecho y vuela al cielo en llamas poderosas. Y hay un Mevio que le insulta, le calumnia, le denigra; un Bavio que hace fisga de él, le escupe le escarnece. El bien y el mal, la luz y las tinieblas, la verdad y la mentira son leyes de la naturaleza: querer hallar solas a las divinidades propicias, es querer lo imposible. No tenemos idea del bien, sino porque existe el mal: la luz no fuera nuestro anhelo perpetuo, si no reinara la oscuridad; y la verdad sería cosa sin mérito, si no estuviese de día y de noche perseguida y combatida por la mentira.

Para un Sócrates, un Anito, un Melito: en no existiendo estos anti-filósofos, ¿quién acusara al maestro? Para un Sócrates un Aristófanes: sin este poeta-histrión, ¿quién se burlara de las virtudes?

Para un Homero un Zoilo; si no, la envidia se queda con su hiel en el pecho. Para un Homero un Escalígero; si no, la basura no cubre las piedras preciosas.

Para un Virgilio un Mevio, un Bavio: preciso era que inteligencia superior, corazón sensitivo, alma pura, buenas costumbres, poesía en sus más erguidas y hermosas disposiciones tuvieran enemigos que las hicieran resaltar con el contraste de los vicios fingidos por la calumnia.

Alfesibeo es un mágico que por medio de sus encantos obliga a salir de la ciudad a Dafnis, su amada, y venirse a él a pesar suyo. Hechicero! hechicero! grita Mevio, Brujo! brujo! grita Bavio. Los personajes imaginados por el poeta son el poeta mismo: las aventuras de los pastores de Virgilio son de Virgilio mismo. Así hemos presenciado casi en nuestros tiempos la cruzada impía que los perversos junto con los ineptos han hecho contra uno de los mortales más llenos de inteligencia y virtud que pueden salir del género humano: virtud, entendiéndose por ella ahora esa gran disposición del alma a lo bello y lo grande, aún cuando los tropiezos de la tierra y la maldad de los hombres le hubiesen aproximado al que la poseía a los vicios, y por ventura al crimen. El Giaur fué hijo de una imaginación cantante, nacido entre torbellinos de humo negro y encrespado; no fué persona real, de carne y hueso: Manfredo, ese como Doctor Fausto de los Alpes, que aterrera con sus cavilaciones y da espanto con sus evocaciones, no fué el poeta que le dió vida sopiando en su propio corazón con la fuerza del alma desesperada. El Corsario, ese terrible ladrón de los mares, para quien la vida de sus semejantes vale menos que la de un insecto, no fué el mismo que ideó su carácter y le dió cuerpo hermoso. Y con todo, sus contemporáneos temieron, aborrecieron, combatieron a ese poeta, tomándole, mal pecado, por los héroes de sus poemas, cuando las vir-

tudes, virtudes grandes, se gallardeaban como reinas en su corazón inmenso. Lord Byron no es ya el vampiro que se harta de carne humana en el cementerio a media noche. y entra a su palacio a beber vino en un cráneo de gente convertido en copa: no es ya el Don Juan Tenorio que engaña y seduce, fuerza y viola, se come a bocados honestidad y pudor, sin respeto humano ni divino, esclavo de la concupiscencia: no es ya el homicida secreto que ha derramado sangre inocente, por averiguar misterios perdidos en la vana ciencia de la alquimia. No es nada de esto: desvanecida la impostura, purificado el juicio, la generación presente ve en él, no al ateo, no al criminal, sino al poeta, al gran poeta, y nada más. Desgracias excepcionales y dolores profundos le volvieron hosco y bravo: así como amaba el amor, cual otro Vicario de Wakefield, así le obligó el mundo injusto y perverso a amar el odio: Lord Byron amó y aborreció: amó como serafín, aborreció como demonio. Su alma, en tempestuoso vaivén entre estos dos abismos, cobró proporciones, unas veces de ente divino, otras de hijo del infierno. Bregando, forcejando, gritando, aleteando cual águila loca, vivió el poeta su vida de suplicio, devorado el pecho por una legión de ángeles convertidos en furias. Así a Virgilio, en otro tiempo, quisieron atribuirle vicios y culpas de sus héroes; cuando su buena índole, la apacibilidad de su genio, su bondadosa mansedumbre le volvían amable para todos los que no abrigasen en su seno esa víbora inspiradora de maldades que llamamos envidia.

CAPITULO VII

En una de las comarcas de Italia más ricas y hermosas nació un niño a principios del siglo décimocuarto. Las Gracias tuvieron cargo de él durante los años de su infancia, las Musas le tomaron por su cuenta desde que tuvo uso de razón. Bien así como el caballero de la Ardiente Espada había nacido con una hoja de fuego estampada en el pecho, asimismo ese niño parecía ceñir sus sienes con una corona luminosa, la cual era por ventura una mirada especial con que la Providencia quiso agraciar al recién nacido. Esa sombra de luz celeste fué precursora de la corona verdadera con que los hombres, admirados, honraron y distinguieron a ese niño andando el tiempo: Francisco Petrarca fué coronado en el Capitolio por mano del Senador, en una de esas solemnidades que no suelen prevenir los Gobiernos sino para las grandes ocasiones. Quince manebos de las familias patricias de Roma, vestidos de escarlata, van precediendo al poeta con sendas palmas en la mano: los altos dignatarios del Estado, los senadores metidos en loras de terciopelo verde, siguen tras él con diferentes insignias cada uno: el pueblo, en multitud inmensa, forma una procesión interminable. Ahógase en gente el Capitolio: Orso, Senador, se levanta en pie y exclama: Oh tú, el mayor de los poetas, ven y recibe la corona del mérito! El poeta, pálido, pero hirviendo en mudo júbilo, da cuatro pasos apoyado en las Musas invisibles; el Senador le pone en la cabeza una corona de laurel, mientras el pueblo asorda la ciudad y los montes vecinos con un aplauso gigantesco. In-

continenti salen todos y se dirigen a la basílica de San Pedro, en cuyas aras deposita el poeta, como ofrenda a la Divinidad, la corona que ha ganado por medio de la inteligencia.

En un mismo día Francisco Petrarca había recibido cartas del Senador romano, del Canciller de la universidad de París y del rey de Nápoles, por las cuales le llamaba cada uno con instancia a recibir "la corona del ingenio". Rara coincidencia que causó en el agraciado una como supersticiosa maravilla de gran poder en su ánimo. Decidióse por Roma, y no fué mucho: la ciudad de los Césares, la ciudad de los Papas, la capital del mundo era siempre más que otra cualquiera, aun cuando ésta fuese París, teatro de las grandes representaciones y los triunfos de Abelardo. Voltaire ha intentado achicar a Petrarca, poniéndole atrás de ciertos poetas franceses, muertos para la posteridad: Petrarca vive, y su corona, la corona del Capitolio, está resplandeciendo a los ojos del género humano. El palacio de Federico ha salido mal en esto, como en muchas cosas. Un bardo amabilísimo de nuestro siglo, bardo cristiano y sencillo, le lleva la contra al viejo descreído de Ferney, y sostiene que Petrarca es el primero de los poetas de los tiempos modernos, sin que haya uno solo en Francia, Inglaterra, Italia misma que le alcance al solitario de Vaclusa, y menos que le tome la delantera. Lamartine es tan propasado en sus fervores, que por poco que delire da en lo absurdo: si no fuera tan serio, tan grave, tan superior este hombre, haría reír muchas veces, como cuando afirma que un verso de Petrarca vale más que toda la prosa de Platón. Montaigne diría justamente lo contrario, esto es que una línea de la prosa de Platón vale más que todos los versos de Petrarca. Si el uno de estos críticos es más admirable como poeta, el otro es más respetable como filósofo, y mere-

ce más crédito; si bien es verdad que a juzgar de los poetas líricos por la idea que de ellos tienen Montaigne y Montesquieu, esos ergotistas, como los llama el viejo gascón, no son ni para servir a la mesa de los hombres de mérito. Lamartine, del oficio al fin, propone exageraciones que a poca costa las llamarían disparates los filósofos.

Hubo por el mismo tiempo un pobrecito llamado Serafín Aquilano que dió en metrificar a despecho de las hijas del Parnaso. Los envidiosos de Petrarca pararon la oreja, le animaron. El vatecito ardió en celos, se puso de puntillas, se estiró cuanto pudo, y alargando el brazo, pensó que había tocado las estrellas. Los aborrecedores de Petrarca se pusieron a gritar: Viva Serafín Aquilano! El Fénix ha parecido! Pan ha resucitado! Y Petrarca no fué nada desde entonces: pospuesto, insultado, arrinconado, el amante de Laura se dejó estar llorando en silencio su amor infeliz en su recepto de Aviñón, sin que le diesen pena las vociferaciones y los embustes de sus enemigos. Serafín Aquilano estaba triunfante: sus obritas, mil veces reimpresas en ediciones primorosas, corrían por Italia en alas de la envidia. La conspiración era verdaderamente atroz; atroz y eficaz: el pobre Serafín, ídolo facticio de los perversos, llegó a tenerse por el Apolo, no de la mitología, sino de la realidad, del Olimpo cristiano donde Júpiter mismo le ensalzara con una mirada de distinción. Serafín por aquí, Serafín por allí: todo era Serafín Aquilano, gran poeta. Orso, coronando a Petrarca en el Capitolio a nombre de Italia y su siglo; la Universidad de París rindiendo homenaje al ermitaño de Vaclusa; el rey de Nápoles, Roberto, el sabio rey, saliendo al encuentro del poeta con la diadema en la mano, dieron en tierra con la falsa gloria de Aquilano, y levantaron a Francisco Petrarca una estatua impalpable, más preciosa que el oro, más sólida que el bronce.

La misma táctica hemos visto después en contra de Racine, quien tuvo también no pocos envidiosos denigradores. ¡Y digo si el autor de *Atalía* pudiera haber tenido competidores ni en tiempo de Sófocles! Un crítico célebre llama a la *Andrómaca* la obra maestra del teatro; pero *Atalía*, dice, es la obra maestra del entendimiento humano. El rey Luis décimocuarto prohibió la representación de esta obra sublime, porque, dijo, semejante majestad no puede dejar de ser profanada en manos mortales. Tragedia cuya fuente es la Biblia, "*Atalía*", es un monumento religioso: el templo de Salomón, Acab, la reina perseguidora de Dios: idólatras, judíos: las pasiones más profundas del género humano puestas en giro con habilidad maravillosa: poesía que corre a torrentes de la cumbre del Oreb: versos de cadencia pura: sentimientos del ánimo, como si los hombres fueran todos réprobos o santos: catástrofes estupendas: lenguaje inimitable; he aquí "*Atalía*", he aquí el poeta que la compuso. Pues hubo quienes tuviesen a Racine por inferior a Pradón, muy inferior: un tal Pradón; un cierto Pradón; un Pradón; un hombre llamado Pradón, que ha sido poeta, dicen, y ha imaginado piezas teatrales de alto coturno. Racine se está hombreando ante los siglos con los grandes trágicos griegos: Esquilo, Eurípides, Sófocles, sus maestros, se ponen de pies cuando él entra a su academia, y le señalan alto puesto. En Roma no tiene igual: Séneca es interesante cuando, entrando el conspirador al palacio de Augusto, le hace decir al gran déspota. "Cina, toma una silla"; pero muy lejos se halla el poeta romano del francés, cuando éste levanta el vuelo y va a llamar a las puertas de la Belleza Infinita.

En los tiempos modernos Shakespeare es el intérprete más poderoso de las pasiones mundanas, el gran levita del terrenal amor: Racine, en "*Atalía*", es el poeta de las pasiones divinas. Las obras donde entren Dios y la religión se-

rán siempre superiores a las que versan puramente sobre cosas humanas.

La estrategia de la envidia, en todo tiempo, ha sido oponer los mediocres a los ingenios superiores, procurando que del ensalzamiento desmedido de los primeros resulte la desestima que los ruines ansían para los segundos. Esta providencia infame suele ser tan común, que todos los días la vemos puesta por obra, aún entre nosotros, pequeñuelos. Si uno amenaza con prevalecer por el talento sobre amigos y enemigos, allí están todos, unidos con los lazos del odio, para echarse ladrando sobre el pícaro que tiene la avilantez de ser más que ellos. Dotóle naturaleza con sus altos dones: ellos se los niegan, y se cierran en su dictamen. Intelligencia: no señor: un poco de imaginación, y nada más: superficie, epidermis ligera; rásquesele con vigor, y el tonto comparece.

Sabiduría. Sabiduría... si sabe que no sabe nada: y no a la manera del hijo de Sofrónismo, sino nada, lo que se llama nada. Sabe lo necesario para deslumbrar a los ignorantes y embaucar a los bobos: sabe que es un pícaro. Sabe que somos nobles y traemos la bolsa herrada. Sabe... ¿qué más sabe?—Que nosotros no sabemos leer ni escribir, responde el más hombre de bien y sincero de los señores.

Sensibilidad exquisita, don de lágrimas, poesía del dolor: todo es ficción: es un perverso. Si pudiera, exterminara al género humano: es asesino teórico: no le falta sino la práctica; y quién sabe: si Dios no me estuviera viendo, yo dijera que ése se tiene guardados sus dos o tres homicidios. No le ven la cara? qué cara!

Rectitud, probidad: bribón: como él no puede nada, piensa que el buscar la vida es reprehensible. Si estuviera en su mano, nadie tuviera cosa; todo fuera suyo.

Austeridad, severidad: malvado: no deja pasar un pun-

to, ni el menor: todo lo ve, todo lo censura, todo lo condena. Es un argos el canalla: manos puercas, uñas largas, no perdona. Mata uno un lobo; allí está él para sacarnos los efectos de la embriaguez, para insultarnos con las purezas de la templanza. El llama templanza eso de no beber, no esparcirse nunca. Ese zanguango no ha enamorado en su vida? no sabe que faldas sin copas no son sombreros?

Virtud, oh virtud, pobre virtud, el mundo no es tu reino: amenazas, peligros, ofensas, por donde quiera te rodean; y aún muy feliz si no sucumbes, mordida de perros, acoceada de asnos, devorada de tigres. Virtud, oh virtud, santa virtud, levanta el vuelo, huye, enciértrate en el cielo, adonde no podrán seguirte los demonios que con nombre de hipocresía, envidia, soberbia, odio insano, corrupción, infestan este valle, no de lágrimas, sino de hiel y sangre; vaille oscuro, lóbrego, por donde van corriendo en ruidoso tropel esas fieras que se llaman desengaños, venganza, difamación, calumnia, asesinato, impudicia, blasfemia, tras las virtudes que huyen a trompicones, y al fin caen en sus garras dando armónicos suspiros que suben a la gloria en forma de almas puras.

Mevio y Bivio persiguieron a Virgilio: Serafín Aquilano fué superior a Petrarca: Pradón vió para abajo a Racine; todo por una misma causa. La envidia es ciega, y con todo ve muy bien a qué centro tira sus líneas. He allí, pues, un tal Alonso Fernández de Avellaneda que sin empacho se pregona superior a Cervantes en ingenio, y por vía de comprobar sus aserciones le llama pobre, mendigo, manco y otras de éstas. Que pagado por un aborrecedor oculto hubiese el fraile infame escrito su mal libro, ya pudiéramos haberlo llevado en paciencia; que haya en España hombres de entendimiento hartó confuso y de intención hartó menguada para desdeñar la obra inmortal de Cervantes por el

polvo y ceniza de Avellaneda, esto es lo que no nos cabe en el juicio. ¿En qué estaría pensando Don Agustín Montiano cuando dijo: que si algunos preferían a Cervantes era porque andaban muy desvalido el buen gusto y la ignorancia de bando mayor? Este mal Español recibió, sin duda, lecciones del viejo barbalonga, ese calvo de agrio corazón y aguda lengua que hiere en la gloria de Homero y trata de apagar la luz que irradia por el mundo. Zoilo, osado antiguo que tuvo la soberbia de concebir envidia por el ciego de Chio, este pontífice de los dioses y padre de las Musas: Zoilo, no puede enseñar el bien y la verdad, siendo como es la envidia encarnada en miembros de un hermoso, pero irritado demonio. Para volverse respetable aún en el ejercicio de la difamación, Zoilo contaba con esa calva sublime que ha pasado a la posteridad, y esa barba de Termosiris que en largas madejas blancas se le descuelga por el pecho hasta el ombligo. Si Montiano careció de estas ventajas. fué dos veces tonto y dos veces atrevido en su empresa de dar al través con la fama de Cervantes.

CAPITULO VIII

Si es disposición secreta de la Providencia que los hombres de facultades intelectuales eminentes y virtudes superiores han de vivir sus cuatro días en la tierra devorando privaciones y amarguras, no lo podríamos afirmar ni negar antes de que hubiésemos examinado la materia en disquisiciones filosóficas altas y profundas. Los que de primera entrada cortan por los argumentos y lo resuelven to-

do por la autoridad del orgullo y en nombre de la ignorancia, dirían buenamente que esa ley tácita del Hacedor contra los varones ínclitos no existe. Ya lo han dicho cuando, censurando la desgracia en general, y haciendo mofa de ciertas lágrimas ilustres, han afirmado que todo hombre es dueño de su suerte. La teoría, como principio, es infundada, y hasta necia: en la práctica, los que han puesto en campo esa doctrina reciben mil heridas por mil defectos de armadura. **Todo hombre es dueño de su suerte:** de manera que los hambrientos, los desnudos, los desheredados de la fortuna, grandes y pequeños, no han de imputar sus desdichas sino a ellos mismos, a su propia incapacidad e indolencia? Tan duros pensadores no recibirán, sin duda, la recompensa que el hijo de Dios tiene ofrecida a los que ejercen la caridad movidos santamente por la misericordia. Tuve hambre, y me disteis de comer; tuve sed, y me disteis de beber; desnudo me hallé, y me vestisteis: preso estuve, y me visitasteis: venid, oh los benditos de mi padre, a recibir el premio de vuestras buenas obras. Si el hambre, la sed, la desnudez, la prisión de los desventurados del mundo provinieran de los peores vicios, cuales son pereza y soberbia, el Juez infinito no les prometiera con tanto amor y gratitud el premio con que de antemano glorifica a los hombres justificados. En la Escritura, indigencia, necesidad son tan santas como las virtudes que les ponen remedio: dad al pobre, dice el Señor; no dice: dad al ocioso, como si fuera lo propio el vicio que la desgracia. Hambre puede tener uno a pesar del trabajo; sed a despecho de la actividad, y carecer de vestido, sin que valgan afanes y pasos por este mundo injusto y ciego. Entre los idólatras mismos la más innegable de las divinidades era la Fortuna: Sila cargaba al pecho una imagen de esta diosa, y sabido es que se llamaba feliz, atribuyendo a una ley providencial

sus triunfos y felicidades, y de ningún modo a las concepciones de su entendimiento ni a la fuerza de su brazo.

Negar la existencia de la fortuna, allá se iría con negar su rueda, máquina real, y bien a la vista, que va moliendo en sus vueltas a la mitad del género humano, al paso que a la otra la toma en el suelo y la coloca frente a frente con el sol. Los más ruines, ineptos, perversos, canallas suelen ser los que más resplandecientes se levantan en sus cucharas y allí se están, echándole un clavo a la dicha rueda, insultando al universo con la incapacidad y la perversidad triunfantes. Si todo hombre es dueño de su suerte, ¿cómo viene a suceder que la inteligencia divina en el autor de la Iliada, la sabiduría excelsa en el maestro de Fedón, el valor indómito y la rectitud inquebrantable en el competidor de Demóstenes, las grandes virtudes reunidas en el mayor de los griegos, no los volvieron a estos seres privilegiados los más prósperos de los mortales, y dichosos según que regulamos la felicidad con advertencia a esta vida y el modo de vivirla? Ni por tontos, ni por cobardes, ni por enemigos del trabajo habrán pasado a la posteridad esos nuestros semejantes que han engrandecido su siglo con su gloria, santificando al propio tiempo su desgracia con la miseria sufrida en amor de la filosofía. Verdad es que ellos no ansiaron las riquezas; y en no buscándolas ahincadamente, ellas no vinieron a pararse en sus umbrales. Empero muchos hubo que bien hubieran querido tener lo necesario, y en quienes el sudor de su frente nada pudo. Desdichas, pesadumbres, dolores son herencia de la flor del género humano; y esa flor se compone de los grandes poetas, los filósofos sublimes, los héroes magnánimos, los patriotas ilustres. Hay en Jámblico un pensamiento que hace meditar mucho acerca de la inmortalidad y el porvenir de las criaturas. Dice este mago divino que las lágrimas que derra-

mamos en este mundo, las penas que devoramos son castigos de malas obras que hicimos en una vida anterior; y que, purgadas esas culpas, cuando pasemos a otra, seremos más felices no, pero sí menos desgraciados; hasta cuando, a fuerza de purificarnos por medio del llanto y levantarnos por las virtudes, vengamos a disfrutar de la gloria eterna en el seno del Todopoderoso.

Esta transmigración oculta en sus entrañas un mundo de sabiduría y esperanza: los que padecen actualmente se hallan en la vía purgativa, como hubiera dicho un teólogo cristiano: los que padecen más, están más cerca del remedio: los que están pecando y gozando en el crimen; los malos, egoístas, perseguidores y torpes, van despacio, muy atrás de esas almas ligeras, medio lavadas ya con las lágrimas. cernidas, digamos así, de la mayor parte de la escoria; sacudidas al viento acrisolador, y enderezadas al cielo con rumbo hacia la luz. Job había pasado por muchas vidas, según el filósofo nigromante: hallábase a las puertas del descanso eterno; y, raspándose con una teja la lepra en la calle: repudiado de su esposa, abandonado de sus hijos, olvidado de sus amigos en medio del suplicio del alma y el corazón: enfermo el cuerpo, sus harapos revueltos en inmundicia; llagas puras los miembros; sin pan contra el hambre, sin agua contra la sed; clavado en un potro, y volviendo los ojos a Dios, es el emblema de la paciencia y el reflejo de la gloria fundido en una aureola de esperanza. Job, viejo, pobre, dejado de todos; enfermo, víctima de mil dolencias e imposibilidades, lleva vividas muchas vidas, en las cuales ha sido, según la idea de Jámblico, afortunado desde luego, después feliz como lo entiende el mundo, a manta de Dios en esto de riquezas y placeres, que son cartas desaforadas para con el padre de las virtudes. Job está viviendo la última vida humana: la lepra, la teja, llaves con las cuales,

pasando por la sepultura, dejando allí los huesos, ha de abrir ese gran candado de oro cuyas cifras y combinaciones son imposibles para los que aún no hemos padecido lo que el hambriento y el leproso. Oh felices de nuestro tiempo, ved las pruebas por las cuales tenéis que pasar, medid los escalones que tenéis que subir, y si sois para echar una mirada escrutadora a la eternidad, derramad torrentes de lágrimas, abrumados por estos verdaderos tormentos futuros que llamáis hacienda, placer, dicha y contento. Vosotros sois los últimos de los tiempos: soles se apagarán, estrellas caerán, mundos se destruirán, y vosotros, de catástrofe en catástrofe, tendréis mucho que ver y padecer, primero que vengáis a distinguir la felicidad verdadera de la falsa, y reposar en el gremio de Dios, único lugar donde podemos tenernos por felices: felices, porque allí el mal es imposible, y el bien llena el universo a nuestros ojos de un océano de luz donde se están irguiendo en figuras impalpables las épocas del mundo y los pasos de la gloria. A quién le sería dado romper esta escala eterna, y revolver las cosas de manera de acomodarlas a sus propias extravagantes ideas, habiéndolas sacado de la jurisdicción de una ley infinta?

La Fortuna, divinidad de los gentiles, ha venido a ser Genio para los cristianos, llamándose destino. El destino es cosa tan fuerte, que por mucho que nos neguemos a confesarlo, viéndolo estamos y devorando sus agravios. Destino es poder oculto, profundo, misterioso: destino es persona invisible de obras que tienen cuerpo: destino es ser inavergiguado: su corazón está en el centro de la nada, y su mano recorre el mundo hiriendo en las teclas de la vida. Los hombres, figuras diminutas puestas sobre ese órgano gigantesco, saltan a su vez cada uno, cuando el destino o la fortuna ha puesto el dedo en la suya, y unos caen derribados, otros se yerguen más; éstos dan saltos y se quedan a

medio caer; éstos suben de un bote a otro andamio del instrumento; tales bailan en buen compás, cuáles se resbalan y andan a gatas, formando este conjunto triste unas veces, ridículo otras, y ruidoso siempre, que llamamos comedia humana.

Nosotros pensamos que no hay hombre dueño de su suerte, si no son los sabios que están en contacto con la Divinidad por medio de la sabiduría, y los santos que tratan con ella mediante las virtudes practicadas con voluntad y conocimiento. Los monarcas no son dueños de su suerte, porque tienen heredado el trono. Los grandes no son dueños de su suerte, porque su amo y señor los puede echar abajo de un puntapié el día que se les enoje. Los ricos no son dueños de su suerte, porque muchas veces no deben sus riquezas al sudor de su frente, y porque un tirano o un ladrón se las pueden quitar el día menos pensado y dejarlos en la calle. Los hijos de la fortuna no son dueños de su suerte, porque esta prostituta mal intencionada los concibe del viento a media noche, y los pone en cuna de oro, sin que ellos sepan cómo ni cuándo. Quién les niega la existencia a los hijos de la fortuna? Ola! filosofillo, eres tú quien viene ahora con que los herederos incapaces del reino, los opulentos con haberes ajenos, los dignatarios, los nobles de favor por una parte: los ciegos esclarecidos, los tullidos ilustres, los mendigos célebres por otra son todos fabricantes de su propia felicidad o desventura? Cuáles son los méritos de tanto pícaro, tanto ruín, nacidos para el hurgón y la esportilla, que están ahí bajo el solio con nombre de presidentes, ministros y generales? dónde los hechos estupendos, las proezas, las virtudes de esos bribones que en casi toda la tierra tienen monopolizados tesoros, placeres y alegrías, en tanto que los buenos, los inteligentes, los activos, los virtuosos, los amigos del género humano, trabajando sin

cesar por el bien común, las luces y la libertad, se ven obligados a remojar sus propias manos con sus lágrimas, y comérselas a media noche? Veo allí un hombre sentado en lugar eminente, con cara de señor de un pueblo y dueño de una vasta porción de territorio: el cielo de terciopelo carmesí que le da sombra, los almohadones en que asienta sus piés rústicos, las lámparas que alumbran la sala indican que ese se halla bajo el solio: es presidente de una República, tiene facultades omnímodas, y puede hacer, en bien o en mal, lo que se le antoje. Su cara es grosera: sus ojos bestiales se están ofreciendo para que leamos en ellos vicios e ignorancia: su cerviz formidable gravita sobre ese rostro de animal hecho magistrado. Este como hipopótamo de carne humana no sabe leer ni escribir, no tiene idea del mérito: el bien y el mal no son nada sino con relación a su propia conveniencia: Estado, Gobierno, leyes, cosas para él de significación ninguna: acciones, no sino malas en su vida: antecedentes, infames: esperanzas, para su patria, la ruina; para él, el cadalso. Sirvió de esbirro, de verdugo a otro tirano: vivió del tablaje y la estafa: ni pundonor como soldado, ni hazañas de valiente: pereza y ociosidad, subiendo y bajando por ese cuerpo desmedido, le tienen a medio día en el lecho, dormida el alma a las sensaciones y los cuidados del ser inteligente. Jamás ha movido un dedo para agenciarse el pan como hombre de bien: pan y vino, sobre tarja, y que le busquen en Ginebra. Inútil para todos, sus ruines propensiones y sus malas obras le vuelven perjudicial para sus semejantes, tanto más cuanto que de continuo se halla fuera de sí con el recargo de licores incendiarios que le embrutecen y enfurecen más y más. Este perverso sin luces, este ignorante sin virtudes, que si algo merece es la escoba o la horca, se está muy formal entre cortinas de damasco, llamándose dictador, y disponiendo de vidas y haciendas.

Mirad allí ese rico que ve para abajo a los demás. Su casa es un palacio: el cedro oloroso, el ébano, labrados de mano maestra, componen su mobiliario. La seda anda rodando: alcatifas primorosas ofrecen bellos colores a los ojos, suavidad a las plantas de su dueño: dorados bronce, porcelanas de Sevres, elegantes candelabros son adorno de sus rinconeras; y una araña de cien luces suspendida en el zenit del grandioso aposento, está llamando los ojos a su cadena de oro y a la turbamulta de iris infantiles que van y vienen entre los prismas resonantes. Pues la mesa de este gran señor! Los dos reinos son sus tributarios; la perdiz provocativa, el pichón delicado, el capón succulento, allí están a su albedrío, haciendo requiebros a su paladar esquilimoso. Ni por lejano el mar deja de ofrecerle sus productos: el rico gusta de peces finos: el salmón, héle allí alto y esponjado incitando el apetito con sus gordos filamentos. La tortuga: presente; en sopa real, entrega al ansia del regalón acaudalado sus sabrosas entrañas. La anguila: no subsiste: ¿quién puede pasar sin ese artículo singular, esperanza del hambre rica, satisfacción de cultos comedores? Ahora tú, reino vegetal, ven y pon en el festín tus hongos, tus trufas, tus espárragos, tus coliflores, tus berzas diferentes, y no escatimes ni la raíz profunda, ni el grano en leche de que tanto gustan príncipes y potentados.

Por los bosques de Fontainebleau anda saltando alegre de árbol en árbol el faisán, libre y feliz en sus amores. Su esposa, su amiga, en la frondosidad de una haya se está en el nido, y entre sus alas sus polluelos, bebiendo la vida en el corazón que les reparte calor a todos. El macho los contempla pensativo sobre una rama próxima, y vive en el amor de su hembra y el cariño de sus hijos. Un estallido se difunde por el bosque: derramado en todas direcciones, se va como un trueno deshecho: el pájaro aman-

te yace en tierra, las alas en cruz, el pescuezo torcido, la sangre chorreando por las fauces. Al otro día esta pieza será el plato principal de la comida del señor marqués o el señor duque. Lástima que el águila real del Cáucaso no sea de comer! y dos veces desgraciado el rico en que naturaleza no haya destinado el león del Asia para sus antojos y sus gulas. Ahora pues, este gran señor labró su riqueza con el sudor de su frente? empuñó la esteva, borneó el hacha en el profundo monte? No; ni corrió los mares desafiando las tempestades, ni fué a la guerra y dió grandes hazañas por cuantiosos estipendios. La inteligencia, no la beneficia; el vigor natural, no lo ejercita: no compra ni vende para comer, no arrima el hombro al trabajo a ninguna hora: heredó el inepto, y en la herencia funda su orgullo; o robó el miserable, y en el crimen finca su gloria.

Un anciano está bajando a tientas por un cerro del Atica apoyado en un bordón: paso entre paso, en una hora no ha descendido diez toesas. Cada guiño un tropezón, cada hoyo una caída. Ni un perro le guía al infelice, porque es ciego tan desgraciado que el lazarillo fuera en él boato reprehensible. Por dicha le importa poco que el sol se ponga: oriente y occidente, mañana y tarde, día y noche, todo es lo mismo para él; sus ojos duermen a la luz, y él anda por el mundo a tienta paredes, hijo de las sombras, cuyo seno conmueve con dolorosos suspiros. Llegó por fin a la ciudad: palpando las murallas, cerca de una tienda, supo que estaba donde oídos humanos pudieran reconocer la presencia de un hambriento, sediento y desnudo, y levantó la voz, cantó un fragmento de poema. El ciego! exclaman adentro, el ciego de la montaña ha venido! Pide pan en nombre de sus héroes; démoselo en nombre de los dioses: Homero es una bendición en todas partes. Y una mujer caritativa sale, toma al viejo, le entra en su tienda, le da de co-

mer y le abriga con sus propias mantas. Al otro día el ciego besó la mano a su bienhechora, se despidió y se fué a cantar a otra puerta y pedir caridad en otra parte. Había trabajado cuando mozo: fué mercader, corrió mares, visitó puertos: el ciego había sudado la santa gota de la actividad humana, buscando la vida, combatiendo a la muerte, ganando terreno sobre la miseria: fuerza intelectual, fuerza moral, fuerza física estuvieron en continuo movimiento en esa persona dotada de todas las fuerzas; y sin embargo la desgracia, andando sobre él, bien como tigre que se aferra sobre el elefante, le siguió y le devoró sin consumirlo muchos años. Ese antiguo estaba en la última vida, como Job: por la inteligencia, la sensibilidad, la virtud y las desgracias, iba a entrar en la categoría de los entes superiores, después de haber vivido siglos en mil formas. Quién negará el influjo de una divinidad recóndita sobre ciertos individuos providenciales? Ni el talento, ni la habilidad, ni el trabajo pueden nada contra su suerte; suerte negra, en cuyos laboratorios no se destilan sino lágrimas para los predilectos de la naturaleza, y vino de Chipre y ambrosía para los hijos de la fortuna.

En un barrio oscuro de Londres, casi fuera de la ciudad, vivía bajo humilde techo un hombre de años en un cuartito mezquino en casa ajena. Este hombre, viejo y ciego como el anterior, no contaba con más arbitrios que los escasos dineros que sacaba de sus versos vendidos por sus hijas. Su mujer se cansó de él; sus hijas mismas le hicieron traición, en cierto modo. Lloraba el viejo, porque era desgraciado: el pan, mal seguro, no de cada día: vino, nunca por sus manteles. En cuanto a la luz artificial, importábase poco, puesto que ni la veía, ni sabía si estaba o no ardiendo en su aposento. Llegó a tener hambre el mísero: devoróla santamente en memoria de lo que en otro

tiempo se había satisfecho. Porque éste sí, para ser ciego, había visto más que todos; para carecer de lo necesario, había nadado en lo superfluo; para ser desconocido y triste, había brillado en la corte al lado de un poderoso. Ahora, no solamente se come las manos, sino también huye de sus semejantes: sus compatriotas no pueden oír su nombre sin dejarse arrebatar de la venganza; y si supieran que está vivo, no le fuera bien contado, pues de debajo de las piedras le sacaran. Este mendigo ha sido ministro poderoso de un gran tirano, ha encubierto malas obras, ha sufrido se derrame sangre, sangre de reyes. El ciego oculto en una callejuela de Londres, el muerto de hambre, el zarrapastrón, es Milton, ministro de Oliverio Cromwell. Cuando perteneció en cuerpo y alma a la política; cuando fué malo, cómplice de un regicida, opresor de su patria, las riquezas le asediaron, los bienes del mundo le abrumaron: triunfos y placeres, suyos fueron: llamándose feliz, anduvo el cuello erguido, los ojos insolentes. Hoy que no es el hombre de la sangre sino el de las lágrimas; no el de la ambición sino el de la abnegación; no el del orgullo sino el de la modestia; no el del crimen sino el de las virtudes, los bienes de fortuna han huído de él cacareando como aves espantadas. Riqueza y virtud implica: hambre, dolores, ayes agudos, con rostros de ángeles enemigos o demonios propicios, forman la cariátide sobre la cual está sentada la suerte de los grandes hombres. Milton, ministro de Cromwell, fué rico y feliz: Milton, poeta del Paraíso Perdido, fué menesteroso y esencialmente desgraciado. No hay duda en que un Genio invisible va guiando hacia la gloria por entre abrojos y cardos a los hijos distinguidos de la naturaleza.

En una carrera aristocrática de París vivía de igual modo hasta ayer otro hombre, dueño de un palacio suntuosísimo. El viajero que andando del parque de Monceau al

Arco de la Estrella ha pasado por la **Alameda Friedland**, ha visto, sin duda, una como morada real de piedra viva y dorados capiteles. El oro, la pedrería fina ruedan a destajo en esa mansión de príncipes. Lacayos de librea, con ancha franja amarilla en el sombrero negro, están para saltar al pescante de la carroza que va a salir al poder de cuatro caballos árabes. No esperan sino al amo. Héle allí: baja ya las gradas de mármol: su rostro viene ardiendo en un bermejor que no es de la naturaleza: gruesos diamantes al pecho en forma de botones: un carbunclo, envidia de reinas, está fulgurando en el meñique del príncipe o señor. Viejo parece éste a pesar de la juventud facticia del afeite. Su mirada contiene un mundo de desprecio por el género humano: es millonario de sangre real: sus semejantes no son semejantes suyos: los aborrece o los desdeña. Bajó: sube al dorado coche: el látigo chasquea, los nobles corceles toman sublime trote, devoran la distancia, y luego comparece la real carroza en las encrucijadas del Bosque de Boloña, donde está hirviendo la nobleza de Francia. Ese príncipe que tiene entrambos pies en la cúspide de la prosperidad humana por lo que toca a las comodidades, las riquezas, los honores, ¿será por ventura hombre de mérito que ha llegado a ese punto por sus obras? No: es un maniático, medio loco y medio idiota: vive y ha vivido siempre hundido en los vicios: carece de inteligencia, y no le envalentona siquiera el brío fermentado de la soberbia. Nada ha hecho en su favor: ni ha pensado, ni ha trabajado, ni ha deseado cosa ninguna, y todo lo tiene, y todo le sobra, y con su esplendor insulta la modestia de los hombres de virtudes (*). He aquí otra prueba viviente del principio sentado en mala ho-

(*) El personaje a que aludimos aquí es el duque de Brunswick, como bien le reconocerán en los toques de su fisonomía los que de él tengan noticia. Nosotros le hemos visto así como le delineamos.

ra por el seudo-filósofo: "Todo hombre es autor de su propia fortuna"; principio que trae consigo una torpe falsedad y una calumnia a los desgraciados ilustres que no han perdido una hora de la vida ni se han dado punto de reposo, trabajando en la obra de los buenos, que es la civilización y la felicidad del género humano. Difícil sería para cualquiera aducir pruebas de que una divinidad oculta persigue incesantemente a los hombres que prevalecen por la inteligencia y la sensibilidad; y trayendo la proposición al campo del raciocinio, vendríamos a parar en que las desgracias anexas a esos individuos vienen a ser naturales, por cuanto en lo menos que ellos piensan es en su comodidad, y no se van desalados tras los bienes de fortuna, debajo de cuyo imperio militan los hombres vulgares, los ruines, los egoístas, y toda esa caterva que compone el globo despreciable de las ciudades y las naciones. Y todavía, ante el cuadro lastimoso de poetas, filósofos, inventores de las cosas, descubridores de mundos, grandes escritores, políticos eminentes, héroes de la virtud que se van a la eternidad oprimidos por el hambre, rendidos de fatiga, acocados por sus semejantes, empapados en sus propias lágrimas, no habrá quien nos quite del corazón que un misterio inescrutable se está desenvolviendo en ellos desde el principio del mundo; misterio que vendrá por ventura a sernos revelado el último día de los tiempos, cuando las tinieblas vuelen rompidas a la nada, y el cielo abierto nos inunde en luz nueva y nos harte de verdad. Entonces admirados diremos: Esto había sido: y nos postraremos ante el dueño de los secretos humanos y divinos, y levantaremos a él los ojos, y exclamaremos: Señor, tu obra es buena! Señor tu obra es perfecta! ¡Señor, tu obra es santa!

Las naciones ofrecen todas ejemplares de esta guerra del mundo a los hombres que son honra y gloria de su es-

pecie: no hay una de la cual no pudiéramos decir lo que de Irlanda: *Hibernia semper incuriosa suorum*. El escándalo que ha dado Portugal dejando pedir limosna y morir de hambre al mayor de sus hijos, lo ha dado Inglaterra en Milton, Alemania en Weber y en Mozart; Francia en Moliere, Italia en Dante, España en Colón y en Cervantes. Las que no han erigido estatuas a sus varones ínclitos, las erigirán luego; mas yo tengo para mí que ni la diadema de laurel que ciñe la frente de los bustos del Alighieri, ni el fulgor que despiden los retratos de Camoens, ni el mármol que condecora la ciudad de Madrid representando a Miguel de Cervantes, les van a saciar en la eternidad las hambres que padecieron, aliviar los dolores que sufrieron, ni enjugar las lágrimas que derramaron. Cosa es que le hace a uno erizarse los cabellos y correrle por las carnes un fatídico hormiguillo, ver a Cristóbal Colón padecer y gemir en triste abandono, tendido en la oscuridad en un rincón de Valladolid. El monarca estaba al corriente de la situación del gran descubridor; los españoles sabían del modo que estaba agonizando el dueño de un mundo; y Colón se moría sin auxilio humano, si bien el divino, hombre predestinado al fin para la gloria, no podía faltarle. Expiró. Tan luego como el gobierno de su majestad supo que el Almirante había fallecido, se colocó sobre la envidia y la indolencia, y allí fueron los decretos reales para engrandecer y ennoblecer al difunto; allí las exequias de príncipe; allí la admiración escandalosa; allí el dolor resonando en llanto sublime del uno al otro extremo de la monarquía. El que acababa de morir cual un mendigo, nacía para la grandeza en ese instante: ese cadáver cubierto de harapos, insepulto, caliente aún, es augusto como cuerpo de rey. El día que murió Colón nació para los pueblos civilizados, la gratitud le reconoció y el amor le empezó a mecer en cuna de oro. El día de su muerte nacen los hombres verdaderamente gran-

des. El mayor de los griegos, herido en el campo de batalla, teme arrancarse el acero que tiene clavado en el corazón, hasta que no sabe el éxito de la jornada; y como sus compañeros de armas acudiesen a él apellidando victoria, y luego al verle rompiesen a llorar perdidos: "Tebanos! les dice el héroe expirante, vuestro general no ha muerto; al contrario, hoy, hoy, este día tan glorioso es cuando nace Epaminondas". Se arranca la espada del costado y muere. El día de su muerte nacía Epaminondas; el día de su muerte nació Cristóbal Colón; el día de su muerte nacen todos los hombres para quienes vivir es morir trabajando al yunque de la gloria.

En las naciones para las cuales caridad es parte de la sabiduría, y no se tienen por cultas si no practican las obras de misericordia, los ciegos tienen hospicios donde las comodidades rayan en lujo; los tullidos no hacen sino alargar el brazo para tomar el pan y el vino; los paralíticos reposan en suaves lechos, y por medio de máquinas ingeniosas vacan a todos los movimientos necesarios; los sordo-mudos se crían, se educan, aprenden a oír y hablar por medio de inventos maravillosos, imaginados con amor ardiente por los filántropos; los niños desvalidos tienen socorro, los expósitos hallan madre: las malas mujeres ¡hasta ellas! pueden refugiarse en un palacio, cansadas del vicio, atraídas por el aliento de la virtud. Los inválidos son dueños de alcázares faustosos: allí tiene cada uno su cómoda celda, su pegujalito donde toma sol y siembra su repollo: el refectorio, aseado, abundante; la cama limpia, los claustros o corredores alegres con luz de sol mañana y tarde. Sólo para los sabios, los filósofos, los poetas, los varones perillustres no han levantado hasta ahora en ninguna parte un asilo conveniente, y muy dichoso ha de ser Luis Camoens si halla una tarima en el hospital de mendigos. Edgar Poe, el joven ins-

pirado, el gran poeta de los Estados Unidos del Norte, se andaba hasta ahora poco arrastrando por calles y tabernas, cubierto de lodo, tristemente feo y despreciable; y ese cuerpo de borracho había sido santuario de las Musas. Andrés Chénier no se escapó del hospicio o de la esquina de la calle, sino gracias al patíbulo que le recogió a tiempo. Cuando este amable ingenio se daba de calabazadas contra las paredes de su calabozo exclamando: "Lástima! algo hay aquí en esta cabeza", no sabía que lo que le iba a tomar el verdugo le hubiera tomado la miseria; o más bien, lo supo, porque a fuero de apasionado a las letras humanas, Minerva le había ya ungido con el aceite mágico que confiere órdenes de gloria con imposiciones de hambre y harapos. Beker, el Tirteo de la Germania amenazada, fué infeliz hasta el último suspiro. Gilbert padeció cuanto alcanzan a padecer seres humanos. Hoffmann, gotoso, llagado el cuerpo, mortalmente dolorido, se hace arrastrar a la ventana para ver desfilar a sus ojos la comparsa de la comedia universal. Este al fin no fué tan desdichado: en medio de sus enfermedades incurables, sus dolores intensos, sus privaciones, le queda un bien, un grande bien: su esposa no le abandona ni le asquea; al contrario, santamente enamorada, vierte sobre las úlceras de su corazón el bálsamo de sus lágrimas, al tiempo que suaviza con benéficas unturas las dolorosas escoriaciones de sus miembros. Feliz mil veces el que puede decir: "Mi mujer", y descansar en su seno, y morir en sus brazos, oyéndola pronunciar juntamente el nombre de Dios y el de su marido, envueltos en lágrimas que el ángel de la guarda está recogiendo en ánfora invisible.

CAPITULO IX

Don Manuel de la Revilla, escritor contemporáneo de los más notables de la Península, se ha empeñado en quitarle a Cervantes la joya más preciosa de su diadema negándole en mala hora la miseria y las desgracias, por sincerar a su patria de la nota de egoísta e indolente. No sabe Don Manuel que no hay verdadera gloria sin desgracia, y que el infortunio es el hoplita descubridor que les va abriendo el campo a los varones ínclitos?

Oui, la gloire t'attend; mais arrete et contemple
A quel prix on pénètre en ces parvis sacrés:
Vois, l'Infortune assise a la porte du temple
En garde les degrés.

El infortunio, sí señor, el infortunio es el dragón que cuida las manzanas de oro en el jardín de las Hespérides: el que desea apoderarse de ellas a todo trance, ha de pelear con ese monstruo y vencerle en singular batalla; y puesto que le venza, no ha de salir sino chorreando sangre el cuerpo, el corazón herido, el alma ensayada al fuego. Terrible es esa aventura: los cruzados que fueron en busca de Reinaldo pasaron por entre los demonios que guardaban la mansión encantada de Armida en forma de grifos, tigres y serpientes, apartándolos y enmudeciéndolos con la varilla

de virtudes: contra los custodios de la gloria, esta manzana de oro cuyas entrañas abrigan sabores y placeres inmortales, no hay varilla de virtudes. Esos monstruos no huyen; se les van encima a los atrevidos, y se les comen el alma rompiéndoles el cuerpo con uñas envenenadas. Terrible es esa aventura: para acometerla, el caballero ha de ser de los más famosos andantes, de esos que, armados de todas armas, se van sobre el endriago y le cortan la cabeza, dejando allí los vestidos y la mitad de su sangre. Don Manuel de la Revilla nos recuerda que el duque de Béjar y el conde de Lemos fueron caritativos para con Cervantes, y que éste no padeció las necesidades que nuestro siglo acostumbra echar sobre la nación hispana como otros tantos cargos de mezquindad y egoísmo. El duque de Béjar! Ese grande de España que con sus dádivas no consiguió sino labrar el olvido del agraciado? Cómo daría, cuánto daría el pobre duque, cuando su nombre ni más volvió a salir de los labios de Cervantes, desde que éste hubo recibido su limosna! O la dió, como suelen dar los soberbios, despreciando y alabándose, o fué tan cicatero, que lejos de infundir gratitud en el pecho del hambriento, infundió desprecio; pero desprecio humano y generoso, de esos que se duermen y quedan muertos en el silencio.

Clemencín da mucho a entender y deja al lector mucho que adivinar con sus cultas reticencias, tocante a la frialdad del más agradecido de los hombres para con el señor duque protector. El conde de Lemos sí, más constante y bien intencionado; pero generoso, ni él. ¿Cómo sucede que estos ricos, estos botarates que echan por la ventana veinte mil duros en una noche de luminarias, o en un festín de quinientos platos; cómo sucede, repetimos, que estos que tienen para hartar de ficédula, pitirrojo, alondra y ave del paraíso, asentados con brazos de mar de Tokay y

Roederer, a sus reyes, sus parientes, sus camaradas, sus amigos tan opulentos como ellos, no dan a un pobre ilustre de una vez para toda la vida, o cuando menos para algunos años, y no que le obligan a estar volviendo a sus umbrales y llamando a sus puertas cada día? El conde de Lemos alcanza nuestra gratitud por los beneficios que hizo a Cervantes, y en él al género humano; pero si tomando el quinto de su renta anual le hubiera asegurado su fortuna con una casita de campo, una heredad donde el hombre de ingenio hubiera ido a sepultarse, tranquilo respecto del pan de cada día, a la gratitud hubiéramos agregado la admiración, y tendríamos placer en llamarle Augusto al señor conde, siquier Mecenas, protectores apasionados del talento y las virtudes.

El embajador de Francia mostró una ocasión viva sorpresa en Madrid de ver que hombre como Cervantes no estuviese aposentado en un palacio, y servido como príncipe a costa del Gobierno. Esto nos reduce a la memoria la hermosa fundación de los atenienses llamada Pritaneo donde los ciudadanos que habían merecido bien de la patria por la inteligencia, la sabiduría, el heroísmo, las virtudes extraordinarias, se recogían a vivir a expensas de la República, la cual no escalimaba ni el tesoro común, ni los miramientos debidos a tan singulares personajes. Logista Carrio, llegando a tiempo a la buhardilla de la ciudad de Burdeos para que Inarco Celenio no fuese a la cárcel, le está preguntando con tristeza al señor de la Revilla, si no pudiéramos decir hoy como en tiempo de Cervantes: *Iberia semper incuriosa suorum?* Hubo extranjeros que pasaron a España sin más objeto que conocer a tan egregio varón; y muchas veces se llenaron de asombro al ver la inopia en que se estaba consumiendo ese grande hombre. No estaría Cervantes tan bien en su patria, cuando se insinuó con los Ar-

gensolas para que le llevasen consigo a Nápoles? Estos, menos hidalgos que poetas, se lo ofrecieron, y burlaron su esperanza con el olvido. Desengaños, amarguras, a cada paso en el autor del Quijote. Don Manuel de la Revilla cumple con su deber cuando intenta salvar a España salvando a Cervantes; pero el defecto de armadura está allí, y bien a la vista. Más decimos: los españoles no han conocido el mérito o más bien todo el mérito de su gran compatriota, sino cuando éste, dando golpes en su tumba desde adentro, ha llamado la atención del mundo con un ruido sordo y persistente. Y aun así, no son los españoles los primeros que le han oído, sino ciertos insulares cosmopolitas para quienes son patria propia las naciones donde descuellan grandemente la inteligencia y el saber humano. Los ingleses, con su admiración alharaquienta por Cervantes, sus traducciones del Quijote, sus comentarios, le han sacado a la luz del día y le han puesto al autor entre Homero, Platón, Virgilio, Tácito y los autores más esclarecidos de todos los tiempos; y su obra entre la *Ilíada*, la *Lusiada*, la *Divina Comedia*, el *Decamerón*, el *Orlando furioso* y más obras que acostumbramos llamar clásicas y maestras. España descuenta hoy día con el amor y los honores el olvido y los ultrajes que devoró Cervantes en la tierra; y tan alto el precio en que tiene a su grande hombre, que no le sería bien contado al que hoy saliese volviéndose notable con la menor ofensa a su memoria. Nosotros, gracias a Dios, hemos respetado siempre a ese rey de la pluma; y tanto le hemos compadecido por lo infeliz, que nunca hemos contemplado en su suerte sin sentir húmedos los ojos. En cuanto a volver por él, ni tenemos contra quien ahora, ni nuestras fuerzas serían para entrar en tan grandiosa estacada. Con todo, si acudieren caballeros aventureros, que nos repartan el sol, y aquí estamos los mantenedores, no como el doncel de don Enrique, puesto el encaje,

sino el rostro descubierto, para que se vea si el semi-bárbaro de América es paladín leal ni tiene miedo.

CAPITULO X

Hay un español para quien los defectos mismos de Cervantes son perfecciones dignas de imitación, y sus errores axiomas y reglas del lenguaje más cumplido. Garcés, en sus **Fundamentos del vigor y la elegancia de la lengua castellana**, obra de mérito incuestionable, pone de muestras lugares del Quijote que harto dan a conocer que el autor no tuvo gran cuenta con la tersura y pulidez requeridas siempre por las obras de tomo. Virgilio impuso a sus testamentarios Tuca y Vario la obligación de echar al fuego la Eneida, porque no la había traído al cepillo tantas veces cuantas él quisiera: Cervantes no leyó ni una sola su manuscrito, y así lo dió a la estampa, lleno de lunares, como todo el mundo sabe. El autor de los **Fundamentos** arriba mencionados es un peripatético antiguo, de esos que se hubieran dejado moler en un pilón antes que entrar en cuentas con el maestro. Pero el **magister dixit** no es razón, y los votos pedarios no resuelven los grandes asuntos de interés general y perpetua trascendencia. Ni el respeto debido a la autoridad de Cervantes, ni el peligro de caer en vanistorio han sido bastantes para que nos abstengamos de hacer una tácita censura de ciertos pasajes donde flaquea ese gran entendimiento, donde verosimilitud y decoro están brillando por la au-

sencia. Decimos tácita censura, porque nunca nuestra osadía hubiera acometido la obra de corregir de manera didáctica los que a nosotros nos parecen defectos, en un corazón, eso sí, con los críticos más autorizados de España y otras naciones. Si Homero mismo cae en esa pesada soñolencia de que habla Horacio, **quandoque bonus dormitat Homerus**, ¿qué mucho que otro cualquiera, por despierto que ande a las prescripciones del arte y las advertencias del buen gusto, rinda la cabeza a esa deidad indolente que suele nacer de la fatiga y el descuido?

En mala hora el triste Avellaneda fué a tomarle en el camino a Don Quijote, y le llevó a las justas de Zaragoza, cumpliendo con el programa de Cervantes: si esto no sucede, el caballero andante, en manos de su legítimo conductor, va allá, y en teatro más adecuado para su índole y su profesión, sigue desarrollando su gran carácter de paladín esforzado e invencible caballero. Allí, en la estacada su gentil persona está como en su centro: a las justas de Zaragoza concurren, suponemos, Beltrán Duguesclin, Pierre de Brecefont, Miser Jacques de Lalain, el señor de Bouropag, Juan de Merlo, don Fernando Guevara, Suero de Quiñones y otros muchos aventureros de las naciones caballescadas. Don Quijote de la Mancha se afirma sobre los estribos, requiere su buena lanza, y ora venid juntos, ora venid solos, da sobre ellos, andando tan brioso y activo Rocinante, que no parece sino que le han nacido alas a posta para esa aventura. Concluída la batalla, las princesas y señoras de alta guisa que están en sus tablados de colgaduras de terciopelo, baten palmas exclamando: "Honra y prez a la flor y nata de los andantes caballeros! Bien venido sea a estos reinos el desfacedor de agravios, enderezador de tuertos, sombra y arrimo de doncellas menesterosas!" Y luego oye el vencedor un suspiro largo y apasionado, y se

encuentran los suyos con unos ojos negros que le están devorando, y viene una dueña, y a furto le dice: "Señor Don Quijote, lléguese a ese palacio, si es servido, que mi señora la princesa Lindabrides quisiera comunicar con su gallardía cuatro razones". Pero no, nada de esto que es tan propio de Don Quijote, sino que el miserable Avellaneda le coje y le hace dar de azotes en la cárcel! Azotes a Don Quijote de la Mancha, el carácter más elevado, el loco más respetable por la virtud, el más honesto y digno de cuantos son los hombres! Ese Don Quijote preso, con sentencia de azotes sobre sí, la pena de los infames, ¿para qué sirve ya? Después de los azotes, Jesús mismo no tiene sino morir: ni desdicha, ni vilipendio, ni dolor como ese en el mundo: el que los lleva, cúrese con la muerte del género humano, o sucumba: el sepulcro únicamente puede serle disculpa a la opinión de los hombres. **Me acomodaron con ciento**, decían los ladrones descarados, cuando se usaba ese horrible castigo.

A espaldas vueltas me dieron
el usado centenar.

dice otro pícaro sin vergüenza. Y la pena de los rufianes, los alcahuetes y los pillos al dechado del pundonor y la hidalguía, a Don Quijote de la Mancha! Si un vecino compasivo no le salva, azotan a Don Quijote, y el menguado Avellaneda está triunfante.

Addison ideó un carácter en el cual concurriesen todas las virtudes filosóficas y morales, y lo encarnó en la persona de sir Roger de Coverley, la cual triunfa en el Espectador de la Gran Bretaña, ni más ni menos que **un buen hombre Ricardo de Benjamín Franklín**. Sir Roger es bueno, pacífico, sufrido: sir Roger es amable, ameno, abunda en instrucción y buen juicio: sir Roger profesa la tolerancia, mira

con benevolencia al prójimo, perdona agravios y no los irroga jamás. Girando en la órbita de la modestia, sir Roger expone ideas elevadas, practica las buenas obras, sus costumbres son irreprochables. Sir Roger es el timbre de Addison, quien le eleva y purifica más y más en cada número de su insigne periódico. Con justicia aborrecemos nosotros los colaboradores: Addison tuvo un colaborador, en hora menguada. De repente, un día aciago, sin que su amigo, protector y padre tuviese noticia de su desgracia, sir Roger comparece en una taberna, alzando el codo, cosa que nunca había hecho, en una escena vergonzosa entre mujeres de mal vivir. El Espectador genuino, el austero Addison, estuvo en un tris de caerse muerto cuando le vió: aturdido, desesperado, entra a su casa y le mata a sir Roger de Coverley. Al otro día, en el número siguiente, el pobre sir amaneció muerto. Todos sintieron y todos aplaudieron: un gran carácter envilecido de repente, debe morir. Steele, el colaborador de Addison, cometió un abuso de confianza: sir Roger no era suyo: si tuvo necesidad de un hombre bajo, ¿por qué no fué a buscarle entre los mandilejos de la hampa? No de otro modo Alonso Fernández de Avellaneda ha tomado a Don Quijote de la Mancha, le ha metido en la cárcel entre carlancones y delincuentes, y le ha condenado a pena de azotes. Azotes a Don Quijote de la Mancha, caballero de los Leones, émulo de Amadís de Gaula, amante de la sin par Dulcinea, que mañana tendrá dos o tres coronas con que premiar a sus escuderos!

En esto finca justamente nuestra queja más amarga contra Miguel de Cervantes: quejas, también de él, con ser quien es, las tenemos. Alonso Fernández de Avellaneda le lleva a las justas de Zaragoza al invencible Don Quijote, y lejos de hacerle justar y romper lanzas con el señor de Charni o con Diego Pimentel, le hace consumir mil necias

locuras en la calle, para que le arrastren a la cárcel y le den de azotes. Cervantes, que si no mató al hijo de su imaginación cuando le vió infamado, debió haberle hecho comparecer más alto y garboso en el escenario de la caballería, endereza su camino a Cataluña y, con un cartel infamante a la espalda, le hace dar vueltas por las calles de Barcelona, seguido de un tropel de muchachos burladores, de canalla soez y pícaros que empiezan a echarle cohombros y cortezas de naranja. Para colmo de absurdo y negadéz, allí está don Antonio Moreno, su huésped, exponiéndole a la mofa de la ciudad y los insultos de los rufianes; don Antonio Moreno, hombre de bien y de chapa, según nos le da a conocer Cervantes mismo. Los azotes con el cartel, allá se van: el uno se hundió, pero el otro también cayó. Esta escena del Quijote, sin propiedad, porque no es caballeresca; sin decoro, porque las virtudes del héroe están escarnecidas; sin gracejo, por insulsa, es el tributo que los grandes escritores suelen pagar al mal gusto y el error. El paso de Don Quijote en las calles de Barcelona con un cartel infamatorio a la espalda, es la burla de Milton en su poema, esa gran majadería donde los demonios se están riendo de los ángeles y haciéndoles fuego de cañón: es Childe Harold cuando se da cordelejo con los trascantones y palanquines de Newgate.

Sólo en Virgilio, el más puro, más atinado de los autores, no hay, dicen, ni un solo pasaje indecoroso. Y vaya esta excepción, por ser la única, en abono de Cervantes. Oh, y cómo Don Quijote no hubiera pensado jamás en ir a Barcelona! Los caballeros andantes lo son, cabalmente porque corren el mundo en busca de las aventuras; aventuras que los están esperando por encrucijadas y despoblados, no por ciudades curiosas y nada fantásticas. Princesas a la grupa de caballeros moros; gigantas desemejables; endriagos y vestiglos, malandrines y follones, en los caminos y las sierras.

Palacios encantados, ciudadelas de honda cava y ancho foso, castillos de torres de plata: enanos, atalayas, encantadores, mágicos ¿en dónde sino en los Pirineos? O váyase a Damiata el aventurero; allí puede cortarle la cabeza al perverso nigromante descaminador y despoblador de las embocaduras del Nilo. Los ejércitos de Alifanfarón de Trapobana y Pentapolín del arremangado brazo, ¿se les encuentra en la esquina de la calle por ventura, entre los regatones que van gritando: Albillo como el agua! besugo! besugo? Todo eso es aventura, y aventura no ocurre donde el policial anda arrastrando el sable, sino donde un loco gracioso puede embestir a mansalva con cuanto vizcaíno y cuanto fraile encuentra por esos mundos de Dios. Don Quijote en Barcelona es un eclipse lamentable: Sancho Panza ha casi desaparecido, y es lástima. Pues el sarao... qué sarao! Señoras de rumbo, cuales deben ser las que componen estas fiestas, en casas tan principales como la de don Antonio Moreno; niñas en quienes inocencia y delicadeza no pueden ir separadas; hermosas que obligan a la consideración y el respeto con el porte elevado y señoril, no son para burlarse de un pobre loco, así, como gente de escalera abajo, con tanta ordinariez y grosería, y menos cuando el caballero es huésped de la casa, circunstancia que imprime en él carácter de sagrado. En vez de un concurso de reinas y doncellas caballerescas, donde el gran Don Quijote hubiera resplandecido por la cortesía, están allí cuatro locas que le toman, le hacen dar vueltas, le pisan, le cansan, le marean, le botan y le dejan arrastrando en tierra. "Caballero andante es una cosa que en dos palabras se ve apaleado y emperador: hoy está la criatura más desdichada del mundo y mañana tendrá dos o tres coronas que ofrecer a sus escuderos". Esto sí; mas caballero andante no es utensilio de galopín ni objeto que está a los piés de los caballos. No sabían, sin duda, las señoras catalanas, que caballeros an-

dantes son señores a quienes sirven las Gracias, cuyos pies lavan los Amores con agua de jazmín y rosa?

Nunca fuera caballero
De damas tan bien servido,
Como fuera Lanzarote
Cuando de Bretaña vino:
Princesas curaban de él
Doncellas de su rocino.

Los palos, como anexos a los andantes no los envilecen ya; y como el darlos y el recibirlos viene en ellos vertiendo sal, los admite de buen grado el lector, y aun los echara menos, si faltaran; pero los azotes . . . pero el cartel . . . pero el baile . . . *Je veulx qu'ils donnent une nazarde a Plutarque sur mon nez*, dice el autor de los Ensayos, *et qu'ils s'eschauldent a injurier Sencque en moi. Il fault musser ma foiblesse soubz ces grands crédits*. Sí, que le den un papirotazo a don Juan Bowle en mi nariz, y se abran a la injuria contra don Diego Clemencín, si hay españoles sin ojos para ver, sin oídos para oír. Don Quijote en Barcelona es una salsa de perro, un raya en el agua indigno de la púrpura imperial. Mas qué importa ese montón de tierra en medio del verde bosque donde cantan las aves del paraíso tantas y tan bellas y con tan grata melodía? Mujer fuerte, quién la hallará? obra sin defecto, dónde estará? El Quijote, grandiosa epopeya de costumbres, no pudo haber salido sin ningún desbarro que por el contraste nos hiciese admirar la perfección y gracia de la obra en su conjunto; bien así como el desperfecto fortuito de una cara hermosa está recomendando lo cumplido de las facciones, y poniéndonos en el artículo de exclamar: Qué ojos! qué labios! sin esa excrecencia impertinente, esa mujer fuera una diosa.

CAPITULO XI

Entre los pecados y vicios de las buenas letras, el peor, a los ojos de los humanistas hombres de bien, es, sin duda, el que llamamos plagio o robo de pensamientos y discursos. Crisipo en la antigüedad era maestro tan sin escrúpulo, que tomaba lo suyo donde lo encontraba; y suyo era, en su concepto, lo bueno, lo grande que los filósofos alcanzaban a idear y expresar en la Academia, el Pórtico o el Liceo. Corneille, en nuestros tiempos, ha tomado con admirable franqueza de los autores cuanto ha sido de su gusto, y lo ha vendido por original. Ni en el filósofo antiguo, ni en el poeta moderno acredita eso pobreza de inteligencia, sino así, una como familiaridad y confianza, mediante las cuales los bienes de sus amigos son como suyos, y por tanto buenos para el uso propio.

Había en un plantel de educación superior un estudiante de los más notables por el ingenio, los bienes de fortuna y la posición social de sus señores padres. Rico además, su guardarropa era tan abundante, que bien hubieran podido salir de él de tiros largos todos sus condiscípulos. Pues este gran señor de colegio hacía lo que Crisipo; tomaba lo suyo donde lo encontraba, y suyo era pantalón, capa o sombrero que podía haber a las manos. Y no que fuese

guardoso ruin de lo propio, sino al contrario tan maniabierto, que los pobretes de entre sus camaradas se emperejilaban, acicalaban y componían por la mayor parte a costa suya. Eso de echarse encima el primer mantón que hallaba, y largarse a la calle, era de todos los días; y muchas veces le sucedió coger y ponerse un turumbaco o torre de Francia de un buen viejo catedrático, casado en segundas nupcias y doctor en teología; con lo cual queda dicho que el sombrero, si no del tiempo de la conquista, por lo menos anterior al serenísimo Carlos IV, que Dios tenga en su santa gracia. Acuérdomé haberle topado una ocasión en el portal del Arzobispo de la ciudad de Quito muy puesto en orden con su buen manteo negro, de vueltas peladas y desflecadas, y el susodicho turumbaco o torre de Francia, el cual por lo quebrado del ala, parecía sombrero de tres picos. Verle y echarme a reír, todo fué uno. El iba de prisa, según su costumbre: sin pedirme explicaciones ni echarme el guante, pasó ese como Santo Tomás o San Atanasio, que así me figuro han de haber andado los teólogos de su época. Como entro yo al colegio, he allí un clérigo que se me llega cojín cojeando y me interroga: No has visto en alguna parte a ese loco de Vicente? Aquí me tienes que se fué con mi manteo, pensando que era su capa. — El manteo de usía, señor, y el sombrero del doctor Angulo: por allá va.

Las prendas que tomaban Crisipo y Corneille eran, sin duda, más elegantes y valiosas; pues yo supongo que no habrán ido a enriquecer sus obras con arandelas y argamandales teológicos que los hubieran vuelto ridículos por extremo. Escritores hay tan sin género de aprensión, que ni siquiera se toman la molestia de dar otra forma a las alhajas que saltean; donde otros están haciendo memoria y averiguando consigo mismos si tal idea no pertenece a tal fi-

lósofo; si este pensamiento no lo expresó ya ese historiador o poeta? La verdad es común a todos, dice uno que se burla de los que le acusan de plagiarlo: el que la dice antes, no le quita a nadie el derecho de decirla después. Con la autoridad del viejo gascón, el filósofo de los Ensayos ahora poco mencionado, pudiéramos prohiar o repetir ciertas cosas que cuadran con nuestra índole; más entre el crear y el imitar, entre el tener y el coger, entre el producir y el pedir, la palma se la llevará siempre el ingenio rico y fecundo que halla cosas nuevas, o reviste las conocidas de tal modo que vienen a parecer originales y sorprendentes. **La imaginación no es más que la memoria en forma de otra facultad:** si ésta es ocurrencia nuestra, o puro recuerdo antiguo y confuso, no lo sabemos; mas como no somos de los que toman su bien en donde lo hallan, hemos querido advertirlo en orden a la materia de este capítulo. Pongamos que la idea es de autor antiguo o moderno ¿quién nos quitaría a nosotros el poder de amplificarla y desenvolverla según el caudal de nuestras facultades? Sí, la imaginación es la memoria; la memoria tergiversada de tal modo, que no se conoce ella misma: imaginación es memoria cuyos mil eslabones rotos y dispersos va tomando la inteligencia y acomodándolos de manera de formar con ellos imágenes nunca vistas, las cuales son anagramas de las vistas y conocidas. No hay figura que no sea un recuerdo o un conjunto de recuerdos: de muchas reminiscencias, la imaginación pergeña un cuadro hermoso y nuevo.

Esto nos engolfaría quizá en el sistema de Aristóteles, según el cual nada hay en el entendimiento que no haya pasado por los sentidos. **Nihil est in intellectu quod prius non fuerit in sensu.** Pero las ideas innatas mismo, ¿acaso lo son ni se llaman así porque le ocurren a uno por la primera vez, sin que antes a nadie le hubiesen ocurrido, sino porque,

según el sentir de algunos, nacen con el hombre, sin que en ellas tenga parte la enseñanza del mundo, ni las lecciones que le dan al alma la luz, el calor ni los objetos palpables? Puede haber ideas innatas, y esto en ninguna manera da al través con este axioma: La imaginación no es más que la memoria tomada por partes, y acomodada de cierto modo que viene a parecer facultad distinta. Un hombre privado de memoria, de hecho queda sin imaginación: le faltan los recuerdos, las vagas y lejanas reminiscencias, y no le es dado componer esos conjuntos admirables en que el alma se recrea teniendo debajo de su albedrío a esa esclava activa y pintoresca que llamamos imaginación. El orden y la exactitud en los fenómenos y los acontecimientos constituyen la memoria: imaginación, en cierto modo, es desorden y olvido de la memoria. Un collar de piedras preciosas de diferentes colores artísticamente engarzadas, representará la memoria: el diamante cristalino, el rubí que está echando fuego, el zafiro de celestes visos, la verde esmeralda, el ónice apagado, todos con sus significaciones respectivas, darán idea de la memoria, esta rica facultad que si se desquicia un punto, cae desbaratada; y las mismas piezas, sueltas y revueltas en resplandeciente muchedumbre, son elementos de la imaginación. Sin almáciga de ideas, no hay facultad imaginativa; y como sin recuerdos el círculo de ideas sería menguadísimo, resulta que la memoria es el aparador suntuoso donde la imaginación toma lo que necesita para sus portentos, los cuales a su vez van a cebar la fuente donde está bebiendo de día y de noche la inteligencia humana.

Este introito psicológico va encaminado a un hecho: y es dar a saber a nuestros lectores, si nos los depara el cielo, que las escenas de nuestra obrita titulada "Capítulos que se le olvidaron a Cervantes", no son casos ficticios ni

ocurrencias no avenidas; mas antes acontecimientos reales y positivos en su totalidad, o convertidos en cuadros completos, gracias a un miembro, un toque, un brochazo que, hiriendo nuestros ojos, se han ido adentro a despertar en el alma el mundo de sensaciones que suele estar pendiente de una reminiscencia entorpecida. Muchas escenas puestas en tono caballeresco son las comunes y diarias, sin otra dificultad para componer de ellas un paso fabuloso, que echarle a la historia cortapisas y arrequives con sabor a antigüedad y caballería. Pocas aventuras o lugares de nuestro libro recordarán otros de Cervantes; ni podía ser de otro modo, supuesto que, como llevamos dicho, las por nosotros referidas son historias pasadas a nuestra vista o de las cuales tenemos conocimiento. Componer un libro original en materia agotada por Cervantes, nadie dirá que no es un esfuerzo laudable de la imaginación; pero como nos hemos puesto acordados en que la imaginación no tiene gran parte en la obrita, vendríamos a la necesidad de echar mano por el ingenio, si ya fuésemos tan menguados que achacásemos a él lo que tal vez no llamará la atención de los doctos, y seguramente no correrá la gran suerte del libro de Cervantes. Don Eugenio Hartzenbusch le dijo a un notable viajero sudamericano (*): He leído la obra que usted me presentó. El artículo titulado "Poesía de los moros" es de todo mi gusto. En cuanto al "Capítulo que se le olvidó a Cervantes", le diré a usted que, por bueno que sea, es imitación, y como tal, de menos mérito que las excelentes partes originales que contiene *El Cosmopolita*. Don Eugenio, por la cuenta, olvidó el gran caso que la Academia Española y los humanistas han hecho en todo tiempo de lo que ha sonado aún remotamente a Cervantes: los dos capítulos disparatados que un desconocido dió a luz en Alemania, vi-

(*) El señor José María Vergara y Vergara, neo-colombiano.

nieron a París haciendo ruido, y merecieron el análisis y el juicio de literatos de cuenta. La continuación de Avellaneda fué semillero de contrapuntos y disquisiciones literarias tan ardorosas, que apenas si han caído las altas llamas que al principio se levantaron de esa hoguera. El Quijote de la Cantabria, por del todo necio e insignificante, no ha alcanzado más favor que el inmediato olvido. En cuanto a las imitaciones de Guillén de Castro, Calderón de la Barca, Meléndez Valdés y otros autores ilustres, claro se está que el imitar a un gran ingenio no es cosa de tener en poco, una vez que éstos de más de marca arrimaron el hombro a tan dura labor. El toque está en el éxito, lo repetimos: si Guillén de Castro o Meléndez Valdés hubieran salido bien, sus obras hubieran sido de gran mérito; así como un Partenón levantado por otro Fidias, en siendo igual al de este maestro, no alcanzara menos admiración que el primitivo. Si para honra del género humano y gloria de nuestro tiempo naciese en la poética tierra de Urbino un artista que tomase, no el cuerpo solamente, sino también el alma de la Transfiguración, y compusiese una obra tan cumplida como la que hoy es riqueza del Vaticano, sería menos admirable que el prototipo de los pintores? Quien nos componga una Eneida, en nada inferior a la que ya tenemos, le damos por aprovechado. Boyardo y Berni se están paseando fraternalmente por los Campos Elíseos, y Cástor y Pólux no se hacen mala obra el uno al otro. El punto finca en haber ganado el derecho a la media inmortalidad; ventolera de la cual, gracias a Dios, nos hallamos muy apartados.

El caso fué que un tiranuelo de esos que no pueden vivir en donde hay un hombre, y llaman enemigos del orden a los campeones de la libertad, nos tomó un día y nos echó a un desierto. No tantos años como Juan Crisóstomo en el Pitio, pero allí vivimos algunos sin trato social, sin dis-

tracciones, sin libros: sin libros, señores, sin libros! si tenéis entrañas, derretíos en lágrimas. Por rehuir el fastidio, o quizá los malos pensamientos, tomamos la pluma y pusimos por escrito en tono cervantino una escena que acababa de ofrecernos el cura del lugar, ignorantón medio loco y aquíjotado; y fué que un día recogió los clérigos de esos contornos y las parroquias vecinas, y todos juntos se remontaron a la cresta oriental de los Andes, a horcajadas en sus mulas y machos, en busca de una Purísima que había nacido entre las marañas de la sierra. A la Virgen halláronla en un cepujón con cara, ojos, boca tan patentes, que allí luego dieron orden como se erigiese una capilla; y en tanto que llegaban los romeros con la romería, vistiéronse ellos de salvajes con musgos, líquenes, hojas, y en horrendas figuras comparecieron en la plaza del pueblo, todos ellos con máscaras extravagantes, gritando que la Virgen había nacido en el monte. Un matasiete que a la sazón se hallaba en el pueblo con una brigada de soldados, tomando a burla las charreteras de lechuga de aquellos fantasmas, monta a caballo lanza en ristre, y sin averiguación ninguna los arremete de tan buena gana, que los que no se encomiendan a los pies caen mal heridos. Nosotros moríamos de risa en nuestra ventana, sintiendo sí que no hubiesen venido a tierra cuatro monigotes más a los golpes de ese invencible caballero. La cosa no era para echada al olvido: y como hubiésemos anteriormente dado a la estampa un escritillo titulado "Capítulo que se le olvidó a Cervantes", el cual fué acogido con aplauso en la América del Sur, quizá porque era un venablo contra el susodicho tiranuelo que harto tenía de Quijote; buscándonos el diablo, describimos la escena; y por aprovecharnos de ciertos estudios que teníamos hechos de la lengua castellana y del Ingenioso hidalgo, pasamos adelante, hasta cuando a la vuelta de seis meses los capítulos hechos y derechos eran sesenta; sí, señores, sesenta! De éstos, los

cincuenta serán escoria: como se nos cuajen los diez, y rueden en el crisol en forma de granos y pepitas relucientes, felices nos estimaremos y ricos además con tan humildes pre-seas.

La fábula de Cervantes de nada tiene menos que de original: libro es de caballería, y peste de su tiempo eran los tales. Asunto, estilo, lenguaje, escenas, todo es en el Quijote pura imitación de Amadís de Gaula, don Belianís de Grecia, Palmerín de Inglaterra y más adefesios que eran las delicias del señor don Carlos V y sus fantásticos y aventureros contreráneos. El triunfo de Cervantes fué la sátira boyante, el golpe tan acertado, que la enorme locura de ese siglo, herida en el corazón, quedó muerta, cual toro en la plaza de Valladolid a manos de don Diego Ramírez, o en la de Sevilla a las de don Pedro Ponce de León, de una sola espadada. Exclusivamente el objeto fué propio de Cervantes: lo demás, bien así la esencia como la forma, pura imitación. Y con esa imitación ha pasado a ser uno de los más célebres autores de cuantos son los que componen la república literaria. Ese objeto, no era ya para nosotros, puesto que nuestro maestro lo llenó trescientos años ha; y por lo mismo, para ver de conciliar algún interés a nuestro invento, han sido necesarios muchos requisitos, con los cuales no sabemos si hemos cumplido. Llenar todos los números en cualquier materia, es perfección; y obra perfecta ni mujer fuerte ¿quién la hallará? Nuestro ánimo ha sido disponer un libro de moral, no un "Pantagrúel" para la risa, ni *Le moyen de parvenir* para gula de los sentidos: Rabelais y Richet no aciertan, ni a sernos agradables, menos a servirnos de numen. Verdad es que Moliere y La Fontaine sabían esos autores de memoria; pero La Fontaine, ese viejo libidinoso que ha poetizado la sensualidad, vistiendo de Musa a la corrupción, ¿puede ser él mismo ejemplo salu-

dable? Cervantes es cristiano, delicado, honesto, y ríe riendo da heridas mortales en los vicios y las preocupaciones de los hombres. El género es el más difícil: haber acometido la empresa, es laudable osadía, a buen seguro: llevarla a felice cima, no es para nosotros, pues no pensamos que nuestro libro pueda pasar por las picas de Flandes. Si él llegare a caer por aventura en manos de algún culto español, queda advertido este europeo que hemos escrito un Quijote para la América española, y de ningún modo para España: ni somos hombre de suposición que nos juzguemos con autoridad de hacerle tal presente, a ella dueña del suyo, ese tan grande y soberbio que se anda coronado por el mundo. Con todo, si vosotros, oh españoles, oh hijos de nuestros padres, oh hermanos en religión, lengua y costumbres, si vosotros llegáredes a ver nuestra obra, a leella, examinalla y juzgalla, sed, no generosos con lo indebido, pero sí benévolos hasta donde lo comporten vuestra gran literatura y la gloria del príncipe de vuestros ingenios. E en el nueso pecho, que piadoso e amoroso es, meteredes un buen porqué de amor e gratitud, para hablar con el Bachiller Fernán Gómez de Cibdad Real.

Pero Cervantes, arguís, le dejó muerto y enterrado a Don Quijote, a fin de que nadie osase tocarle después de él; ¿cómo sucede que nos le presentáis vivo y efectivo, en carne y hueso, después de tantos años como ha que es polvo y nada en las entrañas de la sepultura? Sois acaso Geneo o Mambreo, mágicos, que imitan los milagros de los profetas? o Abaris, ese brujo sublime que sobre una flecha encantada pasa montes, cruza mares? o Apolonio que resucita muertos? No, señores: ni siquiera don Enrique de Villena o Pedro Balayarde: a Don Quijote, no le hemos resucitado; no hemos hecho sino seguirle la pista a su conductor: olvido que le sucede, asunto nuestro es. Por esta razón la obrita

lleva por título "Capítulos que se le olvidaron a Cervantes"; y limpios nos hallamos de ese grande, negro hecho que se llama exhumación. Fáltanos tan sólo advertir que los personajes que en ellos hacen figura son todos reales y positivos, tomados de la naturaleza, bien así los en quienes concurren las virtudes, como esos bajos y feos que están brillando por el mal carácter o los vicios. No somos nosotros de los que tienen creído que no conviene aludir a las personas: la ley alude muy bien al delincuente cuando le señala para la horca; y el juez cae en una personalidad con sentenciarle, nombrándole una y mil veces. Los perversos, los infames han de pagar la pena de sus obras: díganlo sino emperadores, reyes, papas; tiranos, obispos, curas; malvados grandes y pequeños que Dante Alighieri ha hecho muy bien de poner en el profundo, aun viviendo muchos de los que él encuentra por allá en pleno goce de los suplicios eternos. Miguel Angel, por su parte, lo menos que hace es ponerles en sus pinturas orejas de burro a los pícaros sus malquerientes. Vayan éstos a quejarse a Su Santidad, y le oirán: Si Miguel Angel te pusiera en el purgatorio, de allí te sacara yo a fuerza de sufragios; pero en el infierno, caro mío, nulla est redemptio.

Un gran autor moderno ha dicho: Por poco interés que yo tenga por mí mismo, nunca seré tan menguado que vaya a indisponerme con un hombre de talento, de esos que pudieran transmitir mi fama a la posteridad, concitando contra mí el odio de mis semejantes, o haciendo reír de mí persona al mundo entero. (*) Ese poco interés por sí mismos, lo tienen muchos: como adrede molestan, ofenden, persiguen en toda forma a los que pueden ponerlos en los quintos infiernos, o retratarlos con orejas de burro, o hacerlos

(*) *Les Caracteres*, La Bruyere.

apalea muy a su sabor con Don Quijote. Desahogos ruines, no son nuestros; pero sí hemos castigado maldades en los perversos, vicios en los corrompidos, bajezas en las canallas: difamación, envidia, ridiculez, páganlas allí al punto difamadores, envidiosos y ridículos. Bonitos somos nosotros para dejarlos con el tanto a tanto pícaro, traidor, villano o declaradamente infame como nos han salido al paso en las encrucijadas de la vida! Por dicha, armados de armas defensivas impenetrables, como la verdad, que es cocta de malla; la serenidad, que sirve de loriga; la ausencia de miedo, que es morrión grandioso; con nuestra espada al hombro, hemos pasado por entre la muchedumbre enemiga, derribando a un lado y a otro malos caballeros, malandrines y follones. Virtud es el perdón: perdón para los enemigos; crímenes, desvergüenzas, ingratitudes, maldades, al verdugo. Ahórquelas en cuerpo fantástico; mas sepa el delincuente que está ahorcado. Ya es mansedumbre que parte límites con la beatitud, no haber transmitido a la posteridad los nombres de los que con sus acciones han incurrido en esta pena. Atributo de Dios es el perdón; Dios perdona: pero envía el ángel exterminador al campo de sus enemigos, y ay de los malvados!

CAPITULO XII

Ensayo o estudio de la lengua castellana tituláramos esta obrita, si tuviéramos convencimiento de haber salido bien en lo de rehuir los vicios con los cuales la corrompe y destruye la galicana moderna, y de habernos aprovechado

al propio tiempo de las luces que en el asunto han derramado clásicos escritores, como Capmany, Mayans, Clemencín, Baralt, Bello y otros maestros bien así españoles como sudamericanos. Mas cuando estamos señalando los defectos del vecino y fiscalizando su manera de escribir, no sabemos si nosotros mismos vamos cayendo en otros peores; y así, por no volvernos culpables de fatuidad sobre la nota de ignorantes, hemos preferido la culpa del atrevimiento, bautizándola con el nombre de Capítulos que se le olvidaron a Cervantes. Siempre que hemos contemplado en la triste situación a que ha venido nuestro hermoso idioma, por obra de malos traductores y ruines viajeros, nos ha ocurrido preguntarnos a nosotros mismos: Cómo sucede que cuando la española daba la ley en Europa, puesta sobre todas las lenguas cultas; cuando ella ocupó el lugar de la latina en la diplomacia; cuando ingenios como Pedro Corneille, Moliere, Voiture le tomaban sus asuntos junto con su estilo; cuando ella era la lengua de la educación pulida en la sala resplandeciente: cuando los políticos discutían los grandes intereses de las naciones, los oradores sagrados hablaban con Dios y los hombres, los galanes melifluos les contaban sus cuitas a las hermosas, todo en habla castellana; cómo sucede, repetimos, que con tal uso y predominio, la francesa no llegó a corromperse, ni quedó desfigurada y echada a perder, como se halla la nuestra en boca y manos de la inmensa mayoría de hablantes y escribientes de uno y otro mundo? Los traductores franceses eran hombres de saber y entender, que así poseían la una como la otra lengua: al paso que los españoles del día no saben ni una ni otra, salvo el puñado de personas de ciencia y juicio, que no le puede faltar a nación de tan grandes proporciones. En los unos era motivo de sus obras el amor a las letras humanas; los otros van a caza de dinero; éstos miraban con religiosa veneración a

su idioma, éstos lo tienen por artículo de mercancía, el cual, para que sea de moda, ha de estar a la francesa.

Maestros originales, inventores, muchos y muy grandes ha tenido España en todo tiempo; y para artífices delicados de la lengua y pulidores de todas sus partes, ningún pueblo como ella. Pero en dónde, en dónde ahora los Granadas, los Marianas, los Leones? las Teresas de Jesús ¿qué se hicieron? los Nierembergues ¿dónde fueron? Avila, Malón de Chaide, Yepes, frailes insignes que ilustraron el convento y dieron nombre a su siglo con sus obras, qué dirían, si sacudiendo el polvo de los siglos que gravitan sobre ellos, se levantarán y oyerán la infame algarabía en que tratan expresar sus ruines pensamientos estos hijos de la piedra que hoy se llaman periodistas, novelistas y poetas! Grandes autores castellanos, ya no abundan; grandes traductores, ya no nacen: y esto debe causar la constelación del mundo ser tan envejecida, que perdida la mayor parte de la virtud, ya no puede llevar el fruto que debía. Parece que Garcí Ordóñez de Montalvo dictaba estas palabras en el siglo décimoquinto, para que en el décimonono las aplicáramos a nuestro idioma, hiriendo con ellas a los adúlteros que van en busca de mujer ajena, y los incestuosos cuya descendencia no puede menos que adolecer de mil imperfecciones y defectos. Las ondas majestuosas que en la "Guerra de Granada" corren por sobre los tiempos y los acontecimientos pasados, comunicando profundo respeto a los lectores: los armoniosos raudales en que Fuenmayor hace pasar la vida de Pío V, repitiendo la gravedad y numerosidad de los Anales de Tácito; el gracejo culto y fino, el lenguaje inimitable de "Lazarillo de Tormes"; la frase ajustada y elegante de "El pícaro Guzmán de Alfarache"; la propiedad, gracia y maestría de "Calixto y Melibea"; la sal ática de "Rinconete y Cortadillo" en ese hablar de todo en todo cas-

tizo; nada de esto, nada, tiene hoy imitadores: ni Juan Valdés sirve de maestro, ni Covarrubias ha compuesto para nosotros su gran léxico o Tesoro de la lengua castellana.

Nosotros, españoles y americanos, traducimos a los gazapos que amuchigan en esa madriguera inmensa que se llama París. Nuestros padres leían y volvían a su lengua las grandes obras de los clásicos griegos y latinos, esas en que se halla contenida la sabiduría de la antigüedad: pero los tiempos pasaron en que Sueyros, Balbuena y Colomas traducían a Salustio, Cicerón y Tácito, y hoy vemos en las librerías españolas hacinamientos de novelillas, verdaderos cachivaches de la literatura, o libracos llenos de milagros y absurdos con que indoctos y perversos fomentan la ignorancia del pueblo sin filosofía. Si los amantes de las letras universales tomaran a pechos el verter a su idioma las obras útiles o magistrales de los autores modernos, aún no tan malo; mas por una traducción de la **Decadencia y caída del Imperio Romano**, tenemos cien romancitos franceses en los cuales el escritor les cuenta los bajos a sus heroínas, sin descuidarse de advertirnos si tienen buena o mala pierna, y le hacen al héroe el nudo de la corbata. Mor de Fuentes y Vergues de las Casas son dos; dos aprovechados y buenos traductores: la turbamulta de galiparlistas encendidos de amor por los títeres del Sena, se compone de millares. Traducid, españoles, pero traducid a Fenelón, Bossuet, Lacordaire; traducid a Corneille, Moliere, Racine: traducid a Boileau, el Horacio moderno: traducid a Chateaubriand, Lamartine, Hugo el poeta; traducid a Thierry, a Michelet: traducid a Villemain, a Sainte-Beuve. Traducid a Montalembert, Dupanloup, si sois papistas: a De Maistre, a Veuillot, si adorais al verdugo en el patíbulo. Si sois librepensadores, traducid a Laplace, Littré: si amables utopistas, a Flammarión, Delaage: si herejes declarados,

a Renan, a Peyrat. Para la tierra, Buffon, Cuvier, Gay-Lussac; para el cielo, Arago, Laplace otra vez, Letellier. Si os embelesan los misterios del magnetismo, traducid a Mesmer y Puységur. Si en todo y para todo queréis autores franceses, ahí están en ilustre muchedumbre historiadores, oradores, científicos, filósofos, y hasta novelistas, grandes novelistas, como el autor de René, el de Oberman, el de Corina.

Traducidnos la Enciclopedia, por Dios, traducidnosla, vosotros que sois, oh españoles, tan amigos y partidarios de Rousseau, Diderot, d'Alembert, Grimm y más puntos luminosos de la gran constelación del siglo décimooctavo, cuya estrella polar, el hélice del infierno, es Francisco María Arouet, convertido en Voltaire por obra y gracia del demonio. Pero esos libritos, esas novelitas, esos santitos, esas estampitas de que están atestadas las librerías de Madrid y Barcelona, todo traducidito de los autorcitos más chiquitos del Parisito del día o de la noche, oh, estas chilindrinas son la vergüenza de la España moderna, la vergüenza de la América hispana. Este flujo por traducir todo lo insignificante, todo lo inútil, todo lo bajo; esta pasión por los romances de menor cuantía, donde no falta una condesa que viva amanecida con su criado, ni Adriana de Cardoville que no cierre la cortina sobre ella y su príncipe Djalma; estos romances cuyo protagonista ha de hacer mil trampas y picardías; estas obras magnas de comer y beber con mujeres de ruín fama; esto de no acostarse hasta las dos de la mañana, ni levantarse hasta las doce; todo esto es escoria, amigos míos: de ella no sacaremos jamás un grano de oro, por mucho que seamos avisados en la alquimia de la sociedad humana. Vivir como perdidos, matarse como impíos, ¡qué historia, qué páginas! El héroe de la novela francesa duerme de día, come y bebe de noche, hace pegas abominables a los maridos,

tiene duelos o retos a la espada, pide prestado y hace milagros, se arruina, pierde su querida, se despecha, va y se vuela la tapa de los sesos. Esta monserga atroz, este embolismo de pasiones arrastradas, vicios y caídas, puesto en rengloncitos que parecen escalera, sin unidad, sin número, sin gracia; esta literatura de lupanar os seduce tanto, los cristianos, los austeros, los juiciosos españoles? Confianza, pues, en Dios, los hijos míos, decía Antonio Pérez: que el Sr. os tiene a su cargo: confianza, pues, en el demonio, los hijos míos, dice España, que Pateta os tiene cogidos de las agallas, y no os dejará ni el día de las cuentas y perdones. Traducid lo santo, lo sabio, lo poético, lo filosófico, lo moral: traducidlo, y traducidlo bien, a fin de que nosotros, hermanos menores vuestros, no recibamos malas lecciones, malos ejemplos, y vengamos a ser tan ignorantes y corrompidos como... los autores que nos mandáis en mezquina, despreciable galiparla.

Se quejan los españoles de que los sudamericanos estamos corrompiendo y desfigurando la lengua castellana, y no están en lo justo: si esto sucede, mal pecado, obra de ellos es: ellos traducen el *Telmaco* de este modo, y nos envían sus traducciones por nuestro dinero. "Y los gallos cantaban y las gallinas cacareaban, y los caballos relinchaban, los burros rebuznaban, y los perros ladraban, y los puercos puerqueaban, y los cuchillos cortaban..." Que más cuchillo que esta porreña descripción. exclama don Antonio Capmany examinando la hábil obra de un compatriota suyo; cuchillo de palo, y bien a la vista? A esta clase de traducciones, acostumbrados están los españoles modernos, entre los cuales no hay ni un Coloma para los Anales, ni un Dr. Laguna para Dioscórides, ni un Jáuregui para el Tasso. Moratín, desde luego, no podía menos que ser buen traductor: un buen autor traducirá bien, mal que le pese. Gorostiza no

pone la pica en Flandes, pero pasa; y en poco está que don Eugenio de Ochoa no sea intérprete cumplido. Larra hizo una buena traducción de Lamennais: las **Palabras de un creyente** hallaron eco grave y sereno en Fígaro, quien lo creyera; y el autor de **El castellano viejo** pudo hablar como profeta antiguo. A los españoles, como a nosotros que somos carne de su carne, hueso de sus huesos, nos sobran aptitudes; lo que nos falta es educación: ya lo dijo Paulo Mérula muchos siglos ha; y entonces, como ahora, le estamos sacando verdadero.

Aunque es verdad también que torrentes de ineptitud se descuelgan de traducciones castellanas como las con que han deshonrado su idioma ciertos peninsulares eminentes en las letras humanas. **El Genio del Cristianismo**, obra a la cual no debiera uno llegar sino después de santas abluciones en la fuente Castalia, ha sido escarnecido y ha quedado maltrecho, en términos que si ese Padre de la Iglesia coronado por las Musas que se llama Chateaubriand, saliese de la tumba, lloraría por los vivientes, como Raquel, y se volvería a la eternidad en busca del olvido.

“Ella sola (la Iglesia) sabía hablar y deliberar; ella sola **mantuviera** una cierta dignidad, y se **hiciera** respetable, cuando ninguna otra cosa lo fuera. Se la **viera** sucesivamente oponerse a los excesos del pueblo y despreciar la cólera de los reyes. La superioridad de sus luces, **debían** inspirarle generosas ideas en política, que ni **conocieran** ni **tuvieran** los otros órdenes. Colocada en medio de ellos, **debían** darle mucho que temer los grandes, y nada los comunes. . . ; por eso en tiempos de turbación, se la **viera** adherirse con preferencia al voto de los últimos. **El más venerable** objeto que ofrecían nuestros estados generales, **fuera** aquel banco de ancianos obispos, etc., etc.”

He aquí los tiempos del verbo reducidos a uno solo, y declarada inútil y abolida la conjugación. Suelen los autores servirse del indefinido condicional en lugar del pretérito pluscuamperfecto, por rehuir la importuna consonancia que resulta de muchas oraciones que concurren en el propio caso; mas nadie, nadie, ningún escritor que merezca este título, ha usado jamás del indefinido por el imperfecto, y menos por el perfecto o pasado absoluto. Ese buen español no conoce ni tiempo ni modo, si no son los suyos. Dios le dé oído a ese monstruo, que no debe de tenerlo para que no le zozobre ni desespere esa carretilla infernal de eras, donde no hay parvas de trigo, sino chícharos y zizaña. Su-
po su lengua ni la francesa el que tradujo de este modo una de las obras más floridas y amenas de nuestro tiempo? Y la Academia Española no lo privó del agua y el fuego a tan insigne malhechor?

“Destruíd el culto católico, y en cada ciudad habréis de **menester** un tribunal con prisiones y verdugos”. Esto dice Chateaubriand, ortodoxo sistemático. El conde José de Maistre, campeón de la Iglesia a todo trance, sostiene que sin verdugo no puede existir ninguna sociedad de hombres. **Et nunc intelligite**. Para mi propósito no importa cosa la contradicción de esos dos furibundos ultramontanos: según el uno, al faltar la Iglesia el verdugo es indispensable; según el otro, la Iglesia no puede existir sin el verdugo. Allá se averigüen: mi negocio es entregarle al patíbulo al facineroso **de menester**; y por fas o por nefas, católico o protestante allá va a manos del señor conde don José. Toda expiación requiere sangre, dice también ese sublime apóstol del cadalso; derrame la de ese delincuente, y quede purificada la lengua castellana.

“Aunque Roma vista por dentro se parece hoy a las demás ciudades de Europa, **toda vez conserva ella un cierto carácter particular**; porque ninguna otra presenta **una tal mezcla de arquitectura y de ruinas, a contar desde el panteón de Agripa. . . .** La hermosura del sexo es **también otra señal** que la distingue de las demás ciudades. Admírase **de otra parte** en los romanos un cierto tono de carnes, que los pintores llaman color histórico. . . **Una otra particularidad de Roma es los rebaños de cabras**”.

Santo Dios, santo fuerte, santo inmortal, líbranos. Señor de todo mal. Parece que he visto al diablo a media noche en el endriago espantoso que allí queda estampado a la española. **.Toda vez conserva ella: toutefois elle conserve.** El castellano es **no obstante, sin embargo** conserva cierto carácter particular, echando fuera ese **ella** y ese **un**, cáncanos asquerosos que no sufre cuerpo limpio.

A contar desde el panteón: a compter des le Panthéon. Este **a contar** traducen, los que saben, por el gerundio, y dicen: contando o tomando del panteón: y el que escribe **a contar desde el panteón de Agripa**, puede muy bien irse a revolcar en los establos de Augias.

“La hermosura del sexo es también otra señal”. **También y otra**, pleonasma: ora el uno, ora el otro, y Cristo con todos. **La hermosura del sexo!** Ya dijo el traductor que la había visto a Roma por adentro, y así pudo darnos esa señal. En cuanto a saber si Roma es varón o hembra, averíguelo Vargas; pues el sexo nos deja en ayunas de esa noticia. **El bello sexo** suelen decir los poco entendidos en lengua castellana; los doctores en ella dicen **el sexo femenino**; y con más llaneza y elegancia, **las mujeres**, cuando hablan de las hijas de Eva, estas nuestras dulces enemigas que nos tienen hartos de amarguras.

“Admírase **de otra parte** en los romanos un cierto tono

de carnes, que los pintores llaman color histórico". Si las carnes son las de una vieja facsímile de don Quijote, el **tono** debe sonar a los oídos del viajero seca y estridentemente, como quien ofrece a la historia de los pintores más huesos que carne, más pergamino que succulenta grasa. Si yo escribiera algún día mis confesiones, a modo de San Agustín, diría que esas carnes ni en Roma me han gustado, ni pienso que ese color de pernil, cual debe de ser por adentro el de las brujas del Trastevere, sea el **color histórico**. **De otra parte**, quiero decir por otra parte, esos rebaños de cabras no es **una otra particularidad**; son otra particularidad, que no le va en zaga al muslo ahumado de la vieja, ni a lo que el insigne hablista vió por adentro en Roma.

"A Pedro fué a quien se le mandó primeramente de amar más que los otros apóstoles, y de pacer y gobernarlo todo". Siendo cierta esa orden, no sería sino la orden del día del prefecto de Marsella, quien, debiendo tocar allí el emperador Napoleón el grande, **mandó** lo que sigue: "El ejército se alegrará por batallones: los batallones principiarán a sentirse dichosos por el flanco derecho". Amor mandado, amor a palos. Jesús a nadie mandó que le amase; a fuerza de amor y bondad, de mansedumbre y virtud, se hizo amar; y si Pedro le amó con pasión más viva, fué por haber sido el predilecto de sus discípulos. **Mandar más amor**: la esencia es tan errónea, como desapacible la forma de esta cacofonía.

Ya el pobre San Pedro está amando por mandato; ahora le obligan también a **pacer**: a modo de oveja, de buey, cómo paca el mayor de los apóstoles? Lo que Jesús le mandó fue **apacentar** el rebaño o la grey que dejaba a su cuidado, y de ningún modo ir rumiando por dehesas ajenas.

Esta orden del día de Jesucristo, seamos justos, no es

del traductor, sino del editor: cualquiera puede verla en la nota 15, y exclamar: "Para tal traductor, tal editor!" En siendo yo que ellos, no diría exclamar sino exclamarse, como lo van diciendo a cada paso uno y otro: *s'écrier*. Vergüenza deben de tener los españoles cultos de que en España se publiquen semejantes libros, y pasen éstos los mares con los honores de la pasta primorosa, para venir a ser ludibrio de los semibárbaros de América. **Mandar de amar, mandar de paecer, oh Dios!**

Y bien, hermano, le pesa a usted de haber sufrido algún poco? dice un trapista moribundo a su abad. (Nota L.) La lección que el fraile estaba dando al superior de su convento, era buena; mas si dijo "le pesa a usted de haber sufrido algún poco", habló en castellano como hablara un palanquín de Tarazona. Bueno es morirse; mas somos de parecer que in articulo mortis, lejos de quebrantar preceptos ni transgredir leyes de ninguna clase, debemos arrepentirnos de haberlos quebrantado y transgredido. De otra suerte, al infierno principal, al infierno madre, veréis agregado, réprobos, el de los suplicios especiales de los que prostituyen la lengua de su patria y la echan en el cieno.

"Nos acercamos del convento, y volvimos a ocuparnos en el taller", escribe un francés metido fraile huyendo del Terror. En Francia se habrá acercado del convento; en España tenía que acercarse al convento; y si acertaba a meterse de rondón, y ganar el laberinto de Creta de patios, traspatios, sótanos y bodegas, podía escapar del hacha de Robespierre.

"Allí ya se carda, ya se hila, ya se teje. En tanto que posible, todo cuanto debe servir para los hermanos se trabaja por ellos mismos". Pare imposible, dicen los italianos, de

una cosa a que se oponen la razón y la verosimilitud. Imposible parece, ciertamente, que un español alcance a disfrazar, corromper y subvertir de tal manera la lengua de sus padres. Habrá oído ese bendito en Madrid, Sevilla, Granada, y menos en Toledo, ni a la gente de la hampa, decir **en tanto que posible?** En **tant que possible**, dicen los franceses; nosotros decimos **en lo posible, cuanto cabe**, y otras expresiones tan graciosas como castizas. Si los hermanos hilaban y tejían con el primor que ese literato escribía el castellano, burdas han de haber sido esas telas, bien como para monjes de la Trapa.

“Porque me haría **escrúpulo** de despedir a un hombre que se **salva del mundo**, para venir aquí a trabajar por su alma”. Esto dice el abad, tratando del consabido gabacho que se **salva del mundo**, por librarse de la guillotina. El dicho abad de la Trapa se **hacía escrúpulo** de darle con las puertas en las narices a ese buen candidato para novicio; y no era para él cargo de conciencia hacerle salir por la tangente del globo terráqueo; pues no otra idea inspira esto de **salvarse del mundo**. El abad no; el traductor es el Arquímedes que así le echa como con trabuco al país de los seletitas a ese digno compatriota de madama de Chantal. **Salvarse del mundo**, por huir del siglo, ponerse en cobro, retraerse en un monasterio y entregarse a las meditaciones de la muerte, seguro está que lo diga ni el sudamericano más indocto.

“Yo no sé cómo la conversación vino a rodar sobre la Val-Santa, cuyos pobres padres se habían visto forzados a **salvarse en Rusia**”. Salvarse en Rusia es como salvarse en el infierno; y si los pobres padres se salvaron en diciembre, doble condenación. El Alighieri nos ha contado que los suplicios perdurables no son el fuego y el plomo derretido so-

lamente, sino también la nieve de los polos. Pues así como hay infierno frío, así ha habido cielo frío. Con todo, el buen cristiano preferirá siempre salvarse remontando en espíritu a la diestra de Dios padre, donde reina un calorcillo de beatitud eterna, a salvarse en Rusia al lado de esos cosacos que parecen osos. **Salvarse en Rusia, se sauver en Russie**, por huír a Rusia: esto es de perder el juicio.

“Considerando la vanidad de las cosas terrestres, he resuelto no curarme sino de la eternidad”. Y del mal de piedra, y de la gota, y de los otros achaques, ¿por qué no se quiere curar? En todo caso, mejor sería salvarse en Rusia sano y bueno, que llevando a cuestras media arroba de lamparones, broncocele o papera. Mas cabalmente ése quiere curarse de lo único que no se debe curar, pues si la eternidad es una enfermedad, enfermedad divina ha de ser, y ¡dichosos los que la padecen en el seno de Dios! Don Antonio Solís dice que Hernán Cortés no se curaba sino cuando no tenía de qué cuidar. Tan cierto es esto, que una ocasión, hallándose de purga, montó a caballo, y les dió una mano tan buena a los indios de Tlascalá, que les quitó la gana de venírsele encima cuando sabían que estaba enfermo. Lo que el infeliz traductor quiso decir fué, que había el francés converso tomado la determinación de olvidar el mundo y no dirigir sus pensamientos sino a las cosas eternas. **Curarse de una cosa, por cuidar de ella, es obsoleto.** Si yo padeciera de virtudes, y estuviera amenazado con la gloria, no cuidaría de curarme; antes por el contrario, me abstendría de todo medicamento: no tomara soberbia, ni avaricia, ni lujuria, ni ira, ni gula; ni aguantara frotaciones de envidia, ni me dejara untar pereza, a fin de que se cumpliera cuanto antes la feliz conminación. Los materialistas, los ateos viven empeñados en curarse y en cu-

rar a sus semejantes de la eternidad, que para ellos es sarna perruna.

“Ah, que debiéramos exclamar, que cuanto hacemos aquí en el mundo por el cielo es todo bien poca cosa!” No tengo a la vista el original francés; mas probablemente él dice: **Ah! que nous devrions nous écrier que tout ce que nous faisons ici dans le monde pour le ciel est bien peu de chose!** En sabiendo los vocablos de esa lengua, su construcción allí está en ese castellano. Ah, que debiéramos exclamar a nuestra vez, que a nadie le es dado buscar la vida ni allegar dinero por medios ilícitos; y medio ilícito y reprobado es meter la hoz en mies ajena, y abalanzarse uno a lo que no sabe ni entiende. Cuentan que lord Byron, viajando por Italia, supo que un escritor zarramplín había acometido a traducir el Manfredo, uno de sus mejores poemas. El noble lord mandó llamar al traductor, y le dijo: Cuánto piensa usted ganar con su traducción? Ochocientos escudos, por lo menos, milord. El poeta contó allí los ochocientos, y dijo: Los que usted se propone ganar; y estos quinientos de adehala, para que no vuelva a pensar en traducir ninguna de mis obras. El señor vizconde de Chateaubriand le hubiera dado cincuenta mil reales, su cartera de negocios extranjeros encima, al literato español, para que no le tradujese El Genio del Cristianismo. Dirán quizá algunos peninsulares, que a posta hemos tomado la peor de sus traducciones, cual es la hecha en Valencia “con arreglo a la séptima edición francesa”, para muestra de la literatura española. No nos pesa nuestra malicia; pésanos echarles ejemplos de esa calaña a manta de Dios. Hemos preferido la gran obra de Chateaubriand, por ser ella la lectura predilecta de los jóvenes que se dedican a las humanidades: si fuera necesario, les daríamos en rostro con mil versiones de obras tan magistrales como las Veladas de San Petersburgo.

“Dejaron de existir la Olimpia, la Elide, el Alpheo, y el que se **propondría encontrar** el Peloponeso en el Perú, sería menos ridículo que el que lo buscase en la Morea”. El que lo buscase en la Morea, decimos nosotros, sería todavía menos ridículo que el que dice: **El que se propondría encontrar**, en vez de **el que se propusiere o propusiese hallar**. Podemos encontrar lo que no estamos buscando; si buscamos alguna cosa, puede ser que la **hallemos**. En cuanto a la forma del subjuntivo usada por el traductor, cualquier payo sabe que no puede concurrir en primer término con la terminación en **ase, buscase**.

“En latín hay escrita una obra con el mismo título: pero aquellos son vuelos a propósito para **quebrarse el cuello**”. En castellano se **rompe la cabeza** el tonto que echa a volar sin alas; en francés se **quebra el cuello**, o se **casse le cou**. Y a los que a fuerza de ignorancia y atrevimiento se vuelven reos de lesa lengua, no les **quebramos el cuello**; les **torcemos el pescuezo**.

“Todo el que se **apartará** de esta idea girará eternamente al rededor del principio, como la aurora de Bernouille”. El futuro absoluto en segundo término requiere el subjuntivo o el condicional por correspondiente. Decimos pues: todo el que se **aparte** o se **apartare**, girará, como la aurora de Bernouille, o como el cometa de Tico Brahe, o como la luna de Flammarión, con selenitas y todo; mal que le pese a la Curia Romana.

“Un ministro que **ardería** en cólera al oír defender la existencia del purgatorio, nos concedería de buen grado un lugar de expiación”. Decimos **arder de cólera**, y **montar en cólera**; arder en cólera, no es castizo (*); y si lo fuese, toda-

(*) Arder de rabia. Salvá. Gram.

vía sería error garrafal y ofensa a la sintaxis usar del subjuntivo en esa terminación, cuando la que corresponde en este caso es la en iera: un ministro que ardiera de cólera, nos concediera, etc.; o un ministro que ardiese de cólera, nos **concedería** el lugar consabido de tormento. Puede esta ser verdad de a folio; pero lo es de a folio y medio la proposición contraria; esto es: Un canónigo que muriera de cólera, o se atragantara al acordarse de la abolición del diezmo; un cura que se diera a todos los diablos de que le negasen la existencia del purgatorio, no se ahorcarían porque les pusiesen en duda la del infierno. Esto consiste en que del infierno, maldita si sacan la cosa, y el purgatorio les deja buenos cuartos. La saca de almas es un pontazgo de la Edad Media: el moro Galafre no sacaba más del puente de Mantible.

“Mas si consideramos **los hombres** los unos con respecto a los otros, qué sucederá de ellos?” Sucederá que a los tontos de capirote les demos algunos papirotazos; y a los ignorantes audacísimos los pongamos atados pies y manos a las puertas de la Duquesa, para que esta noble dama junto con su doncella Altisidora les den quinientos mil pellizcos, y los dejen con más cardenales que el Sacro Colegio. Los que saben **considerar**, no consideran **los hombres**, sino a **los hombres**; y cualquier cosa que suceda, no sucede de ellos, sino con ellos.

“**Todo al contrario, querido conde**”, dice el Senador en la Velada nona. *Tout au contraire, mon cher comte*. Seríamos nosotros capaces de investir a la Academia Española de poder coercitivo, y poner a sus órdenes un cuerpo de gendarmes, para que sepultase en negros calabozos a estos violadores y asesinos de la lengua. Y si ella hubiere menester un gran ejecutor, nuestro voto es por el señor conde

José de Maistre, quien no se anda en chiquitas, y corta cabezas por daca esas pajas. Si obras como el *Telémaco*. El *Genio del Cristianismo* y las *Veladas de San Petersburgo* son traducidas de este modo, ¿qué suerte correrán las novelas de París, ese pan de cada día de la gente frívola, incapaz de cosa grande y buena? Verdad es también que en punto a galiparla e insensatez, los sudamericanos no les cedemos una mínima: De mal cuervo mal huevo, dice el Comendador Griego en su colección de refranes. De tal palo tal astilla, responde Juan de Mallara. De semejantes traductores españoles no es mucho nazcan autores americanos semejantes a ellos. Nada nos quedaremos a deber en nuestro comercio galo-hispano con nuestros freres del Manzanares, el Guadalquivir y el Tajo; porque si ellos traducen el *Telémaco* con ese aire y ese aquel tan sumamente grato, nosotros somos autores originales de lo más curioso. El Tajo, el Tajo... Oh Tajo en cuya ciudad propecta, la imperial Toledo, no había terciopelero ni espadero que no las cortase en el aire en esto del hablar pulido! Pobre España para quien todo es sufrimientos en el día! Si está enferma, está sufriendo; si se halla corta de facultades, está sufriendo; si le aquejan dolores físicos o morales, está sufriendo. Se le va una hija con el sastre, se le llueve la casa, los comunistas de Cartagena le dan en que merecer: todo es sufrimientos. Ya no padece, vieja ingrata, como padecieron sus abuelas: la Cava padeció; ¡y digo si no habrá padecido la bellaca, al ver cómo su amante salía por ahí gritando: Moros hay en la tierra! Hormesinda, hermana de Pelayo, padeció; pero así, llora llorando, se casó con su moro. Vaya! y no se había de casar: era tonta por si acaso? No se halla un Munuza a la vuelta de cada esquina; y menos Munuza como aquel tan bien carado y valiente. La hermana de don Alonso el Casto, esa chica que vosotros conocéis, amigos chapetones; pues esa casta princesa que las hubo con el

conde de Saldaña, y os benefició, a furto, como dicen las crónicas, con Bernardo del Carpio; esa guapa moza de blanco corazón y duras carnes, padeció, natural es que haya padecido cuando el rey su hermano y señor hubo puesto los Pirineos entre él y ella, habiéndolos encerrado tan bien a ella como a él, para que el uno muriese y el otro naciese en el encierro. La infanta doña Urraca, sitiada en su ciudad de Zamora, padeció; y el señor don Sancho, sitiador, no fué tan galantuomo que digamos, sino un gentleman, como dicen los ingleses; un ambicioso, belitre, descortés y mal mirado caballero en hacer padecer tanto a la bella señora la princesa Urraca. Urraquita, Urraquilla... Tímida era y modesta en gracia de Dios; y a ésta sí que no se le podía llegar y besarla durmiendo, porque ni padecía de despechada, ni aguantaba pulgas, ni sufría olvidos o pretericiones. Y si no, vedla cómo se le sube a las barbas a su señor padre don Fernando I en su lecho de muerte.

Morir os queredes, padre,
 Sant Miguel os haya el alma:
 Mandaste las vuestras tierras
 A quien bien se os antojara:
 A mí porque soy mujer
 Dejaisme desheredada.
 Irme he por esas tierras
 Como una mujer errada,
 Y este mi cuerpo daría
 A quien bien se me antojara,
 A los moros por dinero,
 A los cristianos por gracia.
 De lo que ganar pudiere
 Haré bien por la vuestra alma.
 Allí preguntara el rey:
 Quién es esa que así habla?

Calledes, hija, calledes,
Non digades tal palabra. . .

Conque para esa señorita el **padecer** y el **sufrir** eran cosas muy diversas; tan diversas, que si la envidia, la cólera, el terror de quedarse en la calle le causaban padecimientos morales de quitarle el juicio; el sufrimiento, el santo sufrimiento, ese freno de oro que nos contiene y detiene al labio del abismo del despecho, no reprobaba en ella esas tan audaces como feas determinaciones.

Irme he por esas tierras
Como una mujer errada,
Y este mi cuerpo daría
A quien bien se me antojara.

La infanta doña Urraca y todas ellas padecieron: los españoles de hoy no padecen, sufren. España sí, padece, puesto que ni lo sabe ni lo advierte. A la hembra desamorado a la adelfa le sepa el agua. Le ha perdido el amor a su hermoso idioma; que padezca, aún cuando no alcance espíritu para el noble sufrimiento, y quiera irse ella también por esas tierras

En traje de peregrina:
A los cris. . . Mas faga cuenta
Que las romeras a veces
Suelen parar en ramerías,

según que se prometía doña Urraca. Nosotros también sufrimos, todo nos lo sufrimos: sufren los indios, sufren los negres; ¿qué mucho que suframos los pseudo-europeos, cuasimalayos o semi-africanos? Cuenta con pago, señores nobles del Pichincha, el Funza, el Rímac y el Plata. No diréis por lo menos que no servis de novillos o de puertas para este rehilete. o, si suena mejor, venablo. No hay gusto que se iguale con llamarle vieja a una vieja, negro a un negro, tonto a un tonto, pícaro a un pícaro: si hay satisfac-

ción comparable con ésta, es la de llamarle vieja a una presumida que las da de joven; **cholo, roto o lépero** a un Capoche por cuyas venas corre sangre de Benavides de León o de Zúñigas de Villamanrique. Tontos, gracias a Dios, muchas veces los hemos llamado a hombres de más talento que nosotros, merced a la vanidad o a la cólera; mas en cuanto a calificar de bribón a uno de bien, nunca nos ha tentado el diablo, ni ha sido de nuestro gusto. Y con esto volvemos a los indios.

Por la mayor parte, íbamos a decir, en las ciudades interiores de la América del sur la bacía la llevan los indios, sin que el barbero de Sevilla les eche el pie adelante en lo de parlanchines, bellacos, alcahuetes y bebedores. Un día, pasando nosotros por una calle, el barbero, o señor rapador, según se expresa Don Quijote, de calzón y zapato de medio pie, estaba plantado en el umbral de su tienda: no en el dintel, como dicen los que ahora escriben, porque no estaba colgado. Acertó a pasar asimismo una india de pollera colorada y rebozo amarillo, cubierto el cuello de cuentas y corales como huevos de paloma, que era un pescuezo de pavo en su más soberbio esponjamiento. ¿Cómo está la comadre? Está sufriendo, le oímos responder al pícaro. Había parido la pazpuerca, y el bribonazo del indio llamaba a eso estar sufriendo. Qué esperanza nos queda de volver a oír ni hablar la lengua castellana en ningún tiempo? Cuando las indias empiezan a hallarse en estado interesante, y están sufriendo, podemos dar por vendida, perdida y concluída; traicionada, abortada y desbaratada; enferma, enteca y muerta la dicha lengua; lengua en la cual las mujeres antiguas, y no tan antiguas como las Hermengardas, Hermentrudas y Hormesindas; ni como las Berenguelas, Guio-
mares y Faviolas; sino allá no más por los tiempos de las doñas Engracias y doñas Pilares; estas mujeres, decimos, es-

taban preñadas, si eran llanas e ingenuas; en cinta, si más cultas; y parían o daban a luz un hijo en haz y paz de nuestra santa madre Iglesia, la cual imprimía en ellos con sal y agua carácter de Juan, Diego o Antonio; Dolores, Mercedes o Gertrudis. Ahora no: ninguna quiere estar en cinta; preñada, menos. Aunque se llame Ambrosia y le mane azufre por el ojo izquierdo, está en estado interesante; y no pare por nada de esta vida, sino **desembaraza**, y se pone a sufrir de nuevo. Dudamos que cuando están en estado interesante nos interesen más que cuando delgadas, iguales, ligeras y vivas andan conquistando el mundo con sus negros ojos y sus labios rubicundos. Para un pobre que ve ahí amontonados en un rincón seis chicos muertos de hambre y harapientos, no debe de ser tampoco de gran interés el estado de la que le viene amenazando a más andar con el séptimo cachorro. Y castigemos de paso otro dislate, que así pervierte la idea como la forma, el estilo como el lenguaje. Estado indica permanencia, fijeza, carácter que por su invariabilidad viene a ser natural e inherente al individuo; y aún por eso decimos que el del matrimonio es un estado, dando a entender que esta cadena orinecida, pesada y crujiente, ni el diablo la puede romper, ni el mísero mortal suspenderla en la puerta de su casa e irse por el mundo libre y suelto. La de las cosas que no aterran con la perpetuidad se llama **situación**. Medrados estábamos, si el estado interesante de nuestras Evas, Hebes y Niobes fuera cosa perpetua! Por dicha no es sino situación con término fijo, al fin del cual vuelven a **interesarnos** las que tienen la letra menuda y poseen el arte de embarnecer, sonrosearse, aderezarse y salir andando, erguida la cabeza, repujado el pecho, amables los ojos y la boca. Mientras nuestras mujeres no vuelvan a los dichosos tiempos de estar en cinta, no hemos de ver el renacimiento de la lengua castellana; y mientras no estén de parto en brazos de la madre naturale-

za, toda ha de ser **desembarazo** para ellas y embarazo para nosotros. ¿Por qué no querrán parir llana y cristianamente las de ahora, como lo estilaron las doñas Mencías y doñas Violantes que nos sirven de tatarabuelas? No faltan ya monarquistas y republicanas, aristócratas y demócratas, patricias y plebeyas que estén **acuchadas** o **de couches**, porque las francesas *sont accouchées* o se disponen para *leurs couches*. Santo Dios! hay más que decir, como apuntamos arriba, que van a parir o están de parto? Si no quieren o no deben estarlo, escóndanse, sepúltense, métanse debajo de la tierra, que esto al fin es prudente y menos malo que estar **de couches**.

Entre el sufrir y el padecer va la propia diferencia que entre la virtud y la necesidad: padecemos a más no poder, y muchas veces dándonos a todos los diablos de nuestra negra fortuna. En este caso es cuando menos nos cumple decir que sufrimos, por cuanto el sufrimiento es acto del espíritu muy acepto para con Dios, una cosa misma con la resignación. Sufrir es llevar en paciencia nuestra suerte, los trabajos que nos agobian y las penas que estamos devorando: sufrir es ponernos en manos de la Providencia divina, obedecer sus decretos y quedarnos humildemente a la esperanza: sufrir es ejercitar el ánimo en la filosofía, romperlo a la guerra del mundo y burlarnos santamente de los rigores de la injusticia: sufrir es ser hombre o mujer fuerte sobre quien nada pueden ni privaciones, ni provocaciones, ni linaje de agravios: sufrir es levantarse sobre el pantano donde están hirviendo cólera, desaliento, desesperación, quejas amargas, propósitos malignos. Sufrimiento es filosofía: Sócrates sabe sufrir: ni las injurias de Aristófanes le irritan, ni el molino de Xantipa le saca de sus quicios, ni la precipitación de los treinta tiranos le exaspera. Sufrimiento es santidad: San Bartolomé sabe sufrir: desollado de los

pies a la cabeza, se echa su piel al hombro dando gracias a Dios, y se va sin maldecir a los verdugos. Sufrimiento es sabiduría: Galileo sabe sufrir: preso, encadenado, oyendo chirriar a cuatro pasos la hoguera con que le amenazan, tranquilo exclama: **E pur si muove**. Sufrimiento es grandeza de alma: héroes, filósofos, grandes monarcas, mártires, han probado que poseían la virtud del sufrimiento, con afrontar serenos los insultos de la fortuna y morir tan grandes en la desgracia como habían vivido en la prosperidad resplandeciendo en el poder y las virtudes. Sufrimiento es virtud, virtud que trae gloria en sus luminosas entrañas. No sufren sino los fuertes: los bajos, los cobardes, los pobres de espíritu padecen; su estrella es padecer; pero no sufren, pues si suyo fuera el sufrir, eleváranse sobre sí mismos, y padecieran menos, y fueran grandes por el sufrimiento. En cuanto a los malvados, sabed que ellos son los que padecen verdaderamente, y tanto más cuanto que no sufren: sufrimiento y soberbia son enemigos: si hay malvado que no cultive la soberbia, gran maravilla es. El hipócrita es malvado, y no la cultiva: malvado humilde, rastreo: es un santo por defuera; por dentro, todo infierno. La soberbia no sale en él al mundo, esto es todo: su corazón está hirviendo en las más negras pasiones. El padecer puede muy bien andar sin el sufrir: desgraciados, todos lo somos por fas o por nefas, ca mucho padecemos y poco sufrimos. Si el sufrimiento absorbiera las malas lágrimas, las lágrimas de soberbia, cólera, impotencia, nuestros padecimientos cobrarán aspecto de propicios y vinieran a ser virtudes en nosotros. Así, cambiando los vocablos pervierten las ideas los ignorantes y los vanos; y los vanos, pues habéis de saber que muchos hablan y escriben mal a sabiendas: timbre es para los necios estropear y pervertir la lengua propia, como del chacoloteo innoble de su boca resulte la opinión de ser tenidos por hombres que han vivido o viajado en

Francia. No sería mejor aprender la lengua francesa sin olvidar la castellana? cultivar las extranjeras sin consentir en que se remonte la nacional? ¡Y qué lengua! la de hablar con Dios: la lengua muda del éxtasis en santa Teresa: la de la oración hablada en San Juan de la Cruz: la de la elocuencia eclesiástica en Fray Luis de Granada: la de la poesía en Fray Luis de León, Herrera y Rioja: la de la historia en Mariana: la de la novela en Hurtado de Mendoza: la de la política en Jovellanos: la del amor en Meléndez Valdés: la de la risa en Fígaro: ¡qué lengua! la de la elocuencia profana en Castejar: ¡qué lengua!

Por dicha, bien así en España como en América los que van a la guerra debajo del pendón del siglo de oro, no son pocos. Ignorancia y ridiculez están en el bando opuesto, el cual es más numeroso que los ejércitos que sitiaban a Albraca. Traductores ignorantes, novelistas afrancesados, viajeros fatuos son nuestros enemigos: nosotros nos afrontamos con ellos, y si no podemos llevárnoslos de calles, defendemos el campo palmo a palmo; ni hay impío de ellos a quien le sea concedido penetrar en el sancta sanctorum de nuestro angélico idioma. Desde Capmany que se levantó como un gigante contra sus corruptores, hasta don Aureliana Fernández Guerra que le está sacando sobre sus hombros, muchos campeones y muy bizarros los ha habido. Don Diego Clemencín ha revuelto y profundizado el Tesoro de la lengua castellana, de Covarrubias, haciendo que reviertan para arriba montones de riqueza pura: ha puesto en manos de los aficionados el *Diálogo de la lengua*, de Juan Valdés: ha descompuesto el Quijote coyuntura por coyuntura, y nos ha mostrado los secretos de la complicada anatomía para cuyo estudio no basta la vida de un hombre. Clemencín es benemérito de la lengua, sagaz recopilador de cuantas noticias pueden convenir para su posesión comple-

ta. Don Rafael María Baralt, con su Diccionario de galicismos, ha hecho un servicio de tomo y lomo a sus compatriotas, dándoles copia de luces y remitiéndolos adonde más largamente se contiene. Parece que los españoles le estudian poco, a pesar de las recomendaciones de Hartzenbusch; los hispano-americanos, mucho le debemos a ese ilustre hijo de Venezuela que alcanzó un sillón en la Academia Española. Monlau, en su Diccionario etimológico; Puigblanc, Gallardo y otros muchos peninsulares amigos del buen decir, se están oponiendo a pecho descubierto a las irrupciones de los bárbaros que bebiendo las turbias aguas del Sena pierden memoria, amor patrio, respeto a sus padres, y vuelven, las armas en la mano, contra esos santos difuntos que se llaman Rivadeneira, Hurtado de Mendoza, Quevedo, Cervantes, Argensolas, Jovellanos.

Entre los escritores del día los hay puros, ricos, elegantes, y ésta es gran fortuna, que hacen rostro a esas montoneras furiosas de galomaníacos que ora hablando, ora escribiendo quieren dar al través con la lengua patria. En la América española, en cada República, existe un grupo de aficionados en cuyo centro arde a la continua el fuego de Vesta, el fuego puro y misterioso, que si se apagara temblaran los dioses mismos. De presumir es que andando el tiempo, merced a la labor constante de este puñado de jóvenes beneméritos, la pobrecita limosnera de Voltaire recoja sus harapos, y la reina de Carlos V se vuelva a echar sobre los hombros su mantón de púrpura. *C'est une pauvrete qui fait l'aumone a tout le monde*, decía el dios de Ferney, hablando de la lengua francesa. Tanto ha dado la desnuda y tanto ha recibido la vestida, que es vergüenza. El castellano de hoy no es sino el francés corrompido. El inglés, decía Alejandro Dumas el viejo, no es más que el francés mal pronunciado. Ese amable Sileno lo decía por

tener y dar de que reír: nosotros estamos hablando en verdad y conciencia. ¡Qué es ver, mi Dios, un escritor español con gran fama de talento, escribir de París un monstruo de lengua, mitad Gervasio, mitad Protasio, que quien no supiere una y otra no entenderá palabra! Ese periodista corresponsal, o ha puesto en olvido su idioma, o se tiene pensado que el mestizo vale más, en tiempo de democracia, que el godo neto por cuyas venas corre sangre de Leovigildos y Pelayos? La lengua castellana en manos de los grandes escritores clásicos es como el Amazonas, caudaloso, grave, sereno: sus ondas ruedan anchamente, y sin obstáculo van a reempujar y desalojar el océano, que se retira, y vuelve a él con los brazos abiertos. Todo es paz y grandeza en esa vena del diluvio: cuando hay alteraciones, las tempestades son sublimes, como cuando Fray Luis de Granada, santamente irritado, exclama con los profetas: "Qué ha sido tu corazón sino un cenegal y un revolver de puercos? qué tu boca sino una sepultura abierta por do salían los malos olores del alma que está adentro muerta? qué tus ojos sino ventanas de perdición y ruina?"

"Abrieron su boca sobre tí tus enemigos, y silbaron y regañaron con sus dientes, y dijeron: Tragaremos: éste es el día que esperábamos; hallámoslo, vímoslo".

"Allí fueron conturbados los príncipes de Edom y temblaron los poderosos de Moab".

Estas son tormentas grandiosas en boca de ese monje profético: oímos el trueno, hemos visto el rayo, y la espada del ángel del Señor, rompiendo esas nubes tremeundas, amenaza a los impíos y soberbios. Fuenmayor, en su Vida de Pío V, se espacia a un lado y a otro: es el Helesponto por donde ruedan los caudales de dos mares. Hurtado de Mendoza ha levantado un monumento a nuestra lengua en su Guerra de Granada como historiador, y en Lazarillo de

Tormes otro como novelista de costumbres. Ved sino esta manera de referir, ¡y qué manera!

“Montaña áspera, valles al abismo, sierras al cielo, barrancos y derrumbaderos sin salida: ellos gente suelta”.

Hay precisión y gracia? Las más hermosas figuras están cometidas en este pasaje, con mano maestra, ¡y en qué frase, si pensáis! Santa Teresa es hablista insigne: “Toda me parecía estaba desconyuntada y con grandísimo desatino de cabeza: toda encogida, hecha un ovillo, sin poderme mover, más que si estuviera muerta”.

“Tienen los niños un acelerado llorar que parece van a ahogarse, y con darles a beber cesa luego aquel demasiado sentimiento”.

“No hagas tan gran pecado como poner a Dagón par a par del arca”.

“Querer una como yo hablar en una cosa tal, no es mucho que desatine”.

“Suplique vuesa merced a Dios o me lleve consigo o me dé como le sirva”.

Bien está que no hablemos como esos antiguos en un todo, mas la pureza, la eufonía, la numerosidad, la abundancia, busquémoslas, imitémoslas. Para mí, yo bien quisiera, enternecido y afligido con la meditación sobre la muerte, hablar a semejanza de este admirable antiguo: “Llegada es ya mi vez, cumplido el número de mis días: ahora moriré a todas las cosas y todas ellas para mí. Pues, oh mundo, quedaos a Dios. Heredades y hacienda mía, quedaos a Dios. Amigos y mujer e hijos míos, quedaos a Dios, que ya en carne mortal no nos veremos jamás”.

“Breves son, Señor, los días del hombre, y el número de los meses que ha de vivir, tú lo sabes”.

Ahora ved esta deliciosa cadencia de períodos: "Para tí enreda y trama el gusano hilador de la seda: para tí lleva hojas y fruto el árbol hermoso: para tí fructifica la viña: el vellón de lana que cría la oveja, beneficio tuyo es: la leche y los cueros y la carne que cría la vaca, beneficio tuyo es: las uñas y las armas que tiene el azor para cazar, beneficio tuyo es".

¿Cómo volviéramos a nuestro modo de escribir este lugar tan lleno de majestad y elegancia? La lana, las uñas... oh, esto es haber perdido la lengua, haberla corrompido hasta la medula, haber profanado una deidad propicia. Espíritu de la santa doctora, desciende sobre mí, alumbrame. Alma del padre sabio, oh tú, Granada invisible, si en tus peregrinaciones al mundo; si cuando sales a recoger tus pasos aciertas a distinguir a este devoto de tu nombre, bendícele. Y tú, Cervantes, a quien he tomado por guía, como Dante a Virgilio, para mi viaje por las oscuras regiones de la gran lengua de Castilla, echa sobre mí los ojos desde la eternidad, y anímame; llégate a mí, y apóyame; dirígeme la palabra, y enséñame. Cuando yo te pregunte: Maestro, quién es esa sombra augusta que a paso lento está siguiendo la orilla de ese río? Tú has de responder: Inclínate, hijo: ése es don Diego Hurtado de Mendoza.

Maestro, quién es el espectro que allá va alto y sereno, los ojos vueltos arriba?—Ese es Fernando Rojas, autor de *La Celestina*, saludale.

Maestro, quién es ese espíritu que se agacha a beber en esa fuente, debajo de esos acopados mirtos?—Es Moratín, llamado Inarco Celenio. A éste no le hables: huirá como una cervatilla: es tímido y esquivo como una virgen vergonzosa.

Maestro, quién es esa alma rodeada de un resplandor divino, que está echándole la mano al cuello a ese arco

iris? — Ese se llama don Gaspar de Jovellanos, hijo. Es el pontífice de los escritores: llégate a él, y dobla la rodilla.

... Y agora, mi buena señora, me acorred, pues que me es tanto menester.

CAPITULOS

QUE SE LE OLVIDARON A CERVANTES.

CAPITULO XII

DE LA GRANDE AVENTURA DEL PUENTE DE MANTIBLE QUE NUESTRO BUEN CABALLERO SE PROPUSO ACOMETER Y CONCLUIR EN UN VERBO

Cide Hamete no cuenta si Don Quijote rezaba en la carrera de las aventuras: lo omitió por sabido; como que el bueno del hidalgo era cristiano ante todo, y sabía que los caballeros andantes habían sido infatigables rezadores, maestros y peritos en el negocio del rosario. Amadís de Gaula vivía rezando en la peña pobre; Belianís de Grecia no dejaba holgar la espada sino para rezar; el conde Dirlos iba siempre.

“Armado de armas blancas
Y cuentas para rezare”;

y en rezar se ocupaba el almirante Balán en Girafontaina. Sentado en la cama Don Quijote, mascullaba sus avemarías, cuando un fraile altísimo, calada la capilla, grave el paso, entró y se acercó a él con una lámpara en la mano.—“Pacem meam do vobis”, dijo. El ruido de vuestra fama, valeroso caballero, ha llegado al retiro donde unos cuantos hombres divorciados del mundo vivimos con Dios en el seno de la naturaleza, y vengo a encomendarme a vuestra espada contra un gigante descomulgado que infesta y roba

estas comarcas. — ¿Cuál es el punto, padre reverendo preguntó Don Quijote, y quién es vuesa paternidad? — Soy el provincial de la orden de cartujos que sobre esta montaña honra el Señor desde tiempos inmemoriales, respondió el fraile. Me llamo padre Belerofonte, y gobierno el monasterio veinte años ha, porque a despecho de mi humildad no tengo oposición en el Capítulo.—Todo está bien, replicó Don Quijote, fuera de ese nombre que disuena, por no ser de los más católicos. A esta cuenta, ¿los hermanos de vuestra paternidad serán fray Jasón, fray Tifón, el padre Cancerbero, el padre Minotauro?—Tanto como eso, no, señor: no son sino el padre Saturnino, el padre Benedicto, fray Blas, fray Pascual, y otros tan humildes de nombre como de condición.—El nombre influye poco en el carácter de la persona o en la esencia de la cosa, dijo Don Quijote; lo que conviene por ahora es saber de lo que se trata.—Es el caso, señor caballero, que un gentil llamado Galafre se ha apoderado del único puente por donde pasamos todos el río que baña estas regiones; y nadie es dueño de transitar por él, si no deja en manos del dicho Galafre cuanto lleva, sobre un tributo fijo, más oneroso que el impuesto por los moros al reino de León.—¿Cuál es ese tributo?, preguntó Don Quijote.—Reyes no lo pudieran satisfacer, señor. El cristiano que allí toca ha de pagar treinta pares de perros de casta: galgos y mastines; dogos enormes, capaces de combatirse con tigres y leones; lebreles más rápidos que el viento, sabuesos, podencos, bracos. No admite perro de aguas, el pachón le irrita, y por cada uno que devuelve exige cuatro pares. — Yo le echaré tal perro, dijo Don Quijote, que valga por todos los que él ha menester. Deje vuesa paternidad ese ladrón a mi cuidado; y por ahora tome asiento aquí tranquilamente y acabe de referir la historia de sus cuitas.—Dios le pague, respondió su reverenda, sentándose a la cabecera de Don Quijote en una ancha silla, y prosiguió: Exige además cien

doncellas vírgenes de la más rara hermosura, con todas aquellas perfecciones que convienen a infantas reales y odaliscas. Quiérelas de modelos diferentes: unas han de ser beldades asiáticas, blancas, pelinegras, de ojos tan rasgados como apacibles y dulces; pecho de comba primorosa; garganta de Cleopatra; perfecciones, como llevo dicho, que no se hallan sino en esos lugares donde la virtud de la naturaleza se concreta sabiamente y forma las mujeres de Georgia, Circasia y Mingrelia. Otras deben ser de cara judaica, facies hebraica. ¿Habla el latín vuesa merced? **Facies hebraica**, semejantes a Herodías: labios tanto cuanto abultados, encendidos y entreabiertos; mirada suave, pero subyugadora; cabellera derramada sobre los hombros en negros tirabuzones. — No tiene mal gusto ese descomulgado, dijo Don Quijote: en donde habrá aprendido a quererlas tan sumamente hermosas? — Esa inclinación debe de ser natural, respondió el fraile, o tal vez la finge de malicioso. Y mire vuesa merced cómo hasta en lo relativo al porte es intratable: unas han de ser de estatura sublime, que parezcan gigantes, aún cuando no lo sean; otras, pequeñas y donosas, vivas y parleras, como la paloma. Estas, gordas y muelles, por el estilo de las turcas; esas, de talle fino y delicado, que traigan a la memoria las palmas de Bagdad. Risueñas y habladoras unas, melancólicas y taciturnas otras. Así varía de gustos ese tragamallas, que todo es contradicciones; y siendo pocos los capaces de satisfacer el gravamen, la mayor parte de los viajeros deja la cabeza en el brocal del puente o en los resaltos de las torres. — Allí dejará la suya el pagano antojadizo, volvió a decir Don Quijote. ¿Eso es todo lo que pide el gigantuelo? — ¡Qué, señor! Si no fuera más que eso, no habría matachín que no pasase: le han de dar asimismo cien halcones mudados, forzudos como el águila, diestros y no nada recreídos. Los palumbarios recibe de mala gana, pues dice que la ralea de estos es

muy común, y él quiere unos que le tomen aves maravillosas por los aires. — ¿Qué caza desea ese Nemrod?, preguntó Don Quijote: querrá oropéndolas, cisnes y papagayos; pero ni estos son maravillosos. Yo no le daré sino gansos, y quedará satisfecho. — ¿Satisfecho, Señor Don Quijote? Falta lo principal, esto es, cien corceles ensillados y embarcados, con ricos y completos jaeces. El bocado del freno ha de ser de oro; las cambas de plata de piña, y los sabores del dulce ámbar del Báltico. — El freno que yo le ponga a él, dijo Don Quijote, no será de oro, sino de fierro bruto. — Oiga vuesa merced estas otras niñerías, siguió diciendo el fraile: muserola de eslabones formados de diamantes: gualdrapa de púrpura de Melibea, con nudos de topacios y rubíes en figura de cabezas de clavo. Ahora, pues, en lo tocante a la silla, quiere que las correas sean de cuero de hipopótamo curtido en enjundia de avestruz. La cincha, señor, la cincha ha de ser un tejido sutilísimo de pelo de reinas, no menos que la gamarra. — ¿Dónde está ese follón?, exclamó Don Quijote, saltando de ira, ¿hay quién pague tal tributo a semejante ladrón estrafalario? ¿Conque habremos de cerrar a trasquilones con más de una reina para hacerle cinchas a sus caballos? — Los quiere de paseo y de batalla, Sr. Don Quijote; bridones, alfanas y palafrenes; cabalgadura para uno y otro sexo, como que el gigante obsequia a más de cincuenta damas que tiene de asiento en el castillo. — ¿Y estas son sus esposas legítimas o las tiene robadas?, preguntó Don Quijote. — Robadas, no precisamente, señor, pero sí quitadas a sus maridos. — ¿Luego viven por su gusto en esa fortaleza?, volvió a preguntar Don Quijote. — No debe de ser así, mi reverendo padre, sino que están cautivas, y su mala aventura ha querido que hasta hoy no llegara el caballero andante que debía libertarlas. ¿Es de presumir que en esto concluyan las exigencias del pagano? — Es codicioso, señor: por cada pata de caballo se le

entrega un marco de oro de Portugal. En orden a la edad de estos animales, ninguno ha de pasar de siete años, ni ha de bajar de tres. Las cernejas, como señal de fuerza, no son motivo de devolución. Hace un examen prolijo aquel pillastre, cual si estuviera comprando esclavas en un mercado de Turquía si la cola no es como la del caballo del Apocalipsis, larga, ondeada y abundosa, lo rechaza sin remedio. El ojo, inquieto, relampagueante, heroico; la canilla, como una cañucela; si es negra, mejor; los cuartos traseros, acolchonados; la cerviz elevada y encorvada; la crin, esparcida, crespa, que esté flotando a modo de grandioso fleco. Ese enemigo del género humano tiene ya en su poder los más famosos caballos de los más renombrados paladines: ha quitado a Roldán su Brilladoro, a Rugero su Frontino, a Reinaldos su Bayarte, a Astolfo el alado Rabicán; y así como amanece, jura por Mahoma y su alfanje no parar hasta no haber ganado por las armas el célebre Rocinante de Don Quijote de la Mancha.

Dió una risita desdeñosa Don Quijote, como quien tiene lástima de una pretensión absurda, y dijo formalizándose: — Yo le castigaré por separado la ambición y la insolencia: vamos allá ahora mismo. — Galafre no pelea a oscuras, dijo el fraile; fuerza será que vuesa merced espere a que amanezca. Yo de mi particular sé decir que el gigante me tiene oprimido y desesperado con asaltos continuos al monasterio, en cada uno de los que me extorsiona alguna de las preseas del templo, como son blandones, candelabros, ciriales, todo de plata. No ha más de tres días nos arrebató el muy ladrón una mesa monolita de esmeralda, la joya más rara que en el mundo puede verse; daño irresarcible que ha sumido en la consternación a toda la orden. ¿Sabe vuesa merced, señor caballero, lo que es mesa monolita? Mesa monolita es como si dijéramos capilla monolita, esto

es, de una sola piedra. — Los caballeros andantes saben más de lo que buenamente puede pensar un religioso, respondió Don Quijote: vuesa reverenda no se empeñe nunca en manifestar más saber que la persona con quien habla. La discreción es parte de la sabiduría; y así, del sabio es suplir al disimulo las omisiones y faltas del hombre de escasos conocimientos. Siga adelante vuesa paternidad, que mientras no haga por ser más sabio de lo preciso, holgaré mucho de oírle y servirle. Ese puente cuya conquista ha hecho el gigante, ¿es puente y fortaleza a un mismo tiempo? — Es fortaleza, señor: las de Albraca y Lubaina son Fortines para ver con ella. Susténtanlo treinta arcos de mármol, cuyos cimientos arrancan del centro de la tierra o el pirofilacio. ¿Sabe vuesa merced lo que es pirofilacio? A cada extremo del susodicho puente se alzan dos torres cuadradas con sendos puentes levadizos. Puentes levadizos, digo, señor caballero, vuelvo a decir puentes, y añadido, cava profunda, rastrillo y todas aquellas partes de las fortalezas mejor guardadas. Galafre, el formidable custodio, está paseándose de largo a largo, una hacha al hombro, asistido por cien turcos que le ayudan a cobrar el pontazgo. — No es cosa, volvió a decir el caballero: en tanto que empuña su espada, nadie le pontazguea a Don Quijote de la Mancha. — ¿Luego vuesa merced piensa no pagar el pontazgo?, preguntó el fraile. — Mi pontazgo, respondió Don Quijote, serán las cabezas del pontero y sus turcos. Ahora, sepa vuesa paternidad que, por todas las señas que me ha dado, ese puente es el puente de Mantible, y que Galafre lo está ocupando por el almirante Balán, de quien es dependiente.-- ¡Válgale a vuesa merced el Dios de los ejércitos!, repuso el fraile; y tenga vuesa merced el ojo abierto sobre su escudero, porque el ladrón ha prometido quitarle así el caballo como el criado. La fama pregona por el mundo la habilidad consumada de Sancho Panza en el arte del fregar; y el te-

rrateniente de Balán se propone hacerse del dicho Panza para este servicio, sin que obste el sexo que se atribuye el menguado escudero; pues todo estará en ponerle faldas y llamarle fregona.—Diga vuesa merced al Sr. Galafre, respondió Sancho, que si el escudero tiene buena mano para fregar, el caballero la tiene mejor para despanzurrar jayanes; y que ya vamos allá. — Esta es cosa mía, dijo Don Quijote; no te enfades ni te vuelas, Sancho. Las grandes empresas requieren calma, y las mayores son consumadas con valor reposado, que es el de los realmente valerosos. — Así es, apoyó el fraile. Y sacando de entre los hábitos una enorme caja de rapé, dió sobre la tapa repetidos golpecitos y ofreció una narigada a Don Quijote. Aceptóla éste, y tomando a tres dedos una buena porción, se lo aspiró como una ventosera. — ¿Y vos, hermano?, dijo a Sancho el fraile. — Dios le pague, reverendísimo padre, respondió Sancho, e hizo lo que su señor. — Quedamos, dijo el provincial a modo de despedida, en que vuesa merced, señor caballero, matará al gigante y sus turcos en amaneciendo Dios. — Tal es mi obligación, respondió Don Quijote. — Mire no se le olvide a vuesa merced, repuso el fraile, cortarles la cabeza. — Y con esto se fué por esas puertas. No bien las hubo cerrado sobre sí, Don Quijote y su escudero se desataron en un estornudar y un toser, que por poco que duraran les quitaran la vida según eran fuertes y preternaturales.— El demonio que adivine la ponzoña que nos va dando el fraile, dijo Sancho. Vengan seis dueñas y háganme doce mamonas si ese fantasma no es cómplice de Galafre. Do no hay cabeza raída no hay cosa cumplida; señor Don Quijote; sin este monjecito, lo que nos ha sucedido fuera tortas y pan pintado. — Verdaderamente, respondió el caballero, parece que se me desbarata la máquina toda: yo que en mi vida he llorado, echo hoy lágrimas gordas como garbanzos. Hemos sorbido eléboro, hombre del diablo. ¿Y no advertiste có-

mo el bellaco del fraile, cual si lo hiciera adrede, me preguntó si sabía yo lo que era pirofilacio? Ese no debe de ser hechicero benévolo y amigo de los andantes, sino de los malandrines y burlones que han cursado la escuela de Fraudador de los Ardidés. — Deja que el hipócrita sea, como dices, fautor en las supercherías del gigante, y su cabeza lo dirá; pues no me habré de contentar con menos que con ponerla desmirlada en una soga, del puente para abajo. — Ha de saber vuesa merced, señor Don Quijote, dijo Sancho, que cuando el frailecito iba a salir, advertí que se guardaba las barbas en la faltriquera. — A fe de caballero, respondió Don Quijote, que las tenía desmedidas: Juan de Barbalonga no se hubierapreciado de peinarlas más blancas y abundosas. El fraile dijo ser cartujo; más por la cuenta no es sino capuchino. ¿Te ratificas en que se las quitó al salir? — Me ratifico y aún lo juro sobre los santos Evangelios. — Hechicero es, ya te lo dije. Y no pienses que haya contrariedad entre su estado religioso y su profesión de brujo. Eneas Silvio fué un famoso encantador, y no por eso dejó de sentarse en la Silla de San Pedro con el nombre de Pío II. ¿Parécete cosa natural esto de descuajarse un fraile una selva de barbas y guardárselas en el bolsillo? Si echaste de ver, amigo, ¿cómo quedó el mágico sin ellas? ¿Tuviste por rostro corriente y moliente el suyo, o de hombre que poco semeja a los demás? — Fué la negra al baño, y tuvo que contar un año, respondió Sancho. Quedó mondo y liso como la chucazuela de mi rodilla; y vi que se reía a furto. — Socarrón nos es su reverenda, tornó a decir Don Quijote. Mondo y liso... Pero no será como la chucazuela, sino como la choquezuela de tu rodilla, si a dicha no tienes cerdas en ella, como las tienes en la lengua. ¿Conque se rió a furto? Para lo que tiene que llorar, poco será cuanto se pueda reír: “Espera Sancho, y verás cosas de las que no suceden todos los días”.

CAPITULO XLII

DONDE SE DA CUENTA DEL BAILE DE DOÑA ENGRACIA DE BORJA, Y SE DELINEAN ALGUNAS DE LAS DAMAS QUE A EL CONCURRIERON

Las damas del castillo, con todos sus alfileres, estaban fulgurantes esa noche; los jóvenes, de tiros largos, y Don Quijote de la Mancha metido en sus gregüescos, secas, estiradas las piernas, y un tanto quebradizas; con una cara de santo, por lo flaco, de vista en cuchara por lo prolongado, de emperador, por lo grave y señoril. Buena cuenta con no reírse tenían las señoras; pero así como el hidalgo volteaba las espaldas, no había contener la que les atormentaba el pecho. Graciosas e invencioneras las muchachas, no les faltó arbitrios para ilusar a Don Quijote, tomando, a imitación de los justadores, nombres altisonantes y caballerescos que halagasen sus oídos. Alda de Sansueña es una joven de singular hermosura, que llama la atención, por la cabellera especialmente, rara en el color como en el caudal, y por el donaire con que la trae derramada sobre los hombros y la espalda, en gruesos chorros. Nuestra madre Eva no cultivó más linda mata de pelo, ni con el suyo se hubiera rodeado y cubierto los blancos miembros, tanto como esta Alda de

Sansueña, la cual en verdad no se llama sino Elena Cabanillas.

A su lado está Lippa de Boloña, obscureciendo a su compañera con la luz de esos ojos que resplandecen cual dos carbunclos negros. Esta lleva traje de raso blanco, con largos torzales de hilo de oro, salpicada la chaqueta de estrellitas azules; la chaqueta, por donde quieren escaparse las dos gordas palomas retenidas apenas en su cárcel. — Elena, dijo a su amiga, a media voz, ¿te casaras con Don Quijote?

—No digo que no, como tú te casases con Sancho: así vendrías a llamarte Jóvita Ponce de Panza.

—Y el de León dónde me dejas?

—Ponlo al fin, y serás Jóvita Ponce de Panza de León.

—No suena tan mal como de burro, ni tan bien como Elena Cabanillas de la Mancha, concluyó Doña Jovita, y se echaron a reír las dos hermosas.

Lida Florida, señora de Cambalú, sigue a Lippa de Boloña en ese coro de ángeles femeninos. En otra cosa consiste su belleza que en lo vivo de la mirada y en lo activo de las maneras: sus ojos son azules, cargados de tan poética melancolía que hartan a conocer una tierna pesadumbre. Deslumbrara la blancura de su tez, si no acudiera la sangre a sus mejillas y las pusiera como bañadas de rosa. Cuando se ruboriza esta joven, una llama divina descende del trono de las Gracias y la hace arder en las más delicadas sensaciones.

Viene en seguida Oliva de Sabuco, niña tan alegre y picotera como apacible y silenciosa la enamorada Lida. Mas a su izquierda tiene una buena pareja, porque en el reírse, el moverse y el hablar no le cede una mínima la se-

ñora Chimbusa. ¡Chimbusa! ¡Y cómo le hacía bailar en la uña al mal aconsejado que se llegaba a requebrarla! Solo Don Alejo de Mayorga tiene el aguante necesario para no sucumbir a esas carcajadas en las cuales resuenan el desdén, la fisga, el sarcasmo, porque la tal Chimbusa es de las que hacen algunas víctimas antes de serlo ellas mismas, y Dios sabe de qué tonto! No es tan tierna que no debiera tener un cariño, por no decir dos; pero se había propuesto no amar a nadie, y hasta entonces se estaba saliendo con la suya, bien por dureza natural de corazón, bien porque el capricho labraba cierta insensibilidad facticia que la mantenía en sus trece. ¡Pobre Chimbusa!... El amor tardío suele mostrarse de repente con toda su madurez: en llegando su fermentación a lo sumo, revienta sin dar lugar a nada. Estas pasiones son las terribles: toman de sorpresa, exigen, ejecutan y muchas veces dejan en tiempo limitado tristes despojos de la que se prometía larga edad florida. Mejor es amar desde un principio, poco a poco, si puede ser, para ir acostumbrándose a la enfermedad de los dioses, sin hurtar el cuello al yugo de ese pequeño rey absoluto, a cuyo imperio no hay quien se sustraiga.

Marqués, dijo la señora Chimbusa al de Huagrahuigsa, que se asomaba por ahí, gustaría yo de ver bailar a Don Quijote. Oliva se ofrece a darme esta satisfacción sirviéndole de pareja. Sea vuesa merced servido de transmitir este deseo al caballero andante. ¡No hay tal! respondió Doña Oliva de Sabuco; Petra es la empeñada en bailar con él: yo no quiero sino ver un pic de jibado a estos dos elegantes. Don Quijote y Chimbusa, el uno para el otro. Y soltó una sonora, argentina carcajada, que llenó de armonía la sala. El marqués se tuvo por muy dichoso de hallar pronta escapatoria, so pretexto de ir por el hidalgo, pues le huía a esta Chimbusa como a Judas. Y no porque no le tu-

viese notable afición, siendo como era la bellaca fea de tal naturaleza que se la hubiera llevado sobre cuatro bonitas. El marqués tenía para sí que era correspondido con usura; más satisfecho de ser amado a la distancia, y vivamente deseado por la dama, dejaba para mejores tiempos el coronar su dicha (la de ella).

La linda Magalona y Floripés estaban juntas, y ante ellas Don Quijote, hincada una rodilla en tierra, empeñadísimo en aludir a los amores caballerescos de estas enamoradas princesas (*).—Güi de Borgoña, dijo a Floripés, ha sido siempre un buen caballero, tan digno de ser esposo de vuesa merced, como amigo mío, por la constancia y el valor con que defendió la torre donde fué acogido por vuesa merced, junto con los otros pares de Francia. ¿En dónde pára el día de hoy tan famoso caballero? — Nos hemos reconciliado con mi padre el Almirante, respondió Floripés; mi marido y señor se fué no ha mucho a verse con él en Guirafontaine, de donde le esperamos antes de un año. Si vuesa merced nos favoreciese con permanecer unos once meses en este castillo, el señor Güi, mi esposo, tendría mucho gusto de conocer al tan nombrado Don Quijote de la Mancha.—Once años me quedara, replicó el caballero, por estrechar en mis brazos a tan famoso paladín y tan buen enamorado, si las obligaciones de mi profesión no urgieran por la partida.—Aquí rompió la música, y los jóvenes se tiraron al centro, cada cual con su compañera. Loco era Don Quijote y muy loco en ciertas cosas; advertido, empero, hasta sabio en otras: no bailó ni le pasó por el pensamiento el buscar pareja, y se rehusó con vigor a las excitaciones de los pisa-verdes. La gravedad de su estado, la circunspección de su

(*) En tiempo de Don Quijote, las señoras se sentaban en el suelo sobre alfombras, y los caballeros doblaban la una rodilla para hablar con más comodidad. Véanse los comentarios de Don Diego Clemencín.

edad le hicieron mantener un porte digno; y mientras bailando a todo su poder se hacían pedazos los mancebos, él se dejó estar en una esquina de la sala, grave, alto, casi adusto.

Cintia de Guindaya, señora de elevada estatura y admirables proporciones, no se manifiesta visiblemente gorda; pero la imaginación de los que la contemplan sabe si son redondos, maravillosamente torneados esos miembros, cuya rubicundez no se detiene sino en el blanco-leche de ese divino cuerpo. Cintia baila como Diana, garbosa y púdica, con empeño, pero con modestia. De ella no hubiera dicho el antiguo poeta latino: "Sempronia baila mucho mejor de lo que conviene a una mujer juiciosa y honesta".

Cintia de Guindaya pasó a la vista de Don Quijote, deslumbrándole como un relámpago; y en efecto era tan bella, que el bueno del hidalgo estuvo a pique de tenerla por su señora Dulcinea del Toboso, cuando no era sino una cierta Estela Montesdeoca.

Tras ésta vino Prusia Fincoya, morena de infernal hermosura, que había dado en qué merecer a más de un pretendiente a su mano. Digo infernal, porque se la amaba de prisa, y con furor, sin esos preliminares de las pasiones comunes, afición, tristeza, vaga esperanza y más afectos indecisos que el corazón experimenta cuando se ha de amar con mesura. Agravio hubiera sido para la tal Fincoya quererla de ese modo: ella prende un vivo fuego en el cual es preciso consumirse. Súplicas fervorosas, lágrimas ardientes, pasos inconsiderados; celos, iras, desesperaciones, locuras y suicidios; tales son las ofrendas que se han de depositar en las aras de ese ídolo tan perverso como hermoso.

CAPITULO XLIII

DONDE SE PROSIGUE LA MATERIA DEL CAPITULO ANTERIOR

Vueltas las damas cada una a su lugar, se vió a Don Quijote ir discurrendo entre ellas por dar quizá con la apasionada Secundina. Una de sus interlocutoras le dijo ser Lindaraja Salahonda, princesa de Chanchirico, para servir a su merced. No demuestra ser muy honda la princesa, antes parece hallarse en camino de salvación, según lo flaco y amortiguado del rostro. Desentendida de sus años. ésta que pudiera ser dos veces madre, se entromete con las jóvenes, escogiendo siempre las más frescas y bonitas. Gusta de traerse bien y dar la moda, sin perder ocasión de mostrarse a los caballeros para tener el gusto de desdeñarlos con mil dengues de buen tono. Los enamorados que han pasado por sus horcas caudinas son un juicio; sus novios, todos los elegantes y hombres de consideración; mas, pedir su mano es poner una pica en Flandes. Pasó Don Quijote sin deshacerse en cortesías, y llegó a donde estaba otra morena hirviendo en la movilidad de su temperamento. Esta es la bella Pecopina, cuyo influjo sobre sus amigas es igual, por lo menos, al dominio que ejerce sobre la gente masculina. Si el amor se encarnara en cuerpo de mujer, tomara el suyo

de los pies a la cabeza. Chiquita, no hasta ser defectuosa; desparpajada, no hasta la desenvoltura; viva, parlera, no hasta la importunidad: ni bella ni bonita, sino de las que se llaman donosas, esto es, mujer en quien prevalece la gracia, aunque no puede jactarse de la perfección de sus facciones. Gracia, la tiene Pecopina para derramarla a chorros; junto con esto la exquisita sensibilidad del corazón y la delicadeza de los afectos la vuelven una de las mujeres más amadas del mundo. Su cuerpo, eso sí que es primoroso: pecho alomado, dividido en dos redondas prominencias; hombros tan atrevidos que están forzando el escote; brazo anticatólico, brazo de Venus, en el cual la blancura, la gordura, la redondez se dan la mano. Se ríe la bella Pecopina, mas no es feliz, ni es fácil que lo sea una de naturaleza como la suya, compuesta del fuego de la imaginación y el de la sangre, poesía en forma de lava hirviendo, que está pasando y repasando sobre el alma. Le pareció bien la damisela a Don Quijote, y llegándose a ella con muestras de suma cortesía, le preguntó si era de las que tenían a su devoción un caballero andante. Holgárame de haber conocido a cierto paladín ahora ha diez años, respondió la hermosa, y no me estuviera consumiendo en el desamor. Exasperóse Don Quijote al verse en esta nueva ocasión con perjuicio de su dama, y como quien no cae en la cuenta pasó adelante, mientras la señora Chimbusa, gran amiga de la bella Pecopina, se vino para ella y le preguntó: ¿Qué arrumacos te hizo? Desde allá oí sus chicoleos. Debes de estar muy satisfecha. Tanto como la que más, respondió la bella Pecopina; pero con celos de una cierta Dulcinea, llamada Petra Padilla, o señora Chimbusa. No tengas cuidado, repuso Chimbusa: guárdate tu Don Quijote, que aún no parece el mío. Y risa que se morían.

Pidieron los mancebos la gallarda, al paso que las se-

ñoras se decidieron por los gelves, ofreciendo que después se bailarían la **Madama Orleáns**, y aún la **pavana**. Onoloria del Catay, antes que todas, se echó a la arena: y por el dios Cupido que bailó como para embeleso de los inmortales. Presta, leve, aérea, iba y venía agitando el piecicito en mudanzas varias, concordes todos los miembros en sus graciosos movimientos. La mariposa que está volando y revolando sobre las flores, iluminada por el sol matinal, no es más vivaz y alegre ni presenta a la luz con más ufanía los matices de sus alas. Baila Onoloria, la sangre se le encrespa al ejercicio, y el vaivén del corazón le anima el rostro, de tal manera que en el bermejor celestial de esas mejillas pueden arder los serafines. Encendidos sus labios, prenden fuego en el pecho de sus admiradores, fuego que corre al centro y hace dulces destrozos. Esta Onoloria del Catay es bella como una Gracia, honesta como una Musa, y en faltándole un punto al respeto debido, terrible como una Gorgona. Su nombre es Isolina Benjumea; cuando le tocó ponerse uno caballeresco para el sarao, tomó el de la dama de Lisuarte, añadiendo el del famoso imperio del Catay porque le sonase mejor a Don Quijote.

Doralice Blancafor, no es menos que su a latere, ni en hermosura de cuerpo ni en delicadeza de corazón: no hay sino que ésta no es como Onoloria, bondadosa y afable, casi humilde en el mirar y el hablar, con esa humildad empapada en amor, debajo de la cual dormita la fiereza de la virtud: Doralice pone la monta en dominar a los hombres por el señorío, cuando no tira a matarlos con el desdén. Alta, grave, la sonrisa no se le presenta en los labios sino en forma de menosprecio; y cuando habla es como dueña de vidas y haciendas. La Doralice del baile, en su casa y fuera de ella se llama Dolores Fernán Núñez.

Ahora viene Olga, viene y baila, y el cadencioso movimiento de sus miembros cautiva hasta el oído, siendo así que el dulce error de la afición es creer que de esa persona embelesante brota una suave música. Olga baila y todo el mundo la contempla seducido, admirándola las mujeres, adorándola los hombres, sin que la aborrezca nadie. Privilegio es de la inocencia no despertar envidia ni en las que presumen de bellas y no sufren competidora en la hermosura.

Concluida esta danza, acometió Don Quijote a felicitar a las señoras, y de una en otra se llegó a una muy bien puesta que estaba ahí en voluptuosa sofocación dejando evaporar el cansancio. Díjole ésta que era Doñalda, con lo cual prendió el fuego en la imaginación del caballero andante, pues ese nombre le reducía a la memoria las hazañas y las desdichas de uno de los mejores paladines. ¿Si vuesa merced es Doñalda, dijo, será la mujer de Roldán el encantado, dueño de la insigne JOYOSA DEL BEL CORTAR?—Soy la misma, respondió la dama. Vuesa merced me ve aquí llena de indignación por hallarse entre nosotras esa pizpireta de Angélica la Bella, quien trae a mi marido, de algún tiempo a esta parte, fuera de sus casillas. ¿Pudiera vuesa merced hacer que mi esposo volviera a quererme? Aquí tiene vuesa merced a mi amiga la infanta Lindabrides, a quien un caballero andante ha enderezado el tuerto que le hacía Claridiana, su rival, con hacer que su amante vuelva a sus primeros amores. Este es el caballero del Febo, repuso Don Quijote, quien tenía el mal gusto de desdeñar a la hermosa infanta Lindabrides por esa ojinegra de Claridiana. Lo que es hacer que el ingrato Don Roldán vuelva a querer a vuesa merced, no está en las atribuciones de la caballería ni en la fuerza de mi brazo. — ¿Luego vuesa merced no tiene una maga protectora, dijo Doñalda, de esas que

poseen el secreto de prolongar y renovar el amor mediante ciertos filtros, pociones o bebedizos de que sólo ellas tienen conocimiento? Urganda la Desconocida hace que Amadís de Gaula viva gimiendo a los pies de Oriana, y le prolonga la juventud, a fin de que la venturosa Oriana le tenga siempre en sus fuertes años.—Urganda la Desconocida, respondió Don Quijote; la sabia Ardémula, Melisa, la reina Falabra, Dragosina, amiga de Esferamundi, Camidia, la maga Filtorana, la dueña Fondovalle y otras muchas han poseído esos filtros, pociones o bebedizos que vuesa merced recuerda; pero de esto a que yo le reconquiste el corazón de su infiel caballero, no va poco. Lo que se podrá hacer será que yo le busque, desafíe, mate y corte la cabeza. ¿La cabeza? Oh, no señor! Oh, no señor! estaba diciendo Doñalda, cuando ya Don Quijote había pasado adelante, y un grupo de caballeros proponía que se bailara un REY ALFONSO. Rompió la música, tiráronse al centro señores y señoritas, bailaron hasta no más, se cansaron otra vez, y se acabó la fiesta.

EL ESPECTADOR

TOMO III

15 DE MARZO DE 1888

PARIS-1888

LA REPUBLICA FRANCESA

En medio de las graves ocurrencias de estos días, el silencio que se guardase acerca de ellas sería fingido, y la indiferencia, sobre afectada, reprensible. ¡Indiferencia! Yo no sé lo que tiene este país, me ha dicho un americano; acaba uno de llegar, y ya está profundamente interesado en su política. Lo que tiene este país, no es un secreto de magia; es buenamente la ley por la cual los pueblos directores ejercen un poder natural sobre los que, sin advertirlo quizá, están recibiendo su influjo y viendo la parte que a ellos mismos les toca en los triunfos y las catástrofes donde suben o bajan las ideas comunes a todas las naciones civilizadas. La política es una encantadora que nos echa el guante, por mucho que huyamos de ella, si es que alguna vez huímos de buena fe. Los que huyen de esa fada maligna son como las mujeres que huyen para que las sigan, se esconden para que las busquen, y luchan para que las venzan. Si hay quien de veras la quiera mal, lo mejor que ése haría sería no ir a pasar por los términos de su señorío. ¿Quién puede resistir a Circe? La hechicera Malfado convierte en perros y puercos a los que se asoman por su imperio; la política suele ser más cruel; ella convierte, no sólo en perros y puercos a los que caen en su poder, sino también, y es lo más triste, en tigres y culebras. Y es tal su poderío, que nadie se le escapa. Si pertenecemos a un cuerpo social, si andamos por sus caminos, de buen grado o de por fuerza, y

cuando menos acordamos, nos hallamos en los territorios de la hechicera Malfado. Los que aprietan los dientes y rechazan sus filtros, son caballeros probados y paladines invencibles; los demás, beben la ponzoña, y se ponen a echar veneno ellos mismos, convertidos en culebras, o gruñen y se arrastran hociqueando el lodazal donde los ha puesto la maga. La libertad de imprenta hace milagros de mil colores: derrueca tronos, echa por tierra testas coronadas, proclama ideas grandes, funda nuevos gobiernos: esta libertad es útil, santa; es el bien más caracterizado de la civilización. La política, en este caso, no es Circe ni Malfado; es Minerva, diosa de la sabiduría, que tiene levantada en su brazo la antorcha con que está alumbrando el universo. Cuando la libertad de imprenta atiza las pasiones reprobadas; cuando el odio, la venganza se expresan a su modo y con su brío; cuando atrás de la ambición está la codicia, debajo del patriotismo el egoísmo, y los hombres mienten, desbarran, insultan a los buenos y lavan la cara a los perversos poderosos, entonces la política es esa nigromante que ha convertido en víboras y puercos a los que han puesto los pies en sus dominios.

En el palacio del Eliseo vivía un anciano a quien la cordura propia y el respeto de los demás habían vuelto venerable. Después de nueve años de mando, su prestigio iba a más todos los días, porque los hombres saben que el cuerdo es más que el fuerte, y el bueno más que el poderoso. Si la fuerza ha hecho alguna vez cosa que valga, ha sido guiada por la prudencia; y si el gobernante de poder absoluto no ha dado en la tiranía, ha sido merced a las advertencias de su corazón, que no era malo. Aquel viejo venerable era, no solamente cuerdo, sino también bueno; así es que anduvo siempre lejos de los senderos torcidos. Dicen que los bienes de fortuna tenían el poder de abrirle los ojos desmesura-

damente, y que la sed de riqueza le quitaba el sueño; pero, si fué codicioso, lo fué dentro de los límites de la equidad, y si dió poco a los que nada tienen, no quitó la oveja al pobre, ni privó de la vida al condenado a muerte, siempre que estuvo en su mano el salvarle. Entre la murmuración y la burla, sin mirar a los aborrecedores ni oír a los denigradores, iba pasando majestuoso por medio de un pueblo, un gran pueblo, que si escarnece los vicios, exalta las virtudes, y si se ríe de los defectos, presta homenaje al mérito. Llamábanle "buen hombre" sus adversarios; gritábanle: "¡pobre hombre!" Pero él, que sabía que un buen hombre puede ser hombre bueno, y que un pobre hombre puede ser dueño de grandes riquezas interiores, no miraba en tan benignos agravios, ni dejaba plantarse el rencor en su pecho. Tan declarada era la estimación de sus compatriotas hacia él, que, llegado el término de su poder, lo levantaron de nuevo, y a una voz le declararon el más prudente de los ciudadanos. Y el viejo venerable iba adelante, creciendo en años y consideración, la ley en la mano, la banda de tres colores cruzada sobre la casaca negra. El morrión del general, la gorra estrellada del almirante, todo se movía respetuosamente en presencia de ese civil cargado de años; y si los partidos adversos hacían fisga de su moderación, esa misma virtud humilde que les incitaba la risa era fundamento de la estimación que no les era dable negar a su rectitud y mansedumbre. El orgullo, el ímpetu, la voluntad atropellada suelen fundar sobre la marcha su imperio centelleante; imperio sin raíces, por cierto, pues los hombres violentos, si pueden lo que quieren el instante de la sorpresa, son estatuas henchidas de huracanes que se rompen por sí mismas y caen por el suelo. La conquista de los varones reposados, modestos en sus arbitrios, que se valen de la bondad y la persuasión, es larga y difícil; mas una vez que llega a cierto punto, es cosa hecha, y su obra permanece. La virtud puede ser

impetuosa; pero cuando arde sin freno es loca sublime que se consume sin tardanza. La virtud tranquila es virtud sabia, porque ella da lugar a la meditación y el buen juicio, sin los cuales no suele haber obras de consecuencia. El fuego intruso, fuego criminal, todo lo asalta, todo se lo come en su apetito selvático; y con ser principio de vida, da testimonio de su pasión destructora con los montes de ceniza que va dejando por donde va pasando. Este mismo elemento, aciago si anda suelto, es útil y bienhechor cuando está manso y obedece. De este modo el talento, el valor acometen, devoran, si obran sin regla ni medida; pero si se dejan domesticar por la sana razón y educar por la cordura, son la llama que está ardiendo en la lámpara de Minerva, o el rayo del dios severo que no se desata sino contra los que han hollado bajo sus plantas las leyes de la virtud y la justicia.

Un día, día de sorpresa, no esperado ni previsto, los partidos enemigos se unieron y gritaron: "¡Abajo el presidente!" "¡Abajo el prevaricador!" El pueblo se adhirió a los escritores, y gritó: "¡Abajo el chocho!" "¡Abajo, abajo el sinvergüenza!" ¿Qué había sucedido? ¿Había robado el pobre hombre? ¿había hecho traición a la patria? ¿o había infringido las leyes en su favor? Una noche, el presidente de una gran República, autorizado con sus ochenta años de edad y nueve de gobierno; a quien emperadores y reyes habían tratado con deferencia, salía furtivamente de su palacio, sin más acompañamiento que un fiel amigo, ni más honores que el cuadrarse de un centinela, y, entre sombras, iba a refugiarse en un barrio de París, hasta cuando mañana el pueblo le otorgue el olvido, embelesado en las agonías de otra víctima. Sin el perro de Alcibiades, ¿quién podría vivir en Francia? Las águilas de la imprenta gritan sobre los triunfantes, los cuervos de la imprenta graznan sobre los caídos, pero no les sacan los ojos ni les arrancan el

pellejo sino hasta cuando se presentan otros afortunados y otros desdichados. Los últimos son la cola del perro de Alcibiades que salva de la murmuración, la difamación a los que cayeron en las garras de los periodistas. Ya está olvidado el pobre viejo: cuatro días son mucho para la impaciencia, la inconstancia de los franceses; mas en tanto le olvidaban, ha padecido el triste anciano, a despecho de su serenidad; serenidad rebuscada, pues su espíritu estaba consumiéndose en una hoguera, y su corazón se retorció en el dolor. ¿Cuál es su delito en realidad? ¿cuál es su falta? Según la constitución francesa, el presidente de la República es inviolable, no puede ser acusado ni depuesto; y sin acusación ni fórmula de juicio, se ha venido abajo, después de una tan porfiada como vana resistencia. Todos le abandonaron. Imperialistas, realistas, republicanos se levantaron contra él: los enemigos, redoblando su furor; los amigos, censurándole y aconsejándole poner su renuncia; y el pueblo, gritando en calles y plazas: ¡Abajo Matusalén! ¡Abajo, abajo el chocho! Oh pueblo, pueblo, cosa grande y temible; tú eres como el mar, por cuyas ondas puede ir segura la nave, pero sobre cuyas olas **izquierdea** y sucumbe casi siempre. Mientras no soplan vientos fuertes, tú eres buen amigo, en tus brazos se mecen tus predilectos y se duermen como niños a tu amable arrullo; pero que se levante el bórreas, y corra y vuele, héte allí loco furioso, o fiera grande que brama y se traga el mundo. Oh pueblo, pueblo, cuando eres mar tranquilo, te quiero y gozo de tu bondad, aunque no me gusta en tí la calma chicha, porque entonces eres cadáver. Cuando eres mar bravío y te alzas en montañas, te admiro y gozo de tu grandeza. Oh pueblo, pueblo, si no eres mar, hazte león, ruge y colea, y enciende el aire con la lumbre de tus ojos. Si no quieres ser magnánimo, concedo que seas tigre; lánzate, devora; pero no te conviertas en cochino que da gruñidos y se revuelca escondiendo en el fan-

go la cabeza. ¿Y por qué no serías el caballo fuerte y fiel que lleva a cuestas al sabio que va en busca de la felicidad de las naciones?

La cosa a que aspiran los más ignorantes, los más tontos, es cabalmente la más difícil del mundo: nada es más arduo que la gobernación de un pueblo; de pueblo como el francés, en poco está que no sea imposible, hoy, en medio de esta tempestad que se llama libertad absoluta de imprenta, de palabra, de reunión. Si los partidos contrarios no destruyesen mutuamente sus fuerzas en su choque perpetuo, el que tiene el poder en la mano sería un juguete efímero. Por dicha los bonapartistas aborrecen más a los realistas que a los republicanos; los realistas engañan a los bonapartistas, y los demócratas tienen estas bellas denominaciones: Moderados, adelantados (*extreme gauche*), radicales, socialistas, anarquistas, blanquistas, y otros mil quinientos otros istas chiquitos que forman un ista monstruo lleno de pretensiones insensatas y sublimes, de locuras estupendas y ahincos grandiosos. La permanencia del gobierno es un secreto, o más bien una ley de mecánica; resulta de la descomposición de las fuerzas. Un arquitecto había echado un puente muy atrevido sobre un río salvaje en un pueblo de pocas luces. Aun no cerrado el arco, ese material de enorme pesadumbre, gravitando sobre las delgadas vigas, parecía que debía romperlas e irse al abismo todo junto. Vinimos nosotros a pasar por esos lugares en una incursión a las gargantas del Pastaza: ¿En qué consiste, señor don Juan, nos dijo sonriendo el arquitecto, que esta débil cimbra resiste al peso que tiene encima? En la descomposición de las fuerzas, respondimos. Esta pobre gente, replicó él, me tiene por brujo, y no hallo modo de hacerme comprender. El equilibrio es la gran ley de la naturaleza, y aun de las sociedades humanas. La descompo-

sición de las fuerzas es la vida del gobierno francés, cuyo equilibrio resulta de la guerra que se hacen entre sí sus diferentes enemigos. Cuando éstos se unen por un motivo general, no hay gigante que resista. Las fuerzas dejaron de descomponerse y destruirse unas a otras, y el volatín, que vivía del equilibrio, se vino abajo. ¡Pobre viejo! sin crimen ni delito, sin opresión ni tiranía, caído, no al odio, no al furor, sino al desprecio de sus conciudadanos. Hombre que ha dejado de ser estimado y considerado, no puede ser presidente de la República francesa, han dicho los más juiciosos y pundonorosos escritores; y ha dejado de serlo el que ha perdido la estimación y consideración general. La causa, que parece liviana, es grande; y este derrocamiento infunde nueva admiración por este pueblo. Los franceses han derribado al presidente, por su tolerancia; tolerancia respecto de las especulaciones, granjerías e indelicadezas de un pariente suyo. En el pueblo del punto de honra, las indelicadezas son más que los delitos, y los abusos de confianza más que los crímenes. Podemos los extranjeros, los espectadores imparciales, compadecer al anciano desengañado; mas no podemos dejar de admirar a este gran pueblo y recibir sus lecciones. Ingleses y alemanes le llaman loco. Loco, puede ser; loco útil, por no decir necesario, al mundo. Así como la fuerza de la poesía proviene del grano invisible de locura que le da color, olor y sabor, así no hay política suprema sin ese grano de locura, que es la lumbré del genio. Locura, muchas veces, es sabiduría, sabedlo, oh sedudos ineptos, cuerdos sosos, que andáis echando vuestra agua puerca sobre esa luz divina. El hombre vulgar, el tonto, carece de electricidad, y a un mismo tiempo su alma es sorda. Ni resplandor misterioso le alumbrá interiormente, ni música invisible le despierta a las sensaciones y los gozos inmortales. Cuando ve resplandecer en otros, lejos de él, la chispa sacrosanta, se asusta como de un relám-

pago, y tiene por locos a los que lanzan de su pecho un armonioso fuego. Sin el grano de locura que está ardiendo en el corazón de Píndaro, en el de Pericles, no seréis ni poetas, ni políticos. Estos beben sus delirios en una fuente oculta, y de ella sacan las llamas bienhechoras con que envuelven a los pueblos y hacen vencer a las naciones. Fuego, santo fuego, arde en el pecho de los varones ínclitos, llámate locura, y fomenta los desvaríos que son la gloria del género humano.

En las repúblicas americanas, acá entre nos, oh amigos, sin que nos oiga nadie, ¿cuál es el presidente que se enajena una voluntad por su **tolerancia**? ¿qué revoluciones hacemos nosotros contra los **tolerantes**? ¿a qué presidentes indelicados derribamos? El ladrón, ladrón notorio e inverecundo, no pierde un amigo; al contrario, su partido crece y más crece. Para honra de la raza hispano-americana, adversarios no le faltan al pícaro, y con partido y todo, al fin se viene a tierra. Pero mientras no hagamos revoluciones fundadas en la tolerancia de los gobernantes, y no echemos abajo presidentes por sus indelicadezas, como lo acababan de hacer los franceses, no tendremos derecho a los más exquisitos miramientos, y menos a estarnos recreando con "los vicios de los pueblos carcomidos de Europa", como solemos decir en nuestro lenguaje precipitado y necio. El criminal que con el nombre de "el Mudo" ha quedado famoso en cierto país de América, mientras principiaba a dar azotes y a castrar gente, se entonaba el estómago con el apetitivo del robo y la embriaguez. **Robandito**, decían sus parciales, encontrándose entre ellos y riendo, como los augures: **Robandito**. Los más austeros de los ciudadanos hallaban disculpa, allí muy cerca, para sus fechorías: Roba su poco el pobre, decían, pero no tiene mal corazón. Bebe su poco el pobre, pero no tiene mal corazón. ¿De suerte que.

si un pobre tiene buen corazón, puede robar y beber hasta el pelo huérfano, sin que nación, gobierno ni presidente sufran una mínima en su honestidad y decoro? Esta excelente doctrina ha sido concretada por otros pensadores en esta fórmula. "En la política no cabe la moral". ¿No saben esos *urco-Maquiavelos* y *sacha-Talleyranes* que si echamos a palos a la moral, el templo de la política queda convertido en cueva de ladrones y casa de mancebía? Si cabe la moral en la política; y por eso los gobernantes más rectos, probos y justos alcanzan el aprecio y amor de las naciones, al paso que los inmorales salvan la vida con la fuga, y, aunque vivos, entran en la inmortalidad de la picota. Los triunfos de la inmoralidad son transitorios: la moral es eterna, y sobrevive a sus detractores.

Caería yo en contradicción si me pusiese a defender ahora a capa y espada la virtud de las viejas naciones europeas, cuando en tres o cuatro siglos de civilización y refinamiento han debido tener flaquezas y desvíos, de esos que son inevitables en la fuerza de la edad y la vanidad; digo tan sólo que en la órbita de la moral hay cosas que los pueblos sumamente jóvenes no aprecian en su justo valor, y caen, sin advertirlo, en pecado mortal, cuando piensan que el suyo no es sino un gracioso y elegante descarrío. Suponed que el presidente de la República francesa, en plena paz, toma un día tres o cuatro jefes del ejército, les manda asaltar el Banco de Francia, apoderarse de sus tesoros y llevárselos a su casa. Vana suposición: la moral pública ha vuelto imposible este caso; y si hubiese un hombre harto audaz y corrompido que se precipitase en ese crimen, no habría, de seguro, pueblo que le sufriese. El criminal que con nombre de "el Mudo" ha quedado famoso en cierto país de América, echa gente armada a los bancos, halla oficiales superiores que den el asalto, carga con los fondos

públicos, y festeja su triunfo con uno como relincho que hasta ahora está resonando por los ámbitos del Nuevo Mundo. Ved aquí una de las más hermosas y resplandecientes caras de la moral desconocida para los héroes que tienen derecho al mando en algunas de las repúblicas americanas. Por el contrario, misterios como los revelados por el *Pall Mall Gazette* de Londres son nunca vistos ni oídos en esos países. Por donde se ve que la inexperta juventud (no digamos barbarie) goza de sus ventajas; y que la vieja relamida y afeitada que se llama civilización, en medio de su crónica escandalosa, tiene sus virtudes. El pueblo que conservara los rubores de la inocencia después de quinientos años de experiencia y saber, ese fuera el verdaderamente feliz. Pero los arreboles de la mañana se parecen poco a los celajes de la tarde, y nunca llegará el día en que el crepúsculo vespertino se dé la mano con la aurora.

En son de observadores, y por dar fe de los acontecimientos, fuimos en vísperas de la elección del nuevo presidente a asomarnos por las vecindades del Cuerpo Legislativo. ¿Qué fuimos a buscar en esa galera? La primer carga de caballería nos barrió junto con diez mil personas de la plaza de la Concordia hacia el malecón del puente Real. El pueblo, cuando está picado el molino, tiene poco miedo, y es como el agua del mar, que va y viene en la resaca. Retirada de los soldados, vuelta de los diez mil. ¿Qué venimos a buscar en esta galera? Otra mitad de caballería nos carga, tirándose al galope del puente de la Concordia, y nos arrea hacia los Campos Elíseos, por donde nos derramamos en inmensa muchedumbre. Retíranse los soldados, retornamos los civiles. ¿Qué volvemos a buscar en esa galera? La Guardia Republicana, impaciente ya, carga de nuevo, y ahora no de chanza. El sable, como lengua de serpiente, vibra y brilla en alto, rompiendo la niebla que

nos oscurece; pero el soldado, pueblo él mismo, hijo, hermano y amigo del pueblo, no hiere sino a última hora, porque sabe que no está en batalla, y que la parte contraria no tiene defensa. Estos muchachos de París que se llaman *voyous* son tipo único en el mundo. Carilargos, pálidos, bocones, no pierden ocasión de mostrar su temeridad e insolencia. Cuando la caballería venía cargando, uno de estos *voyous* o pillos, lejos de huir, saltó al medio, y haciendo esa horrible mueca de escarnio que llaman *piec-de-nez*, dijo: Reverendísimos padres, están vuestas paternidades en su casa; hagan lo que les guste. Y como un sable se viniese relampagueando sobre él, con indecible agilidad saltó al asfalto, y tomó refugio tras el Obelisco, riendo a todo poder. Bien es verdad que, como no estamos en el 2 de Diciembre de Luis Bonaparte, los soldados no van de veras, y si cargan, no descargan. La yegua normanda, herrada de pies y manos, grande como una iglesia, bastaría para hollar cien revoltosos; pero si se tiran a galope, dan siempre tiempo para la huida. El soldado de la Guardia Republicana es figura bella e imponente: pantalón azul claro ajustado al muslo; bota rodillera de hule con espuela de platina; casaca azul oscuro, de bocamanga, presillas y cordones colorados; y el casco a la prusiana enaltecido por el plumajín tricolor, componen esa estampa militar hermosa y elegante. Los hombres de esta Guardia son escogidos entre los más buenos mozos y robustos: cada uno de ellos sería propio para mariscal de Francia, cuando no para rey; y ese bigote, bigote soberano, bigote Víctor Manuel, los vuelve respetables y temibles en medio de su marcial belleza. Estos militares son el adorno de París; y como están lejos de la rusticidad y la ignorancia que suelen ser prendas de nuestra milicia, conocen las obligaciones de su profesión, sin olvidar los deberes sociales ni los lazos que los ligan al globo de los ciudadanos. Ved aquí cómo en uno de estos alzamientos de

París, cuando no se llega a mayores, no muere mucha gente a los pies de los caballos y al sable de la Guardia. En una muchedumbre de treinta mil personas, que era lo menos que había ese día memorable, antes que gente civil, hubo soldados estropeados y heridos. El boulevard de San Germán, el malecón d'Orsay al otro lado; la plaza de la Concordia a éste, los terraplenes del jardín de las Tullerías hasta la bocacalle de Rívoli; los portales del Ministerio de la Marina, todo estaba cuajado de pueblo, y grandes mangas iban y venían por la calle Real hasta la Magdalena. No se vaya a entender por pueblo la plebe únicamente; era lo que menos había en ese motín gigantesco, donde preponderaban la levita y el sombrero de copa alta. Periodistas, artistas, escritores, reporteros, sociedades patrióticas, artesanos, jornaleros, de todo se compone ese belén, sin que falten las mujeres. ¡cuándo! Para gritar, correr, asustarse y desmayarse, ellas son; y si las sacan en brazos, eso es lo que se quieren. A Luisa Michel no la sacaron en brazos; pero, si la echaban de aquí, comparecía de allá: la llevan por el malecón d'Orsay, vuelve por la calle de Borgoña. La arrastran por el boulevard de San Germán, hela allí por las Tullerías. Pablo Derouledé estaba tronando en las gradas del palacio Borbón; la multitud gritaba: "¡Al río! ¡al río el tonquinés! ¡al río Ferry! ¡que lo cojan! ¡que lo cuelguen!" La Guardia Republicana principiaba a enojarse, la función a encenderse, y era ya tiempo de dar por satisfecha nuestra curiosidad. Con gentil compás de pies, como dice Cervantes, nos fuimos retirando, y obramos como persona de juicio. Por la noche hubo algo más que porrazos y chichones, porque los manifestantes fueron servidos con algunos sablazos muy bien dados, lo cual no obstó para que el pueblo diese la ley en la elección de presidente; pues si no sacó al de su gusto, puso a un lado al que él no quería para gran regidor de la República Francesa.

URCU, SACHA

Después de esta lucubración que tiene una como resonancia política, no será malo quizá, a modo de post-scriptum, y como quien ofrece descanso a los lectores, asomarnos por las orillas de la filología, y ver lo que quieren decir esos vocablos de una lengua muerta, que nunca había nacido para los pueblos de Europa. Latín no es, griego no es; ¿qué será? Don Ezequiel Uricoechea, colombiano a quien conocí en París algunos años ha publicó una gramática de la lengua chibcha, la que hablaban las naciones de Idacanzas y el Gran Zaque en la mesa de los Andes, adonde llevaron el acero y la cruz Frederman, Quesada y Benalcázar. Lengua que puede sujetarse a un sistema filosófico y tiene sintaxis. dejó de ser bárbara, y los hombres que la poseen han llegado a cierto punto de civilización y cultura. Las lenguas aborígenes del Nuevo Mundo, más que los vestigios de sus monumentos esculturales y arquitectónicos, están declarando al siglo décimonono que los muiscas, los incas y tlascaltecas eran naciones que habían puesto ya los pies en el reino de las leyes, las artes y la literatura. Don Ezequiel Uricoechea, con su librito que de nada le hubiera servido en su país, se abrió las puertas de la Sorbona, y fué llamado a Bruselas de catedrático de lenguas orientales; pues si cultivaba las americanas, tuvo esa propensión singular, y aun extravagante, de consagrar su vida al estudio de los idiomas del Asia, que tan raros concedores tienen aún en los sabios colegios del

viejo mundo. Cuando para beber el árabe en sus propias fuentes emprendía una peregrinación científica a Medina y la Meca, la muerte le salió al paso a la entrada del Desierto, y perdimos un hombre útil, un docto en el oscuro y vasto campo de la filología. ¡Pobre joven! Al irse, no estaba cierto del regreso: con la melancolía de los que se despiden para lejanas tierras, estrechándome la mano fuertemente, me dijo: Don Juan, ¿nos volveremos a ver? Se fué, no volvió. Vaya este recuerdo al estudioso, el valiente que no temió irse al fin del mundo en busca de conocimientos que completasen su doctrina y diesen fuerza a su profesión. ¿Acaso todo ha de ser olvidar a los útiles, los abnegados y generosos? Dejemos de ser ingratos una vez al año, y descontemos con una lágrima, si es posible, los mordiscones con que los hispanoamericanos, en mala hora, solemos perseguir y atormentar a los que, entre nosotros, en algo son superiores a nosotros. Este vicio nos viene de casta; mas consuélenos el pensar que, después de cincuenta años de hambre y dolor en él, y trescientos de indiferencia en ellos, nuestros buenos padres han levantado una estatua de bronce a Miguel de Cervantes.

Los honores que alcanzó Uricochea con sus estudios acerca de los idiomas del Nuevo Mundo, podrán servir de freno y guía a los indianos que por allá ostentan ese desprecio tan aristocrático por todo lo que es de los indios; como si el saber, en cualquier materia, fuese motivo de desconsideración y diese lugar a la vergüenza. Personas hay que saben admirablemente el quichua, y no entienden una palabra de esa misma lengua que bebieron en la leche de sus nodrizas y comieron en el maíz de sus haciendas. No es de gente principal hablar la lengua de los indios, y así, no la hablan o la ocultan, ruborizándose de conocimientos que fueran un timbre en la universidad de París, y obtuvieran la

medalla de honor en un concurso literario. Pues yo afirmo que, por mi parte, diera la mitad de mi ya escaso caudal de lengua castellana por la mitad de la que hablaba Moctezuma en el trono de Méjico, y la suave y graciosa en que los príncipes de Huaina-Cápac enamoraban a las hijas del sol. Yo no finjo que no sé el quichua, verbigracia; lo que tengo ganas de fingir es que lo sé; pero si en realidad no soy filólogo anticuario, puedo explicar los jeroglíficos que estampé al principio de mi libro. Para mis compatriotas, ellos son claros como la luz; mas en España sería el diablo si alguien atinase a saber lo que son un *sacha-Talleyrand* y un *urcu-Maquiavelo*; porque si es verdad que los conquistadores imprimieron la fe de Jesucristo en los conquistados, les pidieron prestado un poco de oro, y tomaron en depósito sus más lindas doncellas, de su lengua no quisieron jota; y más sabrá de quichua un alemán o un ruso que un español. Uno de sus primores es la maravillosa flexibilidad con que se acomoda a las palabras compuestas, en lo cual tiene conexiones impremeditadas con el inglés. El francés, en esta parte, es triste y pobre; sus compuestos son dislocados, inarmónicos, y aun ridículos, cuando tantas bellezas encierra en sus otros departamentos. Una muchacha que trae bandos, o está de malas, con un ñato muy mono en la casa que yo habito, así como le ve, abre su ventana y le grita: *Nez-cassé! viens donc me battre!* Este *nez-cassé* insonoro y prosaico, tiene un admirable equivalente en quichua: de un feo de nariz quebrada, dicen los indios: *Pa-quisinga*. El *urcu-camasca*, el *sacha-runá* ofrecen al espíritu ideas imposibles de expresar en otra lengua. Llevado de esta analogía, me he dejado yo decir: *Urcu-Maquiavelos* y *sacha-Talleyranes*; esto es, *Maquiavelos del monte*, *Talleyranes de la quebrada*; locuciones que convienen a ciertos ignorantes que, siendo animales monteses, o hijos de las grietas, pican por alto y dan puntada en la tela del legis-

lador y el hombre público, echándose encima una espesa capa de ridiculez. Sin lo ridículo que derraman esas palabras compuestas, no significarían gran cosa. Sacha-poeta se puede llamar ventajosamente a un poetastro; y urcu-Voltaire diremos de uno de esos descreídos tan graciosos que andan fingiendo impiedad y burlándose de lo que, en su conciencia, creen y temen como sencillo o inocente vulgo.

Si el urcu-Maquiavelo es común en América, el sachu-Voltaire no es de lo más raro entre hombres de ideas avanzadas, para hablar gabacho; ideas descabezadas y descoladas, para hablar lengua de Castilla. El sachu-Voltaire se tiene firme, hasta cuando le duele la barriga; en esta emergencia pide confesión, y se va a los infiernos muy católico. Me agradan los urcu-Talleyranes; pero no hay cosa que más me guste que un sachu-Voltaire. El sachu-Voltaire es religiosísimo, a oscuras. Se persigna para acostarse, si nadie le ve; reza entre dientes para levantarse; pero antes de almorzar habrá echado ya algunos pasadores a la Santísima Trinidad, y habrá puesto en tela de juicio la pureza de María. El sachu-Voltaire oye misa, pero nunca entera: su prurito es decir: "Oigamos un pedazo de misa", y entrar tarde a la iglesia, allá a eso de la elevación, para tener el gusto de no hincarse en la crisis del sacramento, y hacer rabiarse a las beatas. Ayunar, no ayuna; comer carne, la come en viernes santo; mas, si viene a morir un pariente suyo, un amigo, reflexiona, y deja de mofarse durante quince días o tres semanas de las penas eternas; transcurridos los cuales, el olvido se le come el miedo, y vuelve con más fuerza a su elegante ortodoxia. Esto es lo donoso de su impiedad, que la simula por moda y preponderancia filosófica. Sus doctrinas son volátiles y no nada peligrosas, porque no tienen fuerza de propaganda; pero de un sachu-Voltaire convertido y arrepentido huyo como del demonio, porque ése tiene para

sí que Dios no le perdona su ridícula herejía, si no echa a las fieras al que, sin ficción, ostentación ni vanidad, saca sus ideas de la luz y edifica sus convicciones sobre la conciencia. Víctor Hugo pudo rehusar cortesmente la visita del arzobispo de París, sin que esto influyese un ápice en los funerales de rey que le hicieron los franceses, católicos, protestantes y librepensadores. En las comarcas afortunadas donde el que no se confiesa es pasto de perros, medite despacio el moribundo, porque, ¡cuán triste herencia para los suyos, si sus huesos están blanqueando, pelados por las aves carnívoras en un lugar tenido desde entonces por maldito! Cosa rara; todos desean volver a morir en su patria; yo deseo volver a vivir algunos años en la mía, y salir a morir entre cristianos.

Yo vi, y éste no es sueño, sino historia, un caso que, después de muchos años, se me presenta al espíritu más a menudo de lo que requiere mi tranquilidad futura. Había muerto el ministro de los Estados Unidos en cierta capital de América. En tanto que sus deudos ocurrían por sus restos, el Gobierno dispuso que fuesen depositados en una capilla extramuros de la población. El obispo, revestido de sus hábitos pontificales; el internuncio, azuzando, medio oculto tras él; una manga de pueblo engañado cerraron el paso a la comitiva fúnebre, oponiéndose a que el cadáver entrase al convento adonde se le llevaba. Con los Estados Unidos no hay vuelta-usted-luego: los monitores de la escuadra del Pacífico están ahí para vengar los agravios de sus muertos, y no hubieran tardado en presentarse bramando en las embocaduras de esos ríos. El gobierno, católico, apostólico, romano, pero prudente, mandó una mitad de caballería que, lanza en ristre, barrió con obispos, nuncios y devotos encapados. El cuerpo del ministro pasó, su familia ocurrió por él, la República se escapó de una tremenda, y nadie per-

dió nada con esa hospitalidad transitoria a un difunto ilustre. Seamos justos con nosotros mismos y digamos que muchos de los actos de barbarie que se nos imputa o que cometemos verdaderamente, son obra de algún civilizado europeo, quien, una vez que se halla lejos de su patria, es más bárbaro que nosotros. El autor de ese motín contra el cadáver de un ministro plenipotenciario fué, en realidad, otro miembro del cuerpo diplomático; pues el obispo que mostraba la cara no hacía sino seguir el impulso de un sacerdote más autorizado que él, y por ventura obedecer a su superior. Hombre bueno y de buenas intenciones, pero de cerebro enflaquecido por el ayuno perpetuo y las mortificaciones corporales, no halló en sí mismo luz suficiente para alumbrarse, ni fuerza para defenderse. El italiano que en ese conflicto ponía al clero nacional usaba de mala fe tanto mayor, cuanto que él estaba viendo la sinagoga al lado de la basílica de San Pedro, y el gran rabino libre y seguro en la ciudad del papa. Con esa hoja de servicios ha ascendido el famoso internuncio; mas yo le quisiera preguntar si en Bruselas o en Viena ha ido a oponerse al paso de los cadáveres que adelantan en busca de la madre tierra, alivio y refugio de todos los mortales? Si un ministro de los Estados Unidos está expuesto a estas aventuras de ultratumba, ¿qué suerte correría un simple **hijo del país**, donde no hay cuerdos y piadosos arzobispos de París que intenten, pero que no fuercen; que prediquen caridad y amor, y no sangre y violaciones insensatas? Ya veis a dónde me han arrastrado las palabras compuestas. Si el sacha-Voltaire no se viene a mí cargado con sus ferocidades debajo de sus ridiculeces. Dios sabe, lector, si hubiéramos acabado por una larga risa; pero donde la sepultura se nos ofrece a los ojos, todo cobra aspecto de dolor y tristeza; y por ahora, si no me es dado reír, no quiero tampoco oscurecerme la vista y el corazón con lágrimas que plegue al cielo que sean infundadas. . .

El quichua, que es la lengua del reino del Perú, comprendido en él el país de los schiris, vasto imperio conquistado por Huaina-Cápac, no debe de ser muy abundante, pues no tiene sino tres vocales: a, i, u; así es que, los que le llaman **quechua**, a sabiendas quizás, españolizan el nombre. Muy abundante no será, en lo cual no pierde mucho, según el sentir de un crítico español que ha censurado en mis escritos la abundancia de mi vocabulario. Moliere, dice, en todas sus obras maestras, no usó sino dos mil palabras, y con ellas compuso su **Misántropo**, su **Tartufo** y sus **Mujeres sabias**. Pero como ése es hombre de mucho talento, y, a un mismo tiempo que no admite el excesivo caudal de mis expresiones, se ha dejado decir cosas tan abultadas en mi favor, muy bien me guardaré de ponerme en quintas con él; antes concedo que me afea el vicio de los Fúcares, quienes calentaban su palacio quemando en las chimeneas montones de canela y clavo aromático, cuando tenían de huésped a Carlos V. El vocabulario de esos señores no era tan pobre que digamos, y cuando decían "tin tin", asordaban el mundo y se metían al bolsillo reyes y emperadores. Si los hijos del viejo de Francfordia no tuvieran sino dos mil pesos, no hubieran podido componer las obras maestras de incorporarse en la nobleza europea, y, señores barones, con larga mano, hacer favores a los gobiernos y dar la ley de la Lonja en sus dominios. Anselmo de Rothschild les perdona, yo presumo, a sus herederos Jacobo, Alfonso, Adolfo y Arturo el que hayan llegado a adquirir algo más de dos mil pesos y hablen la lengua amarilla y resonante de vocabulario portentoso? No es malo disponer de dos mil ojos de buey, y lo bueno sería gozar de dos millones con que hacerse respetar de los urcu-Talleyranes y temer de los sacha-Voltaires. Sabido es que el millonario tiene pasaporte para la otra vida y salvoconducto para la gloria eterna. Como yo pueda dejar doscientos mil patacones a la Iglesia, se-

guro está que ni párroco ni obispo me nieguen la sepultura. Su Santidad León décimotercio, aceptando los presentes del Gran Turco, y enviándole sus salvadoras bendiciones en su jubileo, está diciendo muy alto que, si las dos mil palabras de Moliere sirven para componer **Tartufos**, el dios de veintitrés quilates se halla de bien a bien con todas las sectas y doctrinas, y que no hay canónigo, bonzo ni derviche que no guste de calentarse a fuego de canela y clavo oloroso (*). Yo pienso que la lengua de los Rothschiles, nobles de primera clase, no debe de carecer de la e, y menos de la i; porque si careciera, ¿cómo pusieran los puntos sobre las íes esos Fúcares modernos que les cortan el ombligo con humo de plantas índicas y sabeas a los Carlos Quintos de Viena, Berlín y Londres? Huaina-Cápac y Atahualpa, menos opulentos, no tenían sino tres vocales; ni habían menester otra cosa para ser hijos de la luz y hallarse en misterioso contacto con el padre del universo. Si no de los más abundantes, el quichua es de los más armónicos y suaves. Dicen hoy que el italiano es la lengua del amor, porque es la del dulce sí; pero en el quichua hasta el **no** es prenda de felicidad: cuando una palla o una hermosa hija de cacique responde: **Mana munani**, el pretendiente desengañado se figura que esa amable negativa es una declaración de amor; que cuando una india apasionada dice: **Cuyanimi, cuyanimi**, te quiero, sí, te quiero, en los versos del Petrarca no hay locuciones más tiernas y amorosas. Don Francisco Pizarro, gran forzador de indias, no estaba por esperar, es cierto, el dulce arí; y así no puede informar sobre si el quichua es o no más adecua-

(*) "Acabo de encontrar en la antesala del cardenal Rampolla al patriarca armenio, comisionado para poner en manos de León XIII el regalo del sultán, regalo que consiste en un maravilloso anillo cuyo precio es de doscientos cincuenta mil francos".

El reporter de **EL FIGARO**.

Roma, diciembre 29 de 1887

do para el amor que el italiano. Para ese hombre de fierro no había sí ni no: a su mudo querer o al taco formidable que salta de su boca rueda por el suelo la cabeza del rey prisionero, mientras hijas y viudas de los vencidos no corren tan buena fortuna como las de Darío en manos de Alejandro. Atahualpa no fué un urcu-señor o rey del monte, ni Pizarro un sacha-guerrero o militar de la quebrada: tan franco el uno como el otro, llanamente han dejado en el Nuevo Mundo muchas gentes y muchas palabras compuestas de quichua y español; aunque el bueno de don Francisco todo lo dejó descompuesto en el Perú y las comarcas adyacentes. Quiera el cielo que nosotros, si descomponemos la frase castellana para darle aspecto y contornos de francesa, compongamos algún día la República, enderezando nuestras leyes, nuestras propensiones y costumbres.

LA CARIDAD EN PARÍS

La mendicidad no puede vivir sin la caridad, así como la caridad no pudiera vivir sin la mendicidad. La miseria es madre de la limosna, porque sin el hambre el pan no hubiera nacido. Ved aquí el modo cómo las desgracias suelen ser cuna de las virtudes, y cómo el género humano reúne en sí mismo éstas que parecen cosas opuestas, cuando en verdad no son sino condiciones de su naturaleza. Los pesimistas recogen en la mano las lágrimas de los pobres, y las van enseñando por el mundo como testimonio de la maldad de los ricos; mas, ¿por qué no recogen también las miradas de gratitud con que el hambriento, el mendigo saludan a la misericordia que pasa vestida de seda y pedrería fina? Habiendo tratado de la mendicidad en París, no pasaría yo por hombre recto a mis propios ojos, si no tratara asimismo de la caridad en París, cuando la veo en todas partes y en mil formas. “Aquí no hay corazón”, dicen el día que llegan ciertos viajeros sin ojos en la inteligencia ni oídos en la conciencia. ¿Qué corazón ha de haber para esos desheredados que, si tienen hambre y sed de carne y vino, se hallan lejos de las sublimes necesidades que impele hacia la luz al alma bien dotada? “Aquí no hay corazón...” ¡Como si las pasiones delicadas, las afecciones puras y santas huyeran del azote de la civilización! ¡Como si la bronquedad del pecho, la dureza de las entrañas fueran toques indispensables de cultura! Aquí no hay cora-

zón... ¿Y desde cuándo no lo hay, y en qué conoces que no lo hay, oh tú, necio hablador que no perjudicas con tus informes, porque no hay quien oiga tus difamaciones? A las sociedades humanas que han vivido mucho y han llegado a cierto punto de madurez y pulimento acusan los filosofantes de haber perdido la flor de la inocencia; pero, ¿quién la ha perdido antes que los semibárbaros que presumen de civilizados, y no manifiestan respeto a la inteligencia ni apego a la virtud? Los vicios de los pueblos que vienen a cuentas con quinientos años de sabiduría, artes y leyes, no los niego ni los puedo negar; pero si ellos han caído en los errores de los que saben mucho, ¿nosotros no estamos cayendo todos los días en los de los que nada saben? Si por desgracia del género humano él ha de morir con sus defectos, consuélenos el pensar que las virtudes son inmortales, y andan de parte de Dios descontando las malas obras y los crímenes con que el hombre señala su camino por el universo a lo largo de los siglos.

Hay muchas moradas en la casa de mi padre, dice el hijo de Dios; así hay muchas moradas en la casa de la caridad. Su organización, su administración son portentosas en París; y si el Estado tiene por grande este asunto, las personas particulares ponen de lo suyo más de lo que buena mente pudiéramos pensar los que decimos que aquí no hay corazón. La caridad oficial, caridad pública, tiene tres departamentos: está dividida en hospitales, hospicios y asilos. Los hospitales, grandes y soberbios, son catorce, y están abiertos a todas las naciones, amigas y enemigas.

Los hospicios tienen carácter menos generoso y grandioso, pues de ellos no gozan sino los franceses, y de algunos de ellos, tan sólo los parisienses. Los asilos no ofrecen sino una caridad transitoria, efímera, que salva del hambre

ejecutiva y de la nieve presente a los desgraciados que van a llamar a sus puertas, sean éstos franceses, ingleses o americanos. Si es alemán el muerto de hambre que se presenta, nadie le pregunta ni de dónde viene, ni lo que quiere: el caldo suculento, el pan que le ofrecen no tienen nombre patronímico: fueron cocidos y amasados en el cielo, patria de todos los que aquí vendan las llagas de sus semejantes y enjugan sus lágrimas con mano amiga. Al amanecer del otro día, el huésped de una noche tiene su desayuno, toma su bordón, da gracias a Dios y a los hombres, sale arrastrando las sandalias del peregrino, y se engolfa de nuevo en el laberinto de esta Babilonia donde los harapos y el terciopelo se codean sin venirse a las manos. Si el huésped nocturno lo solicita, porque no sabe qué hacerse ni a dónde ir, puede quedarse tres días en el asilo; transcurridos los cuales no le matan, si no se va, como hacían ciertos bárbaros de los bosques del Nuevo Mundo; pero sí le recuerdan que los reglamentos no conceden sino, a lo sumo, tres días de hospitalidad. Como el flujo de desconocidos sin pan ni casa es permanente, la alternación es necesaria; pues si todos los que llegan se fueran quedando, ¿qué caserones ni conventos serían suficientes para esa triste inmigración? Las prácticas religiosas no son obligatorias en estas fundaciones; pero dicen que, después de comer, no hay ejemplo de mendigo que hubiese protestado contra la caridad que está recibiendo, por medio de una impía negación de gracias al Padre invisible del asilo, que es el que nos da de comer a todos. Los que no quieren asistir al oratorio, se tiran de rodillas al pie de su cama, y a solas dicen: ¡Señor, bendito seas! ¡Señor, bendito seas!

Los grandes hospitales están servidos por los médicos y cirujanos más célebres de París, y en muchos de ellos hay clínica, a donde van a consultar sus males gratuitamente los

enfermos que no pueden comprar la salud. La salud, cuando es comprada, es muy cara en este país: dígalo el doctor Pean, quien lleva veinte mil francos por una operación de su mano, cuando el paciente es de los que pueden hacer el gasto; que a los pobres no lleva nada. La salud no es lujo, es artículo indispensable: el que salva la vida a un millonario, ¿qué le pide con pedirle cinco mil duros? Si la vida estuviera de venta, ricos hay en la sepultura que salieran a vivir mendigos, dando por ella todo lo que dejaron a sus herederos. El avariento sería el único que se viese en un conflicto, y sería muy capaz de quedarse en poder de los gusanos, antes que salir a la luz del mundo a costa de cuatro pesos. El hospital Necker, el Lariboisiere, el Hotel-Dieu, son dignos de esta gran ciudad, y modelos de fundaciones de este género. En La Maternidad, la misericordia toma aspecto más bello e imponente, como que sirve de lecho a la madre desvalida y de cuna al niño que no tiene padre. En La Maternidad van a depositar el fruto de su amor y su falta las mujeres impedidas, y nadie tiene derecho de preguntarles su nombre. Cumplida la dieta, sale cada una con su hijo, si lo puede criar; si no, lo deja al cuidado de la casa, donde hallará padre y madre en el Estado. Esta no es casa de impedidas solamente; las pobres, aún cuando sean casadas, van a parir en brazos de la caridad; bien es verdad que muchas veces, por una extravagancia de las que suelen ocurrir, la esposa es de peor condición que la concubina, y el hijo natural, y aun el espúreo, gozan de más ventajas que el legítimo. Así, por ejemplo, las solteras tienen derecho a exponer sus hijos en la casa de huérfanos, y entregarlos a los empleados públicos mientras que la casada no lo tiene. Esta que parece injusticia, inmoralidad y absurdo, no es sino lógica; dura, tremenda, pero lógica. Si el Estado le descarga de sus deberes civiles y naturales al padre, ¿qué suerte corren la ley, la naturaleza? Las imposiciones de esta

buena madre son siempre sabias: el legislador que propendiese a debilitar sus leyes, no obraría en provecho de la nación.

La Maternidad de Roma, que ha servido de modelo a los establecimientos de esta especie, ha quedado único, sin embargo, en las mil delicadezas con que el Estado favorece a las mujeres en el mayor conflicto de su vida. La que entra en cinta, puede entrar con careta, hurtar el rostro a todo el mundo mientras permanece allí, y salir sin que persona humana pueda decir si es fea o bonita, patricia o plebeya. ¡Y desgraciado del que la siga o trate de saber algo respecto de esa misteriosa incógnita! En estos últimos tiempos han abolido el **Torno** en París; cuando esa casa de misericordia existía, el Torno era tan sagrado como La Maternidad de Roma. La madre indigente, y aun la desapiadada, que quería exponer a su hijo, iba cubierta de un velo, depositaba en el torno el niño, y se volvía, sin que a nadie le fuese dado seguirla. Hoy la caridad, en este punto, es menos sigilosa y requiere más franqueza: la madre está obligada a presentarse y declarar los motivos por los que expone su hijo. Algunas mujeres contestan: "porque soy joven y bonita, y no quiero marchitarme". ¡Oh muchacha sin entrañas! sabe que el cumplimiento de los deberes maternos fomenta la juventud del alma y da lustre a la belleza. El amor profano, amor al hombre, desenfrenado y ciego, ése es el que te marchita. El amor a tu hijo, ser inocente que sale de tu seno confiado en la mirada de tus ojos y la leche de tus pechos, ese amor te da fuerzas y frescura. Y si te marchitas porque le alimentas, la delgadez, la palidez que te afligen anticipadamente como si debieran ser tu ruina, te valdrán una corona allá donde el deber cumplido es mérito y el respeto a la naturaleza gran virtud. ¡Qué elixir más prodigioso que el néctar que apuras a cada ins-

tante en los labios de tu parvulita? ¿Ni qué secreto más eficaz que los rayos de luz que brotan de sus ojos y se van a través de los tuyos a rejuvenecerte el corazón, inundando de un fulgor divino tu naturaleza? No la quieres criar, por no envejecer; pues di que eres antigua en la maldad, y que estás madura para el desprecio y el aborrecimiento de los hombres. La juventud conservada en perjuicio de tu hijo, es robo a la naturaleza: ella puso en la parte más noble de tu cuerpo esos dos vasos primorosos, ella los llena de licor que es la vida del recién nacido; ¿piensas que te es dado frustrar los planes del Criador, reírte de sus dones, como de presentes ridículos, derramar la leche de tu prole en los sumideros de la vanidad, y quedar impune? Nada te sucede por de pronto; pero cuando no puedas rehuir la vejez que temes, cuando el amor te eche de su casa y los placeres te tiren piedras, entonces, sin apoyo, porque serás odiada; sin esperanza, porque la primavera de la vida no vuelve; sin consuelo, porque el hijo que expusiste no te conoce; entonces, digo, llorarás, y en tus desesperaciones, gritarás: "Hijo, hijo de mis entrañas, si te hubiera criado, tú fueras el báculo de mi vejez, tú fueras el amor que no se olvida ni se cansa, y yo viviera, vieja y fea, pero feliz con poseerte". Por codicia de amor liviano, diste el amor fundamental; por sed de placeres criminales, perdiste las santas fruiciones de la madre honesta y buena: padece y llora, y ve cómo si la estación de las locuras es breve, la de las hambres y las lágrimas es larga. No quisiste criar a tu hijo, por no marchitarte; ¿y ahora estás fresca? No lo criabas, porque eras joven y bella; he aquí que los años se han burlado de tí, y la hermosura se te ha ido robándote el gozo de la vida.

La Asistencia pública es otro depósito sagrado donde comen los hambrientos y beben los sedientos que no han llegado a ese grado supremo de miseria que obliga a solicitar un rincón en el hospicio. La Asistencia pública distri-

buye limosnas a las familias cuyos medios de subsistencia no son suficientes para el número de sus miembros; aunque esta caridad no se hace a ciegas, pues los reglamentos exigen pruebas de pobreza, las cuales no las pueden dar los quejumbrosos sin razón, y no las quieren dar los orgullosos que gustan del pan ajeno, pero traído a oscuras a su casa y comido por ellos como si no fuera limosna. El hambre y la soberbia no andan juntas de buena gana, ni se profesan afecto sincero. La soberbia, hinchada, irritada, eléctrica, suele sucumbir al hambre, ese ente flaco y débil que se ríe de ella. Verdad es que las Parcas son pálidas y secas, y no hay deidades más fuertes. ¿Qué es el hambre sino una Parca? Orgullo, soberbia, con ser animales bravos, se le rinden. El que le hace cara y muere en sus garras, es quizá filósofo que tiene en poco la vida, antes que monstruo de vanidad y resistencia; si bien es cierto que la filosofía, en ocasiones, cobra tal aspecto de sencillez y modestia, que verdaderamente viene a ser persona humana. Si tuviera con qué comprar una capa, dijo una vez Sócrates en presencia de sus amigos, la comprara para este invierno, porque la mía está muy vieja. Al día siguiente cuatro capas primorosas estaban en su casa. Guardó la que le envió Alcibiades, y las tres las dió a otros más pobres que él. Esa franqueza del maestro era alta opinión de sus discípulos. quienes, lejos de llevarla a mal, la tomaron como prueba de estimación hacia ellos. Al que ha menester una capa hoy día, ¿le ofrecerán cuatro sus amigos? Ciertamente; lo difícil sería hallar quien la aceptase, y menos quien la pidiese. Entre buenos y generosos, el ofrecer es lo común; lo raro es el admitir. Filósofos que por la sabiduría y la virtud están subiendo al cielo, pueden honrar a sus discípulos con esas dulces humildades con que nos recuerdan que son nuestros semejantes, y que pueden tener hambre, si no tienen qué comer, y frío, si no tienen qué ponerse. ¿Cuál es

más, pedir una capa Sócrates, o dársela sus amigos? Dar, cualquiera da; pedir, no piden sino, o los muy pequeños, o los muy grandes. El negar un auxilio indispensable, el huir del hombre de mérito en los horribles conflictos con que la suerte suele mofarse de la naturaleza, ése no es defecto de hombres buenos. ¿Qué fruición más delicada que la obra con que salvamos a un útil y virtuoso? Mas, de estas puras y nobles sensaciones no son capaces sino los seres eminentes que hallan placer en lo que enfada al vulgo, y van acumulando en el comercio de la sociedad humana los hechos, claros aunque oscuros, que forman la riqueza del espíritu. Bellas son las ocasiones que se nos ofrecen de favorecer a nuestros inferiores; las de proteger y servir a los que valen más que nosotros, son grandes y felices.

Las sociedades protectoras de la infancia, patrocinadas por el gobierno; las casas de huérfanos, los asilos especiales de ancianos, los refugios de todo género de que París está rodeado, hacen de la caridad oficial un gigante de cien ojos y cien brazos. Ahora la caridad particular, privada, es una oropéndola de mil colores, viva y bella, porque la parte que toman las mujeres de rumbo, las señoras nobles y ricas, es la sobresaliente. Inundaciones, terremotos, incendios son cosa suya. España ha visto a esta gran francesa, digo la caridad; la ha visto en Murcia alargando la mano a los que se ahogaban; la ha visto en Andalucía sacando de los escombros a los agonizantes, lavando las lastimaduras de los estropeados. Italia la ha visto en la isla de Ischia. Inglaterra, Austria, Alemania misma, no dejan de verla siempre que una calamidad pública llama la atención de esta santa cubierta de diamantes que se llama caridad parisiense. Santa vanidosa, santa loca, pero santa por sus obras. ¿No he visto yo mismo a las más ilustres damas del barrio de San Germán, convertidas en mendigos, alargar

la mano armada de un platito a los asistentes al concierto, el baile, la venta que organizan en favor de los necesitados? Un día, en la sala de los festines del Gran Hotel, hubo un concierto presidido por la reina de España. La entrada, de veinticinco francos por persona, era ya auxilio suficiente para los pobres a quienes esa vez tocaba la polla. ¿Pensáis que las damas se contentaron con eso? Después del entre-acto de Massenet titulado *Herodiada*, se hizo silencio; y levantándose cuatro o cinco señoras, o digamos más bien deidades olímpicas, porque eran de las más encopetadas y hermosas, se pusieron a recorrer la sala con unas bandejitas de plata forradas interiormente de terciopelo carmesí. ¿Quién hubiera sido el triste que hubiera echado allí una pieza de plata? Todo fué oro. Cuando una de esas sirenas vino a pasar por delante de mí, su bandeja estaba rebosando en luisos relucientes e insolentes. Aquí tenéis a la belleza, la riqueza, la nobleza convertidas en correveidiles del hambre y los harapos. Sea caridad humilde y sincera, sea vanagloria y prurito de manifestarse, el efecto es real; y una vez que el pueblo infeliz, los desheredados del mundo son atendidos, importa poco que en su servicio entre un tanto de ostentación y ligereza. Si el orgullo se pone a las órdenes de la piedad, reconoce de hecho la supremacía de la virtud, deja de ser vicio, y pide se le disimulen algunas de sus insolencias. Otras veces las señoras se vuelven comerciantes, y aun mercachifles; hacen tiendecitas, venden chucherías, ofrecen dar rebajando. Tanto rebajan, que un ramo de violetas de Niza les vale un billete de banco, y por un escapulario dará doscientos francos el devoto de la Virgen y de la tendera. Claro se está que a ese mercado no concurren sino los señorones que pueden regalarse con una flor de a veinticinco duros y una mirada de a cuarenta. En la sala de Alberto el Grande, en una de estas ferias improvisadas, hubo dama de alta guisa que dió un beso por un billete de

mil francos. Las hambres remediadas con ese dinero maldito, las lágrimas de gratitud que produjo ese pecado, se lo hicieron perdonar, sin duda, por el que todo lo perdona, como se alegue en su tribunal una buena intención y una buena obra. El que quiera hacer una limosna de mil francos, vaya a la sala de Alberto el Grande, y cuando se vuelva a su tierra, haga saber por allá que los pobres de París agradecen con besos de duquesas.

La caridad al menudeo corre por cuenta de las clases intermedias: los ricos no dan, personalmente, limosna a los mendigos, ni éstos llegan jamás a los umbrales de esas puertas que son verdaderos esfinges con sus caras de león que tienen la argolla de metal, entre los dientes. Lo que es en la calle, el gran señor condecorado, el marqués, el conde, no se tomará la molestia de alargar la mano al anciano que está muriendo de frío arrimado a esa pared, a la muchachita harapienta que le sale al paso. Su limosna es por mayor, y la hace por medio de la belleza, interviniendo la galantería. Caballero principal habrá que dé cien francos para los pobres, como los deposite en una mano cubierta con el guante de Suecia, entre cuyos botones va y viene el brazaletes de oro; y que no vuelva los ojos a la triste mujer que está temblando en la esquina de la calle, sin haber comido quizá veinticuatro horas. ¿Ni cuándo se les ha de ocurrir a los grandes la ocasión de hacer limosna, si van rompiendo el mundo con sus coches de a dos caballos que se beben los vientos? Los trapos de la desnudez, los ayes de los que han hambre se quedan atrás: el millonario ve adelante, y no oye sino el retintín de los escudos que van cayendo en sus arcas de fierro. La caridad humilde, la limosna de bronce pertenece a las clases modestas: los sueldos no van y vienen sino de la mano del pobre a la del mendigo, y este vaivén sa grado es continuo en París. Todos dan a todos; y así es co-

mo se explica la presencia, por no decir el comercio, de los cien mil pordioseros que afean las calles de la capital del mundo. Dije afean, y no me desdigo. Feo y triste es ver estas suntuosas calles que se llaman **boulevard Haussmann**, **boulevard Maiesherbes**, **carrera de Mesina**, y todas las de su género, interrumpidas a cada paso por hombres sin piernas, por ciegos, por paralíticos que están protestando lúgubremente contra la desigual e injusta repartición de los bienes de la tierra. Cuando menos acuerda el transeunte, se dispara hacia él una especie de máquina viviente, y le sigue en sus veloces ruedas. Si hay pobre importuno y repulsivo, éste es: no me acuerdo haber dado jamás a un **cul-de-jatte**. Ver esa pelota humana desflecharse hacia mis pies, y encendérsese la cólera, todo es uno. Lo que hago para descontar este afecto impío es darle el duplo al primer anciano o a la primera niña-mendigo que encuentro. Los periodistas tienen gran parte en esa ira reprehensible; pues mil veces me han hecho saber que los **cul-de-jatte** son casi todos fingidos, pícaros especuladores que pasan la vida en perfeccionar el arte de inutilizar y ocultar las piernas. En tiempo del Imperio la mendicidad era rigurosamente prohibida; la República la tolera, aunque también la prohíbe. Si hay plena libertad de imprenta, plena libertad de palabra, ¿por qué no ha de haber plena libertad de mendicidad? Justo es dejar gritar al hambre, y sería mejor que el pan seguro le tapase la boca. Pero en las grandes naciones, las grandes ciudades, la caridad oficial, por dilatada que sea, no puede acudir a todos los necesitados; y si la luz del sol no les está prohibida, como en tiempo del Imperio, ¿cómo no han de salir a buscarla los más tristes de los nacidos?

Se echa de ver en París que las mujeres son más caritativas que los hombres; y estas hermosas perdidas que se llaman **cocotas** suelen tener tan buen corazón, que expresa-

mente se llenan los bolsillos de moneda menuda, para ir repartiendo entre los mendigos. Las casas sin patio están libres de estos visitantes desesperantes; en ellas no tienen puertas. Las casas con patio, sin portones de cristal, son el *refugium peccatorum* de los pordioseros. ¡Y qué fachas, señor, y qué voces, y qué cantos! No, éstos no recitan fragmentos de la *Iliada*, ni entre ellos se encuentra el ciego de Esmirna que ha bajado de las montañas a las ciudades a pedir pan en nombre de los héroes y los dioses. La casa donde yo vivo, por falta de uno, tiene dos patios; y la portera es tan compasiva, que jamás les niega el ingreso. No hay ventana que no se abra, ni muchacha que no saque la cabeza y tire sus dos sueldos. Mi criada tiene orden de no quedarse atrás, y da y siempre da, como las otras. Si la caridad es título suficiente para el perdón de los pecados, el infierno está abolido para los parisienses: no hay en el mundo pueblo más caritativo que éste. En el lugar de mi cuna, en la América ecuatorial, la mendicidad es desconocida: si un mendigo se presenta de tarde en tarde, ya saben que es forastero. Para mendigo, vale más sea ave de paso que ave doméstica. En París hay de todo: una buena parte de los cien mil pordioseros que señala la estadística son hijos de las naciones vecinas. Bien como los alemanes emigran a los Estados Unidos en busca de trabajo, así hay emigración de pobres a París. España e Italia son las que más proveen a Francia de este lastimoso artículo. Mil veces me ha sucedido que, cuando he rehusado dar en francés, me han pedido en castellano los mendigos; pero en este caso es cuando menos doy: si la mendicidad es industria, todo apoyo es fomento, y fomento impío. El hambre fingida es la peor forma de la hipocresía, esta matrona de cien caras. Ahora ha poco una vieja ciega y paralítica que andaba haciéndose arrastrar por dos muchachos, dió un escándalo, o más bien lo dieron éstos, en las rejas del Parque de Mon-

ceau. Intervino la policía, y resultó que la tal vieja tenía casa rentera en los Batiñoles, comprada con el producto de su parálisis, pues no hacía menos de treinta francos diarios. Esta inmigrante singular era española, y tan luego como entraba a su casa no era ni paralítica, ni ciega; antes se calzaba las bragas, y andando a paso firme, en voz recia, cobraba la pensión conductiva a sus inquilinos. Esta clase de bribones hace un horrible perjuicio a los pobres de buena fe: por no dar a un ciego fingido, muchos hay que no dan al verdadero. Desde el principio del mundo los justos están pagando por los pecadores; si bien algunas veces las pecadoras suelen pagar por los justos. En el departamento fronterero al que yo ocupo hay una hermosa Frine que tiene a menos tirar piezas de cobre a los mendigos, y tira moneda de plata. Que pague, que pague por los justos. Las cocotas de París son eminentemente caritativas; y no sólo éstas, sino también las púdicas; por donde se ve que si dan limosna, no es con la segunda intención de atenuar sus culpas. Esas muchachas frescas, bien traídas, que andan descubiertas, con el pelo recortado en la frente, que les da aspecto de lindos frailecitos, se llaman obreras en París. Pues donde encuentran un pobre, allí se detienen, y, tome usted, señor, dos sueldos pasan de ese bolsillo caliente y apetitoso a la bolsa fría y grasienta del mendigo. El oro en la princesa, la duquesa; el cobre en la obrerita: la caridad varía de colores, es camaleón cuyo pelo mágico recibe todas las bandas del iris, según que los rayos del sol hieren en ella, cuando del oriente, cuando del occidente. Si caen del cenit, brillan soberbios: en este caso la caridad es fuerte y generosa, como el león. El cobre viene de abajo, y no deslumbra; pero tiene un fulgor invisible que está dilatándose en las regiones de la inmortalidad, y que será luz inmensa y pura el día que vuele arriba el virtuoso humilde en alas de las buenas obras.

DEL DUELO

He leído que esta costumbre nació en los tiempos caballerescos, y que de ella no se encuentran vestigios en la antigüedad, ni entre los griegos, ni entre los romanos. Que el duelo o desafío no reinó en esos pueblos, es cosa averiguada; pero que no se hallen señales de él, en poco está que yo lo ponga en duda. El combate de los tres Horacios y los tres Curiacios, personeros de los romanos y los hijos de Alba, no es sino un desafío. La provocación de Marco Antonio a Octavio tiene ya los caracteres del duelo de persona a persona, tal cual se lo usa en nuestros tiempos. Los retóricos suelen citar la respuesta de ese imberbe que estaba madurando para emperador, como ejemplo de magnanimidad y celsitud de espíritu: "Decid a Antonio que él puede morir de cien maneras; que yo no estoy cansado de la vida, ni tengo que quejarme de la suerte". ¡Rara pretensión, sin duda, la de ese interesante borracho, querer que su brazo decida de nuevo lo que ya lo había decidido la fortuna! El fugitivo de Actium, el esclavo de Cleopatra, que deja la batalla, por seguir a su medrosa querida que sale huyendo a lo mejor, ¿qué derecho tiene para poner en contingencia el imperio del mundo, que acaba de perder bajo el yugo de una pasión indigna de un guerrero? No son comunes los casos de riñas personales en la historia clásica; y efectivamente el duelo cobra autoridad y se establece con la caballería en las naciones europeas. El uso de la espada en los

nobles y señores tiene su fundamento. No en vano carga espada el príncipe, dice el barón de Montesquieu; de este modo, no en vano carga espada el caballero, que ni la tira sin razón, ni la envaina sin honor. Sin razón, la tira muchas veces: la que él tiene por justa y suficiente no es quizá sino una exigencia de la vanidad o un error pintoresco del orgullo. Exigencia de la vanidad y error del orgullo que tienen mucho de noble, aun cuando a nosotros nos parezcan aprensiones ajenas de pueblos civilizados. ¿De qué se compone la civilización sino de actos de barbarie torneados delicadamente y vestidos de esos fluecos primorosos que se llaman deber, punto de honra, dignidad y vergüenza? Puede la barbarie ser feroz en muchas de sus obras; estas mismas obras, acepilladas, embarnizadas y pulidas, son las de la civilización, donde queda uno mismo el fundamento de las cosas. Beltrán Duguesclin, el caballero Bayardo, Tomás de Cantorbery son figuras grandiosas que traen un mundo en la hoja que vienen arrastrando, metida en su vaina de oro. Duerme la espada en su recinto sagrado; pero su sueño es ligero: el ¡ay! de un niño oprimido, la mirada doliente de una hermosa la despiertan, y esa sierpe sublime sale, fulgura y bebe sangre. El enderezador de tuertos y desfacedor de agravios es personaje bello y seductor, en esos tiempos donde la doncella menesterosa y el pobre desvalido hallan protectores y campeones a la vuelta de la calle. Quitad de Don Quijote los palos, y decid, ¿hay en ninguna estación del género humano héroe que vuelva más simpáticas las virtudes del hombre, ni sea más deslumbrador para las mujeres? Si encuentro por esos mundos un adalid que va a restablecer en su trono a la princesa Micomicona, cortando el pescuezo al gigante que ha usurpado sus dominios, le tengo por loco, sin duda; pero cierto de que esa locura ha provenido de los más elevados pensamientos y las

más acendradas pasiones, me descubro, y le dejo seguir su viaje, sin reirme de él ni hacer burlas insanas.

La gran época del desafío fué la de la caballería: donde esos paladines armados de punta en blanco salen a los caminos a obstruir el paso a los caballeros que se vienen de vuelta encontrada, y les gritan desde lejos: Quienesquiera que seáis, caballeros, deteneos, y volveos sin decir palabra, si no confesáis al punto que nuestras damas son más hermosas que las vuestras. Agora lo veredes, dijo Agrajes, responden los reciénvenidos, y sin más preámbulos se vienen a las manos, y en dos por tres se rompen la cabeza en singular batalla. Hoy no se combaten los caballeros sobre la hermosura de las damas; pero, ¿cuál es más loco, el que busca pleito para dejar sentada la primacía de la señora de sus pensamientos, o el que envía un cartel a un transeunte, porque le ha mirado al soslayo? Los duelistas de nuestro tiempo, los periodistas, los enamorados a la moderna son caballeros andantes de nueva especie, y al paso que hacen figa de Don Quijote, caen ellos mismos en insensatez y dan tristes pruebas de flaqueza humana. El duelo es una de las más fuertes costumbres de nuestra civilización; tan fuerte, que todo el poder de los reyes absolutos toda la autoridad de la Iglesia en sus épocas de poderío no la han debilitado ni modificado. Las terribles Ordenanzas de Luis XIV contra el duelo, los rayos del Vaticano contra los duelistas, nada han podido; y esta ruda práctica, graciosamente pulida por el siglo décimonono, domina sin contrarresto en las naciones más civilizadas del mundo, a pesar de aquel severo monarca, que no puede reinar sobre los franceses desde las profundidades de la tumba. ¿Qué ha de poder, cuando su esqueleto mismo fué sacudido con furia y crujió lastimosamente en manos del pueblo vengador? En cuanto a las centellas de Santo Angelo, se apagaron; y ese humillo invi-

sible no aterra ni deslumbra a los incrédulos, ni siquiera a los creyentes.

El desafío, cosa antigua, se halla hoy en la fuerza de la edad; y es mozo tan audaz, fuerte y denonado, que la ley, intimidada, se le rinde, o huye de él y se esconde por el laberinto de los códigos. En cuanto a las costumbres, muchachas ligeras, y aun locas, tienen a gloria el amor y la galantería de ese calavera de buen tono. Los hombres hacen duelo, pero las costumbres lo admiten. Los hombres hacen las leyes, dice un pensador; las mujeres las costumbres. Efectivamente, son las mujeres las que han hecho el duelo. Antes de combatirse los caballeros por la más insignificante queja de la vanidad, se combatieron por la posesión, la honra, y hasta por el capricho de una mujer. Cuando en los buenos tiempos se combatían por las faltas y los pecados de las hijas de Eva, ¿no se habían de combatir por sus preferencias y favores? Un atrevido cometió una vez el delito de lesa majestad de decir que el rey de Francia no era hijo de su padre. Cien nobles salieron al punto a jurar sobre los santos evangelios que el rey, su señor, era hijo legítimo, y a llamar en alta voz a la estacada al tenebroso denigrador. En cien desafíos, las mujeres causaban los noventa, y éstos eran los terribles, porque los celos son como Teutates, quieren sangre. Hoy el divorcio y la imprenta han desbancado a la mujer; digo que los hombres, ocupados en pelarse las barbas y arrancarse el pellejo sobre un sí señor, y un no señor, se desentienden de sus deberes de andantes, y las emperatrices y reinas desposeídas se quedan sin sus tronos, por falta de un Reinaldo de Montalbán o un Don Quijote de la Mancha. En París, verbigracia, asiento y solar del duelo, de cien desafíos, los noventa son entre periodistas, rara vez por una mujer; en lo que el duelo ha perdido su índole caballeresca, cobrando aspecto de política, poco amable,

por cierto, a los ojos de las mujeres. Lo que ellas han menester es que los hombres se rompan los cascos por ellas; mas, ¿qué les va ni qué les viene en que se hagan pedazos por majaderías que se llaman periódico, prensa, polémica, y otras que para ellas nada significan? Hacerse pedazos, no se hacen los hombres: con la decadencia de los celos y con el divorcio ha desaparecido la ferocidad en el duelo. El punto de honra de un escritor es delicadísimo; se empaña con el aliento; pero asimismo es fácil de atersar y pulir; los agravios de la imprenta no requieren sino una gota de sangre; la mano paga lo que no debe el corazón: el caballero que sabe su deber no trata de herir en el pecho; la punta de su espada busca el brazo de su adversario, o desflora benignamente la piel del dorso de la mano. La cólera se apaga, el punto, o el honor, queda satisfecho, y en los dos leales y generosos campeones hay dos buenos amigos que, de brazo, se van a almorzar junto con sus padrinos. En términos como éstos el duelo es costumbre que no rechazan filósofos ni moralistas: él impide la perpetuación del odio, desarma la venganza, y pone pronto remedio a desazones que, sin él, cobrarán semblante de enfermedades peligrosas. Las enfermedades del ánimo y la imaginación son las terribles: el desafío las ha borrado del libro en que los locos de los hombres están sentando sus males desde el principio del mundo.

Cosa tan moliente y corriente es el duelo en las naciones católicas de Europa, que, los periódicos, no sólo dan cuenta de los que ocurren todos los días, y publican el acta de cada uno, sino también los anuncian antes de que se verifiquen, citando personas, hora y lugar. La policía no interviene, las autoridades no se dan por entendidas, ni cura ni obispo niegan anticipadamente el cementerio y cargan de maldiciones a los duelistas, y todo va a las mil maravillas,

porque, según la estadística del duelo, en Francia, no hay sino cinco muertes por quinientos desafíos. Cinco muertes que no hubieran ocurrido, es verdad, si no reinara el duelo; pero sin esas cinco tumbas violentas, ¿cuántas fiebres sin cordial, cuántos furoros sin desahogo, cuántas venganzas sin satisfacción, cuántas deshonras sin remedio, cuántos insultos sin castigo, cuántos bofetones, cuántos palos, cuántos desórdenes públicos, cuántos asesinatos y crímenes? Los que llaman bárbara la costumbre del duelo, no ven que, como se lo usa en las naciones civilizadas de Europa, no es sino refinamiento de cultura y suavizamiento de maneras. Si no creen los antiduelistas este principio teórico, se verán obligados a dar fe a los hechos. En una ciudad que yo me sé, pero que no he de nombrar, porque no me acuerdo de ella sin amor, dos señores de pelo en pecho tuvieron razones tan duras y ofensivas, que la escaramuza verbal por fuerza había de parar en las manos. Desafiados en regla, citados hora y lugar, sin testigos, se abocaron los dos contendientes. El uno, hidalgo, leal, pundonoroso, dijo a su adversario: Aquí tiene usted dos pistolas iguales en un todo: examínelas, y elija la que le guste. Mi pistola es ésta, contestó el otro. Y tirando al suelo la capa, blandió un palo, arma de la canalla, instrumento infame; del primer golpe en la cabeza le echó por tierra, le estuvo zurrando un cuarto de hora, le dejó por muerto, y se fué muy pagado de su hazaña a referirla a sus parciales, en medio de nobles y puras carcajadas. Persona de mucha nota, hombre político, miembro principal de la aristocracia, general de ejército, ¿qué hubiera hecho la víctima sino morir de ira y vergüenza? Murió. La viuda alzó el campo con sus hijos, dejó casa, bienes de fortuna, todo, y, aterrada de la suerte que había corrido su marido, huyó para siempre del lugar de su cuna. Cuando, en París, viéndola sucumbir lentamente al dolor y la nostalgia, le aconsejaba yo volver a su patria:

De aquí, señor don Juan, allá, respondía ella mirando al cielo. Se fué, e hizo bien. La muerte llega siempre tarde para los que padecen. Si la espada no tuviera otro mérito que el de haber desterrado el palo, eso bastara para que ella fuera una fuerza de civilización. Donde la ley y las costumbres rechazan el duelo, reina el palo, el garrotillo vil; y son esos, esos hombres, los que llaman bárbaro el desafío, y persiguen de muerte a los que salen al campo del honor como buenos y leales!

Preciso es, en efecto, que haya una manera decente de poner fin a las disensiones que ocurren todos los días entre hombres delicados, ardorosos, o soberbios que se están co-deando en la cámara, la imprenta, las sociedades políticas, las reuniones públicas, y quizá en el estrado y la sala de tertulia. ¿Cómo se remedia un insulto notorio, una burla sangrienta, una insinuación calumniosa, una cosa de esas que, grandes motivos de enojo para el hombre de pundonor, son futelezas para la ley y el juzgado? El que arrastrase a los tribunales de justicia al que le da un cachete, se haría ridículo. El juez, por pura fórmula, condenaría al agresor a una peseta de daños y perjuicios; y el amigo de la ley, el timorato que no quiere cometer el pecado del desafío, quedaría para escarnio y mofa de las gentes, dejando de pertenecer a esa flor de la sociedad humana que se compone de hombres de pundonor y vergüenza. No es necesario matarse por causas más baratas que la vida; pero ¿qué hay de atroz en esa brillante justa en que dos valientes concluyen sus rencores y ponen en su punto la honra con una gota de sangre que salta alegre de la mano, y lava como por ensalmo la mancha transitoria de uno de los campeones? Sin el duelo, el mundo sería de los farsantes, malcriados, atrevidos por impunidad, envidiosos y pérfidos que andan afanados sin hacer nada y haciendo mucho, si son empleo

feliz la murmuración, la alevosía, el odio disfrazado de amistad con que nos suelen perseguir y dar sus asaltos en los recodos del trato social, a un mismo tiempo que venden lo exquisito de su hidalguía y sientan plaza de señores de puros antecedentes.

Yo recibí ahora ha pocos días una esquila de desafío en esta forma: "Cuando usted me trató como me trató en el boulevard antes de anoche, será tal vez que se cree insultado por mí. Si esto es así, estoy pronto a darle una satisfacción, en cualquier terreno". Providencia caballerosa y brillante que quiere decir: "Cuando usted me volvió la espalda en la calle, será quizá que se cree insultado por mí". Este es el *pardon, Monsieur*, del que salta pisado en el dedo malo. Dios de bondad, ¿a quién le ocurre preguntar a nadie si piensa que debe desafiarle? El que recibe el taco y ve la espalda, sabe lo que le cumple; que yo por mi parte sé que nadie me hace un insulto cara a cara sin llevar un bofetón de cuello vuelto. Los insultos que los malsines me hacen o pueden hacerme, lejos de mí, en sus bestiales desahogos, no me dan cuidado. "Aristóteles, ¿sabes que Crates ha dicho de tí mil picardías?" "Que haga más, responde el filósofo; que me dé látigo, puesto que no sea en mi presencia". Ahora, pregunto yo, si un excelente hombre cuya opinión respecto del duelo es que él es "inmoral y ridículo", y que me espeta de contado esta opinión, es corredor a propósito para el asunto de salir a la estacada? Harto he dicho ya por donde se puede ver que el duelo no es inmoral, y que, por el contrario, en la forma benigna y generosa que hoy tiene, es agente moralizador. En cuanto a "ridículo", toda coyuntura donde entran honra y sangre está lejos de la ridiculez; ni veo yo por dónde pueda ser ridículo un lance en que la vida corre peligro, y en que dos hombres pundonorosos terminan un desacuerdo; lance sin

el que las pasiones, rebosando en el pecho y creciendo sin salida, pudieran cobrar la fea y terrible catadura del crimen. El duque de Montpensier, cuando recibe con sereno continente tres disparos de D. Juan de Borbón, no es personaje ridículo; y D. Juan de Borbón, cuando cae de largo a largo herido en la frente por su adversario, no es tampoco ridículo. ¡Ridícula la espada en manos de Bayardo, el caballero sin miedo y sin mancilla; ridícula la espada en manos de Beltrán Duguesclin, eterno vengador de mujeres ofendidas; ridícula la espada en manos de Jorge de Boupag, de Juan de Merlo, Suero de Quiñones, y todos esos nobles paladines que fundaron el arte de la esgrima, lo cultivaron y honraron con su sangre, para gloria de la caballería! En los buenos tiempos de las aventuras no fué ridícula la espada, ni con todas sus demencias; hoy que el quijotismo ha desaparecido, nada queda en el arte de las armas que no sea digno y esplendoroso, cuando el acero centellea en manos del que tiene derecho a él por el honor, el valor y el coraje bien fundado. ¿Ni cómo puede ser ridícula una costumbre que obliga a los caballeros principales, y hace ridículo y despreciable al que, so cualquier pretexto, huye el bulto y se pone fuera de ella? Adonde fueres haz lo que vieres: el que en Francia, Italia o España se rehusa a un lance que él ha provocado con sus temeridades, atrevimientos o desvergüenzas, deja de ser caballero, y seguro está que nadie le desafíe en lo adelante. ¿Cómo se componen ciertas irregularidades del trato social que no son de la jurisdicción del juez, y que no pueden quedar impunes sin mengua del que las sufre y tolera? Actos de cortesía recibidos con desprecio, palabras injuriosas, codazos insolentes, risas escandalosas o sonrisas envenenadas, no son materia de tribunales: en sinrazones y tuertos de esta naturaleza el juez es el orgullo de cada uno, cada uno se reúne en sesión secreta consigo mismo, delibera y da la sentencia que requiere su propia justicia.

“Señor, este hombre no ha contestado a mi salutación”. ¿Y qué tengo yo que ver en eso? responde el juez.

“Señor, este hombre me ha vuelto la espalda cuando yo me le llegaba en son de amigo”. ¿Buen amigo? responde el juez; ¿amigo leal, sincero? ¿amigo discreto, delicado? Llénese usted de indignación, arda en ira, y pídale cuenta de su silencio a ese orgulloso; pero si usted tiene la culpa de ese desdén, sufra la pena de su mala índole.

“Señor, este hombre ha soltado una carcajada, al verme pasar”. Si es un truhán, un loco, un tonto de ninguna significación, pase usted adelante sin mirarle. Si es persona que merece la cólera de usted, gobiérnese usted por las reglas que los caballeros siguen en estos casos.

“Señor, este hombre se ha sonreído entre las barbas y ha pasado mirándome de reojo”. ¿Y usted qué ha hecho? dice el juez: la sonrisa y el puntapié se dan la mano; pero yo no puedo mandar al verdugo que le dé de puntapiés al sonriente, por el mudo sarcasmo de que usted ha sido víctima.

Ya veis cuántas palabras, cuántas acciones, cuántos modales no son de la competencia del juzgado, y que, sin ser criminosas, no son inocentes para el que es objeto de ellas. En los pueblos donde no tiene cabida el desafío caballeresco, todo eso queda impune, fomenta con la impunidad o acarrea golpes brutales y trapisondas plebeyas. Sir Carlos Dilke, noble de primera clase, ex-ministro de la Gran Bretaña, es blanco de la más atroz contumelia que puede ocurrir entre gente de pro. Sir Carlos, pálido de cólera, temblándole y crujiéndole los huesos, se esfuerza, se vence y guarda silencio, con ser que su ofensor, noble como él, es militar condecorado y persona de campanillas. Los ingleses no usan el duelo: la canalla se va a las manos, se combate a puñetazos, se rompe las narices y se fractura el pecho. Los

caballeros no tienen este arbitrio, y, como sir Carlos Dilke, se beben los insultos de los soldados insolentes. En Francia nadie está expuesto a desazones como ésta: la espada salta, brilla, y con un relámpago de los suyos borra las ofensas y ahuyenta los puños de los boxeadores. El conde de Keratry, senador, sale al campo después de una mala palabra, y con un general de división, ministro de la guerra, pone el honor y las cosas en su punto. Donde los más elevados personajes, legisladores, generales, ministros, resuelven sus cuestiones personales con la punta del acero, ¿hemos de salir nosotros diciendo que el duelo es inmoral y ridículo? ¿Ridículo Boulanger? ¿ridículo Keratry? ¿Ridículos Fortou y Gambetta, ministro de Mac-Mahón el uno, gran orador, gran tribuno y grande hombre el otro? ¿Ridículo Cassagnac? ¿Ridículo Rochefort? No, éste no es ridículo: los duelos de este escritor formidable son famosos; y tan lejos está de ser ridículo, que la prensa, toda la prensa, republicanos, bonapartistas y realistas han aplaudido ruidosamente, no un desafío aceptado, sino un desafío rehusado en estos días. Cuando va del pundonor, no hay sino un partido entre los franceses; y, sea que una persona visible se combata resueltamente, sea que se niegue a las provocaciones de un enemigo inaceptable, no es ridículo. El príncipe Napoleón estuvo a punto de serlo; mas la ironía sangrienta de su negativa, la chispa de su contestación le salvaron de la ridiculez. Desafiado en Londres por el duque de Aumale, hijo de Luis Felipe, rey de Francia, respondió que él no peleaba con individuos que tenían sogas de ahorcado en el bolsillo. Esta sogas y este ahorcado son toda una tragedia de Shakespeare, de la que se quedarán en ayunas mis lectores de América, por ser materia ajena de mi asunto. La sombra del viejo Condé, como la de Bancu... Pero vamos a lo que importa.

Un duelo espantoso acaba de verificarse en Palermo entre dos diputados italianos; duelo al sable, duelo a muerte, de los muy raros que ocurren en las naciones caballerescas. Los testigos están a treinta pasos de la estacada, y no pueden adelantar un punto: los combatientes, aislados en mortal soledad, se ponen frente a frente. El sable, largo, ancho, se levanta y echa llamas al aire: ya cae, ya rompe. . . ¡Qué vaivén terrible y apurado el de esas dos culebras enfurecidas! Tajo, revés, fendiente, los campeones son dos maestros en las armas. Policastrelli ha perdido una oreja que yace por el suelo como hoja arrancada por el viento. Chorreando sangre, temblando de furor, tira un golpe. Su enemigo se lo quita, y de otro sablazo le vuela la nariz. Policastrelli es un monstruo. Herido, mutilado, feo pero hermoso en su cólera sublime, se venga y vence de un solo fendiente, fendiente gigantesco. El conde Monroy-Ranchibile cae, está muerto. Por rehuir la cabeza, la echó hacia atrás y mostró el pecho; partido en dos mitades, el corazón palpita aún, está ahogándose en esa boca horrenda, por donde salen sangre y vida. El conde Monroy-Ranchibile está muerto; ¡muerto, digo! Duelos como éste son terribles, cosa fea y grande; y lo ridículo no se compagina con lo grande ni con lo terrible. Bárbaro, ¿qué diré? Lo concedo, a más no poder; mas si esa contienda, brutal, pero leal, franca y decisiva, es bárbara, ¿qué no hubiera sido el asesinato, el crimen inevitable sin ese duelo salvador? Los hombres, locos, malos o fatuos, se ponen ellos mismos en angosturas de las cuales no pueden salir sino por los labios de una herida. Los franceses, y en general los pueblos que profesan el desafío, no admiten sino un caso de duelo a toda sangre, la afrenta hecha a una mujer que les toca de muy cerca, madre, esposa, hija o hermana. Los que niegan a un hombre el derecho de provocar a singular combate al que insulta, ofende atrozmente y escarnece a la mujer que se llama es-

posa, madre, hija, hermana nuestra, esos no tienen nociones de moral ni saben lo que es deber. En cuanto al orgullo, este brillante vicio del alma superior, vicio que, practicado con razón y en buenas ocasiones viene a ser virtud; en cuanto al orgullo, digo, no les atormenta con sus ardientes, voluptuosas y saludables comezones. Si las mujeres que demoran debajo de nuestro techo; si esas de las cuales dependen nuestra honra, nuestro pundonor y felicidad, no hallan en nosotros la protección debida y necesaria, ¿qué somos nosotros respecto de ellas? El hombre es el protector, siempre y en todo caso; y mil ocasiones habrá en que sea o deba ser el vengador.

Las repúblicas de América no admiten el duelo, porque, dicen, son católicas. El palo toma allí el lugar de la espada, y de eso proviene el que, las que pudieran ser tragedias grandiosas, son comedias infames. Cuando el palo se convierte en espada, seremos más buenos cristianos, porque las gotas de sangre que ella bebe sobriamente redimen muchos pecados sociales y fundan la religión del honor, sin herir en la religión de la conciencia. Ahora ved, americanos, si hablo sin fundamento, como parlanchín lleno de variedades.

Las naciones europeas que cultivan y practican el duelo son precisamente las católicas, Francia, Italia y España: las protestantes lo repelen. En Alemania un duelo es maravilla, y si ocurre, es entre católicos. Entre los ingleses el desafío no tiene cabida, y por el mismo caso los americanos del norte no lo usan. En cuanto a las otras religiones, el duelo es desconocido entre turcos, moros y asiáticos de todo linaje. Que italianos y franceses no sean autoridad para nosotros, está bien; pero los españoles? ¿Y en España, desde el maestro Carranza hasta Antonio Espeleta, han flore-

cido esgrimidores que les levantan el gallo a los Vigeanes y Merignacs. En España, la nación católica por excelencia, ocurren desafíos como el de esos dos príncipes reales, don Juan de Borbón y Felipe Luis de Orleáns, el uno, hermano del rey de España, el otro, hijo del rey de Francia. No apruebo esa ferocidad, y no quiera el cielo que esa aventura tenga imitadores; pero, sin la porfía, la soberbia, el odio implacable del príncipe don Juan, ¿no hubieran podido entrar esos dos hombres en razón, y poner en orden el asunto mediante una espadada generosa? Sí, por cierto, y tanto más cuanto que no había que buscar la mujer atrás de ese enojo; eran simples injurias y rivalidades políticas de las que no merecen el gran desafío que dedicamos a los grandes puntos de honra.

He visto en París justas de armas que me han embelesado. El arte es bello, y tal su perfección, que no hay quien la alcance sin la práctica de toda la vida. En el Circo de Verano hubo ahora ha pocos meses una justa de rumbo. Los más insignes justadores de Francia, presididos por el ministro de la guerra, se acometieron allí de dos en dos con pasos, lances, agresiones y quites maravillosos, que arrancaban grandes tronadas de aplausos al concurso. Las mujeres eran las que más bulla metían; y más cuando se presentó en la arena un paladín vestido de negro, baja la visera, e hizo el saludo militar al juez de la liza con donosas travesuras y elegantes vibraciones de florete. Era el españolito Aldana, gran justador, a quien yo había visto a mi lado, sin conocerle, profundamente embozado en su capa. Capa... me estaba yo diciendo; éste, sin duda, es español. Cuando le llegó su vez, y Merignac el joven le llamó al combate, desembozándose con suma elegancia, saltó al palenque en su gracioso vestido de campeador, y a la voz de Boulanger: ¡Romped, señores! rompieron, se acometieron y acu-

chillaron de modo que no había más que ver. El barón de San Malato no es más gentil y airoso cuando hace armas con Vigeant, caballero de la legión de honor. A la segunda arremetida, el español, plantándose de súbito, gritó **Touché!** El paladín francés, leal y sincero, en voz baja, respondió: **Touché!** Merignac no es de los que se quedan con una estocada: a los cinco minutos de combate, dió a su vez el grito del vencedor: **Touché!** y el castellano, tan sincero y leal como su adversario, respondió: **Touché.** Cada cual sacó su herida sin punta, uno y otro riñeron como buenos, y a la voz del juez del torneo: **Messieurs, c'est bien et bon,** se separaron como amigos.

Cuando disfruto de una cosa que me gusta, suspiro, sintiendo no saberla o no ser capaz de ella. No tengo yo la culpa: a mi educación, como a la de todos los hispano-americanos, le falta esta flor. Flor he dicho; no es flor, sino cosa necesaria para el que viaja o viene a vivir en Europa. La pistola suple a la espada, es cierto; mas los duelos a pistola pierden lo caballeresco y envuelven más peligro de lo que sufre la causa del desafío: por razones livianas, es dura cosa poner el pecho a la bala que no está por averiguar si su dueño desea o no la muerte de su contrario. Mas si somos tan desgraciados que no conocemos el juego de la espada, no acabemos de perdernos con rehuír las ocasiones so pretexto de que no esgrimimos; y paguemos nuestra ignorancia, si el honor lo exige, con una linda bala en el corazón o la cabeza, si la suerte y un puño cértero no nos ayudan con echar patas arriba a nuestros enemigos. ¡Lástima de educación según la cual ni los militares juegan la espada! La gimnasia y la esgrima faltan en nuestros colegios. Fundamentos de religión, está bien; tintura de latín, no me parece mal; baño de filosofía, en buenahora; mas, ¿por qué no desenvolvemos el cuerpo de los niños en la escuela gim-

nástica, por qué no fortificamos el brazo y el ánimo de los jóvenes por medio de la esgrima? Con la espada vienen las nociones claras del honor; la espada comunica ese noble orgullo con que los hombres se gallardean seguros de sí mismos. Los gentiles tenían el gimnasio, los católicos tienen la esgrima; los griegos formaban Alcibíades en sus escuelas; los franceses, italianos y españoles sacan de las suyas esos caballeros sin miedo que dan a sus cosas timbre y delicadeza con la espada de punto de oro. No quiero que nosotros hagamos espadachines: los espadachines de profesión han desaparecido de Europa, echados por las costumbres cultas y señoriles; y uno de esos canallas que van y vienen haciendo insultos y provocaciones pagadas, es ente vil que no tiene que ver sino con la policía. Esto más hay de bueno en la esgrima, que, como todos la conocen, todos se sienten fuertes, y no hay fanfarrón que ande haciéndose temer con una habilidad que no es común a los demás. Todos los grandes planteles de educación, en Francia, tienen su respectiva sala de armas: de la Escuela Politécnica, del colegio de San Cyr salen esos gallardos mozos que, blandiendo el acero, cuando en la batalla, cuando en la estacada, vienen a ser generales de ejército o almirantes de las flotas. Un escritor, un literato, como no es ni menos hábil, ni menos animoso que un valiente militar, no le teme; la casaca negra se pone al frente de la colorada, y muchas veces lleva lo mejor. Donde todos son iguales, todos son moderados. La espada, lista, rápida, gloriosa, no es matasiete despreciable; no sale de su santuario sino cuando el honor le da voces, ni vuelve a él sino cuando todo lo ha compuesto con su imperiosa cordura. Espada, noble espada, dios penate de los pueblos civilizados, tú refinas las costumbres y purificas la honra: sal de tu vaina, echa centellas, y que a tu luz heroica huya el puño bestial del hombre basto, huya y se esconda el palo del enemigo sin nobleza.

El duelo no se efectúa a ciegas; tiene sus principios y guarda sus condiciones. Honorabilidad es el primer requisito: el pícaro, el canalla, el ruín, no tienen derecho de llamar al campo del honor al hombre que lo cultiva con esmero y lo guarda con veneración. La edad, la posición social de los combatientes han de guardar asimismo ciertas razonables proporciones, de suerte que el nombre, la importancia, la gloria quizá del uno de ellos no sufra menoscabo con la pequeñez del otro. ¿Cuáles serían los fueros de los años, el estudio, el talento, la consideración pública, si un mozalbete cualquiera, ansioso de fama prematura, henchido de vanidad, fuese libre de levantarse a la cumbre adonde han llegado a fuerza de trabajo, audacia y valor los hombres provecos que ni han temido a los tiranos, ni han rehuído los peligros, devorando como buenos y fuertes las desazones y amarguras que las luchas políticas y sociales suelen traer en su ingrato seno? El duelo es varón aristocrático; no renuncia sus prerrogativas ni da oído a la canalla. He aquí por qué la espada no ha bastardeado, y por qué, en todo tiempo, donde haya caballeros, será agente de justos desagravios, y nunca instrumento de alevosía y deshonor. Para el crimen, el puñal; para la vileza, el palo. El acero, acero bien templado, es del valiente, el pundonoroso quien no busca satisfacción, si ella va fuera de la órbita donde giran las virtudes sociales. Acero es aquí el arma recibida por las costumbres, entre pueblos civilizados: espada, sable, todo es acero. La pistola conserva sus títulos antiguos, es gran señora en todo tiempo; y para salvaguardia del honor, vale tanto como la hoja toledana. Lord Byron metía once balas en un mismo agujero: no hagamos tanto; pero como acertemos la primera, no habremos quedado mal. Aquí me salen al paso los pescadores de un pez, y me recuerdan el cartel de desafío que Tomás Moore, el chiquito de talento grande que vosotros sabéis, oh literatos, pasó

al noble lord. Este, y otros casos podrán citarme; pero, ¿es cosa nueva el antiguo modo de decir: "no hay regla sin excepción?" Lo que afirmo es que los ingleses no dan cabida al duelo en sus costumbres, y que un desafío es rara avis en Inglaterra. ¿Mas cómo no hubiera habido uno que desafiase al vate amargo que escribió con escalpelo y no con pluma la grandiosa diatriba de *Los poetas ingleses y los críticos escoceses*? Los críticos también suelen salir rabo entre piernas, aun cuando sean Sainte-Beuves y Macaulays: testigo Julio Janin, quien no acaba de arrepentirse, ni en la tumba, de su grosera arremetida a sir Lytton Bulwer. Si son *urcu-Sainte-Beuves* y *sacha-Macaulays*, con más gana. Esto de poder meter once balas en un mismo agujero, o cien cuchilladas maestras en una página, es mucho cuento, amigos. Tomás Moore no volvió a escribir contra lord Byron; antes, rendido a su talento, fué su más ferviente admirador. ¡Pluguiese a Dios que las once balas y las cien cuchilladas produjesen hoy estos efectos! La espada y la pistola, ya lo veis, se meten hasta en el corazón de la literatura.

EL JUBILEO

El 31 de diciembre llegamos a Roma, habiendo cruzado la Italia del Norte en el tren rápido que se engolfa en el túnel del Moncenís. Por la tarde nos hallábamos en el Pincio, contemplando la Ciudad Eterna y volviendo los ojos, ya hacia el domo de San Pedro, ya hacia las murallas carcomidas que han visto pasar sobre ellas veinte siglos, y están presenciando en su vejez los sucesos de los tiempos y las revoluciones del mundo. Un coche tirado por dos torrillos, sin aparato ninguno, pasa por delante de nosotros: el rey Humberto y la reina Margarita de Saboya van en él, modesta, oscuramente y en silencio, como si no fueran soberanos de una de las más poderosas naciones que se han formado en esta época. Ni trompetas, ni lacayos, ni alabarderos y maceros: el rey constitucional, rey democrático, no asorda con los cascabeles de la vanidad, ni deslumbra con los resplandores del orgullo. La gente va escurriéndose por la ladera, se deshace al llegar a la plaza de España, y desaparece por las diferentes calles que desembocan en ese punto, uno de los más conocidos y concurridos de Roma. Tal cual paseante rezagado que espera la noche para dar vado a su melancolía, anda aún por entre los desnudos árboles; mas esa triste presencia nada puede contra la soledad que invade ese elevado sitio y se pone a reinar con su

mutismo y sus lágrimas secretas. El crepúsculo, en las zonas templadas, no es el ¡ay! fugitivo con que muere el día en la zona tórrida; es largo, porfiado, y se ennegrece lentamente. Ya es de noche en la ciudad, pero el sol está aún blanqueando el horizonte con un rayo de luz olvidado en su carrera. El monte Mario, allá, distante, es un sueño: no se sabe si es hijo real de la naturaleza, o la sombra de una montaña de otros mundos. El occidente está visible todavía, rodeado de la noche: una nube compacta, larga, de negro intenso, se dilata horizontalmente, y sobre ella ráfagas apenas visibles de una que media hora antes fué viva púrpura, están yaciendo con vitalidad incierta, como restos de pensamientos profanos que atormentasen la imaginación de un moribundo. Cierra la noche, nada vemos; pero la bóveda celeste abre sus mil ojos que empiezan a guiñar a la tierra, y cuando sucumbe el sol, nacen a su alta vida las estrellas. La basílica de San Pedro, el Vaticano son montones de tinieblas que se levantan a orillas del Tíber; y el castillo de Santo Angelo, centinela de esos dos monarcas de piedra, hace la guardia como suizo fiel y vigilante.

Al otro día, día de año nuevo, primero de enero de 1888, que plegue a Dios sea año de gracia, nos despertábamos en el Hotel de Rusia al son inmenso de las campanas de cuatrocientas iglesias, echadas a vuelo por los ámbitos de la Ciudad Eterna. Nuestra Señora del Pópolo, Santa María Maggiore levantan a las nubes su alegría con esos cánticos sin palabras, sonoros, argentinos y largos que salen del seno de sus torres. San Juan de Letrán llena el espacio con los profundos mugidos de su campana grande, loca en su gozo místico, incesante y desesperada, cual si se viese en manos de Cuasimodo. San Pancracio, allá en su altura; San Pablo, allá al fin del mundo, ecos remotos, contestan a la basílica de San Pedro que está repicando como para llamar

a un juicio final dichoso para todos; y ese conjunto de voces aéreas va a derramarse y perderse por las soledades de la campiña romana. Los hijos de Roma y los sesenta mil extranjeros que han llegado hasta la víspera, están de pies: la misa del papa será a las nueve del día; mas a las ocho es ya tarde, porque el templo está rebotando en cuarenta mil personas de todas las naciones del mundo. Las obras de Miguel Angel tienen el sello de grandeza que Dios imprimió en su cerebro y su corazón: ese artista-gigante no conoce lo pequeño: como estatuario, hace su Moisés, rompiendo el mármol bruto a diestra y a siniestra, con su martillo de cíclope, semejante al dios creador de los escandinavos. Como pintor, levanta al cielo raso la brocha cargada de los colores fuertes del purgatorio y el infierno, y compone el Juicio final de la Capilla Sixtina. Como arquitecto, la cúpula de San Pedro sale entera de su pensamiento, y de golpe se planta sobre la fábrica de Bernino. Dicen que las admirables proporciones de ese templo, la perfecta simetría, la armonía de todas sus partes producen el efecto de achicar el conjunto. Efectivamente, la iglesia parece menos grande de lo que es en realidad; mas cuando nos ponemos a andar del vestíbulo al tabernáculo, ése es todo un viaje místico, pues en media hora no hemos rendido la jornada, y nuestros pasos van resonando eternamente en el puro mármol del pavimento. Si alzamos la cabeza, la vista y la imaginación se pierden por las inmensidades de esa esfera. Ahora, en poniéndonos a subir, subimos, subimos y siempre estamos subiendo por las misteriosas escaleras de esa Babel, Babel sagrada, depósito de artes y conciencias, donde no hay confusión, sino acuerdo entre los hombres. Allí concurren el católico, el protestante, el judío, el mahometano, conformes todos, no en doctrina, pero si en el respeto debido al pontífice de una de las religiones que nunca hubiesen reinado con caudal tan grande de fuerza y prestigio en el

mundo. El enviado del emperador de Alemania, monarca protestante; el de la reina de la Gran Bretaña, emperatriz de la india, protestante; el comisionado del Sultán de Turquía, el del schah de Persia, el patriarca de Armenia están allí en una misma tribuna con los embajadores de las naciones católicas: por donde se ve que esa gran ceremonia no es religiosa puramente, sino un gran acto social al que han sido invitados todos los pueblos y todas las sectas. El pontífice romano, cuando alarga el brazo y bendice al concurso, no bendice tan sólo a los católicos; en esa gran bendición entran protestantes, armenios y musulmanes, quienes, si no descansan en ella para el negocio de la vida futura, la reciben como prenda de fraternidad y caridad entre los hombres.

El embajador de Austria, el de España, el de la República francesa, el ministro de Portugal se han vestido con el uniforme diplomático de etiqueta, y tienen al pecho y al cuello todas sus condecoraciones e insignias. La comisión del parlamento alemán es uno de los grupos más pintorescos de la asistencia: esos altivos teutones de barba y cabello rubio dan realce a su gentileza con la túnica roja de vueltas negras. Un cinturón de tela de oro les ciñe el talle, de donde están pendientes el talabarte y el sable con empuñadura de piedras preciosas. La charretera de oro, las condecoraciones y medallas relucientes les dan a estos hijos de la Selva Negra un aspecto marcial que llama la atención de los concurrentes. Al lado de ellos están los caballeros de San Juan de Jerusalén con su Gran Maestre al frente. El uniforme de estos caballeros es primoroso: pantalón corto hasta la rodilla, o calzón blanco; chaqueta o túnica morada con una enorme cruz blanca al pecho; capa negra de terciopelo con cruz de plata al canto; gorra negra de pluma blanca; se están allí esos paladines en ademán de echar mano al

puño de la espada, la gran espada de la Orden, en defensa del papado y la Iglesia. Luego, en marcha triunfal, soberbia, va entrando la guardia noble, compuesta de los jóvenes de las primeras familias: los Borgheses, los Ursinos, los Ferraris, los Colonnas, los Torlonias son soldados del papa, soldados voluntarios que le hacen la guardia y los honores en las ocasiones solemnes. Erguidos, deslumbrantes con su casco de oro, se alinean y se dejan estar en formación, inmóviles como estatuas de bronce. Allí vienen los cardenales con sus mantos de armiño sobre la sotana roja; los obispos y arzobispos con sus altas mitras; los patriarcas, las comisiones de los parlamentos y gobiernos; Europa toda, el mundo en sus representantes vestidos de diferente modo, armados de diferentes armas, quienes la cruz, arma de paz; quienes la espada, arma de guerra.

Todos están en sus puestos respectivos, pero falta uno. Hacia la capilla del Santísimo Sacramento hay un vasto murmullo, ochenta mil ojos se vuelven allá: ¿quién es? ¿quién viene? León décimotercio, en la *sedia gestatoria*, se presenta con la tiara sublime, regalo del emperador Guillermo. Está pálido el anciano, y bello en su conmoción. Bendice a todos, y se apea: se quita la tiara, se viste para el sacrificio de la misa, y en medio del más profundo silencio que puede reinar en una multitud de cuarenta mil personas, la dice devota, serenamente. Todo es blanco en el papa: casulla blanca, solideo blanco. Llegada la elevación, se quita el bonete y se queda en cabello: esas canas, en ese altar, en frente de todas las razas y las religiones, son misteriosas y venerables, lo aseguro. Echada la bendición, se pone la tiara enviada por la ciudad de París, vuelve a bendecir al concurso *urbi et orbi*, y sale en la *sedia gestatoria*. La guardia noble le sigue en lenta marcha, mientras los cantores de San Pedro, acompañados por cinco mil sacerdotes, entonan

un *Te Deum* gigantesco, que resuena por los ámbitos de la basílica. "Por los ámbitos del mundo", dice Felipe de Grandlieu, quien ha proclamado el triunfo universal de la Iglesia en el Jubileo. Mas yo supongo que el emperador de Alemania, la reina de la Gran Bretaña, el Gran Señor de Constantinopla, el schah de Persia, el maharadajá de Badora no han quedado convertidos al catolicismo después de la misa de León décimotercio? Por lo menos es cierto que ese venerable anciano, oficiando en el altar de los Apóstoles en presencia de Europa, Asia, Africa y América, representadas allí por sus enviados oficiales, ha ganado en consideración; y que el pontífice romano es entidad de la cual no se puede prescindir, ni en la política. La política... Este es el secreto del respetable Joaquín Pecci. Batallador pacífico y modesto, ha hecho más por su partido que por la doctrina; y en su lucha secreta y constante, ha alcanzado más de una victoria. Si está lejos de convertir al catolicismo a los ingleses y los alemanes, ¿quién sabe si no está a un paso de ser rey de Roma? El príncipe de Bismarck no es hombre que se parará en sacrificar a su aliado el rey de Italia el día que lo requieran sus negocios; y el fruto de ese sacrificio será el restablecimiento del poder temporal. Los católicos galicanos acusan a León décimotercio de haberse humillado a un monarca y un canciller protestantes, y haberles servido con perjuicio de la alta dignidad de la Sede Romana. Sixto Quinto hizo más, y vino a ser uno de los mayores y más ilustres pontífices. El papa es devoto de San León, pero sigue las huellas de Sixto Quinto. Inteligente, hábil, sagaz, en León décimotercio prepondera el hombre político: atrás de la casulla está la casaca del diplomático, y debajo del bonete pontificio el gorro de Maquiavelo. León décimotercio puede ser un gran sacerdote; lo cierto es que es un hombre de estado.

Los fanáticos sanguinarios que no se paran ni en la inquisición, están pidiendo a grito herido la Santa Alianza, *Finis Italiae*; pero ese trono ganado con torrentes de sangre no es, sin duda, el que el papa desea. Si viene a ser rey, lo será por obra del Imperio alemán, y su corona profana será el efecto de una de las combinaciones del poderoso ministro del emperador. Esa corona saltará oliendo a calvinismo; pero todo el mundo sabe que Roma vaut bien une messe. Santa Alianza de naciones católicas contra el reino de Italia, no puede haber. El embajador de la República francesa se ha mostrado respetuoso con el papa en el Jubileo, y en su discurso no ha hecho mención sino del Concordato; pero cuán lejos se hallan el nieto del gran Carnot, el parlamento de mayoría liberal, de hacer cruzada para alzar un trono al papa? La sombra de Gambetta, grande y terrible, se levantaría del sepulcro, y con un ademán sublime echaría a los franceses a la guerra. Y Víctor Hugo, irguiéndose en el Panteón, por medio de un canto mágico, desbaratará esa alianza. Como nación católica, no queda sino el Austria. España no se mete en esas aventuras, ni con Cánovas del Castillo al frente del Gobierno, menos con los liberales que la rigen actualmente. Santa alianza contra la independencia de una nación y la libertad de un pueblo, es alianza impía: no la habrá, aunque se desgañiten los discípulos de Luis Veullot. Que León décimotercio triunfe merced a la política, bien puede ser; echando mano por la sangre, no lo debemos suponer, en honra suya. ¿Ni cuándo podría sostenerse en un trono conquistado para él por armas extranjeras, sin un ejército de ocupación? Hoy se llama, o más bien le llaman sus aduladores, "El cautivo del Vaticano"; pero cuando el papa fué cautivo verdaderamente fué cuando no era rey sino gracias al general de Goyon y los franceses que le tenían en su poder, so pretexto de defenderle contra los romanos. Hoy, no solamente es li-

bre, sino también el rey de Italia despliega sobre él el pabellón de Saboya, para que no se le pueda acercar la sombra de Garibaldi. Sin la ley de garantías, el papa no podría sostenerse en el Vaticano, porque es sabido que si los revolucionarios, los rojos, son temibles en alguna parte, es en Roma, foco del carbonarismo.

Terminada esa gran ceremonia político-religiosa, visitamos las ruinas de la ciudad antigua, el Coliseo, a la luz de la luna; las Termas de Vespasiano, la tumba de Cecilia Metella, y cuatro días después dejábamos atrás los Estados pontificios, las Lagunas Pontinas, en tren rápido, y nos engolfábamos en la Campaña, para llegar dentro de poco a Nápoles. "La bella Parténope" la llaman los poetas; y en verdad que es bella esta ondina salida de los mares, sentada en la ribera y custodiada por el Vesuvio, Polifemo celoso que se está allí vigilante, como un hijo de la tierra enamorado de Venus. De Nápoles, a bordo del *Icaro*, pasamos a Sicilia, con el objeto de hacer una ascensión al Etna, en nuestra simpatía por las montañas ígneas. El compatriota del Cotopaxi, el Tungurahua y el Sangay, bien le debía una visita al Etna, palacio y fragua de los Titanes. De vuelta de esa excursión, visitamos las ruinas de Siracusa, y embarcándonos en el *Andrea Doria*, dentro de poco dimos fondo en el puerto de Marsella, para volver a la capital de Francia.

Así hubiera sido, amigos, si hubiéramos hecho el viaje; pero como no nos hemos movido de París, no damos razón del jubileo pontifical sino por adivinanza, aunque no nos faltan recuerdos de la Ciudad Eterna. Ese cuadro visto del monte Pincio, verbigracia, no es obra de la imaginación: es un real y verdadero portento de la naturaleza que ha echado raíces en nuestra memoria a despecho de los años.

LAS PATINADORAS

El señor Villamuse, representante del emperador de los franceses en Quito, era hombre tan irascible, de mal genio y malqueriente de la nación donde se hallaba, que ponía reparos a lo más justo y defectos a la naturaleza misma. Donde el barón d'Humboldt hubiera descubierto el paraíso, por la hermosura de la tierra y la suavidad del clima, él estaba irritado y desesperado. "¡Qué país del demonio éste! decía, sacudiéndose; aquí no tiene uno jamás ni frío ni calor". Efectivamente, con un termómetro de catorce a diez y ocho grados sobre cero, los habitantes del alto y largo valle comprendido entre las dos crestas de los Andes, desde las planicies del Azuay hasta las caídas de Pasto al Patía, no conocen el frío sino cuando cruzan los páramos, ni el calor sino cuando descienden a las costas. En las ciudades, casi todas erigidas bajo la línea equinoccial, la latitud es casi nula, y el fenómeno de las estaciones viene a ser desconocido. Cuando oyen los ignorantes en Europa que esos pueblos viven bajo la línea ecuatorial, piensan que están sujetos a los calores del Africa, y llenos de admiración y lástima, dicen: ¿Pero ustedes deben de asarse allí? No nos asamos; lo que nos suele suceder es que nos cocinan la sangre los pícaros, nos la hacen hervir los tontos, y nos la beben los tiranuelos. Pero la madre naturaleza es tan be-

névola con nosotros, que si nos alumbrá y abriga con su sol resplandeciente, no nos asa ni nos fríe; y por eso se ven obligados a comernos crudos con sus exageraciones o sus invenciones ciertos viajeros injustos y poco generosos. "¡Qué demonio! aquí no tiene uno jamás ni frío ni calor". Eso importa poco, señor ministro. Si las observaciones de vucelencia hubieran versado sobre la educación pública, el grado de ilustración de esos pueblos, las costumbres, las artes, pudiéramos nosotros haber sacado algún provecho de ellas; pero con no tener ni calor ni frío, no perjudicamos a las naciones cultas ni sentimos agolpársenos la sangre a las mejillas. Si nuestros males no fueran sino de este linaje, ya nos conceptuáramos los pueblos más felices de la tierra. Lo triste es que en el corazón de esas sociedades políticas y civiles no hay, quizá, el vapor suficiente, y que, locomotora soñolienta y pesada, arrastra su convoy, tropezando en esos horribles obstáculos que se llaman fanatismo, servilismo, ignorancia, rompiéndolos a duras penas y descarrilando a cada paso.

Adán y Eva no sentían ni calor ni frío: su temperamento era regulado por la espada encendida con que el ángel del Señor custodiaba el paraíso, y no tuvieron de qué quejarse, hasta cuando el infierno respiró sobre ellos y les echó encima ese perro que llamamos la serpiente. Entonces experimentaron, según parece, una ráfaga de calor, y luego un tantico de frío, puesto que buscaron con que cubrirse. Y ahora estoy en un corazón con el ministro de Napoleón III, porque en este punto sí que es malo no tener calor. Si los quiteños no lo tienen, desde aquí los reputo por los más tristes de los nacidos. ¡Si no lo tienen! ¿Pues dónde hace la bella serpiente sus más dulces estragos que entre esas Evitas devotas de la Virgen que aseguran la gloria celestial a fuerza de comer manzanas? Tanto el ministro

de Napoleón III que se daba a todos los diablos de que no hubiese calor ni frío en Quito, como don Manuel Llorente Vásquez, gran cruz de Isabel la Católica, enviado de su majestad el rey de España, quien no ha hallado tampoco harto calor en esos altos países, se engañan por la mitad de la barba. Si el señor don Manuel fuera andaluz, vaya con Dios, y quéjese de frío. . . porque, en efecto, dicen que las sevillanas son ascuas vivas; pero si es de Castilla, donde, según la historia natural del género humano, Eva carece de las fuentes donde bebe la vida el recién nacido, azotada por los cierzos glaciales del Guadarrama (*), ¿qué derecho tiene para reparar en la falta de calor de la zona tórrida? El que ha hecho una expedición a Rusia contra el pañolón de las hispano-americanas, esto es, una campaña en regla, con un grande ejército de artículos veteranos, piensa, por el contrario, que esas hermosas andinas tienen demasiado calor; pues no venga a contradecirse en Europa con decir que tienen frío; a menos que esa batería de "Abajo los mantos", no haya sido sino con la segunda intención de contarles los botones de la chaqueta a mis pobres paisanitas. Dice que no tienen sino dos; tres a lo sumo. Cuando yo escriba: "¡Abajo la capa!" veremos cuántos botones tienen los españoles. Al señor Villamuse, ministro del emperador Napoleón, le vi después en una aldea, orillas del Marne, acurrucado al pie de un árbol, muerto de frío en plena canícula. ¿Esa ruina lastimosa, ese escombros del género humano, era el francés gallardo lleno de vida, fuerza y orgullo, que andaba haciendo temblar la ciudad de Quito con los pasos del cojo más engreído y elegante que se pueda ver jamás? El barón de Corvaya, azuzado, ahijado por mí, había conseguido con mucho trabajo el retiro de ese opresor diplomático, esa pesadilla de presidentes y ministros. Ante la

(*) Virey: *Histoire naturelle du genre humain*.

desgracia, la enfermedad, la impotencia, no hay resentimiento que valga: no le digiré la palabra, pero le hice una profunda venia y pasé. Su santa esposa velaba sobre él; esa mujer era una santa. A los cuatro días, supe que Villamuse había muerto. Así pasan las glorias, dice la Escritura; yo digo ahora: Así pasan las soberbias de este mundo. A don Manuel Llorente, ministro de Su Majestad Católica, le he visto en París lleno de vida y salud. Quiera el cielo conservarle tan preciosos dones, porque a pesar de su verbosidad precipitada y adversa a la política y las costumbres de América, no pienso que sea aborrecedor implacable de mi patria.

En lo físico, la elevación de esos países, la altura prodigiosa a que están situadas esas ciudades, la raridad de la atmósfera, donde no pueden condensarse los rayos solares ni tomar asiento; las montañas cubiertas de nieve perpetua de que están rodeadas, modifican la virtud del sol; y de regiones que debieran arder bajo la línea, hacen las más suaves y agradables a la sensación del cuerpo. En el sentir de los astrónomos, la temperatura primitiva de la tierra fué uniforme todo el año en todas las zonas, según la latitud de ellas; mas un acontecimiento extraordinario, un movimiento convulsivo de nuestro planeta, produjo de repente la inclinación de la eclíptica, y del ir y venir del sol por la anchura del zodíaco nacieron las estaciones. Este vaivén es poco apreciable en las comarcas situadas bajo el Ecuador, las estaciones no son conocidas en ellas, y sus habitantes no gozan, es verdad, de los favores con que la tierra brinda a los pueblos que ven suceder el calor excesivo del verano al frío riguroso de los polos, interviniendo la temperatura media del otoño y la primavera. La agricultura es pobre en las regiones que no sufren las locuras y violencias del termómetro, o es opulenta, pero uniforme, en los países cálidos, que

son los valles profundos situados al nivel del océano, cuya atmósfera espesa y húmeda ofrece alimento a los rayos solares que la abrasan y convierten en un mar de fuego. Allí las producciones están dando testimonio de la generosidad de la naturaleza, y, ora en el vigor, ora en la abundancia, nos hacen ver que las entrañas de la tierra abrigan las virtudes primitivas de los grandes frutos. El cacao, hijo del calor y la humedad; el arroz, noble grano, émulo del trigo, que salva y sostiene a la mitad del género humano; la piña, el plátano, postres de los banquetes inmortales, y su séquito de frutas de sabor divino, desconocidas en los países de temperatura benigna. Las comarcas elevadas de los Andes son graneras y lecheras, y muy estrecho el círculo de sus producciones. Pero el trigo, flor predilecta de Ceres, las ennoblece y levanta en la opinión de los dioses; y su doncella, la cebada, humilde y servicial, hace tan buenas obras con los pobres, con la raza desheredada e infelice de los indios, que obtiene la medalla de la virtud en la gran exhibición que de los productos del suelo hacen los Genios amigos del hombre en el palacio de la naturaleza.

La ley de las compensaciones se verifica en esto como en todo. Los temperamentos suaves y agradables no suelen comunicar agitación fecunda a la tierra, ni son propicios a las razas humanas. Donde el hombre tiene que luchar con los elementos es fuerte, porque no puede vivir sin mucho gasto de energía; pero donde la madre naturaleza no exige de él esfuerzos de voluntad y caudales de valor, en débil existencia va rodando insignificadamente por las orillas de la vida, y desaparece sin dejar impresos en la tierra pie de gigante, ni garra de león en la piel de las naciones vecinas. Lo que va de un yankee formidable a uno de esos brahmines de montaña que viven a la sombra del Rucupichincha, felices a su modo y satisfechos de la parte que les

ha cabido, es todo un mundo. El yankee pasa del Senegal a la Siberia, de la Tierra del fuego a Groenlandia sin moverse de su país; y si tiene en sí mismo la frescura que conviene oponer a los cuarenta grados de calor que echa sobre su alma y su cuerpo el estío, tiene también el calórico que desbarata los cuarenta grados de frío que se le vienen encima durante los meses de invierno. En esta guerra con las furias gana fuerza; y una vez que se siente fuerte, es enérgico, temerario en ocasiones, trabaja con todo el vigor de su constitución, y pelea con todo el ímpetu de su ánimo. Esa misma raza de hombres trasladada a un clima de horchata de almendra, dentro de poco se endulza, se afloja, y, caramelo empalagoso, pero inofensivo, no sirve sino para calmante del asma y para dar sueño apacible. Enrique Stanley, que se tira a un mundo desconocido, descubre tierras vírgenes, cruza ríos bravos o los viola al redropelo; doma y conquista negros cerriles, mata leones, monta elefantes selváticos, arremete con el boa y hace temblar el Africa, sería hermano cristiano quieto y bonachón, o miembro pacífico de la cofradía de Nuestra Señora del Rosario, en la bienaventurada Quito, y aun en la dichosa Bogotá, ahora que cilicios y escapularios son los leones y los elefantes de Stanley en la tierra del 89. Iba yo a decir 93; pero eso hubiera sido injusticia y ponderación que no hubieran quedado impunes. La temperatura agradabilísima y el clima invariable son la encantadora Armida en cuyos brazos cae y decae el héroe, sin haber vencido sino sombras vanas en figura de fieras maravillosas y de monstruos. Los poetas y los sabios raras veces andan juntos; por ahora el Tasso se halla acorde con Buffón, pues afirma que:

La terra molle e lieta e diletta
Símile a se gli habitator produce.

Ved pues si yo, sin ser sabio ni poeta, voy fuera de camino cuando doy al César lo que es del César, y a Dios lo que es de Dios; esto es, vigor, energía, atrevimiento al hijo de clima fuerte y variable; suavidad, indolencia, dulce satisfacción de sí mismo al hijo de clima blando y uniforme.

Y mis patinadoras, ¿dónde están? Aquí, a dos horas, en el bosque de Boloña. Del clima a mi asunto no hay gran trecho; del frío al hielo no hay ni un paso. Y éste si que no es viaje de imaginación, como el que acabo de hacer al jubileo del papa; es real y verdadero; y no lo he hecho en ferrocarril ni en buque de vapor, sino a Juan pata, **musa pedestris**, saliendo del recinto fortificado por la puerta Maillot y su magnífica alameda. Los días de invierno, cuando son claros, secos, y el sol se digna mostrarse en un rincón del cielo, son bellísimos en las zonas templadas; tanto más bellos, cuanto que el astro bienhechor se presenta rara vez, muy rara, disipando la neblina, ahuyentando la oscuridad y haciendo brillar más y más la pura nieve de que están vestidos el campo y las ciudades. El de año nuevo fué de todo en todo hermoso: la bóveda celeste, limpia de polo a polo, ostentaba un azul profundo: el sol, frío, pero brillante, iba andando de lado, lejos, muy lejos del cenit, y sus rayos se nos venían en línea horizontal, abriéndose camino por entre las secas ramas de los árboles. Habría sido furor de misantropía, si hubiera yo buscado el campo, huyendo de la ciudad, ese día, el más festivo del año. El 1º de enero es solemne en todas partes; en París es feliz para los felices, alegre para los capaces de alegría: regalos, visitas, cumplimientos, delicada, y quizá sinceramente, todo se hace el día de año nuevo. Marido, amante, enamorado, tienen que ser generosos que quieran que no quieran; y ved aquí como en medio del gozo general habrá muchos que padezcan tristezas y amargas. Viejas y jóvenes, vestidas de gala, se ti-

ran a la calle; y los hombres metidos en sus gabanes descomunales o sus tápalotodo aforrados de pieles, andan codeándose con las hermosas a lo largo de los boulevares. ¡Qué digo codeándose! La multitud es tan grande, el apiñamiento tan compacto, que, incorporado uno en un pelotón de mil colores, puede irse de la Magdalena a las Hijas del Calvario sin tocar con los pies el suelo. Después de un viaje de ida y vuelta, para poder decir: "Para que conste lo firmo", no en hombros, sino en pechos, espaldas y muslos ajenos, alargué el paso, salí de la ciudad y tomé por las alamedas solitarias que rodean el bosque, paseo el más bello y gran señor de cuantos he visto en Europa. El Jardín de Aclimatación se queda atrás, pero llegan a mí todavía, cual voces encantadas de otros mundos, lejanos, perdidos, misteriosos, los cantos de los francolines, los gritos de los alcatraces, la charla de las loras y los guacamayos encadenados en ese paraíso de los animales. Pongo el oído, me estremezco: la bulla desordenada, profunda y temerosa de las perreras cruza el espacio debilitada por la distancia, bien como los ladridos de la jauría con que el caballero Pecopín persiguió durante cien años al ciervo mágico de la Selva Negra. ¿Si será ésa otra caza infernal que va a durar un siglo? Después de esta escena casi lúgubre, oída, pero no vista, dos preciosas niñas de cinco a seis años me desencapotan la frente y el corazón. Tras una de esas verjas de fierro dorado que defienden los jardines delanteros de esas casas de recreo, están triscando sobre el césped como dos cabritas, y metiendo un ruido más argentino, dulce y armonioso que el ruiseñor en la primavera. Me detengo al verlas: las niñas se vienen a mí como si me hubieran conocido; pelo la pava un cuarto de hora, y sigo adelante lleno de envidia del padre de esos serafines. No sé si este buen señor me enviaría un cartel de desafío, si supiese que una de sus hijas, la más bonita, la más despejada, me dió una bellaunión: tomándola de su ma-

ta, no; ya iba yo a mentir: fué de las que vienen de Niza, porque los jardines de París no dan flores en invierno.

La puerta de Neuilly, la de San James se quedan atrás: he aquí la "vieja encina", le *vieux chenc*, anciano de ochocientos años, dicen, que ha visto pasar como sombras reyes de Francia, emperadores, dinastías, revoluciones y repúblicas, y aquí se está, historia viva, dando cuenta de los sucesos transcurridos a las generaciones que van llegando y deteniéndose un instante al pie de su tronco inmortal. Sólo el tronco vive en ese árbol ilustre: las ramas, secas, todo el año, aserradas, mutiladas, rotas, apenas echan cuatro hojas moribundas en lo fuerte del estío, para dar a entender a los árboles mozos que le rodean y las plantas vecinas, que vive aún. No de otro modo un anciano centenario se hace sacar al sol los días de fiesta, y vuelve los mustios ojos a las generaciones que han salido de él y le reverencian con nombre de biznietos y tataranietos. No hay en París quien no conozca le *vieux chenc*; y muy triste y solitario ha de ser el que alguna vez no haya recibido en letra femenina esta palabra: **Au vieux chenc**. . . El Castillo de Madrid, faz a faz de la vieja encina, tiene este discreto confidente. Vieja encina, ¿es un recuerdo, es un sueño lo que se mueve y yergue en mi conciencia cuando te miro con esta respetuosa melancolía con que ahora mismo te estoy interrogando en muda conversación? Despidiéndome de ese Néstor silencioso, seguí mi camino, entré al bosque por la puerta de Madrid, y a poco andar me hallé a las márgenes del "Círculo de los patinadores". Este es un laguito circular que encierra una isla en sus arqueados brazos, y pertenece a una sociedad de elegantes que cultiva el arte del patín; arte desconocido en la América del Sur, donde nada se hiela jamás, si no es el corazón de los cobardes y el alma de los serviles; arte que ofrece espectáculo agradable a los ojos, por los mil

agraciados movimientos que hace el cuerpo, y las mil figuras que traza el patinador sobre el agua congelada. Bien así entre los patinadores como entre los espectadores había preciosas mujeres; y por Dios que hubiera sido necedad en un home venido de lucñes tierras perder el tiempo en ver a los patinadores; no vi sino a las patinadoras, y no me arrepiento; porque la gracia, la suavidad, la velocidad con que se asoman por aquí y desaparecen por allí, alejándose como sombras, se roban la vista: si no se roban el corazón es porque ninguna de esas deidades mitológicas da tiempo. Abriendo y cerrando círculos, formando ángulos a un lado y a otro con largos resbalones, se van, se alejan, y dan lugar a otras más diestras por ventura y más bonitas. Ya vuelven, ya desaparecen otra vez en prodigiosos giros, y en hechas y deshechas que son música muda, porque el patín de plata causa apenas sobre el hielo un silbidito apagado, como suspiro de náyade invisible. Allá vienen dos estatuas inmóviles sin usar de pies ni manos. Erguidas, silenciosas, pasan deslizándose por arte mágica, y dan la vuelta a la isla. ¿Quién las mueve? ¿cuál es su fuerza oculta? Una niña de doce años, metida a patinadora, se cae allí la pobrecita, y su largo, rubio pelo se extiende sobre el bruñido cristal en esparcida madeja. Veinte caballeros se precipitan sobre ella, dos apuestos jóvenes la levantan y, poniéndola en medio, desaparecen en deslices maestros y apasionadas curvas que resuenan a la vista como un tácito canto de victoria.

Embebecido en esta representación, estaba yo perdiendo otra mejor: un perrito no más grande que un conejo, de esos como juguetes que las niñas sacan al paseo tirando de un torzal de seda, perseguía de muerte, allí, cerca de mí, a un hombrote sonrosado, barbudo, bien vestido; y este majaderón, lleno de terror, hacía por salvar la vida cogiéndose del traje de las señoras y dando vueltas en torno de ellas en

fuga por todo extremo ridícula. Grande era mi asombro al ver a ese zanguango, y por de pronto no pude reirme, a pesar de que las mujeres morían de risa. Preciso es, me estaba yo diciendo, que algo haya de encantamiento y cosa mala en esa bestezuela, para que este bobalicón tenga tanto miedo. "¡Tití! ¡Tití! ¡no te lo comas!" gritaba la dueña del perro, que era una lechoncita de cinco años, blanca, gorda, crespita, vestida de terciopelo sangre de toro. Si fué cosa del diablo, no tuve tiempo de saberlo, porque se me fueron los ojos tras dos Amazonas o señoritas a caballo que, cruzando la alameda de las Acacias, se venían por allí a largo trotelope, como dos Clorindas. Pasó ese piquete de caballería femenina, y como cuando menos acordé no había ni patinadores ni espectadores, tomé el camino en las manos para volver a París por la puerta Delfina y el arco de la Estrella. El sol, despojado de sus rayos, en forma de globo de sangre, perezoso, majestuoso, estaba poniéndose tras las colinas de Sevres; y el crepúsculo, con su melancolía y su silencio, abría ya sus alas sobre el mundo y se apoderaba del bosque.

IMPRESIONES DE UN DIPLOMATICO

Malas han sido en América las del ministro de Su Majestad Católica, don Manuel Llorente Vásquez, quien al salir de las repúblicas de origen español, ha publicado en los Estados Unidos una acta de acusación nada menos que terrible contra todas ellas; y sin oportunidad, o por mejor decir, fuera de tiempo. Si algún cargo se les puede hacer hoy en día a los hispano-americanos respecto de España, es ese concierto de voces tan repetidas, tan apasionadas y azucaradas, que harto se parecen a los juramentos del amante que tiene el corazón lejos de la hermosa por la cual suspira. El cariño extralimitado, el respeto que raya en servilismo, son demostraciones indignas del carácter sincero y grandioso. Besemos la mano de la beldad que nos quita el sueño; pero, en nuestros amores con los fuertes, los antiguos, vámonos paso a paso, con gravedad y discernimiento, si no queremos que nos traten con esa llaneza aborrecible que se parece al desdén, y esa benevolencia hinchada tras la cual Dios solamente sabe las intenciones o por lo menos los deseos, que abrigan nuestros buenos amigos, los grandes. Todo es España a la hora esta: nuestros padres para arriba, nuestros padres para abajo. Arbitros en nuestras cuestiones internacionales, dirimidores de nuestras contiendas personales, padrinos de nuestros matrimonios, compadres en nuestros bautizos, todo son hoy los españoles, y todo es "la madre patria", habiendo desaparecido tiempo ha esa escuela de odio

y maledicencia que ellos mismos dejaron abierta en el Nuevo Mundo. De las habladurías de un mal periodista, una persona privada y oscura, no hubiéramos hecho caudal; mas un ministro diplomático tiene representación pública; su voz es oficialmente autorizada, y puede ser de gran perjuicio, si no tratamos de achicar su fuerza por medio de la razón y las consideraciones filosóficas. Alegar sucesos inevitables, hechos aislados, para calificar y juzgar a una raza, no es obra de justicia ni de filantropía; ni siquiera es lógico, porque, según este modo de proceder, no habría nación que no estuviese luchando actualmente con su propia barbarie, ni pueblo que no fuese acreedor a sentencia condenatoria. El auto cabeza de proceso que nos ha levantado el señor ministro de España en el Ecuador, en suma, es contra los españoles; pues díganos, ¿son o no españoles los hispanoamericanos? La clase blanca, principal, es la directora, la que tiene la sartén por el mango. A un mismo tiempo que la más inteligente, es la más numerosa, y da la ley en la política, en las costumbres. No hay nación sin plebe: ¿y qué fuera de una nación compuesta de miembros iguales en un todo, nación sin plebe, sin pueblo? Los que nos echan en cara nuestros indios y nuestros negros, dan en el socialismo, sin caer en la cuenta; en el socialismo que les hace temblar, a ellos, monárquicos y tradicionalistas. ¿No tiene plebe España? Los indios y los negros son nuestra plebe, sin la cual, sea dicho en Dios y en conciencia, no pudiéramos vivir, porque ellos son los que trabajan y sudan; así como los españoles se caían muertos de hambre en las calles, cuando el sabio duque de Lerma expulsó a los trescientos mil moriscos que araban y sembraban. Si nosotros, para ser cristianos viejos y españoles puros, vamos a echar en el mar a los negros, y degollamos a los indios, nos moriremos de necesidad, y bien merecido lo tendremos. Pero no, lo que afirman y propagan los viajeros diplomáticos es, que todos somos ne-

gros o indios, o poco menos. ¿Y quién tiene la culpa de esa perversión y desmerecimiento de la sangre? ¿Somos nosotros quienes llevamos, o fueron nuestros buenos padres quienes llevaron de Africa negras con quienes blanquear, y cerraron con las indias algo más eficazmente que Rociante en el val de las estacas? ¡Pues me gusta! venir a estas horas a achacarnos sus buenas caballerías y hechos de armas, y a decir que no somos españoles puros y cristianos viejos, sino indios comedores de gente, que tenemos por costumbre los suplicios de la inquisición, abolidos anteayer por nuestros augustos progenitores.

“No son muy recientes los **estaqueamientos** y los **enchalequeamientos** del Plata, así como el cepo colombiano?”

Los antiguos persas, entre quienes había llegado a lo sumo el arte de los suplicios, conocieron y usaron estos de que habla y que explica el señor Llorente. Desollaban una res, en el cuero fresco acurrucaban al reo condenado, lo cosían y lo echaban al sol. Si los argentinos han ido a buscar los tormentos refinados de los persas, en vez de la sabiduría de los egipcios, son muy culpables ante el siglo décimono. Pero, ¿cuándo ha sucedido eso? “Son muy recientes”, dice su acusador. Quizá Juan Manuel Rosas extremó su tiranía hasta ese punto, porque eso tienen los verdugos del género humano, que gustan de meter ruido y anhelan la fama del horror y el aborrecimiento. Algún principio debe de tener esta horrenda aseveración de hombre tan autorizado como un ministro diplomático. No sabiendo a qué atenerme de fijo, no puedo negar de golpe los hechos que él cita; pero sí me siento con la razón suficiente para argüir en lo tocante al tiempo, el que de ninguna manera puede ser “muy reciente”, porque hace mucho que la República Argentina está gobernada por hombres sumamente ilustrados que no hubieran consentido jamás en man-

cillar su período de mando y su propio nombre con infames transgresiones de las leyes divinas y humanas; esas transgresiones que envilecen a los pueblos y labran la ruina de los mismos que las cometen. Mitre, Sarmiento, Avellaneda, Roca, Juárez Celmán son hombres de nuestra época, que no harían mala figura al frente de la República francesa. ¿Son éstos quienes cosen en cueros frescos a los argentinos y los echan al sol? En mis escritos mismos podrá hallar el señor don Manuel, quizá, un argumento contra mí y contra los hispano-americanos; pero Rosas, el monstruo a quien acabo de nombrar, tuvo su reinado, así como ha tenido posteriormente el suyo, en otra de esas repúblicas, Ignacio Jarrín, alias, Veintemilla. A éste, por falta de talento, no se le ocurrieron los suplicios de los persas; mas, lo que estuvo a sus alcances intelectuales, lo hizo: mutiló un hombre, hecho horrendo que merecía la horca, y que quedó impune con la fuga del tiranuelo. Ese fué crimen personal y tenebroso, como que nació de los celos, pasión la más privada y oculta. Así es que, como hecho raro, no puede ser dato según el cual vengamos a calificar razonablemente a un pueblo. El hombre es capaz de toda locura, todo crimen y toda vergüenza, y por eso dice la Gran Ley: El hombre es inclinado al mal desde que nace. Como castigo público, como resorte de gobierno, ni aquel malvado se atrevió a usar de ese ignominioso tormento; antes lo ocultó profundamente, y lo negó, para honra del crimen. Al paso que los **estaqueamientos** y los **enchalequeamientos** de los argentinos están puestos como pena oficial y negra costumbre. Si fuera mi ánimo contraponer hechos a hechos, ¿qué rica mina de atrocidades no hallaría en la historia de España, no solamente en la antigua, sino también en la moderna? Me lo, el historiador clásico que todos saben, en su **Guerra de Cataluña**, dice... No lo he de estampar aquí, porque aspiro a que lean mi libro las personas honestas: y porque.

según lo dije ya, no me propongo contender, sino defender, mansamente, si es posible, hasta donde alcancen mis conocimientos, a las naciones a que pertenezco por la sangre y los deberes.

“El cepo colombiano” es otra cosa; y éste sí que vive... en manos de españoles. Andando al Amazonas dos viajeros, Proaño y Valverde, por bosques y ríos salvajes, hallaron en las misiones del Napo un cepo cargado de indios desnudos que no habían cumplido con su deber, esto es, no habían podido lavar la tarea de oro en polvo que les impusiera el santo hombre que hacía de cura, alcalde y porquerón. “Aquí tienen ustedes, les dijo un jesuíta español llamado “el padre Pérez”, el emblema e instrumento de la civilización”. Palabras tanto más atroces e impías, cuanto que ése estaba entre los inocentes hijos de las selvas encargado de protegerlos y enseñarles la doctrina cristiana. El cepo, echado de las ciudades, pateado, huye a los desiertos y se refugia en las misiones. Si en alguna cárcel ignorada se ha quedado escondido, ése es un insulto a la ley y un fraude del carcelero; mas el uso infame que de él se hacía antiguamente contra los indios, siempre los indios, no existe ya. El rey don Felipe V fué personalmente a los calabozos de la Inquisición, y, en su presencia, hizo quemar los instrumentos en que se atormentaba a los herejes y las brujas. Noble rey, momentáneamente inspirado por la razón y la justicia, no sabía que su santa providencia no había de tener largo efecto. “El cepo colombiano” podrá volver, si vencen terminantemente los misioneros; pero no hay cuidado que los colombianos lo restablezcan, porque todos ellos, liberales y conservadores razonables, forman una de las naciones más ilustradas y progresistas de la América española. El cepo, sí, el cepo, yo he tenido la desgracia de verlo y conocerlo. Los indios, siempre ellos; ¿y quiénes habían de

ser, puesto que ellos eran los tributarios? Los indios que no pagaban puntualmente el tributo iban a la cárcel, vivían en ella, y muchas veces morían en el cepo. Los españoles dejaron el tributo de los indios y el cepo; los americanos los hemos abolido. El señor Llorente hace bien de echarnos en cara "el cepo".

"No conoce todo el mundo la exposición pública de "mujeres, colgadas en redes en la plaza pública de Guatemala" "mala?"

Don Rufino Barrios hacía esas gracias, según dicen; pero no de bárbaro ni hombre sin entrañas, sino de piadoso y amigo de la salvación de las almas; pues decía que si las colgaba era por acercarlas al cielo y ponerlas en santo aislamiento, a fin de que los ángeles bajasen a hablarlas. ¿Enoc no fué arrebatado así a los aires? ¿Y el profeta Elías? ¡Pues Mahoma! díganme si no estuvo colgado, cien años, y si no se está aún en la gran mezquita de la Meca. ¿Por qué don Rufino, el escribano de Guatemala, no las había de colgar en la iglesia mayor a las más meritorias de sus paisanas? Se ha de saber que no las colgaba en la plaza, sino en la iglesia; ni las dejaba allí encantadas por doscientos años, sino tres horas a lo sumo, hasta cuando las pobrecitas decían: **Siddio!** Cuando tenían hambre, las bajaba también el señor notario, y les servía en persona una mesa de once de comerse las uñas, en el altar de Nuestra Señora de los Dolores. Lejos de ser tirano, venía a ser sacerdote de la hermosura ese galante payo o más bien acólito y sacristán, porque con sus manos vertía el vino en copitas de oro como cálices. Decir llanamente "exposición pública de mujeres colgadas", es presentar los sucesos más cristianos cual si fueran costumbres turcas. Para exposición de mujeres, a los dominios del Gran Señor o la Puerta Otomana, señor don Manuel: no solamente exposición, sino también

compra y venta; y nadie dirá que el general Escribanía las vendiese ni las comprase. Los que después de muerto este impetuoso reformador han tomado su defensa, han citado en su abono al señor don Manuel Llorente Vásquez, ministro de España en Guatemala, antes de serlo en la república de donde viene; y yo mismo he visto un excelente artículo suyo en *La Epoca* de Madrid, donde el colgador público de damas y exhibidor de señoritas no sale mal. De otra naturaleza son el colgamiento y la colgación de mujeres que exhibieron en el abismo de Igusquiza Jergón y Rosas Samaniego. Mas ya dije que mi propósito no era oponer hechos a hechos; y así, paso adelante, saludando respetuosamente a las colgadas de don Rufino, quienes, gracias a Dios, están descolgadas hace veinte años.

De la desaparición del general Carrillo en Venezuela, responda don Antonio Guzmán Blanco, a quien parece dirigirse la pregunta: "¿Qué se ha hecho el general Carrillo, desaparecido de Caracas?" Pero ni ese general está obligado a responder, pues don José Antonio Carrillo me ha dicho más de una vez que no fué Guzmán Blanco quien mandó asesinar a su hermano. Y puesto que no hay quien responda, responderé yo, de esta manera. ¿Qué se ha hecho el general Riego, desaparecido de España? ¿qué se ha hecho el general Mina? ¿qué se ha hecho el general Prim? ¿qué se ha hecho el obispo de Madrid? ¿qué se han hecho los ilustres españoles que han desaparecido en el huracán de las revoluciones y las guerras civiles, o en los subterráneos donde el crimen está afilando su puñal y concertando sus proezas? Pasemos a Francia, y preguntemos también: ¿Qué se ha hecho Enrique IV, el mejor de los reyes? ¿qué se ha hecho el duque de Enghien? ¿qué se ha hecho monseñor Darboy? Qué se han de hacer, sino irse adonde los envían los tiranos. aventándolos del cadalso para abajo, o acer-

tándoles en el corazón. A esta pregunta: "¿Qué se ha hecho el general Carrillo?", no es a Venezuela a quién toca la respuesta, sino al filósofo, al moralista, quienes saben lo que se hacen los que desaparecen de repente, y a dónde van a parar los miembros del género humano que salen por la tangente en estos giros vertiginosos con que vamos corriendo por los abismos de nuestras locuras o nuestras perversidades. Si la desaparición de un hombre fuera dato suficiente para juzgar de un pueblo, ¿cuál sería el que se escapase de la sentencia de barbarie? Si en todo caso exige el señor Llorente una contestación, ahí está don Leocadio Guzmán, español neto, quien debe de saber lo ocurrido en Venezuela en el reinado de su gran hijo don Antonio, cuya ninfa Egeria fué siempre aquel provector anciano y advertido chapetón.

El Perú es el que ha sacado lo peor en el proceso que nos ha aparejado el viajero diplomático a quien estamos yendo a la mano. Esto de haberse comido la carne de hombres muertos, y bebídose sus cenizas en aguardiente, sería verdaderamente atroz, si el cargo fuese verosímil. Ya los limeños se comieron las carnes de los Gutiérrez; ¿pues qué cenizas se bebieron? El frenesí del pueblo no fué a tanto, ni jamás han llegado a mis oídos monstruosidades semejantes. Al señor Llorente le informaron con exageración, sin duda, y ya reconocerá él mismo que se ha excedido en el juicio y el resentimiento. Los tres Gutiérrez, amigos, compadres, criaturas del presidente, conspiran contra él el día menos pensado, le prenden y le hacen matar en la prisión. El pueblo, que adoraba a la víctima, fuera de sí de cólera y dolor, toma por su cuenta a los rebeldes, les quita la vida, los quema en los muebles de sus propias casas, y no deja rastro de ellos, sin que ni autoridades ni personas elevadas puedan contenerlo. ¿Quién contiene al pueblo que se echa cual mar embravecido sobre el panteón de los reyes, viola

los sepulcros, saca los esqueletos y las momias, los sacude y abofetea? ¿Quién contiene al pueblo, loco de furor y venganza, que invade los conventos, degüella religiosos por centenas, y se bebe la sangre que corre por iglesias y claustros? El pueblo, cuando se lleva el freno, es bestia fiera, bestia grande y tremebunda: dragón del Apocalipsis, azota la bóveda celeste con su cola de cien leguas, y abre las mandíbulas hambrientas sobre los que tiene la desgracia de vivir en esos tiempos y lugares queridos de la sangre. El pueblo, colectividad intangible, es muy extenso, muy variado, para que el castigo sepa a donde ha de poner el punto. De los hechos del pueblo, cuando pierde el alma, no responde nadie, y volvemos a la conciencia universal del género humano, esta cosa grande y vaga, que a fuerza de llenar consigo mismo el mundo, no tiene adonde dirigir los golpes de su justicia. Sí, cuando le vuelve la razón, el género humano sabe que ha incurrido en una pena; mas, en dónde la cumple? ¿quién le vela y obliga? Lo peor de los crímenes colectivos es que son anónimos, y que se quedan impunes, siempre impunes. Dios castigará quizá al fin de los tiempos, allá en las lobregueces de la eternidad; los hombres no los pueden castigar. Las violaciones de San Dionisio en Francia, las invasiones de los conventos en España, se han quedado impunes, a fuerza de ser obra de muchos. ¿Qué podía hacer el gobierno del Perú, destruído, contra el pueblo, dueño de su fuerza y su ira? "En presencia de las autoridades", dice el señor Llorente. Los que quisieron intervenir, defender a las víctimas, víctimas criminales, estuvieron en poco de perder la vida. Pónganme ustedes autoridades que contengan al pueblo cuando se dirige al panteón de San Dionisio al son del **Ca ira! Ca ira!** Pónganme ustedes autoridades que contengan al pueblo que en las ciudades de España se come vivos a los frailes! Pónganme ustedes autoridades que contengan al mar que se encrespa, se le-

vanta, ruge y se suerbe los navíos! Los limeños no se comieron a los Gutiérrez, porque no son antropófagos; ni se bebieron sus cenizas en aguardiente, porque no son borrachos de sustancias sepulcrales. Pasó ese viento largo, como pasan todos los que azotan a las naciones en sus días de equinoccio infernal, y los peruanos han quedado lo que han sido siempre; pueblo manso, cristiano, de propensiones y costumbres apacibles, como lo requiere su clima. En cuanto a los modales, Lima tiene fama de ser una de las ciudades más cultas de América; y es así, como que no pierde de vista el patrón por el que tiene a gloria cortarse: París; París en todo. La *tournure*, en el cuerpo y en el alma, todo en Lima es a la francesa; en donde no puedo negar que se come carne, y aun manzanas, pero no carne-gutiérrez; ni que se bebe un poquino, pero no cenizas de difuntos quemados exprofeso, sino dulce elías y un **cabello dorado** que no le pide favor al tokay ni al roederer. ¿Qué casta abominable de hombres sería ésa entre la cual se matase gente para comerle las carnes y beberle las cenizas? ¿Y qué embriaguez satánica la que resultara de esa poción tan contraria a la naturaleza? En todo caso, estos cargos contra los peruanos son cargos contra los españoles; pues digan éstos lo que quieran, sus descendientes de América no son sino la continuación de ellos mismos, por mucho que nos estén llamando indios y negros. Los indios son unos, los negros otros, y los blancos sin cruzamiento, que componen la inmensa mayoría de las ciudades, son otros muy diferentes.

“¿No se recuerda la matanza horrible de Riobamba, “mandada ejecutar por el general Otamendi, tan sólo por-
“que a su mujer no se la agasajaba en un baile como él
“deseaba?”

Otamendi hacía temblar el mundo. León en la guerra, se llevaba con su lanza legiones de españoles. Era de esos llaneros que, como iba huyendo el enemigo a todo el correr de su caballo, le levantaban por atrás pulcramente las faldas de la casaca, para alancearlos "con aseó". Este negro rayo de los campos de batalla, era, después de la independencia, el paparrasolla de las poblaciones del Ecuador, sin que se sepa por qué. Al nombre de Otamendi, los hombres perdían el color, las mujeres se desmayaban, y los niños corrían a guarecerse en el regazo de sus madres. Un día hubo gran movimiento en mi casa; movimiento inusitado y asustado: ¿qué iba a suceder? La gente iba y venía, el nombre de Otamendi sonaba a cada instante, y todos, grandes y pequeños, sentíamos hormiguillo en el cuerpo, como si estuviéramos esperando la visita de un aparecido. El gravamen público de los alojamientos militares no existía ya; pero el hotel, este francés cosmopolita, no había aún invadido esos países, y los forasteros se hospedaban en las casas particulares. A Otamendi le plugo elegir la de mi padre: llegó en efecto con un piquete de lanceros, negros formidables, de morrión abombado con fiador de cuero de oso. La banderilla roja de la lanza, pabellón de la muerte, estaba prometiéndome sangre: ¿cuántos íbamos a quedar con vida en mi casa y en el pueblo? Echó pie a tierra el general, negrazo bien cortado, elegante, bello en su especie, y tomó posesión de su departamento. Mi padre pasó inmediatamente a hacerle la visita de etiqueta, que fué pagada como entre reyes, allí en seguida, sin más tiempo que el que hubo menester nuestro terrible huésped para deponer el vestido de viaje, y vestirse de ciudad. Bien se me acuerda esa estampa, porque le estuve viendo tras una puerta: pantalón blanco, de paño; casaca azul, muy larga, de vueltas cruzadas y cuello alto, como son los retratos de los héroes de la independencia. Concluída su visita, mi padre se vino a la fami-

lia, y dijo: ¡qué negro tan fino y cortesano! Ese bebedor de sangre era hombre culto y fino; y de crímenes suyos, no tengo noticia, sino es el de Riobamba. Ahora ved si las circunstancias en que fué cometido no son de las que la ley llama atenuantes. Un magnate convida a las personas principales para un baile: Otamendi, que se halla de paso en esa ciudad, recibe la invitación personal del anfitrión, acepta y ofrece ir con su esposa, invitada también muy encarecidamente. A hora fija, de brazo con ella, se presenta en la sala. Todos los asientos están ocupados: vuelve los ojos alrededor, y no ve en donde pueda colocar a su mujer: ni señoras, ni caballeros se ponen de pies, y está reinando un lóbrego silencio. La burla era pesada, la afrenta escandalosa. Con tamaña herida en el corazón, él, general, guerrero de los más afamados, cuyos servicios en la campaña de veinte años habían sido grandes, se retira sin proferir un término; aun quieren decir que al irse hizo una profunda reverencia a las señoras; pero hubo quien viese cruzar por su mirada una centella de muerte. Cuando salió el ofendido, fué ese un alzamiento de alegría cuyas carcajadas fueron a herirle alevosamente por la espalda. ¡Oh Dios! gente imprudente, gente loca, ¿qué habéis hecho? “¡Otamendi!” “¡Otamendi!” Otamendi cae allí como un huracán, encendidos los ojos, desnudo el acero; pero no mata a ciegas, no degüella: busca al autor principal del insulto, le persigue por los jardines por donde huyen los hombres, le da alcance, le pasa de parte a parte con su espada. No le mató él en persona; lo hubiera tenido a menos, porque el negro era soberbio; a un paso estaba del orgullo, afecto ardiente que levanta y salva muchas veces: lo hizo alancear con uno de sus soldados. Esa fué la única muerte que hubo; y ésta es la “matanza horrible” de que da noticia el diplomático español. Lo peor es que ni siquiera se vengó Otamendi, porque se equivocó su venganza: la víctima fué uno de los

convidados, quien se parecía, en hora menguada, al dueño de casa. Lejos estoy de disculpar a Otamendi; pero yo le quisiera preguntar al más santo castellano lo que hubiera hecho él en caso semejante. Su escarnio propio, pudo haberlo despreciado; pero la afrenta a su mujer, ese atroz agravio nacido de una celada, yo pienso que sólo un hombre en quien hubiese muerto el alma habría podido llevar en paciencia; paciencia que le hubiera escarnecido, envilecido y perdido en la opinión y el aprecio de las gentes. ¿Qué debía haber hecho el general Juan Otamendi abofeteado así públicamente, abofeteado en el rostro de su esposa? Yo no lo puedo, o no lo quiero decir; y lo dejo para que lo resuelvan los que entiendan de estas cosas más que yo. ¿Desafío? ¡Desafío! ¿No queda atrás mi capítulo del duelo? Por allá no se usa este género de composición, porque los que imaginan y hacen estas injurias y provocaciones son católicos. ¿Ni dónde estaba el Pentapolín del arremangado brazo que aceptara un cartel de Juan Otamendi? Pues digamos que el furor le dió tiempo a este buen negro para estar pensando en desafío ni en pan caliente! El general Juan José Flores, presidente de la República, le castigó con destierro perpetuo. Para que vea el enviado del rey de España que esas "horribles matanzas" no se verificaban en presencia de las autoridades, sin que éstas se atreviesen a oponerse ni a imponer castigo.

"El Ecuador se llama república, porque se llama república; pero en realidad es un millón de indios para quienes "basta un alcalde".

¡Rara virtud diplomática, provocar a un ecuatoriano a una visita, para decirle estas cosas en su cara! ¿Y qué dirán a su vez los sangre-azules de Quito, más españoles que Caracalsón, más nobles que el conde Ruiz de Castilla, cuando sepan que uno que los ha tratado despacio ha venido a

contar con ellos para ajustar su millón de indios? Artetas, Parejas, Alvarez y Villacises, Carcelenes, Ascázubis, Aguirres ya no son nada de esto; son Cunalatas, Andaganas, Tuapantas, Sumbanas, Chicaizas, Bumbunis y Sulquis, porque son indios necesarios para el millón de don Manuel Llorente. Yo prefiero el hombre al nombre ilustre; pero no hay duda que algo habrán significado en España aquellos apelativos, y que los vasallos de Atahualpa no fueron condes de Casa-Jijón, ni marqueses de Solanda y San José, títulos y familias de quienes aun no acaba de dar buena cuenta la democracia triunfante. Cuando el ministro español daba la ley del buen tono en casa de los Gómez de la Torre, de los Zaldumbides, verbigracia, ¿se figuraba que estaba en chozas de indios, comiendo **chaguarmishqui**, y alumbrándose con "velas de sebo?" ¿Qué otra cosa exigiría en una casa aristocrática de Madrid? La civilización en las costumbres, allí se ve en sus más delicadas formas, sin que el manto de las señoras sea un indicio de barbarie. La Condamine, Alejandro de Humboldt, Boussingault, a quienes he citado otra vez, transcribiendo al pie de la letra las noticias que dan respecto de las capitales de Sud-América, están allí, altos y respetables, saliendo por nosotros. Bien sé yo que el señor ministro hará sus excepciones ahora, y es bien que las haga, como hidalgo y leal; mas la dura proposición que me echó encima de modo tan absoluto, requiere esta contradicción, que hago sin cólera, aunque no sin amargura. En fuerte planeta fuimos nacidos los hijos de esos mundos: seremos atenienses por la cultura, lacedemonios por la virtud, portugueses por la nobleza, y todavía hemos de ser indios bárbaros para los europeos a quienes traemos en las palmas de las manos, por quienes nos estamos haciendo unas gachas mientras nos honran con su visita. Benevolencia, prudencia, generosidad, no las usan con nosotros; y lo que es disimular nuestras faltas, no las disimu-

lan jamás; como si no fuera de pueblos jóvenes y principiantes el errar mucho, lo mismo que el carecer de algunas cosas; y como si no fueran de naciones provecas y pudientes la mansedumbre y bondad con que preponderan sobre las menos esforzadas e ilustradas. "El Ecuador no es sino un millón de indios, para quienes basta un alcalde". Y como lo dice lo debe de pensar el honrado gachupín, puesto que ha pedido, según afirma, la supresión de la legación de España en Quito.

Nada tiene que hacer allí un ministro dice también. Ya lo creo: ¿qué ha de tener que hacer con indios de cusma y poncho? Nada tiene que hacer tampoco, y nada hace, el embajador de Austria en París. Nada tiene que hacer el embajador de la Gran Bretaña y nada hace. Cuestiones diplomáticas ocurren pocas veces, y así los trescientos días del año no hacen nada los ministros extranjeros. ¿Nada? Miento: representan a sus gobiernos y honran a sus tronos con manifestaciones de largueza y cortesía que infunden alta opinión de esos monarcas y esos pueblos. El conde de Hoyos, lord Lytton Bulwer están dando golpe ahora mismo con los convites y bailes grandiosos que ofrecen ocupación a los señores de corte, y con que cultivan la amistad de las naciones. Esta canonjía de las legaciones y embajadas es uno de los ociosos empleos que, según las costumbres de nuestro siglo, han venido a ser indispensables. Un embajador, un ministro plenipotenciario son testimonio hablante del aprecio que una nación tiene por otra, y su deseo de fomentar la amistad que reina entre ellas. El dar con larga mano es, muchas veces, decoro y orgullo en el que da, primero que favor para el que recibe: así, el enviar ministros a las repúblicas indica superioridad, riqueza y señorío en los que los envían, antes que grandes merecimientos en los que los reciben. España ha empezado a suprimir sus legaciones en

América; peor para ella: Francia, Inglaterra, los Estados Unidos las conservan. Es claro que nosotros tendremos más consideraciones por los que las tienen por nosotros, que por los que nos quieren enviar un alcalde. Alcalde, ya lo esperamos, como no sea el de Zalamea, que se ponga a dar garrote a nuestros grandes. Las academias correspondientes, los círculos ibero-americanos han preparado ya el terreno: enviémos nuestro buen alcalde los españoles; pero no empiecen de nuevo con sus alcaldadas, porque darán al traste con amores y amistades. En los burgos más insignificantes, academia correspondiente; en las aldeas más ignorantes, círculo ibero-americano: el cura con sus dos indios sacristanes hace círculo ibero-americano: el ventero, esto es, el tambero, con su burro y su Maritornes, funda círculo ibero-americano; y cuando todo es amor a la madre patria en los bodoques de por allá, salimos con que la vieja nos envía un alcalde, porque somos indios. Amigo reconciliado, amigo doblado, no lo olvidéis, oh vosotros los destinados a la vara, Caracalsones y Ruices de Castilla. Pero en resumidas cuentas, ¿por qué no hemos de convenir en ser indios y negros, si sabemos leer y escribir, y no nos dejamos poner la mano en la horcajadura, como sucede con el autor de este librito? Esto es lo triste, y aquí sí que no le paro el macho al enviado de Su Majestad Católica: mis compatriotas, entendiéndose por tales los sud-americanos, se dejan, sí señor!, se dejan poner la mano en donde he dicho, y aun más adentro. Va un francés, y les pone la mano en la horcajadura; va un inglés, y les pone la mano en la horcajadura; va un italiano, y les pone la mano en la horcajadura (¿No es verdad, señor don Rafael?); va un español, y les pone la mano en la horcajadura. En este insolente allanamiento de los calzones, símbolo del hombre, yo no tengo más desahogo ni consuelo que echarme en brazos de don Jaime el Conquistador.

Desde aquí les estoy viendo a mis lectores parar la oreja y abrir la boca a esta salida mía; salida que más bien es entrada en un vasto campo de asuntos filosóficos y morales. Dicen los coronistas de los siglos pasados, que hallándose en guerra con los moros ese príncipe, se vió una vez en tal aprieto, que estuvo en un tris de perecer de necesidad. Dilató la vista por el campo, y allá, muy lejos, descubrió una sementera de ajos. O como ajos, o me muero con mi ejército, dijo el rey; y envió una escuadra de alabarderos a hacer la cosecha de ese pestilente hijo de la tierra. Los moros, que estaban emboscados, salieron a punto y cargaron con tanta gana, que mataron a las primeras más españoles de lo que don Jaime había menester. Pero Santiago, en su caballo blanco, cayó allí de las nubes, rehiciéronse los cristianos, y al grito de: ¡Cierra España! se supieron averiguar tan bien con las armas, que, después de dos horas de pelea, habían dado buena cuenta del enemigo, aunque no quedaron sino cuatro o cinco victoriosos. Recogieron éstos sus buenos ajos, volvieron al campamento, y los echaron a los pies del rey. ¿Y mis alabarderos? preguntó éste. Señor, respondió un alférez, se han quedado en la estacada. Don Jaime, silencioso y pensativo, se estuvo una buena pieza contemplando ese trofeo, y dijo: "¡Caros ajos! ¡caros ajos!" Ved aquí, españoles de uno y otro hemisferio, el inocente origen de la interjección que ha venido a tener, a causa de los malos tiempos, la significación diabólica que le dan los hombres de poco mundo. Habiendo nacido de un hecho heroico y de ocasión tan cristiana como la de matar moros, debía ser vocablo sacrosanto e interjección de las más católicas. Pues no señor; obispos y canónigos la llevan a mal, y si la toleran, y aun la aplauden, en los altercados de viva voz, todavía no la quieren recibir en lo escrito. Hasta cuando de progreso en progreso lleguemos a la cumbre de la civilización, y podamos decirla a boca llena, aun en las

composiciones místicas y las oraciones nocturnas, yo supliré ese precioso desahogo, verdadero diamante de la lengua castellana, con la exclamación de don Jaime el Conquistador, cuando vea que mis compatriotas se dejan poner la mano en la horcajadura hasta por los moros que van a pedirles el agua y el fuego, y, de camino, a robarles sus cristianas o soplarles la dama.

Una de las interpelaciones con que el representante de Su Majestad Católica me acosó en nuestra ardua plática, fué: “¿Qué han hecho ustedes por los indios en setenta años que llevan de independencia?” En estos setenta años, señor ministro, hemos procurado deshacer lo que los españoles hicieron en trescientos. Hemos abolido las mitas, que don José Joaquín de Olmedo puso de manera tan patética a la consideración de las Cortes de Cádiz. Hoy no hay mitayus, siervos de Rusia, cuya servitud era de ley. Hemos abolido el tributo personal impuesto por los conquistadores y mantenido por tres siglos. Hemos desechado el azote que los españoles dejaron en cuarteles, haciendas y escuelas. Hoy, ni amo ni mayordomo se atreven a azotar a los indios: si los azotan cometen una transgresión e incurrir en grave pena. Sólo el cura azota aún, y esto en aldeas montaraces, adonde no llega la mirada del gobernador de la provincia. Azote autorizado, no hay; delitos de azotes, sí los hay, para deshonor y vergüenza de esos pueblos. Suele también haber azotes diplomáticos, como los que en Guatemala le dieron al cónsul de su majestad británica. Pero si hay cónsules europeos que se den por desagraviados y satisfechos con cantidad de duros de buena plata. ¿por qué los alcaldes de don Rufino Doyfé no se han de entretener en azotar cónsules de primera y de segunda clase, cónsules y vicecónsules? Los indios son cobrizos, casi negros: déjenle al señor Barrios que vea cosa blanca, si es su

gusto; y los ingleses son como la leche. Si usan polissón, no importa; abajo el polissón, y viva don Rufino! Van estos insulares a hacerse azotar allá por suma de dinero, y vienen a echarnos en cara los azotes con que se enriquecen. Pues no es malo este derecho de gentes.

No escribiría yo en conciencia, si me pusiese a sincerar a los hispano-americanos del modo como todavía tratan a los indios. Los indios son libertos de la ley, pero, ¿cómo lo he de negar? son esclavos del abuso y la costumbre. El indio, como su burro, es cosa mostrenca, pertenece al primer ocupante. Me parece que lo he dicho otra vez. El soldado le coge, para hacerle barrer el cuartel y arrear las inmundicias: el alcalde le coge, para mandarle con carta a veinte leguas: el cura le coge, para que cargue las andas de los santos en las procesiones: la criada del cura le coge, para que vaya por agua al río; y todo de balde si no es tal cual palo que le dan, para que se acuerde y vuelva por otra. Y el indio vuelve, porque ésta es su condición, que cuando le dan látigo, templado en el suelo, se levanta agradeciendo a su verdugo: *Diu su lu pagui, amu*, dice: Dios se lo pague, amo, a tiempo que se está atacando el calzoncillo. ¡Inocente, infeliz criatura! Si mi pluma tuviese don de lágrimas, yo escribiría un libro titulado *El Indio*, y haría llorar al mundo. No, nosotros no hemos hecho este ser humillado, estropeado moralmente, abandonado de Dios y la suerte; los españoles nos lo dejaron hecho y derecho, como es y como será por los siglos de los siglos. El zar de Rusia ha abolido la servitud, le *servage*; pero ¿cuándo saldrán de entre esos siervos libertados un Pouchkine, un Gortschakoff, un Turgueneff, un Tolstoi? Las razas oprimidas y envilecidas durante trescientos años, necesitan ochocientos para volver en sí y reconocer su derecho de igualdad ante Dios y la justicia. La libertad moral es la verdadera, la fecunda. De-

dirle a un negro: "Eres libre", y seguir vendiéndolo; decirle a un indio: "Eres libre", y seguir oprimiéndolo, es burlarse del cielo y de la tierra. Para esta infame tiranía todos se unen; y los blancos no tienen vergüenza de colaborar con los mulatos y los cholos en una misma obra de perversidad y barbarie. En esta materia, el enviado del rey de España me llevará de calles, si me pongo con él; ¿pero cómo me he de poner, cuando soy aliado nato de todos los que hablan por los indios, y se van sobre sus opresores? Don Manuel Llorente Vásquez no ha sabido una cosa, de lo que me alegro mucho; y es que los hacendados o dueños de haciendas, cuando no tienen que hacer en ellas, alquilan sus indios a otros dueños, toman de contado el alquiler, y los envían en pjaras a sudar la gota gruesa y morir de hambre en otra parte. Señor don Manuel, ¡por Dios! no he dicho nada: que este nefando secreto se quede entre nosotros, que nadie tenga noticia de este delito de lesa-especie humana: delito que, sea dicho en verdad y justicia, no lo cometen sino esos hombres fieros a quienes oscurece la ignorancia, a quienes enciende y endemonia la codicia. Hay amos justos, bondadosos con los indios: éstos serán los escogidos; y el viajero no tendrá una acusación general que tirarnos como piedra ciega. Aunque en esta embestida, yo, como el justador del Circo de verano, leal y francamente, pero lleno de vergüenza, tengo que responder: **Touché**. Tocado, sí, tocado, y en el corazón; más no por culpa mía, sino de mi caballo. El paladín español, a su vez, tendrá que confesar: **Touché**, en el terreno de la esclavitud. "¿No reina todavía, pregunta, una especie de esclavitud en la Georgia?" Dijo la sartén a la caldera: Tirte allá, culnegra. Los que primero son españoles que cristianos, los dueños de Cuba, vienen ahora a afearnos a los hispano-americanos con la especie de esclavitud del Estado de Georgia. Y a nosotros, ¿por dónde nos toca ni un tris de esa inmundicia, si en los Esta-

dos Unidos ha quedado arrinconada una sobra de ella? La emancipación **venidera** de los negros de Cuba es más triste cosa que la **especie de esclavitud** presente de ese rincón de la América del Norte. En Turquía hay aún mercado de mujeres; medrados estaremos, si los españoles vienen a zaherirnos con estos recuerdos geográficos y filosóficos. Si en el Estado de Georgia reina todavía una **especie de esclavitud**, Santiago y cierra España! con los yankees y Dios nos ayude a todos.

El ex-ministro de España en las repúblicas americanas se ha empeñado en probar el derecho de conquista: no es precisamente la conquista lo que hemos echado en cara a los españoles; el reproche que les hace la historia es el modo como trataron a los conquistados, y lo que hicieron de naciones que se hallaban en vía de civilización. De los poderosos imperios de Moctezuma y Manco-Cápac, dejaron tristes sobras sujetas a las mitas y el tributo personal. "Las Leyes de Indias, las Ordenanzas de Carlos Quinto..." Eso es; y las de don Fernando de Aragón, y las de Isabel la Católica. Los deseos de los reyes eran buenos, sus Ordenanzas, razonables, puesto que no faltara el tributo; pero ahí está Gonzalo Pizarro para cortarle el pescuezo a Blasco Núñez, atrevido que pretende hacer valer las leyes, a nombre del rey su señor. Desde que el papa declaró en una bula que los hijos de América eran hombres, doña Isabel y su nieto don Carlos dictaron Ordenanzas de protección; mas sus tenientes les protegían con el cepo del padre Pérez y la tarea de oro en polvo. Y no hay más, señor don Manuel: setenta años de independencia, y, si usted quiere, de revoluciones, fanfarronadas y bambolla, sobran para habernos levantado el espíritu y héchonos presumir de nosotros mismos lo necesario para pensar que merecemos algo más que

“un alcalde”; el alcalde que va a salir de las Academias correspondientes y los Círculos Ibero-Americanos con que ustedes han inundado las tierras de los treinta millones de indios.

PRO LINGUA

Me gusta la vigilancia con que algunos literatos montan la guardia en el palacio del idioma; y cuando uno de estos vigías de penetrante vista nos advierte la presencia del enemigo, soy el primero en echar el arma al brazo e ir en defensa de esta segunda religión que se llama lengua pura, lengua clásica. Don Marcelino Menéndez y Pelayo me ha dado la voz de: Moros hay en la costa! y aquí me tienen ustedes lanza en ristre contra ese musulmán llamado **El Espectador**, que nos ha traído envuelto en su manto de rey antiguo un moro Muza desemejable, que puede hacer daño, si no en España, por lo menos en América. Moro Muza digo, y digo mal; es un galo bárbaro, de esos rubios hijos del Sena, del tiempo de Carlomagno, con bigotes como cola de buey bermejo, y borceguíes de cuero de danta con hebillas de fierro. Luego no se trata del conde don Julián, sino de Galalón, que es el emblema de los traidores en Francia. Todo buen francés está obligado a tirarle una piedra a Galalón, dice el primero y el último de los poetas franceses: sepa Víctor Hugo en el Panteón, que todo buen español está obligado a tirarle cuatro piedras al galo intruso que pasa los Pirineos a sobornar y corromper a Miguel de Cervantes. "Romance, dice don Marcelino, es galicismo en la significación de novela. En España nadie comprende que se habla de una novela cuando se la llama romance". Como si no hubiera sabido esto, fuí yo a soltar ese gazapo en el tomo

segundo de **El Espectador**. **Romance**, en español, es la composición en verso de arte menor, en donde se refieren amores, aventuras o hechos de armas de los héroes populares. El **Romancero del Cid** hubiera bastado para salvarme de ese error, si, por mucha que sea nuestra buena voluntad, no nos faltaran la atención y advertencia cuando más necesitamos de ellas. Entre franceses, romance es la verdadera novela; y **nouvelles** llaman éstos a las novelillas cortas. Le pongo, pues, de patitas en la calle a ese gabacho advenedizo, y los dominios del **Espectador** quedan libres de moros, francos y lombardos, gracias a don Marcelino Menéndez.

POR LA MEMORIA DE LOS NUESTROS

Corregida la falta de lenguaje con que salió empañado ese librito, corriamos la falta de historia con que no queremos empañar el nombre de la persona que, lejos de merecer el vituperio tácito de que fué víctima, es acreedora a la mención honrosa que nunca hemos regateado a los hombres de bien y buenos ciudadanos. El consejo de guerra que condenó al último suplicio a uno de los matadores de don Gabriel García Moreno, presidente de la República del Ecuador, no fué el mismo que dictó la sentencia en razón de la que subió al patíbulo un inocente; al contrario, ese consejo le había salvado. Mas ya que para ese consejo fué inocente Campuzano, preciso era otro que le buscarse el crimen. Si el segundo le hubiera absuelto, como el primero, ahí estaba el tercero para condenarle. Y siendo también inocente para el tercero, ¿qué había sino nombrar un cuarto consejo *ad hoc*? Cuando la ley se viste de volatín y se pone a hacer estas ruines pruebas, es el personaje más odioso e infame de la tierra. Murió Campuzano por sentencia del segundo consejo, y no del mismo, como, por ausencia e ignorancia, dijimos en el tomo segundo de esta obrita. El general Mata presidió el primero, que cumplió con la justicia y el deber; a la iniquidad del segundo, fué completamente extraño. El joven Mata, hijo de ese militar de conciencia y pundonor, no tenía necesidad de hacer una reclamación; hubiera sido suficiente darnos la luz; pues si mu-

chos errores, y quizá algunas violencias, se registran en nuestros escritos, asomos de mala fe, nadie los descubrirá. Los deberes del hijo respecto del padre se avivan y crecen el día que éste desocupa el lugar: ¡desgraciado del hombre que no deja su memoria en manos de quien sepa guardarla! La tumba de nuestros padres es para nosotros la cosa más sagrada del mundo; y por eso, los que no han roto con las leyes naturales y sociales son guardianes perpetuos de ese santuario. El buen hijo está siempre en guerra con los perseguidores de su difunto padre.

FISIOLOGIA
DE LA RISA

INDICE

	Páginas
PROLOGO	
Juan Montalvo. — Julio E. Moreno	IX
Advertencias	LXXVII
 EL COSMOPOLITA	
Prospecto	3
 SIETE TRATADOS	
El Buscapiú	33
 CAPITULOS QUE SE LE OLVIDARON A CERVANTES	
Capítulo XII —De la grande aventura del puente de Mantible que nuestro buen caballero se propuso acometer y con- cluir en un verbo	155
Capítulo XLII—Donde se da cuenta del baile de doña Engracia de Borja, y se delinean algunas de las damas que a él concurrieron	163
Capítulo XLIII—Donde se prosigue la materia del Capítulo anterior	168
 EL ESPECTADOR	
La República Francesa	175
Urcu, Sacha	187
La Caridad en París	196
Del duelo	209
El jubileo	227
Las patinadoras	235
Impresiones de un diplomático	246
Pro lingua	268
Por la memoria de los nuestros	270
 FISIOLOGIA	
De la Risa	275

Las OBRAS ESCOGIDAS
de
Juan Montalvo,
se terminaron de imprimir en los
talleres gráficos de la Casa de la
Cultura Ecuatoriana, el 18 de
Setiembre de 1948.
Avenida Mariano Aguilera, 332.
Quito-Ecuador.